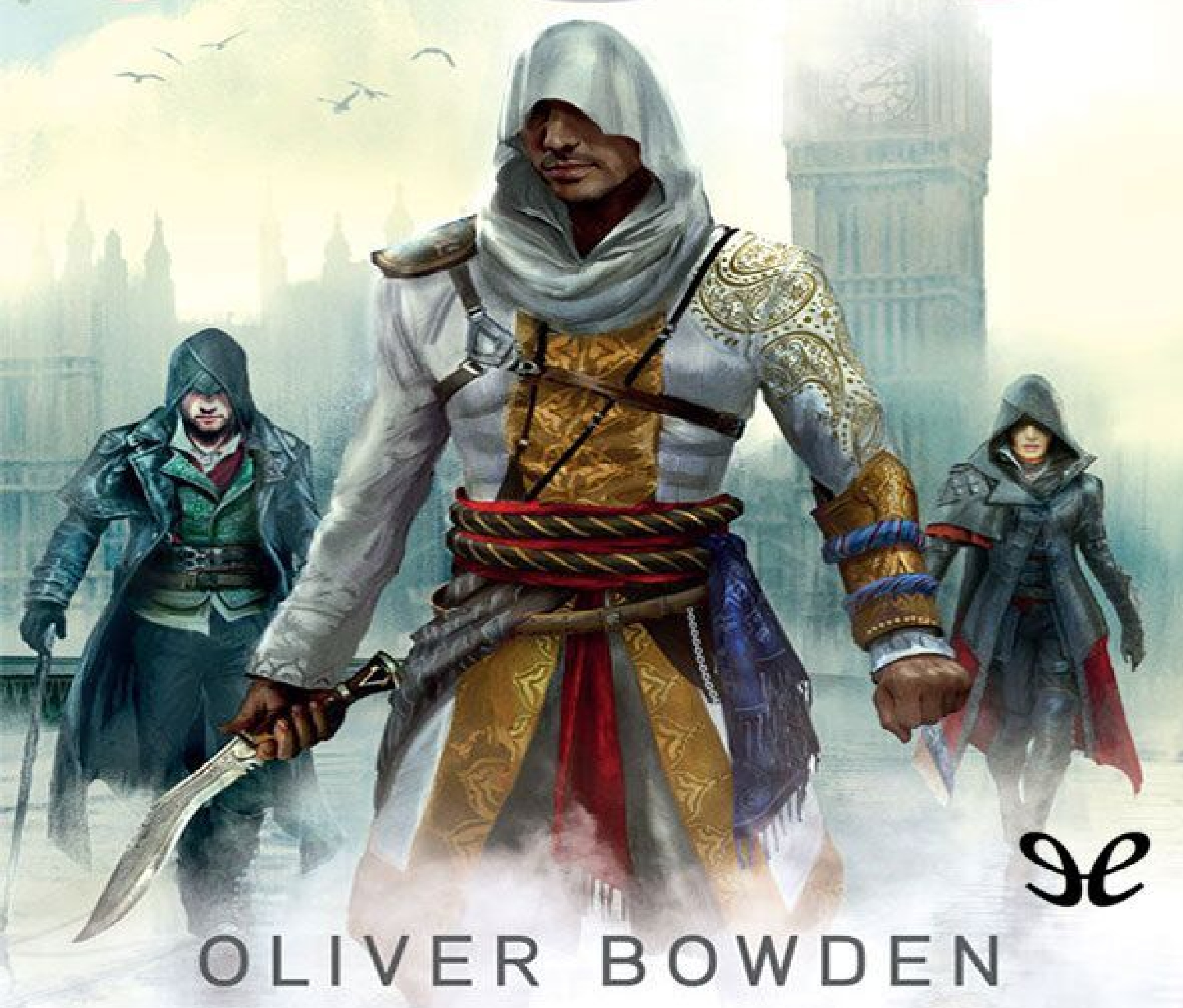
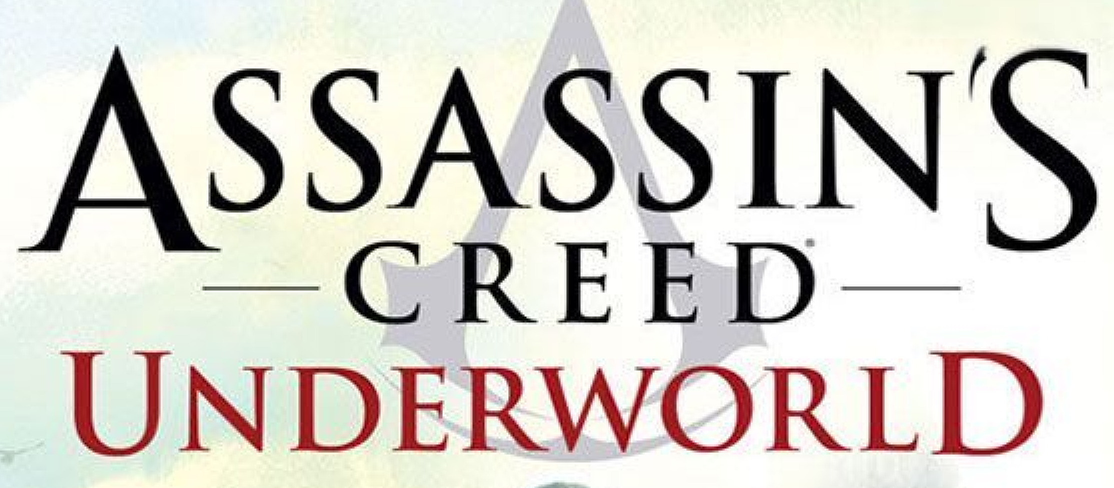
ASSASSIN'S CREED
UNDERWORLD



OLIVER BOWDEN



OLIVER BOWDEN

En 1862, con Londres en plena Revolución Industrial, se está construyendo el primer tren subterráneo del mundo. Cuando un cadáver es descubierto en la excavación, saltará la chispa que desate el último capítulo mortal en la antigua y centenaria batalla entre Asesinos y Templarios. En la más profunda clandestinidad, hay un asesino que esconde oscuros secretos y recibe la misión de acabar con el dominio templario en la capital de la nación. Muy pronto la Hermandad lo conocerá como Henry Green, mentor de Jacob y Evie Frye. Pero, por ahora, él es simplemente El Fantasma.



Oliver Bowden

Assassin's Creed: Underworld

Assassin's Creed - 8

ePub r1.0

NoTanMalo 3.4.17

Título original: *Assassin’s Creed: Underworld*
Oliver Bowden, 2015
Traducción: Paz Pruneda

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2




4º Aniversario
Proyecto Scriptorium
EDICIÓN
PROYECTO SCRIPTORIUM
EX-LIBRIS
CONMEMORATIVA
Más libros, más libres.
epublibre
Edición conmemorativa

PRIMERA PARTE

LA CIUDAD FANTASMA

1

El Asesino Ethan Frye estaba apoyado en una caja entre las sombras del mercado de Covent Garden, medio oculto entre las carretas de los vendedores. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la barbilla descansando en una mano, la suave y voluminosa capucha de su túnica cubriéndole la cabeza. Y mientras la tarde se deslizaba en el anochecer, permanecía inmóvil y en silencio. Vigilando y esperando.

Resultaba extraño para un Asesino tener la mano diestra sosteniendo el mentón de ese modo. Especialmente si llevaba la hoja oculta, como era el caso de Ethan, con la punta a menos de una pulgada de la piel expuesta de su cuello. Cerca de su hombro había un ligero pero poderoso resorte diseñado para desplegar el afilado acero; un giro preciso de su muñeca y este se activaría. En cierto modo, Ethan se estaba amenazando a punta de cuchillo.

Pero ¿por qué querría hacer algo así? Después de todo, los Asesinos no eran inmunes a un accidente o a algún fallo en el funcionamiento del equipo. Por motivos de seguridad, los hombres y mujeres de la Hermandad trataban de mantener sus manos pertrechadas con cuchillas lejos de sus rostros. Siempre era mejor que arriesgarse a la ignominia o a algo peor.

Ethan, sin embargo, era diferente. No solo era un experto en el arte del contraespionaje —y descansar su mentón en su brazo más fuerte era una argucia diseñada para confundir a un enemigo potencial—, sino que sentía un oscuro placer en desafiar al peligro.

De modo que permanecía sentado, mentón en mano, vigilando y esperando.

Ah, pensó, ¿qué es eso? Se incorporó y abandonó la laxitud de sus músculos mientras escudriñaba el interior del mercado a través de las cajas. Los vendedores estaban recogiendo. Pero algo más estaba sucediendo. El juego estaba en marcha.

2

En un callejón no muy lejos de Ethan, merodeaba un tipo llamado Boot. Vestía un chaquetón andrajoso y un sombrero roto, y estaba estudiando un reloj de bolsillo sustraído momentos antes a un caballero.

Lo que Boot no sabía de su nueva adquisición era que su antiguo dueño había querido llevarlo a reparar ese mismo día por razones que en breve tendrían un profundo impacto en las vidas de Ethan Frye, Boot, un joven que se hacía llamar El Fantasma y otros implicados en la eterna lucha entre la Orden Templaria y la Hermandad de los Asesinos. Lo que Boot no sabía era que el reloj de bolsillo iba retrasado exactamente una hora.

Ignorando ese hecho, Boot cerró su tapa de un golpe, juzgándose a sí mismo todo un caballero. A continuación, salió del callejón, miró a izquierda y derecha y se alejó del mercado caminando bajo la luz mortecina del crepúsculo. Mientras andaba, con los hombros encorvados y las manos en los bolsillos, miró por encima de su hombro para comprobar si alguien le seguía y, satisfecho, continuó adelante, dejando atrás Covent Garden y adentrándose en la poblada y mísera barriada de St. Giles Rookery.

El cambio en la atmósfera fue casi inmediato. Mientras antes los tacones de sus botas resonaban sobre los adoquines, ahora se hundían en la inmundicia de la calle, levantando un hedor a verduras podridas y desechos humanos. El pavimento estaba cubierto por esa gruesa capa de mugre, y el aire apestaba. Boot levantó su bufanda y se tapó la boca y la nariz para protegerse.

Un perro de mirada lobuna le siguió durante unos pocos metros, sus costillas visibles en su hundido vientre. Parecía suplicarle con ojos hambrientos y enrojecidos, pero él lo apartó de una patada y este retrocedió

de un salto y se alejó. No muy lejos, una mujer estaba sentada en un portal vestida con retales atados con un cordel, con un bebé pegado a su pecho, al que observaba con ojos vidriosos sin vida, ojos de miseria. Tal vez fuera la madre de una prostituta esperando a que su hija volviera a casa con las ganancias, y pobre de ella si volvía con las manos vacías. O puede que dirigiera a una pandilla de ladrones y maleantes, que estarían al caer trayendo su botín del día. O tal vez alquilaba habitaciones. En esa inmunda barriada, las grandes casas de otros tiempos habían sido reconvertidas en pisos y habitáculos que por la noche proporcionaban refugio a aquellos que lo necesitaban: fugitivos y familias, rameras, comerciantes y trabajadores. Cualquiera que pagara su precio a cambio de un rincón en el suelo o de una cama, si tenía suerte y dinero, pero que casi siempre acababan conformándose con un montón de paja o unas virutas de madera por colchón. Aunque no era probable que pudieran dormir profundamente: cada centímetro de suelo estaba ocupado, y los llantos de los bebés rasgaban la noche.

Y pese a que muchas de esas personas no eran capaces o estaban poco dispuestas a trabajar, la mayoría tenía ocupaciones. Había entrenadores de perros y traficantes de pájaros. Despachaban berros, cebollas, sardinillas o arenques. Eran vendedores ambulantes, barrenderos, comerciantes de café, encoladores de pasquines o portadores de carteles. Sus mercancías entraban en los cuartos con ellos, sumándose al hacinamiento y al hedor. Por la noche las casas se cerraban, los cristales rotos eran tapados con trapos o periódicos, sellados contra la nociva atmósfera de la noche, cuando la ciudad escupía humo en el ambiente. Se sabía que el aire nocturno había asfixiado a familias enteras. O ese era el rumor. Y lo único que se expandía por el suburbio, más rápido que la enfermedad, eran los rumores. Por eso, en lo que respecta a los moradores de aquel barrio, Florence Nightingale podía predicar cuanto quisiera, que ellos dormirían con las ventanas selladas.

No se les puede culpar, pensó Boot. Si vivías en un suburbio tus oportunidades de morir eran enormes. La enfermedad y la violencia hacían estragos aquí. Los niños se arriesgaban a ser asfixiados cuando los adultos rodaban sobre ellos durante el sueño. Causa de la muerte: aplastamiento. Y

aún sucedía con más frecuencia los fines de semana, cuando se había terminado con los últimos tragos de ginebra y los bares se vaciaban, y madre y padre emprendían la vuelta a casa entre la espesa niebla, remontaban los resbaladizos peldaños de piedra, cruzaban el umbral y entraban en el calor de la apestosa habitación donde, por fin, podrían recostar sus cabezas y descansar…

Y por la mañana, ya salido el sol, pero con la niebla aún presente, el barrio resonaría con los gritos de los afligidos.

Boot se adentró en las profundidades del suburbio, donde los altos edificios resaltaban incluso bajo la escasa luz de la luna, y los faroles sumidos en la niebla brillaban malévolos en la oscuridad. Pudo escuchar voces roncas cantando provenientes de una taberna unas calles más allá. De vez en cuando los cánticos eran más audibles, cuando la puerta del local se abría para expulsar a algún borracho a la calle.

Sin embargo, no había bares en esa calle. Solo puertas y ventanas tapadas con periódicos, ropa tendida en cuerdas por encima de su cabeza, las sábanas desplegadas como velas de un barco, y, aparte de los lejanos cánticos, solo el sonido del agua corriendo y su propia respiración. Solo él… a solas.

O eso creyó.

Y ahora incluso los lejanos cantos cesaron. El único sonido era el goteo del agua.

El ruido de algo arrastrándose le provocó un respingo. «¿Quién anda ahí?», preguntó, pero supo inmediatamente que se trataba de una rata, y resultaba casi chistoso que, estando tan asustado, el correteo de una rata le hiciera dar un respingo. Casi chistoso en verdad.

Pero entonces lo oyó otra vez. Se giró y el denso aire danzó y se arremolinó en torno a él y pareció abrirse como unas cortinas. Durante un instante, creyó haber visto algo. Una sugerencia de algo. Una figura en la niebla.

Luego creyó escuchar una respiración. La suya era entrecortada y superficial, casi jadeante, pero esta era fuerte y regular y venía de… ¿De dónde? Tan pronto parecía estar delante de él como detrás. Los pasos se oyeron de nuevo. Un estallido le sobresaltó, pero provenía de una de las

viviendas de más arriba. Una pareja comenzó a discutir: él había vuelto borracho a casa. No, *ella* había vuelto borracha a casa. Boot se permitió una pequeña sonrisa, y sintió que se relajaba ligeramente. Ahí estaba, dando saltos ante fantasmas, asustado por unas pocas ratas y un par de energúmenos discutiendo. ¿Qué sería lo siguiente?

Se dio la vuelta para marcharse. En ese mismo momento, la niebla delante de él ondeó y una figura con túnica surgió de ella, pero, antes de que pudiera reaccionar, lo tenía agarrado y estaba echando el puño hacia atrás como si le fuera a golpear, solo que, en lugar de hacerlo, su asaltante giró su muñeca y, con un suave chasquido, una hoja surgió de pronto del interior de su manga.

Boot cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir se encontró al hombre de la túnica tras la hoja que sostenía firme a una pulgada de su globo ocular.

Se orinó encima.

3

Ethan Frye se permitió un pequeño momento de satisfacción ante la precisión de su hoja, y luego apartó con una zancadilla las piernas de Boot debajo de él y lo estampó contra los mugrientos adoquines. El Asesino se colocó de cuclillas sujetando a Boot con sus rodillas mientras presionaba la hoja contra su garganta.

—Y ahora, amigo mío —sonrió—, ¿por qué no empieza por decirme su nombre?

—Es Boot, señor —se retorció el hombre, la punta de la hoja clavándose dolorosamente en su carne.

—Así me gusta —dijo Ethan—. La mejor política es la verdad. Y ahora, vamos a tener una charla, ¿le parece?

El tipo tembló bajo su cuerpo. Ethan lo interpretó como un sí.

—Tengo entendido que va a recibir una placa fotográfica, ¿no es así, señor Boot? —Boot tembló. Ethan lo interpretó como otro sí. Hasta ahí todo bien. Su información era sólida; este Boot era la conexión de una cadena que acababa con una serie de fotografías eróticas que se vendían en determinadas tabernas de Londres—. Y debe presentarse en Jack Simmons para recoger esa placa, ¿estoy en lo cierto?

Boot asintió.

—¿Y cómo se llama el tipo con el que debe encontrarse, señor Boot?

—Yo… no lo sé, señor…

Ethan sonrió y se inclinó aún más sobre Boot.

—Mi querido muchacho, es aún peor mentiroso que mensajero. —Ejerció un poco más de presión con la hoja—. ¿Siente dónde está el cuchillo ahora? —preguntó.

Boot parpadeó en señal de asentimiento.

—Es una arteria. Su arteria carótida. Si la rajo, pintará la ciudad de rojo, amigo mío. Bueno, la calle al menos. Pero ninguno de nosotros quiere que eso suceda. ¿Por qué arruinar tan agradable velada? En su lugar, ¿por qué no me cuenta con quién tiene planeado reunirse?

Boot parpadeó de nuevo.

—Él me matará si lo hago.

—Es posible, pero yo le mataré si no lo hace, y solo uno de nosotros está aquí sosteniendo un cuchillo contra su garganta, y no es él, ¿verdad? —Ethan aumentó la presión—. Decídase, amigo. Morir ahora o más tarde.

Justo entonces Ethan escuchó un ruido a su izquierda. Medio segundo después su pistola Colt, que llevaba en el costado, estaba en su mano, la hoja aún sobre la garganta de Boot, mientras apuntaba a un nuevo objetivo.

Era una niña pequeña que volvía de coger agua del pozo. Con los ojos muy abiertos se quedó inmóvil, un cubo rebosando agua sucia en una mano.

—Disculpe, jovencita, no pretendía asustarla —sonrió Ethan. Su revólver volvió al interior de su túnica y su mano vacía reapareció para asegurar a la niña que no era ninguna amenaza—. Solo hago daño a rufianes y ladrones como este hombre. Quizá prefiera regresar a su casa.

Le había hecho un gesto para indicárselo, pero ella no parecía querer ir a ninguna parte, y se limitaba a mirarlos, el blanco de sus ojos destacando en su sucia cara, con su miedo haciéndola echar raíces justo donde estaba.

Ethan maldijo para sus adentros. Lo último que quería era tener audiencia. Especialmente cuando se trataba de una niña contemplando cómo sostenía un cuchillo contra la garganta del hombre.

—Muy bien, señor Boot —dijo, en un tono más suave que antes—, la situación ha cambiado, así que voy a tener que *insistir* en que me diga exactamente con quién esperaba encontrarse…

Boot abrió la boca. Quizá estuviera a punto de darle la información que requería. O puede que fuera a decirle por dónde podía meterse sus amenazas. O lo más probable es que simplemente farfullara que no lo sabía.

Ethan nunca lo sabría, porque, justo cuando el hombre iba a responder, su rostro se desintegró.

Sucedió en un abrir y cerrar de ojos, antes de que Ethan escuchara el disparo, y rodara apartándose del cuerpo y sacando su revólver justo cuando sonaba un segundo tiro; entonces se acordó demasiado tarde de la niña, su cabeza volviéndose a tiempo para ver cómo giraba, la sangre brotando de su pecho, y dejaba caer el cubo a la vez, muerta antes de desplomarse sobre los adoquines por una bala dirigida a él.

Ethan no se atrevió a devolver el fuego por miedo a alcanzar a otro inocente no visible entre la niebla. Prefirió agazaparse, evitando recibir otro disparo, un tercer ataque proveniente de la oscuridad.

Pero este nunca llegó. En su lugar, escuchó a alguien corriendo, por lo que se sacudió los fragmentos de hueso y los trozos de cerebro de la cara, enfundó su Colt y presionando el resorte guardó su hoja oculta en su mecanismo, y luego dio un salto para alcanzar un muro. Con las botas logrando apenas apoyarse en el húmedo ladrillo, trepó por un canalón que conducía al tejado de una vivienda, y guiándose por la luz del cielo nocturno consiguió seguir los pasos del tirador que trataba de huir. Así era como Ethan había entrado en el suburbio y parecía que así era como iba a salir de allí, dando pequeños saltos desde un tejado al siguiente, atravesando el barrio mientras seguía a su presa silencioso e implacable, la imagen de la niña grabada en su mente, el olor metálico del cerebro de Boot aún en sus fosas nasales.

Ahora solo una cosa importaba. El asesino probaría su cuchillo antes de que cayera la noche.

Más abajo, escuchó las botas del tirador resonando y salpicando en los adoquines, y Ethan lo persiguió sigiloso, incapaz de ver al hombre pero sabiendo que le había superado. Al llegar al borde de un edificio, y sintiendo que tenía suficiente ventaja, se deslizó por un lateral, ayudándose de los alféizares para descender rápidamente hasta alcanzar la calle, donde se pegó al muro, esperando.

Unos segundos más tarde escuchó el ruido de unas botas corriendo. Y un momento después de que la niebla pareciera deslizarse y abrirse como para anunciar esta nueva presencia, tuvo ante sus ojos a un hombre vestido con traje que lucía un poblado bigote y gruesas patillas.

Sostenía una pistola. No humeaba. Pero quizá lo había hecho.

Y aunque más tarde Ethan le contara a George Westhouse que actuó en defensa propia, no sucedió exactamente así. Ethan contaba con el elemento sorpresa; podía —y debería— haber desarmado al hombre, e interrogarlo antes de matarle. Y, sin embargo, sacó su hoja y la hundió en el corazón del asesino con un gruñido vengativo, y contempló, no sin cierta satisfacción, cómo la luz desaparecía de los ojos del desconocido.

Pero al hacerlo, el Asesino Ethan Frye estaba cometiendo un error. Estaba siendo descuidado.

—Mi intención era presionar a Boot para sacarle la información que necesitaba antes de ocupar su lugar —le explicó Ethan al Asesino George Westhouse al día siguiente, cuando finalizó su relato—, pero lo que no comprendí es que Boot llegaba tarde a su cita. El reloj de bolsillo robado iba con retraso.

Estaban sentados en el salón de la residencia de George en Croydon.

—Ya veo —comentó George—. ¿Y cuándo te diste cuenta?

—Hmm, déjame pensar. Debió de ser en el momento en que ya era demasiado tarde.

George asintió.

—¿Qué arma de fuego llevaba?

—Un Colt Pall Mall, parecido al mío.

—¿Y le mataste?

El fuego de la chimenea emitió un chasquido y chisporroteó en la pausa que siguió. Desde que se había reconciliado con sus hijos, Jacob y Evie, Ethan estaba meditabundo.

—Lo hice, George, era lo mínimo que se merecía.

George hizo una mueca.

—Esto no tiene nada que ver con lo que se merecía. Y lo sabes.

—Oh, pero la niña pequeña, George… Deberías haberla visto. Era tan poquita cosa… La mitad de la edad de Evie.

—Aun así…

—No tenía elección. Había sacado la pistola.

George miró a su viejo amigo con inquietud y afecto.

—¿En qué quedamos, Ethan? ¿Le mataste porque se lo merecía o porque no tenías elección?

Ethan se había lavado la cara y sonado más de una docena de veces, pero aún sentía como si pudiera oler los sesos de Boot.

—¿Acaso lo uno excluye lo otro? Tengo treinta y siete años y he visto muchas más muertes de las que me correspondían, y sé que las nociones de justicia, equidad y retribución juegan un papel secundario frente a la destreza, y que la destreza está subordinada a la suerte. Cuando la fortuna te da la cara, cuando la bala del asesino acaba en otra parte, cuando baja la guardia, tienes que aprovechar tu oportunidad antes de que vuelva a mirar a otro lado.

Westhouse se preguntó a quién trataba de engañar su amigo, pero decidió dejarlo pasar.

—Una pena entonces que tuvieras que derramar su sangre. Presumiblemente habrías necesitado saber más sobre él.

Ethan sonrió y fingió secarse la frente.

—Fui recompensado con un poco de suerte. La placa fotográfica que llevaba tenía una inscripción identificando al fotógrafo, por lo que deduje que el hombre muerto y el fotógrafo eran la misma persona, un tipo llamado Robert Waugh. Tiene conexiones con los Templarios. Sus placas eróticas iban destinadas por una parte a ellos, pero, por otra, a los suburbios y tabernas, a través de Boot.

George soltó un suave silbido.

—Qué juego tan peligroso estaba siguiendo el señor Waugh…

—Sí y no…

George se inclinó para avivar el fuego.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que en muchos aspectos su juego de mantener los dos mundos separados valió la pena. Hoy pude ver los suburbios por mí mismo, George. Fue un recordatorio de cómo viven los pobres. Hay un mundo tan totalmente separado del de los Templarios que resulta difícil creer que ambos compartan el mismo país, y no digamos ya la misma ciudad. Si quieres saber mi opinión, nuestro amigo el señor Waugh tenía razón al creer que los caminos de su dispar negocio nunca deberían cruzarse. Los dos

mundos en los que operaba eran polos opuestos. Los Templarios no saben nada de los barrios bajos. Viven río arriba, lejos de las fábricas cuya inmundicia contamina las aguas de los pobres, y al socaire de las nieblas y el humo que polucionan el aire.

—Igual que nosotros, Ethan —replicó George con tristeza—. Nos guste o no, el nuestro es un mundo de clubs privados de caballeros y salones, de templos y cámaras de consejo.

Ethan miró fijamente al fuego.

—No todos nosotros.

Westhouse sonrió y asintió.

—¿Estás pensando en tu hombre, El Fantasma? Supongo que no tienes ninguna intención de decirme quién es El Fantasma o qué está haciendo.

—Ese debe ser mi secreto.

—Entonces, ¿qué pasa con él?

—Ajá, bueno, he trazado un plan, que implica al recientemente fallecido señor Waugh y al Fantasma. Si todo sale bien, y El Fantasma hace su trabajo, entonces tal vez estemos en situación de echar mano al mismísimo artefacto que los Templarios buscan: el Fragmento del Edén.

4

John Fowler estaba cansado y tenía frío. Y por el aspecto de las nubes que se estaban concentrando, muy pronto también estaría empapado.

En efecto, casi enseguida pudo notar las primeras gotas de lluvia rebotando en su sombrero. El ingeniero apretó contra su pecho el tubo de cuero que contenía sus diseños, maldiciendo el mal tiempo, el ruido, todo. Junto a él se encontraba el procurador de Londres, Charles Pearson, así como la esposa de este, Mary, ambos tiritando mientras la lluvia comenzaba a caer y los tres permanecían abandonados a su suerte en medio del barro, mirando con una mezcla de tristeza y temor la profunda brecha en la tierra que constituía la nueva línea del Metropolitano.

A unos cuarenta y cinco metros delante del trío, el suelo mostraba una profunda hendidura que se abría en una enorme zanja —«la trinchera»— de nueve metros de ancho y aproximadamente ciento ochenta de largo, en cuyo extremo dejaba de ser una zanja o una trinchera para convertirse en un túnel, su arco de ladrillo proporcionando una entrada a lo que sería el primer tramo de ferrocarril subterráneo del mundo.

O mejor dicho, el primer tramo *operativo* de línea subterránea de ferrocarril del mundo: los trenes discurrían por los recién instalados raíles noche y día, empujando vagones cargados con grava, arcilla y tierra desde las secciones aún no terminadas más arriba de la línea. Traqueteaban hacia delante y hacia atrás, el humo y el vapor asfixiando prácticamente a las cuadrillas de peones que trabajaban en la boca del túnel, vertiendo con sus palas la tierra excavada en los cubos de cuero del elevador que, a su vez, se llevaba los restos hasta el nivel exterior.

Toda la operación era producto de Charles Pearson. Durante casi dos décadas el procurador de Londres había hecho campaña para construir una nueva línea que despejara la creciente congestión de Londres y sus suburbios. Su construcción, en cambio, se debía al ingenio de John Fowler. John, además de poseedor de un notable y exuberante bigote, era el ingeniero ferroviario más experimentado del mundo, y por tanto había sido el indiscutible candidato para ocupar el puesto de ingeniero jefe del Ferrocarril Metropolitano. Sin embargo, como había contado a Charles Pearson con ocasión de su contratación, su experiencia podría no servirle de nada. Después de todo, era algo que no se había hecho nunca: una línea de tren por debajo del suelo. Una enorme —no, gigantesca— empresa. De hecho, había quienes decían que se trataba del proyecto constructivo más ambicioso desde que se edificaran las pirámides. Una gran reivindicación, sin duda, pero había días en que Fowler estaba de acuerdo con ellos.

Fowler había decidido que la mayor parte de la línea, siendo de poca profundidad, podría construirse utilizando un método conocido como «excavar y cubrir». Eso implicaba escarbar una zanja en la tierra, de nueve metros de ancho y cinco de profundidad, cuyos muros de contención estaban formados por tres hiladas de ladrillo. En algunas secciones se habían colocado vigas transversales de hierro que se apoyaban en la parte superior de los muros laterales, mientras que otras estaban hechas utilizando arcos de ladrillo. A continuación, la zanja era cubierta y la superficie restablecida, habiendo creado un nuevo túnel.

Implicaba demoler calzadas y casas, y en algunos casos construir carreteras provisionales, solo para tener que volver a rehacerlas. Implicaba trasladar miles de toneladas de escombros y reubicar los conductos de gas y de agua, así como el alcantarillado. Implicaba también forjar una interminable pesadilla de ruido y destrucción, como si una bomba hubiera estallado en el Fleet Valley de Londres. No. Más bien como si una bomba hubiera estado estallando cada día en Fleet Valley durante los dos últimos años.

Los trabajos continuaban de noche, cuando se encendían balizas y braseros. Los peones faenaban en dos grandes turnos —el relevo señalado por tres toques de campana a mediodía y medianoche— y pequeños turnos

cambiantes cuando los hombres se movían entre tareas, sustituyendo un trabajo monótono y extenuante por otro; pero trabajando, siempre trabajando.

Gran parte del ruido provenía de los siete transportadores utilizados en el proyecto, uno de los cuales había sido erigido precisamente allí. Se trataba de un alto andamiaje de madera, construido dentro del pozo, que se elevaba unos ocho metros por encima de ellos; el causante de la suciedad y del ruido atronador, como de golpes de martillo en un yunque. Su cometido era sacar los escombros de algún lugar más alejado de la excavación, y eso es lo que estaban haciendo en ese momento los hombres, trabajando en cuadrillas. Algunos en el pozo, otros en el suelo y otros colgados como lémures del armazón, encargados de asegurar el funcionamiento del elevador cuando los gigantescos baldes llenos de lodo se balanceaban al ser alzados desde la trinchera.

Al nivel de la calle, los hombres con palas se afanaban ante una montaña de tierra excavada, vertiéndola en vagones guiados por caballos, cuatro de los cuales estaban esperando, cada uno con una nube de gaviotas revoloteando sobre ellos; los pájaros aleteando y lanzándose para atrapar comida, ignorantes de la lluvia que había comenzado a caer.

Fowler se volvió para mirar a Charles, que parecía estar enfermo —pues sostenía un pañuelo contra sus labios—, pero por lo demás se mostraba de buen humor. Había algo indómito en Charles Pearson, se dijo Fowler. No estaba seguro de si se trataba de determinación o simplemente locura. Era un hombre del que todo el mundo se había mofado durante casi dos décadas, prácticamente desde que sugirió su idea de una línea subterránea. «Trenes por las alcantarillas», se burlaron entonces. Se rieron de nuevo cuando desveló sus planes de una vía de ferrocarril atmosférica con vagones impulsados a través de un tubo por medio de aire comprimido. *A través de un tubo*. No era de extrañar que durante una década Pearson fuera el blanco permanente de las burlas de la revista *Punch*. Cuánta diversión hubo a su costa.

Entonces, cuando todo el mundo todavía se mofaba de ello, llegó el proyecto, el fruto del ingenio de Pearson: un plan para construir un ferrocarril subterráneo entre Paddington y Farringdon. Los barrios bajos de

Fleet Valley serían despejados, sus habitantes trasladados a casas en la periferia de la ciudad, es decir, a los arrabales, y la gente utilizaría este nuevo tren para «desplazarse a diario».

Una súbita inyección de dinero procedente del Great Western Railway, del Great Northern Railway y de la Corporación de la ciudad de Londres bastó para que el proyecto se hiciera realidad. Él, el famoso John Fowler, fue contratado como ingeniero jefe del Ferrocarril Metropolitano y los trabajos comenzaron con la primera excavación en Euston, unos dieciocho meses atrás.

Y la gente… ¿aún se seguía riendo?

Sí, lo hacían. Solo que ahora era una media sonrisa sin alegría. Pues decir que la visión de Pearson sobre el desalojo de los barrios bajos había sido un desastre era quedarse corto. Tal y como resultó, no había viviendas en los suburbios ni tampoco nadie especialmente ansioso por construir alguna. Aparte de que no se conoce un suburbio que esté poco poblado. Toda esa gente tuvo que marcharse a otra parte, así que se trasladaron a otros barrios bajos.

Y eso sin contar, claro, con la alteración causada por las propias obras: calles intransitables, calzadas destrozadas, negocios cerrando y comerciantes exigiendo compensaciones. Aquellos que vivían a lo largo de la ruta lo hacían en medio de un eterno caos de fango, de máquinas, del chasquido de los transportadores de hierro, de los golpes secos de picos y palas y de peones gritándose unos a otros, siempre con el perpetuo temor de que sus cimientos se colapsaran.

No había respiro; por la noche se encendían hogueras y entraba el turno nocturno, permitiendo que los de la mañana hicieran lo que los hombres del turno de día suelen hacer: beber y pelearse hasta la salida del sol. Daba la impresión de que Londres había sido invadido por peones; todos los sitios por donde iban los hacían suyos; solo las prostitutas y los taberneros se alegraban de su presencia.

Y luego estaban los accidentes. Primero un conductor de tren borracho que se había salido de los raíles en King's Cross cayendo en picado sobre las obras más abajo. Ningún herido. *Punch* extrajo el máximo provecho de la noticia. Y un año más tarde, los terraplenes de la carretera de Euston se

desplomaron, llevándose por delante jardines, pavimentos y líneas telegráficas, destruyendo las canalizaciones de gas y agua, provocando un enorme socavón en la ciudad. Increíblemente nadie resultó herido. El señor Punch también disfrutó mucho de este episodio.

—Esperaba escuchar buenas noticias hoy, John —gritó Pearson, alzando su pañuelo hasta la boca. Un tejido delicado, como una blonda. Tenía sesenta y ocho años contra los cuarenta y cuatro de Fowler, pero aparentaba el doble de edad; sus esfuerzos a lo largo de las dos últimas décadas le habían avejentado. A pesar de su pronta sonrisa, se advertía un permanente cansancio alrededor de sus ojos, y la piel de sus mejillas colgaba flácida como la cera derretida de una vela.

—¿Qué puedo decirle, señor Pearson? —gritó Fowler—. ¿Qué le gustaría oír aparte de…? —Hizo un gesto hacia la obra.

Pearson se rio.

—El rugido de los motores es alentador, eso ya es bastante. Pero quizá también saber que hemos vuelto al calendario previsto. O que todos los abogados de Londres encargados de las indemnizaciones han sido fulminados por un rayo. O que su mismísima majestad la reina ha declarado su confianza en el tren subterráneo y su propósito de utilizarlo a la primera oportunidad.

Fowler contempló a su amigo, maravillándose una vez más de su humor.

—Entonces me temo, señor Pearson, que no puedo darle más que malas noticias. Aún vamos por detrás del calendario previsto. Y esta climatología no hace más que retrasarlo. Lo más probable es que la lluvia cale el motor y los hombres del transportador puedan disfrutar de un descanso no previsto.

—Entonces sí hay buenas noticias —replicó alegremente Pearson.

—¿Y cuáles son? —gritó Fowler.

—Tendremos —el motor chisporroteó y murió— silencio.

Y durante un momento ciertamente hubo una desconcertante calma, mientras el mundo se ajustaba a la ausencia de ruido, interrumpido solo por el sonido de la lluvia rebotando contra el fango.

En ese instante se escuchó un grito proveniente del pozo: «deslizamiento», y levantaron la vista para ver el andamiaje de la grúa

balancearse ligeramente, uno de los hombres colgando de forma aún más precaria que antes.

—Aguantará —aseguró Fowler, advirtiendo la expresión de alarma de Pearson—. Parece peor de lo que es.

Un hombre supersticioso habría cruzado los dedos. Los peones tampoco quisieron arriesgarse y las cuadrillas de la grúa gatearon hasta alcanzar el nivel de la calle, trepando por los pilares de madera como piratas por las jarcias, cientos de ellos al parecer, haciendo que Fowler contuviera el aliento confiando en que la estructura resistiera ese súbito peso extra. Así debería ser. Era preciso. Y lo hizo. Los hombres emergieron gritando y tosiendo, acarreando palas y picos, que eran tan preciados para ellos como sus extremidades. Se concentraron en grupos que, a su vez, se dividían en las líneas regionales, cada uno de ellos embadurnado de fango.

Fowler y Pearson observaron cómo se congregaba cada uno en su grupo: londinenses, irlandeses, escoceses, campesinos y otros, todos con las manos hundidas en los bolsillos o rodeándose con los brazos para darse calor, sus espaldas encorvadas y las gorras encajadas para protegerse de la lluvia.

Justo entonces se escuchó un grito y Fowler se volvió para ver una conmoción en la trinchera. Mientras, uno de los peones se adelantó para echar un vistazo, rodeando el perímetro del foso, y se quedó mirando fijamente algo dentro de la zanja.

—*¡Señor!* —El jefe de obra, Marchant, le estaba haciendo señas para que acudiera. Ahuecó sus manos llevándoselas a la boca para gritar—: Señor. Debe venir a ver esto.

Un momento después, Fowler y Pearson se abrieron paso entre el fango, los hombres apartándose para dejarles cruzar hasta el borde de la trinchera, y miraron hacia abajo, más allá de los puntales y baldes del silencioso transportador hacia el lago de agua fangosa que se había formado en el fondo y que aún seguía creciendo.

Flotando sobre él había un cuerpo.

5

La lluvia había cesado, a Dios gracias, y el nivel del agua de la trinchera fue descendiendo, pero las máquinas continuaban paradas. Sujetándose el sombrero con la mano, Marchant salió corriendo para informar a su jefe inmediato, Cavanagh, director del Ferrocarril Metropolitano, mientras otro hombre era enviado a buscar a un policía. Fue el polizonte quien llegó primero, un joven agente de espesas patillas que se presentó como el agente Abberline y, acto seguido, se aclaró la garganta y se despojó del casco para poder entrar en materia e inspeccionar el cuerpo.

—¿Ha bajado alguien a verlo, señor? —le preguntó a Pearson, señalando la trinchera.

—La zona fue despejada en cuanto se descubrió, agente. Como puede imaginar, ha causado un gran revuelo.

—A nadie le gusta ver un cadáver antes de haber tomado su tentempié del mediodía, señor.

Aquellos que se habían congregado se quedaron observando mientras el polizonte se asomaba tentativamente para mirar a la trinchera y luego hacía señas a un hombre que estaba cerca.

—¿No le importa, camarada? —dijo, tendiendo al obrero su casco, y luego desabrochando y despojándose del cinturón, la porra y las esposas, antes de descender por la escalerilla para inspeccionar el cuerpo más de cerca.

Todos se agolparon para mirar hacia la zanja y observar cómo rodeaba el cuerpo, levantando un brazo y luego el otro. Entonces el polizonte se agachó y los curiosos contuvieron el aliento, expectantes, esperando a que diera la vuelta al cuerpo.

Abajo en la trinchera, Abberline tragó con fuerza, poco acostumbrado a ser el centro de atención y deseando haber dado instrucciones para que los hombres se retiraran dejando más espacio. Estos se alineaban ahora a ambos lados de la trinchera. Incluso las figuras de Fowler y del señor y la señora Pearson estaban presentes. Todos ellos contemplándolo desde casi cinco metros más arriba.

Muy bien. Volvió su atención al cuerpo, dejando a un lado cualquier pensamiento sobre sí mismo para concentrarse en el trabajo que tenía entre manos.

Es decir, el cadáver. Tendido boca abajo en el fango, con un brazo levantado como si pretendiera llamar a un coche de tiro, el muerto vestía un traje de *tweed*. Sus botas marrones estaban bien ajustadas, y aunque cubiertas de barro se encontraban en buenas condiciones. «No parece ser el atuendo de un indigente», se dijo Abberline. Agachado, sin pensar en el lodo que empezaba a empapar sus ropas, respiró hondo y agarró los hombros del sujeto, gruñendo por el esfuerzo mientras le daba la vuelta.

Una oleada de murmullos le llegó desde arriba, pero Abberline tenía los ojos cerrados, esperando retrasar el momento de ver el rostro de aquel hombre. Con cierto estremecimiento los abrió y contempló fijamente la mirada sin vida del cadáver. Debía de estar cerca de la cuarentena y lucía un poblado y canoso mostacho al estilo príncipe Alberto con aspecto cuidado, así como tupidas patillas. Por su aspecto no parecía un hombre rico pero tampoco un obrero. Al igual que Abberline, era alguien perteneciente a la nueva clase media.

En todo caso, era un hombre con una vida, cuyos familiares, cuando fueran informados, exigirían una explicación de cómo había acabado en una trinchera en New Road.

Esto requería, sin ninguna duda —y Abberline no pudo evitar sentirse ligeramente avergonzado ante su entusiasmo—, una investigación en toda regla.

Apartó su mirada de los abiertos ojos sin vida y bajó la vista hacia la chaqueta y la camisa. A pesar del barro era bien visible una mancha de sangre con un claro orificio en el centro. Si Abberline no se equivocaba, era una herida causada por arma blanca.

No era la primera vez que se encontraba con víctimas de apuñalamiento, por supuesto, y sabía que la gente armada con cuchillos pinchaba y cortaba de la misma forma que golpeaban. En rápidas, múltiples y azarosas acometidas: *zas, zas, zas*.

Pero esta era una única herida, directa al corazón. Lo que podría llamarse una muerte limpia.

Para entonces Abberline vibraba de excitación. Más tarde se sentiría culpable por ello, recordándose que, después de todo, había un hombre muerto implicado, y que en esa situación solo debía sentir pena por él y su familia, y desde luego no excitación. Y sin embargo…

Emprendió un rápido registro del cuerpo, descubriéndolo inmediatamente: un revólver. Cristo, pensó, este era un tipo con un arma que había perdido el combate contra alguien que luchaba con un cuchillo. Volvió a meter el arma en el bolsillo de la chaqueta.

—Necesitaremos sacar el cuerpo de aquí —dijo elevando la voz en dirección a los jefes—. Señores, ¿podrían ayudarme a cubrirlo y colocarlo en una carreta para llevarlo hasta la morgue?

Y, acto seguido, empezó a ascender por la escalerilla, mientras se gritaban las órdenes y un grupo de hombres descendía por otras escalerillas impulsados por distintos grados de ansiedad y agitación. Una vez arriba, Abberline se detuvo para limpiarse sus sucias manos en la parte trasera de sus pantalones, al mismo tiempo que escudriñaba las filas de hombres congregados, preguntándose si el asesino estaría entre ellos admirando su obra. Pero lo único que vio fue una fila tras otra de caras sucias, todas observándole fijamente. El resto aún estaba apiñado alrededor de la boca de la zanja, contemplando cómo el cuerpo era izado y luego depositado en el suelo de la carreta. La lona de esta ondeó cuando fue sacudida y después colocada sobre el cuerpo como una mortaja, ocultando nuevamente el rostro del hombre muerto.

Para entonces había comenzado a llover con intensidad, pero la atención de Abberline se había detenido ante la visión de un hombre, elegantemente vestido, caminando en dirección a ellos por los tablones que cubrían parcialmente el enorme barrizal. No muy lejos, un lacayo avanzaba torpemente llevando una gran carpeta encuadernada en piel, con sus cintas

balanceándose y agitándose mientras trataba infructuosamente de seguir el paso a su amo.

—¡Señor Fowler! ¡Señor Pearson! —llamó el hombre, haciendo un gesto con su bastón, y captando inmediatamente su atención. Todo el lugar se quedó en silencio, pero de una forma diferente. Hubo mucho movimiento de pies. Súbitamente los hombres estaban estudiando atentamente las puntas de sus botas.

«Oh, veamos —pensó Abberline—. ¿Qué tenemos aquí?».

Al igual que Fowler y Pearson, el recién llegado vestía un traje elegante, aunque lo llevaba con más estilo, de una forma que sugería que estaba acostumbrado a atraer las miradas de cualquier mujer con la que se cruzara. No tenía ni rastro de barriga y sus hombros eran cuadrados, no cargados por las preocupaciones y la tensión de sus otros dos colegas. Abberline advirtió que cuando se quitó el sombrero fue para revelar una tupida cabellera que le llegaba casi a la altura de los hombros. Pero aunque su saludo fue caluroso, su sonrisa, un tanto mecánica, desaparecía tan rápido como surgía, sin alcanzar nunca a sus ojos. Aquellas damas impresionadas por su forma de vestir y sus modales deberían pensárselo dos veces al ver la mirada de esos fríos y penetrantes ojos.

Cuando el hombre y su lacayo se acercaron a ellos, Abberline miró primero a Pearson y Fowler, notando la incomodidad en sus ojos y el titubeo de Charles Pearson al presentar al hombre.

—Este es nuestro socio, el señor Cavanagh, director de la Compañía Metropolitana. Es el encargado de supervisar el día a día del funcionamiento de la excavación.

Abberline se frotó la frente pensando para sus adentros: «¿Cuál es su historia entonces?».

—He oído que se ha encontrado un cadáver —dijo Cavanagh. Tenía una gran cicatriz en el lado derecho de la cara, como si alguien hubiera usado un cuchillo para subrayar su ojo.

—Así es, señor —suspiró Pearson.

—Entonces veámoslo —exigió Cavanagh, y un instante después Abberline apartó la lona solo para que Cavanagh sacudiera la cabeza con gesto de no reconocerlo—. No es nadie que yo conozca, gracias a Dios, y,

por su aspecto, diría que tampoco parece uno de nosotros. Será un borracho. Sin duda alguien beodo, como esa pobre alma que está dando una serenata ahí mismo.

Hizo un gesto hacia el otro lado de la valla, donde un hombre de aspecto desarrapado les estaba observando, rompiendo a cantar ocasionalmente mientras sostenía una botella de algo pestilente y putrefacto.

Cavanagh volvió la espalda a la carreta.

—¡Marchant! Ponga a estos hombres a trabajar de nuevo. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

—¡No! —Se escuchó una voz solitaria. Era la voz de la señora Pearson. Dio un paso adelantándose a su marido—. Un hombre ha muerto aquí, y como señal de respeto debemos suspender la excavación por esta mañana.

La sonrisa automática de Cavanagh se activó de golpe. Súbitamente obsequioso, se quitó su alto sombrero de la cabeza e hizo una inclinación.

—Señora Pearson, por favor, discúlpeme, ¡qué desconsiderado por mi parte olvidar que hay tan delicadas sensibilidades presentes! Sin embargo, como vuestro esposo puede atestiguar, a menudo sufrimos contratiempos y me temo que la mera presencia de un cadáver no es suficiente para evitar que los trabajos del túnel continúen.

La señora Pearson se volvió.

—¿Charles?

Por toda respuesta su marido bajó la vista. Sus manos enguantadas manosearon la empuñadura de su bastón.

—El señor Cavanagh tiene razón, querida. Esa pobre alma ha sido retirada; el trabajo debe continuar.

Ella miró inquisitoriamente a su esposo, que desvió la vista; entonces la señora Pearson se recogió las faldas y se dio la vuelta para alejarse de allí.

Abberline la observó marchar, advirtiendo un aire de ligero triunfo en Cavanagh, mientras volvía a la tarea de organizar a Marchant y a los hombres, y la tristeza en el rostro de Charles Pearson, un hombre derrotado, cuando él también se dio la vuelta para partir tras la estela de su mujer.

Mientras tanto, Abberline tenía que llevar el cadáver hasta Belle Isle. Su corazón se encogió al pensarlo. Difícilmente habría un lugar peor en todo el fértil mundo de Dios que ese tugurio de Belle Isle.

Entre los hombres que en ese momento estaban siendo apremiados, engatusados, intimidados y amenazados por el jefe de la obra para que regresaran al tajo, se encontraba un joven trabajador indio que, si bien en la ficha de trabajo figuraba como Bharat, y ese es el nombre que habría dado si alguno de sus compañeros hubiese tenido la curiosidad suficiente de preguntárselo, él se llamaba a sí mismo de otra forma.

Se apodaba a sí mismo El Fantasma.

Nada en la apariencia externa del Fantasma llamaba la atención. Vestía ropas similares a las de otros peones: camisa, pañuelo al cuello, gorra de ferroviario, chaleco y chaqueta de trabajo —si bien no llevaba botas e iba descalzo—, y era un trabajador concienzudo y competente, ni mejor ni peor que cualquier hombre, irreprochablemente correcto si entablabas conversación con él, aunque no especialmente locuaz y ciertamente no de los que gustan iniciar una conversación, pero tampoco de los que la evitan.

Sin embargo, El Fantasma siempre estaba vigilando. Estaba siempre alerta. Había advertido el cadáver y, por fortuna, se encontraba lo suficientemente cerca para poder echar un vistazo antes de que se diera la orden de evacuar la trinchera. También había visto al borracho junto a la valla y, en la conmoción que siguió, había podido captar su mirada y entonces, como respondiendo a una súbita picazón, se había frotado el pecho, un gesto insignificante, prácticamente invisible para nadie más.

Después había observado cómo llegaba Abberline, y también a Cavanagh irrumpiendo en el lugar, y había seguido atentamente cómo se retiraba ligeramente la lona y cómo Cavanagh bajaba la vista al rostro del hombre muerto y ocultaba su mirada de reconocimiento.

¡Oh, qué bueno es!, se vio obligado a reconocer El Fantasma. La capacidad de disimulo de Cavanagh estaba casi a la par de la suya, pero sus ojos habían pestañeado levemente al mirar el rostro. Conocía a ese hombre.

Ahora El Fantasma observó cómo Abberline se marchaba en la carreta, llevándose sin duda el cadáver a Belle Isle.

Y advirtió también cómo poco después de que Abberline se marchara, el borracho se esfumaba.

6

El príncipe Alberto había muerto hacía algunos meses, y aunque su gusto por el pelo facial aún perduraba, su adhesión a la decencia y los buenos modales había fracasado estrepitosamente a la hora de calar en el pueblo en general. Más bien parecía todo lo contrario; un manto sombrío parecía haberse extendido sobre Londres, siniestro y maligno.

Algunos culpaban de ello a la ausencia de la reina, quien, decidida a guardar luto por Alberto, se había marchado a las Tierras Altas para poder hacerlo. Otros decían que había que culpar al hacinamiento, al terrible hedor, a la pobreza y al crimen y, sobre todo, a esos chiflados que creían que la mejor forma de resolver el problema era construyendo un ferrocarril subterráneo. Y otros más decían que de hecho no era al hacinamiento a quien había que culpar, sino que más bien era la construcción de la línea subterránea la que había acarreado el desastre a la ciudad. Este último grupo incluso se permitió señalar que el ferrocarril subterráneo había exacerbado esa superpoblación al expulsar a cientos de inquilinos de sus hogares en Fleet Valley, el mayor suburbio de la ciudad. Lo que era cierto; lo había hecho.

Ah, pero al menos nos hemos deshecho del mayor suburbio de la ciudad, replicaba el primer grupo.

No tanto, se burlaba el segundo. Solo han colocado a otro barrio bajo en primer lugar.

Sed pacientes, rogaba el primer grupo.

No, contestaba el segundo, no lo seremos.

Sentado en el pescante de su carromato, con las riendas sujetas descuidadamente en una mano, Abberline pensaba en cómo aquellos que

estaban en los puestos más altos tomaban decisiones que les afectaban a todos en los clubs y salas de juntas. ¿Y con qué fin? ¿Por un bien mayor? ¿O por su propio beneficio? Un verso de un poema de lord Tennyson sobre la Carga de la Brigada Ligera le vino a la mente: «No hay que preguntarse la razón, sino vencer o morir».

Su carro traqueteaba sobre los raíles en dirección a los altos y puntiagudos edificios de Belle Isle que se distinguían como un sucio borrón en el horizonte. Ya creía percibir el espantoso hedor de los matarifes de caballos, las calderas de huesos, los disolventes de sebo, los productos químicos, los fabricantes de fuegos artificiales y las industrias de fósforos.

A su izquierda, algún pobre iluso había realizado un valiente intento por cultivar un huerto, pero la tierra estaba invadida de malas hierbas que trepaban por la verja de hierro brotando a ambos lados de esta. Al otro lado, unos chiquillos sucios y harapientos corrían por ese erial lanzándose viejas latas unos a otros o correteando en la calle fuera de las casas. En el interior de cada hogar había habitaciones y lavaderos, y por la noche sus dueños y sus inquilinos se hacinaban en su interior, al igual que hacían en el suburbio de Rookery.

El carro pasó por delante de los matarifes de caballos. Por aquel arco entraban los animales vivos, cuyo sentido del olfato y su instinto sin duda debían de prevenirles de lo que les esperaba; y una vez en la fábrica eran sacrificados, su carne hervida en tinas de cobre para usar después como comida de gatos.

Afuera, en los patios, hombres desnudos hasta la cintura utilizaban almádenas para romper los huesos, mientras eran observados por perpetuamente presentes grupos de niños cubiertos con harapos amarillentos a causa del sulfuro que inundaba el aire.

Abberline distinguió un grupo que obviamente se había cansado de mirar —después de todo, no era una actividad que tuviera gran variedad—, y había decidido organizar una partida de críquet. Sin el equipamiento necesario, habían improvisado un bate con un trozo del armazón de una cama, mientras que la bola era… Abberline se estremeció. Oh, Dios mío. Estaban usando la cabeza decapitada de un gatito.

Estaba a punto de gritarles y urgirles a que, por piedad, utilizaran cualquier otra cosa como pelota, cuando advirtió a un mozalbete que se había alejado del grupo y se había parado delante del carro obligándole a detenerse.

—Oye —le increpó, blandiendo una indignada mano hacia el joven rufián—, este es un asunto policial. Apártate del maldito camino.

Pero el desaliñado golfillo no se movió.

—¿A dónde se dirige, señor? —preguntó, agarrando la cabeza del caballo con ambas manos y acariciándola. La visión ablandó ligeramente el corazón de Abberline, que olvidó su enojo mientras el chico pasaba sus dedos por las orejas del animal, disfrutando de la rara intimidad del momento: chico y caballo—. ¿A dónde se dirige, señor? —repitió el muchacho, apartando sus ojos del animal y volviendo su pícara mirada hacia Abberline—. No creo que vaya al matadero con este, espero. Diga que no es así.

Por su visión periférica Abberline percibió movimiento y se volvió para ver a otros tres jóvenes pilluelos reptando por debajo de la valla y acercándose a la calzada por detrás. «Déjales —pensó—. No hay nada de valor ahí atrás». Nada salvo un cadáver empapado y la lona.

—No te preocupes por eso, hijo. Voy camino del depósito con un cadáver en el remolque.

—Un cadáver, ¿no es eso? —La voz venía de atrás. De uno de los recién llegados.

Un par de chicos más acababan de llegar. La pequeña multitud se apiñó alrededor.

—Oye tú, aparta de ahí —advirtió Abberline—. No hay nada de tu interés.

—¿Podemos echar un vistazo, señor?

—No, maldita sea, pues claro que no —vociferó por encima de su hombro—. Y ahora salid de aquí si no queréis probar la punta de mi porra.

El primer chico continuó acariciando al caballo, y levantó la cabeza para volver a hablar con Abberline.

—¿Por qué está involucrada la policía, señor? ¿Acaso este tuvo un sucio final?

—Podría decirse así —replicó Abberline, ahora impaciente—. Échate a un lado, hijo, y déjame pasar.

El carro se meneó y rebotó, y él estaba a punto de volverse para regañar a los chicos que obviamente estaban tratando de echar un vistazo bajo la lona, pequeños diablos morbosos, cuando volvió a zarandearse de nuevo y esta vez Abberline, irritado y queriendo salir cuanto antes del infierno de Belle Isle, sacudió las riendas con decisión.

—Adelante —ordenó. Si el chico se quedaba en medio, bueno, no era asunto suyo.

Empezó a avanzar y el chiquillo se vio obligado a echarse a un lado. Al pasar, Abberline bajó la vista y vio al joven golfillo mostrarle una sonrisa inescrutable.

—Buena suerte con su cadáver, señor —dijo, llevando un nudillo a su guedeja en un gesto burlón, si bien Abberline decidió ignorarlo. A cambio se limitó a gruñir y volvió a sacudir las riendas, fijando su vista adelante. Pasó por delante de las últimas casas hasta la verja del depósito de cadáveres, donde carraspeó ostensiblemente para llamar la atención de un adormilado empleado que estaba echando una cabezada en una silla de madera y que se quitó el sombrero antes de dejarle entrar en el patio.

—¿Qué tenemos por aquí? —preguntó un segundo trabajador del depósito emergiendo por una puerta lateral.

Abberline se había apeado del carro. En la entrada, el dormilón estaba cerrando las verjas, dejando tras él el suburbio de Belle Isle como una negruzca huella de pulgar en una ventana.

—Un cuerpo que necesito mantener en frío para el forense —replicó Abberline, sujetando las riendas mientras el ayudante se acercaba a la parte trasera del remolque, alzaba la lona para mirar dentro y volvía a bajarla.

—Necesitas ir al matadero —declaró sencillamente.

—¿Cómo dices? —preguntó Abberline.

El ayudante suspiró y se secó las manos en su delantal.

—A menos que esta sea tu idea de una broma, necesitas el condenado patio del matadero, es lo que he dicho.

Abberline palideció, y entonces evocó su encuentro con los chiquillos del suburbio y la forma en que su carro había sido sacudido, recordando

cómo su atención había sido distraída, astutamente quizá, por el chico que acariciaba el cuello del caballo.

Y, efectivamente, cuando se acercó a la parte trasera del carro y retiró la lona, se encontró con que el cadáver de la trinchera había desaparecido: en su lugar había un poni muerto.

7

Cada noche El Fantasma hacía el mismo recorrido de vuelta a casa, a lo largo de New Road, pasando por delante de la iglesia de Marylebone. En el patio de la misma, entre las deterioradas y descuidadas lápidas había una en particular que solía observar siempre que pasaba.

Si la piedra estaba totalmente vertical, como sucedía la mayoría de las tardes, eso significaba que no había mensajes. Si estaba inclinada hacia la derecha, significaba peligro. Solo eso: peligro. Quedaba a juicio del Fantasma aventurar de qué clase de peligro se trataba.

Sin embargo, si estaba inclinada hacia la izquierda significaba que su instructor quería verle: a la hora de costumbre en el lugar de costumbre.

Entonces, tras haber hecho esa comprobación, El Fantasma emprendía su caminata de ocho kilómetros de vuelta a casa, a Wapping, el lugar donde vivía en el Túnel del Támesis.

El túnel había sido considerado en su día una de las grandes maravillas del mundo, e incluso, al nivel de la calle, se recortaba como una imponente silueta entre los inmuebles que lo rodeaban: un edificio de mármol con una torre de planta octogonal que hacía de vestíbulo de entrada. Al penetrar a través de las puertas que nunca se cerraban, cruzó el suelo de mosaicos en dirección a un edificio lateral, la garita del vigilante. Durante el día los peatones tenían que pagar un penique para atravesarla y alcanzar los escalones que bajaban hasta el túnel, pero no de noche. El torniquete de bronce para entrar estaba cerrado, pero El Fantasma saltó por encima, al igual que hacía todo el mundo.

En los peldaños de mármol que descendían en espiral hasta el interior del foso se había formado una capa de hielo, de modo que bajó con más

cuidado del habitual hasta la primera plataforma, y luego a la siguiente para alcanzar finalmente el fondo del foso —la gran rotonda, a una profundidad superior a los ochenta metros—. En su momento había sido un vasto y opulento espacio, ahora era solamente vasto. Los muros estaban sucios, las estatuas destartaladas. Los años habían dejado su huella.

Aun así, era todavía un espectáculo digno de verse: con nichos integrados en las ennegrecidas paredes de estuco. Dentro de cada recoveco, enroscados bajo sus sacos, dormía la gente de la rotonda: nigromantes, adivinos y malabaristas que durante el día desplegaban su negocio ante aquellos que visitaban el túnel, el famoso Túnel del Támesis.

El Túnel del Támesis, el primero en su categoría en el mundo, se extendía desde Wapping por debajo del río hasta Rotherhithe, habiéndose tardado quince años en construirlo, y casi acabando con el prestigio del señor Marc Brunel y con la vida de su hijo Isambard, que estuvo a punto de ahogarse en una de las múltiples inundaciones que lo asolaron durante su construcción. Padre e hijo habían confiado en ver el túnel utilizado por carruajes conducidos por caballos, pero su obra se había quedado a medias debido al alto coste y, en su lugar, se convirtió en una atracción turística; los visitantes pagaban un penique para caminar a lo largo de sus trescientos veinte metros de largo, mientras todo un negocio subterráneo surgía para servirles.

El Fantasma dejó el vestíbulo para adentrarse en la oscura boca del túnel, sus dos arcos apuntando hacia él como los cañones de una pistola. Era ancho y de techo alto, pero los muros de ladrillo que se extendían por todo lo largo hacían que pudiera escucharse el eco de sus pisadas, mientras que el súbito cambio en la atmósfera le hizo más consciente de la oscuridad. Durante el día, cientos de lámparas de gas desterraban esa penumbra, pero de noche la única iluminación provenía de las titilantes velas de aquellos que habían hecho del túnel su casa: comerciantes, místicos, bailarines y domadores de animales, cantantes, payasos y vendedores callejeros.

Se decía que dos millones de personas al año se daban un paseo por el túnel como venían haciendo desde que se había abierto diecinueve años atrás. Una vez que encontrabas sitio en él no lo dejabas, por miedo a que algún otro inquilino pudiera quitártelo en tu ausencia.

El Fantasma desplazó su vista sobre los cuerpos dormidos de los comerciantes y artistas al pasar junto a ellos, sus pisadas resonando en el suelo de piedra. Escudriñó los nichos y pasó su farol sobre aquellos que dormían bajo los arcos que enmarcaban cada tramo a lo largo del túnel.

Una estricta jerarquía operaba dentro del mismo. Los comerciantes ocupaban las plazas junto a la boca. Un poco más lejos, los indigentes, los sin techo, los vagabundos y los miserables; y más lejos aún, los ladrones, criminales y fugitivos.

Al llegar el día, los comerciantes, que tenían un interés personal en que el túnel estuviera despejado de mendigos y lo más higiénico posible, se ofrecían con entusiasmo para ayudar a los polizontes a despejar el lugar. Los delincuentes y los fugitivos se habían marchado ya amparados por la oscuridad de la noche. El resto, vagabundos, mendigos y prostitutas, aparecían gruñendo y entornando los ojos ante la claridad, aferrando sus pertenencias, nuevamente dispuestos a pasar otro día de supervivencia sin nada.

El farol del Fantasma pasó sobre una figura que dormía en la oscuridad de un nicho. El siguiente estaba vacío. Balanceó la llama para iluminar los arcos de esa sección del túnel y vio que estos también estaban vacíos. Sintió la ínfima luz desvanecerse tras él, el resplandor emitido por su farol tan repentinamente débil que bailaba misterioso sobre el ladrillo.

Del interior de la oscuridad surgió un ruido sordo y alzó la luz para descubrir a una figura acurrucada en un nicho delante de él.

—Hola, señor Bharat —dijo el chico en un susurro.

El Fantasma se acercó a él, buscando entre su ropa un grueso mendrugo de pan que se había guardado poco antes. «Hola, Charlie», contestó, tendiéndoselo. El chico se estremeció ligeramente, demasiado acostumbrado a los palmetazos y puñetazos de los mayores, y luego aceptó el pan, mirando fijamente al Fantasma con ojos agradecidos y dando cauteloso un primer mordisco.

Hacía lo mismo cada noche. El mismo estremecimiento. La misma precaución. Y cada noche El Fantasma, que no sabía nada del pasado del chico, más allá de que implicaba violencia y abuso, le sonreía y decía: «Te veo mañana por la noche, Charlie. Cuídate», y dejaba al chico en su nicho,

su corazón partiéndose en dos mientras se adentraba todavía más en el túnel.

Se detuvo de nuevo. Allí, en otro nicho, yacía un hombre con una pierna rota a causa de una caída en uno de los escalones helados de la rotonda. Fue El Fantasma quien se la curó y, al acercarse para comprobar que su tablilla seguía en su lugar y la pierna en proceso de curación, contuvo la respiración ante el fuerte hedor a pis y excrementos.

—Eres un buen tipo, Bharat —gruñó su paciente.

—¿Has comido? —preguntó El Fantasma, examinando la pierna. No se consideraba un hombre de delicada sensibilidad, pero aun así el olor de Jake era muy desagradable.

—Maggie me trajo un poco de pan y fruta —contestó Jake.

—¿Qué haríamos sin Maggie? —se preguntó en voz alta El Fantasma.

—Moriríamos, hijo, es lo que haríamos.

El Fantasma se enderezó y fingió mirar al fondo del túnel para poder inhalar una buena bocanada de aire no contaminado, por decirlo llanamente.

—La pierna tiene buen aspecto, Jake —comentó—. Un par de días más y podrás darte un baño.

Jake soltó una carcajada.

—¿Tan terrible es?

—Sí, Jake —respondió El Fantasma, dándole unas palmaditas en el hombro—. Me temo que es aún peor.

El Fantasma se marchó, y continuó adentrándose en el túnel, hasta que llegó al último de los nichos utilizados para dormir. Allí era donde él y Maggie se quedaban. Maggie tenía sesenta y dos años, y era lo suficientemente mayor como para ser su abuela, pero se cuidaban el uno al otro. El Fantasma conseguía comida y dinero, y cada noche enseñaba a Maggie a leer a la luz de una vela.

Maggie, por su parte, era la madre del túnel, una demagoga portavoz del Fantasma cuando este lo necesitaba, y una intimidante y temible figura con la que era mejor no bromear.

Más allá de ese punto pocas personas se atrevían a adentrarse. Más allá de ese punto estaba la oscuridad, y no era casualidad que El Fantasma hubiera hecho de aquel sitio su casa. Se había instalado ahí como una

especie de guardián de frontera, protegiendo a aquellos que dormían en el túnel de los bellacos y criminales, de los infractores de la ley y fugitivos que buscaban refugio en sus oscuras regiones.

Antes de su llegada, los malhechores se aprovechaban de aquellos que vivían en el túnel. Había llevado su tiempo. Se había derramado sangre. Pero El Fantasma había puesto fin a todo aquello.

8

La noche en que El Fantasma se encontró por primera vez con Maggie, había seguido su ruta de costumbre para volver a casa, si es que podía llamarse «casa» a ese rincón, el lugar donde descansaba en el túnel.

Ocasionalmente, mientras caminaba, dejaba vagar su mente de vuelta a su verdadero hogar, Amritsar, en la India, donde había crecido.

Recordaba haber pasado su infancia y adolescencia recorriendo los terrenos de la casa de sus padres y luego los «katras», las diferentes zonas de la ciudad. La memoria suele jugar esas pasadas, hace que las cosas parezcan mejores o peores de lo que son en realidad, y El Fantasma era muy consciente de ello. Sabía que corría el peligro de idealizar su infancia. Después de todo, qué fácil hubiera sido olvidar que Amritsar, a diferencia de Londres, aún no había instalado un sistema de alcantarillado y que por tanto raramente olía a jazmín y a las hierbas que tan vivamente recordaba. Podría olvidar que esas calles amuralladas, que tan grandes le parecían en sus recuerdos, habían albergado a personajes tan indeseables como en cualquier otra parte de la India. Posiblemente el sol no bañaba en realidad toda la ciudad con su luz dorada tanto de día como de noche, calentando la piedra, haciendo resplandecer las fuentes o dibujando sonrisas en los rostros de aquellos que habían hecho de la urbe su hogar.

Posiblemente no. Pero así era en todo caso como lo recordaba, y si era sincero así era como prefería recordarlo. Esos recuerdos le mantenían confortable en el túnel durante la noche.

Su nombre de nacimiento era Jayadeep Mir. Como cualquier niño idolatraba a su padre, Arbaaz Mir. Su madre solía decir que su padre olía a desierto y así es como lo recordaba también El Fantasma. Desde muy

temprana edad, Arbaaz le había contado a Jayadeep la grandeza que le esperaba en el futuro, y que algún día sería un venerado Asesino, haciendo que ese futuro sonara tan emocionante como inevitable. En los reconfortantes confines del amor del hogar de sus padres, Jayadeep había crecido teniendo esa gran certeza.

Arbaaz disfrutaba contando historias tanto como Jayadeep lo hacía oyéndolas, y la mejor de todas era la historia de cómo Arbaaz había conocido a su mujer, Pyara. En su relato, Arbaaz y su joven sirviente mudo, Raza Soora, habían tratado de encontrar el diamante Koh-i-Noor, la Montaña de Luz. Fue en uno de esos intentos por recuperar el diamante del Palacio Imperial cuando Arbaaz conoció a Pyara Kaur, nieta de Ranjit Singh, el fundador del imperio Sikh.

El diamante Koh-i-Noor era lo que llamaban un Fragmento del Edén, esos artefactos distribuidos por todo el globo terráqueo que constituían los únicos restos de una civilización que precedió a la actual.

Jayadeep conocía su poder porque sus padres lo habían visto por sí mismos. Arbaaz, Pyara y Raza estaban allí la noche que el diamante fue activado. Los tres pudieron contemplar el celestial espectáculo de luces. Al hablar de lo que habían presenciado, sus padres fueron muy francos sobre el efecto que tuvo en ellos. Lo que habían visto les había hecho más devotos y más fervientes en su convencimiento de que semejante poder nunca debía ser ostentado por sus enemigos, los Templarios. Y así se lo inculcaron a su hijo.

Por aquel entonces, poder crecer en una ciudad como Amritsar, bañada de oro por el sol, y ser tutelado por un padre que para él era como un dios, hacían imposible concebir que Jayadeep algún día fuera llamado El Fantasma, y se escondiera en un gélido y oscuro túnel, solo en el mundo, venerado por nadie.

Su entrenamiento había comenzado cuando tenía cuatro o cinco años de edad, y aunque era un trabajo físicamente exigente nunca le había parecido gravoso; no se había quejado nunca ni había hecho novillos, y todo por una sencilla razón: era bueno en ello.

No, mucho más que eso. Era excelente. Desde el día en que le tendieron su primera arma de entrenamiento de madera, un cuchillo kukri, había

demostrado poseer un don natural. Jayadeep estaba tan dotado para el combate como rara vez se había visto en la Hermandad india. Era extraordinario, casi sobrenatural, rápido en el ataque, y con una reacción en defensa mayor de la habitual; poseía un tremendo poder de observación y anticipación. De hecho, era tan bueno que su padre se vio obligado a buscarle otro tutor.

Y así fue como Ethan Frye entró en la vida del chico.

Conocer a Ethan estaba entre sus primeros recuerdos: un hombre de mirada cansada y melancólica cuyas prendas occidentales parecían colgar pesadamente de él mucho más que aquellas de su padre. Siendo solo un niño, carecía de la inclinación o la iniciativa para preguntar detalles sobre Ethan Frye. Por lo que a él concernía, el Asesino de más edad bien podía haber venido del cielo, cayendo en la tierra como un ángel descorazonado llegado para mancillar su, por otro lado, idílica existencia.

—¿Entonces este es el chico? —preguntó Ethan.

En ese momento estaban sentados en el patio en sombra, el clamor de las calles deslizándose por encima del muro y uniéndose al canto de los pájaros y al suave gorgoteo de la fuente.

—Este es ciertamente el chico —dijo Arbaaz orgulloso—. Este es Jayadeep.

—Un gran guerrero, dices.

—Un gran guerrero en ciernes, o al menos eso creo. Yo mismo he estado entrenándolo y quedándome asombrado, Ethan, impresionado por sus aptitudes naturales. —Arbaaz se levantó, y Jayadeep pudo distinguir dentro de la casa, a sus espaldas, a su madre, viéndolos a los dos a la vez. Por primera vez, quizá debido a la presencia de ese brusco extranjero, fue consciente de su belleza y gracia. Los vio como a personas más que como a sus padres.

Sin apartar los ojos del chico, Ethan Frye juntó sus manos sobre su vientre y habló a Arbaaz por encima de su hombro.

—¿Sobrenatural en sus habilidades, dices?

—Así es, Ethan, sí.

Los ojos seguían fijos en Jayadeep.

—Sobrenatural, ¿eh?

—Siempre pensando dos o tres movimientos por delante —contestó Arbaaz.

—Como debe ser.

—¿Con seis años de edad?

Ethan volvió a fijar su mirada en Jayadeep.

—Es un tanto precoz, lo admito, pero…

—Sé lo que vas a decir. Que hasta ahora ha estado entrenando conmigo y como padre e hijo compartimos naturalmente un vínculo y que quizá, solo quizá, estoy exhibiendo ciertos conocimientos que le otorgan ventaja, ¿no?

—Se ha cruzado por mi cabeza, sí.

—Bueno, para eso estás aquí. Quiero que te encargues del adiestramiento de Jayadeep.

Intrigado por el chico, Ethan Frye accedió a la petición de Arbaaz y desde ese día estableció su residencia en la casa, entrenando al chico en el manejo de la espada.

El niño, sin entender apenas lo que había traído a Ethan hasta allí, al principio se sintió confuso por las rudas maneras de su nuevo tutor y su tono brusco. Jayadeep no era de los que responden a una instrucción regida por la disciplina, por lo que les costó algunos meses establecer una relación tutor-pupilo que no estuviera basada en agrias discusiones (Ethan), ásperas palabras (Ethan) y lágrimas (Jayadeep).

De hecho, durante un tiempo, Jayadeep creyó que simplemente no le caía bien a Ethan Frye, lo que supuso algo parecido a un choque de culturas. El muchacho era guapo y carismático. No sabía prácticamente nada del mundo de los adultos y, aunque permanecía ignorante de conceptos tales como el encanto y la persuasión, era instintivamente adepto a ser tanto encantador como persuasivo, capaz de hacer girar a su antojo a su familia y su casa alrededor de su dedo meñique, al menos en apariencia. Era la clase de niño al que los mayores siempre quieren achuchar. Nunca hubo un cabello infantil más constantemente acariciado por los hombres, sus mejillas rara vez estaban más de media hora sin que alguna de las mujeres de la casa alabara su sonrisa y le plantara un beso, inhalando al mismo tiempo el fresco olor del niño y regocijándose silenciosamente en la suavidad de su piel.

Era como si Jayadeep fuera una droga de la que todos los que le conocían se hubieran vuelto adictos.

Todos excepto Ethan, que lucía permanentemente una expresión meditabunda y preocupada. Es cierto que ocasionalmente la luz parecía volver a él, y cuando lo hacía Jayadeep creía apreciar algo del «antiguo» o tal vez del Ethan «real», como si hubiera diferentes Ethan luchando por asomarse desde detrás de esa tristeza. Por lo demás, parecía que, fuera lo que fuese que tuviera Jayadeep para intoxicar a otros mayores, simplemente no surtía efecto en su tutor.

Esos fueron los inestables cimientos en los que se asentó su tutoría: Ethan, con su trato sombrío; Jayadeep confuso por este nuevo tipo de adulto que no le colmaba de afecto y halagos. Oh, por supuesto, Ethan se vio obligado a hacer grandes elogios de las habilidades de Jayadeep en el combate. ¿Cómo no hacerlo? Jayadeep sobresalía en todos los aspectos del oficio de Asesino y, al final, fue esto, más que cualquier otra cosa, lo que forjó su relación, porque si hay algo que un experimentado Asesino puede admirar y apreciar, e incluso aprender a disfrutar, es a un prometedor iniciado. Y Jayadeep ciertamente lo era.

De modo que, a medida que los años pasaban, maestro y pupilo entrenaban a la sombra de los árboles del patio, discutiendo la teoría junto a las fuentes, y luego poniendo en práctica sus enseñanzas por las calles de la ciudad. Era como si Ethan comenzara a descongelarse ante el joven a su cargo, y cuando habló de dejar al chico pasar de la madera al acero hubo una inconfundible nota de orgullo en su voz.

Por su parte, Jayadeep comenzó a aprender algo más sobre su reflexivo mentor. Lo suficiente, de hecho, para comprender que «melancólico» no era el adjetivo correcto, y que «atormentado» era más adecuado. Incluso a su corta edad ya era notablemente intuitivo.

Y lo que es más, llegó un día en que escuchó a las mujeres hablando en la cocina. Él y Ethan habían estado practicando un ejercicio sobre deslizarse furtivamente por los terrenos de la casa, y Ethan le había ordenado que regresara con información obtenida usando esos medios encubiertos.

Años después, al recordar ese período de formación, El Fantasma había comprendido que enviar a un niño pequeño a obtener información

encubierta era un plan plagado de trampas, y una de ellas, no la menor, era que el niño pudiera captar algo inadecuado para sus jóvenes oídos.

Lo que según resultó, fue exactamente lo que pasó.

Como supo más tarde, Ethan, pese a las apariencias externas, estaba dispuesto a tomar una extraña y súbita decisión, además de poseer lo que podría llamarse un agudo sentido de la travesura, y pensándolo en retrospectiva, puede que las instrucciones de Ethan para el ejercicio fueran la primera vez que Jayadeep veía una manifestación de esas cualidades en su tutor.

De modo que el muchacho se marchó para poner en práctica su ejercicio de espionaje y dos horas más tarde se reunió con Ethan en la fuente. Tomó asiento en la piedra al lado de su maestro que mostraba su expresión pensativa habitual, prefiriendo no reconocer la presencia de Jayadeep, según tenía por costumbre. Como todo lo que rodeaba a Ethan, a Jayadeep le había llevado algún tiempo acostumbrarse a ello, pues hacerlo implicaba el proceso de pasar primero de sentirse ofendido a estar confuso y, por último, aceptar que esa falta de cariño era en sí misma una medida de la familiaridad que ambos compartían, esos dos hombres tan alejados en edad y cultura. Uno de ellos un Asesino experto, el otro entrenándose para convertirse en uno.

—Dime, mi querido muchacho, ¿qué has aprendido? —preguntó Ethan.

Que Ethan llamara a Jayadeep «mi querido muchacho» era un paso relativamente nuevo. Uno que complació a Jayadeep.

—He aprendido algo sobre usted, maestro.

Puede que entonces Ethan lamentara haber enviado al muchacho en esa misión concreta. Es difícil imaginar que lo hubiese planeado, pero ¿quién podía saber lo que ocupaba la mente de Ethan Frye? ¿Quién podría saberlo nunca? El chico no tenía forma de saberlo, pero, como un ansioso pupilo y alguien instruido en la observación, observó de cerca a su tutor buscando indicios de que tal vez le hubiera ofendido o hubiera traspasado una línea.

—¿Eran chismorreos lo que has escuchado, hijo?

—¿Chismorreos, maestro?

—Chismorreos significa chismes, y como siempre te he dicho, los chismes pueden ser una herramienta de información muy poderosa. Has

hecho bien en recopilar lo que has podido de lo que escuchaste.

—¿No está enfadado?

Una especie de mirada apacible cruzó las facciones de Ethan. Como si algún sentimiento de confusión interna se hubiera depositado para quedarse.

—No, Jayadeep —contestó—, no estoy enfadado contigo. Por favor, dime lo que has escuchado.

—Tal vez no le guste.

—No lo dudo. Pero continúa de todos modos.

—Las mujeres estaban diciendo que tenía una esposa en Inglaterra pero que murió al dar a luz a sus dos hijos.

Fue como si el patio se quedara inmóvil mientras el chico esperaba la respuesta del maestro.

—Es cierto, Jayadeep —respondió Ethan después de un momento, exhalando lo que casi sonó como un suspiro—. Y cuando traté de mirar a mis hijos, Evie y Jacob, me di cuenta de que no podía. Al aceptar la invitación a la India, supongo que puede decirse que hui, Jayadeep. Hui de mi casa en Crawley, y de mis hijos, para venir aquí y abrasarme bajo el sol contigo.

Jayadeep pensó en su propia madre y en su padre. Pensó en el amor y afecto que derramaban sobre él y su corazón se encogió por esos dos niños. No dudaba que estuvieran bien cuidados, pero incluso así carecían del amor de su padre.

—Pero no será por mucho tiempo —dijo Ethan, como si estuviera leyendo la mente de Jayadeep. Se levantó—. Voy a volver a Inglaterra, a Crawley, a Jacob y a Evie. Primero me aseguraré de que prosperas con el acero; no me daré por satisfecho hasta que estés listo para el combate, y entonces regresaré a casa y allí, Jayadeep, haré lo que creo que debería haber hecho desde el primer momento: seré un padre para mis dos hijos.

Las palabras de Ethan estaban cargadas de tanto significado que Jayadeep, a pesar de toda su intuición, no fue capaz de captarlas. A su manera, Ethan estaba confesando a Jayadeep que su amistad con el chico había despertado un instinto paternal desconocido desde la muerte de su esposa. A su manera, Ethan estaba dándole las gracias.

Jayadeep, sin embargo, se quedó con la palabra «combate».

Y no fue hasta algún tiempo después de eso —de hecho, una vez que el muchacho hizo la transición de la madera al acero—, cuando Ethan descubrió que el chico tenía una debilidad. Una seria debilidad.

9

La noche en que conoció a Maggie, El Fantasma volvía a casa, a su rincón en el túnel, cuando pasó ante el patio de la iglesia de Marylebone, como hacía siempre, y al echar un vistazo para comprobar el ángulo de la lápida, como hacía siempre, llamó su atención algo que sucedía en el cementerio.

Estaba oscuro, por supuesto —todo había sucedido hacía casi un año, cuando los días eran tan cortos como ahora—, y también entonces hacía frío, el tipo de noche en la que nadie se queda merodeando por la oscuridad del jardín trasero de una iglesia, salvo que tenga una muy buena razón para merodear por un oscuro patio de iglesia.

Sin embargo, nadie tenía asuntos en el patio oscuro de una iglesia en una noche como esa. No, a menos que se tratara de algún asunto turbio.

Y efectivamente, por lo que El Fantasma pudo escuchar se trataba de un asunto de lo más turbio.

Se detuvo en el sendero junto al murete de la iglesia para escuchar. Y decidió que en una escala de maldad, con algo no muy malo en su grado más bajo (fornicación, tal vez: una proposición de negocios consensuada llevada a cabo entre una prostituta y su cliente), lo que estaba escuchando superaba con mucho el nivel más alto. Y lo que escuchó fue el sonido de varios hombres —El Fantasma supo al instante que eran cinco individuos —, algunos de los cuales reían y urgían a los otros a seguir, así como el sonido de la violencia, de botas utilizadas de una forma que su inocente fabricante nunca hubiera deseado, y, por encima de todo, el sonido de una mujer —reconoció al momento que era una mujer— doliéndose. Con un gran padecimiento.

Por supuesto, hubo gente que pasó y que sin duda debió de escuchar la conmoción en el patio trasero, el sonido inconfundible de una mujer gritando y pidiendo piedad mientras la molían a palos, pero fue únicamente El Fantasma quien se detuvo. No debió haberlo hecho. Su cometido era pasar desapercibido todo el tiempo. Pero se detuvo porque era un Asesino, aún era un Asesino, entrenado por Arbaaz Mir y Ethan Frye, imbuido en los valores de la Hermandad.

Y que le condenaran si decidía pasar de largo mientras cinco hombres se divertían pegando a una mujer.

Saltó por encima del murete de piedra que hacía de límite con el patio y se adentró en la penumbra. Los ruidos continuaron. Las voces ebrias y escandalosas de los hombres divirtiéndose. Por sus acentos El Fantasma pudo discernir que dos de ellos eran caballeros, y los otros tres de clase indeterminada.

Entonces vio el resplandor de los faroles y pudo entrever un claro en la sombra de la enorme iglesia, donde había dos hombres bien vestidos y una figura en el suelo.

—¿Cómo llamas a esto? —decía uno de ellos mientras permanecía a horcajadas sobre la mujer, abofeteándole la cara, y el segundo hombre se reía y echaba un trago de una petaca.

En primer plano había tres hombres corpulentos, todos llevando bombín. Permanecían de espaldas a los dos caballeros y a su víctima. Guardaespaldas. Al ver al Fantasma sortear las tumbas en dirección a ellos se tensaron. Arbaaz y Ethan le habrían aconsejado una intrusión sigilosa; El Fantasma habría podido matar a cualquiera de ellos antes siquiera de que hubieran tenido posibilidad de reaccionar. Pero lo que vio había despertado en él una rabia primitiva, un sentido de justicia superior, y buscaba un enfrentamiento. Quería que se hiciera justicia y que esa justicia se viera ejecutada.

—Lárgate, amigo —dijo uno de los guardaespaldas que tenía los brazos cruzados—. Aquí no hay nada que ver.

Los otros dos escoltas se habían movido. Uno de ellos tenía las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. El otro las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—Dejad que se vaya la mujer —dijo El Fantasma.

Los dos caballeros habían detenido su juego, apartándose de la ensangrentada y postrada mujer. Liberada, esta soltó un gemido mezcla de dolor y alivio y rodó hacia un lado, sus faldas arrebujadas en torno a sus piernas, la cara manchada de sangre tras un mechón de cabello revuelto. Una pobre y lastimosa criatura, que parecía tener unos sesenta años.

—Apartaos lejos de ella —ordenó El Fantasma.

Uno de los encopetados petimetres soltó una risa tonta y pasó la petaca al segundo hombre, cuyos ojos centellearon con gozo cuando se la llevó a la boca y le dio un buen sorbo. Ambos mostraban expresión expectante como si anticiparan el principio de un entretenido espectáculo. Ahí plantado, un hombre solo contra cinco, El Fantasma confió en no defraudarles.

Pero también confió en que todas esas hermosas ideas de hacer justicia no le hubieran llevado a dar un bocado más grande del que podía tragar.

El primer guardaespaldas levantó el mentón y habló de nuevo, sus palabras cayendo como piedras en el ahora silencioso patio de la iglesia.

—Vete de aquí, amigo, antes de que lo hagamos por ti.

El Fantasma le miró fijamente. Los miró a todos.

—Me marcharé cuando esté seguro de que la mujer no sufrirá más daño…

—Bueno, eso…

—Y cuando esté seguro de que los dos hombres que le han hecho esto hayan recibido suficiente castigo.

Los otros dos guardaespaldas rompieron a reír, pero el líder les detuvo con una mano.

—Bueno, verás, eso no va a pasar, porque ¿ves a estos dos caballeros de aquí? Han pagado generosamente por mis servicios y los de mis dos compadres, concretamente para garantizar que no les suceda nada malo mientras visitan las zonas menos acomodadas de la gran capital de esta nación, si entiendes lo que digo. Para llegar a ellos tienes que pasar por encima de nosotros, y como puedes ver, eso no va a ocurrir.

Tras ellos, los dos petimetres que buscaban divertirse volvieron a reír pasándose la petaca del uno al otro, y disfrutando del espectáculo, un aperitivo que precedía al plato principal. Ambos eran endebles y estaban

borrachos, y El Fantasma sabía que podría derrotarlos con una mano atada a su espalda, pero…

Lo primero eran los guardaespaldas. El abrigo del número tres estaba desabrochado, sus manos aún enlazadas a la espalda. O bien llevaba un revólver o un alfanje pegado a su costado. Parecía peligroso pero también demasiado relajado, demasiado confiado.

Lo mismo sucedía con el número dos. Llevaba un guardapolvo bien abotonado que le cubría hasta los tobillos, y aunque su mano izquierda estaba flexionada en el bolsillo de su abrigo, la derecha permanecía inmóvil, lo que significaba que sujetaba una porra o un cuchillo en ella.

Bien. Para empezar, ese abrigo no era muy apropiado para el combate cuerpo a cuerpo y, en segundo lugar, había mostrado al Fantasma por dónde aparecería su arma. Por esas dos razones decidió atacarlo a él primero. Sería más fácil de superar y necesitaba un arma. Esperaba que fuera un cuchillo.

El número uno era más listo. No creía que un atacante solitario quisiera enfrentarse a cinco hombres sin tener una buena razón. Había mantenido sus brazos cruzados sobre el pecho y posiblemente llevara un arma enfundada en el hombro, pero sus ojos escrutaban la zona detrás del Fantasma buscando algún tipo de refuerzos que pudieran estar ocultos.

Cuando no descubrió nada, contempló al Fantasma con mayor interés, suspicacia y aprehensión, adivinando lo que sus colegas ni siquiera sospechaban: que ese tipo indio estaba empleando algún tipo de táctica. Que era más de lo que parecía a simple vista. El número uno era más espabilado. Sería el más difícil de batir.

El Fantasma había terminado de calibrarlos. Deseó tener un kukri en una mano y llevar su hoja oculta acoplada a la otra muñeca. De ser ese el caso, el resultado de la pelea no hubiera ofrecido la menor duda. Más aún, habría concluido unos instantes antes. Pero incluso así tenía confianza en poder ganar. Había algunos factores a su favor: que sus contrarios le estaban subestimando; que él mismo estaba disgustado y especialmente motivado; que estaba altamente entrenado y era muy hábil y rápido, habiendo calculado la distancia, su entorno y sus oponentes.

Y ahora descubrió algo más a su favor. Porque, en cuanto el número uno comenzó a hablar, pronunciando las palabras: «Te doy una última

oportunidad, muchacho…», El Fantasma se aprovechó del factor sorpresa.

Y atacó.

El número dos aún estaba intentando sacar la mano del bolsillo de su abrigo cuando El Fantasma estampó su frente contra la nariz del tipo. Ese golpe —un «truco sucio» que Arbaaz nunca había aprobado pero al que Ethan era muy aficionado— tuvo la ventaja de provocarle un dolor masivo, instantáneo, una pérdida traumática de sangre, además de una ceguera temporal y confusión. Durante los primeros momentos cruciales de la pelea, el número dos quedó incapacitado. Estaba fuera de juego, incapaz de resistir, cuando El Fantasma se giró y hundió un codo en su pecho hasta dejarle sin respiración, mientras su otra mano hurgaba en los bolsillos del abrigo y encontraba… una porra. *Maldición*.

Pero al menos tenía algo contundente, y sacándola del abrigo la balanceó hacia atrás en la otra dirección, y la porra de cuero negro impactó en la sien del vacilante número dos. El Fantasma la soltó con dureza, con todas sus fuerzas, que eran muchas, y el golpe casi levantó la tapa de los sesos del hombre.

El otro hombre, el número tres, había estado buscando algo dentro de su abrigo, pero El Fantasma nunca llegó a saber lo que había en su interior. La mano del hombre aún seguía dentro del abrigo cuando se tambaleó hacia un lado con sus labios boqueando como pez fuera del agua. Las bolas de acero del interior de la porra le habían abierto una brecha en un costado de su cabeza y la sangre ya brotaba de ella. Probablemente viviría, aunque con alguna lesión cerebral, y lo más seguro es que pasase el resto de sus días en una silla de ruedas babeando, tomando papillas con cuchara y sin tener la facultad de preguntarse cómo un simple chico le había superado tan fácilmente en una pelea. El Fantasma dio un paso al frente, le soltó dos puñetazos en la garganta y dio media vuelta mientras el otro se doblaba de dolor en el suelo.

Todo el movimiento terminó en el tiempo que se tarda en blandir una espada, que era exactamente lo que había hecho el número uno. En medio de ellos aún estaba el número dos, tambaleándose por el cabezazo y los porrazos, pero aún en pie y tratando de recuperar sus sentidos cuando El Fantasma, atento a no desperdiciar su impulso, le golpeó una vez más,

balanceando la porra, y, si bien no llegó a alcanzarle de lleno, fue suficiente para romperle la mandíbula. Al mismo tiempo le soltó una patada que esta vez impactó limpiamente, alcanzando la pierna del guardaespaldas, que cedió bajo su peso haciendo que se desplomara sobre la tierra del jardín de la iglesia. Este pobre nunca volvería a caminar y su mandíbula rota significaba que muy poca gente le entendería cuando hablara.

En ese mismo movimiento, El Fantasma lanzó su otro pie, golpeando un farol en el rostro del número uno, que confiaba en utilizar esa postura a su favor. El guardaespaldas apartó el farol con un grito de sorpresa y frustración por que su movimiento hubiese fracasado, lo que proporcionó unos instantes al Fantasma para rehacerse.

Una vez que recuperó el equilibrio, se apartó del posible obstáculo de una lápida cercana mientras se pasaba la porra de una mano a otra, y luego de vuelta.

El guardaespaldas se rehízo. Alzó su alfanje y se colocó en posición entre El Fantasma y los dos hombres que le habían pagado para que les protegiera, y entonces les gritó por encima de su hombro. Lo que dijo fue: «Señores, corran».

Los dos petimetres no necesitaron más invitación, tambaleándose el uno sobre el otro y chocando contra las lápidas mientras salían de allí, y desaparecieron ruidosamente por el cementerio, dejando tras ellos en el suelo la petaca de licor.

El Fantasma apretó los dientes. No podía dejarlos escapar.

—No tiene que morir por gente como ellos —le dijo al guardaespaldas, que soltó una pequeña risita.

—Estás equivocado, amigo —replicó—. Morir por gente como esa es *exactamente* lo que hace la gente como yo. Lo hacemos en todas partes.

Por joven que fuera, El Fantasma sabía cómo funcionaba el mundo. Los ricos compraban cargos para poder ascender rápidamente en los rangos del ejército británico, asegurándose en lo posible de esa forma de que permanecerían alejados de las batallas más sangrientas, disfrutando de las mejores comodidades.

—No tiene por qué ser así —aseguró.

—Pues lo es, colega. Cuando eres tan sabio en las cosas del mundo como lo eres en combate, y por Cristo que eres un experto, lo deberías saber.

El Fantasma sacudió la cabeza. Era tiempo perdido.

—No importa, señor. En cualquier caso, no es a usted a quien busco, sino a quien sirve.

—Aun así no puedo hacerlo, hijo —dijo tristemente el guardaespaldas —. No puedo dejarte.

El alfanje seguía en alto manteniendo a su oponente al alcance y su postura permanecía firme, pero había algo en sus ojos que El Fantasma reconoció. Una mirada de inminente derrota. La mirada de un hombre que se sabe vencido, cuya muerte o caída no es una cuestión de *si*, sino de *cuándo*.

—No tiene elección —replicó El Fantasma, ya en movimiento, y para el guardaespaldas todo se volvió borroso, como si la noche se hubiese desgranado, la oscuridad moviéndose para acomodar la extrema velocidad del joven Asesino mientras saltaba hacia delante.

El Fantasma no había cometido el error de subestimar a su oponente. Al contrario, había anticipado cómo este podría defenderse, imaginando cómo esperaba que le atacara. De modo que amagó primero a un lado y luego al otro, sintiendo el fluir de su propio cuerpo mientras lo manipulaba en dos direcciones diferentes al mismo tiempo que saltaba, usando una losa como trampolín para precipitarse sobre el guardaespaldas desde una altura y un ángulo inesperados.

Demasiado bueno, demasiado rápido, y demasiada inteligencia de combate para el guardaespaldas. Este hombre, entrenado sin duda por militares británicos, duro como unas viejas botas para empezar y curtido por innumerables campañas en ultramar, no era rival para El Fantasma. No era rival en absoluto. La porra, pegajosa por la sangre de su última víctima, impactó en la parte de atrás de su cabeza, aflojando su mandíbula y haciendo que sus ojos quedaran en blanco cuando cayó inconsciente al suelo.

En una hora o algo más se despertaría, con la cabeza dolorida pero por lo demás indemne, y entonces tendría que contestar algunas preguntas de

cómo él y sus dos compañeros, igualmente curtidos en batallas, podían haber sido superados por un simple muchacho.

Por ahora, sin embargo, estaba sin sentido.

Entretanto, El Fantasma saltó sobre una tumba, acercándose a la mujer que se había incorporado sobre sus manos y ahora le miraba con una mezcla de temor y gratitud.

—Maldita sea, muchacho, ¿quién diablos eres, algún tipo de demonio o algo parecido?

—Váyase —dijo él—. Deje este lugar antes de que nuestro amigo recobre la conciencia.

Y sin más, desapareció tras los dos caballeros buscadores de entretenimiento, la visión del rostro golpeado, ensangrentado e hinchado de la mujer espoleándole, avivando su rabia mientras recogía del suelo el alfanje y corría.

Darles caza era muy fácil. Borrachos como iban, caminaban despacio y haciendo mucho ruido y, aunque estaban asustados, probablemente confiaban en que su campeón pudiera detener a ese joven presuntuoso, porque los hombres como ellos nunca tenían que ocuparse de nada. Empleaban a otras personas para hacer su trabajo sucio; tenían sirvientes y lacayos para preocuparse por ellos.

De modo que sí, El Fantasma los alcanzó fácilmente, atrapando primero a aquel que iba un poco más rezagado y aún no había conseguido salir del cementerio, echándose sobre él de tal modo que el trajeado petimetre se desplomó y, en un instante, El Fantasma se le subió encima, sujetándolo a ambos lados del pecho con sus rodillas, alzando el alfanje y descargando su furia contra él, recordando cuando estaba a punto de asestar el golpe mortal, que había sido ese hombre, *ese mismo hombre*, al que unos momentos antes había visto reír mientras pateaba a una mujer indefensa hasta casi matarla.

10

Llegó el día en que Ethan debía marcharse de Amritsar, pero algo le preocupaba y por ese motivo convocó una reunión familiar, cuyo resultado haría estremecer de conmoción a todos los Mir.

En la reunión, Arbaaz esperaba de Ethan el anuncio de que Jayadeep estaba listo para pasar a la siguiente etapa de su educación: en la liza.

Sin embargo…

—No creo que esté preparado —declaró Ethan bruscamente sin ninguna ceremonia ni advertencia.

Arbaaz, sentado a la mesa, comió un poco de pan y sonrió.

—Entonces no te puedes marchar, Ethan. Ese fue nuestro acuerdo.

Los dos hombres habían compartido grandes aventuras. Hablaban del diamante Koh-i-Noor, de cómo Arbaaz lo había recuperado. Algunas veces la madre de Jayadeep estaba presente y los tres rememoraban viejos tiempos. Nombres como Alexander Burnes y William Sleeman, que no significaban nada para Jayadeep, eran sin embargo para sus padres un portal a otro mundo de excitantes recuerdos.

—Ya he anunciado mi partida. Me esperan en casa y pretendo hacer honor al compromiso que tengo con ellos. Regresaré, Arbaaz, de eso puedes estar seguro.

—Entonces no termino de entenderlo. Nuestro acuerdo era que entrenarías a Jayadeep hasta que estuviera preparado para salir al campo.

El chico estaba sentado al lado de su madre sintiéndose cada vez más invisible mientras discutían sobre él sin ni siquiera reconocer su presencia. No era precisamente algo insólito; cuanto más importante fuera el asunto, menos probable era que le permitieran hablar. Nunca le habían consultado

sobre su futuro, ni tampoco él lo esperaba; simplemente se daba por sentado que hasta nuevo aviso no tenía nada que opinar en cuestiones que afectaran a su propio destino.

—Vas a tener que explicármelo, viejo amigo —dijo Arbaaz—. A lo largo de los años que has estado con nosotros siempre me has asegurado que Jayadeep era uno de los más talentosos jóvenes Asesinos que habías encontrado nunca, lo que todos sabemos que significa que piensas que Jayadeep es el más talentoso Asesino que has encontrado nunca. ¡Y cómo no! Ha sido tutelado primero por mí y luego por ti mismo. He visto con mis propios ojos que no carece de habilidad, y a menos que hayas estado halagando mis oídos todo este tiempo, tú también lo piensas. Sin embargo ahora, en la víspera de tu partida, me vienes con la noticia de que el chico no está preparado. Debes disculpar mi confusión. ¿De qué modo este altamente entrenado y consumadamente habilidoso chico, cuyo mentor está a punto de embarcar hacia su casa, *no está preparado*? O más exactamente, ¿por qué?

Un matiz de furiosa irritación pudo apreciarse en la voz de su padre, que había ido subiendo de tono a medida que hablaba. Ni siquiera la miga de pan que colgaba obstinadamente de su labio inferior lograba disminuir su imponente aspecto. Jayadeep se encogió. Incluso su madre pareció preocupada.

Solo Ethan permaneció imperturbable, devolviendo la mirada de Arbaaz con otra insondable.

—Es cierto que el chico tiene una asombrosa habilidad natural. Y es cierto, también, que he podido moldear ese talento natural a la medida de un Asesino de un nivel mucho más alto de lo normal. Por mi parte, he aprendido muchas cosas de él, lo que es, de algún modo, la razón por la que pretendo regresar a casa, y no tengo intención de desviarme de mi camino, por muchas migas de pan que me escupas, viejo amigo.

Arbaaz, avergonzado, se limpió la boca, y cuando su mano se apartó de los labios desveló un principio de sonrisa.

—¿Entonces por qué? —preguntó, o mejor dicho, *exigió*—. ¿Por qué dejarnos en este momento crucial, cuando aún queda tanto por enseñar al chico?

La sonrisa de Ethan no era tanto una sonrisa como una mirada de cariño y preocupación que alcanzaba sus labios al igual que sus ojos. Una mirada que posó primero en los padres y luego en el chico.

—Le falta el instinto asesino. El chico puede matar y sin duda lo hará, pero carece de algo que nosotros tenemos, tú y yo, o quizá él tiene algo que a nosotros nos falta.

Arbaaz levantó la barbilla, y su rostro enrojeció.

—¿Estás diciendo que mi hijo es un cobarde?

—Oh, por amor de Dios, Arbaaz —resopló un exasperado Ethan—. No, maldita sea, por supuesto que no. Es una cuestión de disposición. Si expones a este chico en una lid, o bien fracasará o…

—No lo haré —interrumpió Jayadeep súbitamente, sorprendiendo a todos, incluso a sí mismo, anticipando una regañina o quizá un castigo aún más doloroso por su injustificada y no solicitada intervención.

En su lugar, su padre le miró con orgullo, estirando el brazo para apretar su hombro en un gesto que hizo que el corazón de Jayadeep se hinchara de orgullo.

Ethan lo ignoró. Había vuelto su atención a Pyara.

—No hay ninguna vergüenza en ello —le dijo, y pudo percibir la dulzura de sus ojos, el secreto deseo de que quizá, solo quizá, su familia pudiera por fin librarse del derramamiento de sangre—. Puede servir a la Hermandad de otras formas. Ser un mentor increíble, un maestro en la táctica. Un impulsor de políticas. Un gran líder. Y alguien tiene que ser todas esas cosas. Jayadeep puede serlo. Pero no… será *nunca*… un guerrero.

Arbaaz ya no pudo aguantar más. Pyara, tranquila y decidida, acostumbrada a ver a su marido en plena efervescencia, permaneció inmutable mientras este explotaba de rabia.

—Mi hijo, Jayadeep, será un gran guerrero, Frye. Será un maestro Asesino, un mentor para la Hermandad india…

—Aún puede…

—No, a menos que se haya probado a sí mismo en combate. Como un guerrero. Como un Asesino.

Ethan sacudió la cabeza.

—No está preparado y, Arbaaz, lamento si esto te rompe el corazón, en mi opinión nunca lo estará.

—Ah —suspiró Arbaaz, levantándose para llevarse consigo a Jayadeep. Pyara se secó disimuladamente una lágrima mientras ella también se ponía en pie, leal, a pesar de sus emociones encontradas—. Entonces lo veremos, Ethan. Esa es solo tu opinión. ¿Tú qué piensas, Jay, le demostramos a nuestro amigo inglés que se equivoca?

Y Jayadeep, el chico que algún día sería El Fantasma, que aún no había cumplido los diez años pero quería desesperadamente complacer a Arbaaz, porque su padre era su rey, dijo:

—Sí, padre.

11

Texto de una carta de Ethan Frye a Arbaaz Mir, descifrado del original.

Querido Arbaaz:

Han pasado seis años desde que dejé la India para regresar a mi casa, aquí en Inglaterra. Seis años desde que hablamos por última vez, mi viejo amigo. Demasiado, demasiado tiempo.

Entre tanto he aprendido a llorar la pérdida de mi amada esposa, Cecily, y a hacerlo de un modo que ella hubiera aprobado, es decir, dejando a un lado mi antiguo resentimiento con el fin de construir una buena relación con mis dos hijos, Evie y Jacob. Lamento mucho haberlos considerado alguna vez responsables de mi pérdida; he hecho cuanto estaba en mi mano para compensar los años perdidos de su infancia.

Fueron los años pasados con tu extraordinario hijo, Jayadeep, los que me sacaron de mi abstracción, y por ello os estaré eternamente agradecido a ambos. Jayadeep me mostró un camino de luz que me hizo replantear mis ideas. Siento decirte, Arbaaz, que eso solo ha servido para fortalecer mi resolución respecto al asunto que abrió una brecha entre nosotros unos años atrás, y que ahora me lleva a ponerme en contacto contigo nuevamente.

Me explico. Como Asesinos estamos imbuidos de una cierta filosofía. A diferencia de los Templarios, que dividen a los habitantes del mundo en pastores y rebaño, nosotros vemos millones de puntos brillantes: seres inteligentes y sensibles, cada

uno con su propio potencial, capaces de trabajar dentro de un todo mayor.

O al menos eso nos gusta creer. Últimamente empiezo a cuestionarlo. ¿Acaso llevamos siempre a la práctica esta filosofía? Cuando entrenamos a nuestros jóvenes Asesinos ponemos espadas en sus manos cuando apenas han aprendido a caminar. Les enseñamos valores transmitidos durante generaciones, esculpiendo a los niños como criaturas de ideas preconcebidas y discriminadas y, por encima de todo, en nuestro caso particular, como un asesino.

Lo que hacemos es correcto. Por favor, no veas en esto una muestra de dudas ideológicas por mi parte, pues nunca me he sentido tan convencido de mis creencias respecto a que la Hermandad defiende lo que es recto en este mundo. Mi duda, querido Arbaaz, reside en la aplicación de esa ideología, y es esa duda la que me mantiene despierto por la noche, preguntándome si hemos fallado a nuestros hijos al moldearlos a nuestra imagen, cuando, de hecho, deberíamos estar enseñándoles a seguir su propio camino. Me pregunto si, en realidad, no estaremos prestando un flaco servicio a esos principios con los que nos hemos comprometido.

He intentado buscar con mis hijos un camino alternativo del que siempre seguí en el pasado, y distinto al que traté de seguir con Jayadeep. En lugar de adoctrinarlos, he procurado darles las herramientas con las que aprender por sí mismos.

Me complace advertir que su trayectoria sigue la mía. Como bien sabes, en Londres, la presencia de Asesinos hace tiempo que escasea. Nuestra Hermandad aquí es débil, mientras que los Templarios, bajo el mando de su Gran Maestro, Crawford Starrick, continúan prosperando; de hecho, nos han llegado noticias respecto a que la infiltración de nuestros enemigos en las élites de la ciudad es aún más pronunciada de lo que temíamos. Están tramando planes, de eso no hay duda. Grandes planes. Y algún día, cuando estén preparados, Jacob y Evie se unirán en la lucha contra ellos.

Cuando estén preparados. Fíjate bien, Arbaaz. Les he permitido encontrar su propio camino, ateniéndome al principio de que solo podrán considerarse Asesinos hechos y derechos cuando yo los considere capacitados para cumplir esa tarea tanto mental como físicamente. Hago esto con la convicción de que todos somos individuos, algunos de nosotros más apropiados para ir en una dirección, y otros en la otra. Por muy Asesinos que seamos de nombre, sin embargo no todos nosotros podemos ser «asesinos» por naturaleza.

Y eso es lo que ocurre con Jayadeep. Entiendo lo desgarrador que puede resultar para ti. Él es, después de todo, tu hijo. Tú mismo eres un gran Asesino y él tiene el potencial para serlo también. Sin embargo, estoy seguro de que, por mucha habilidad y talento que posea para impartir la muerte, Jayadeep carece de corazón para hacerlo.

Algún día matará. Sí, matará si debe hacerlo. En un abrir y cerrar de ojos si es en defensa propia o de aquellos que ama. Pero me pregunto si haría lo mismo en nombre de una ideología. ¿Haría lo mismo por el credo?

¿Haría lo mismo a sangre fría?

Lo que me lleva al objeto de mi carta. Me ha llegado la inquietante noticia de que Jayadeep va a embarcarse en su primera misión en el mundo real. Un asesinato.

En primer lugar, quiero dejar claro lo mucho que aprecio que os tomarais mis advertencias de seis años atrás tan seriamente como para retrasar su bautismo de sangre hasta su decimoséptimo cumpleaños. Y por ello os estoy agradecido, y te elogio por tu sabiduría y contención. Sin embargo, bajo mi punto de vista Jayadeep carece del necesario convencimiento interno para semejante acto, y nunca lo alcanzará.

Por decirlo llanamente, él es diferente a ti y a mí. Quizá también diferente a Jacob y Evie. Más aún, tengo la convicción —una convicción que es plenamente consecuente con los valores esenciales de la Hermandad— de que deberíamos alabar aquello

que es diferente en él. Deberíamos celebrar esa individualidad y darle la vuelta para hacer de ella un buen uso en favor de la Hermandad, en vez de intentar negarla y moldearla en ásperas y extrañas formas.

Hablando en plata, al enviar a Jayadeep a la acción, estás invitando a algo mucho peor que tu imaginaria (si se me permite decirlo así) desgracia —que tu hijo no pueda seguir tus mismos preciados pasos— en favor de una mucho más profunda desgracia: un lamentable fracaso. Te suplico, por favor, que le retires de esa misión, que intentes verlo desde esa nueva perspectiva, empleando lo mejor de las extraordinarias habilidades de tu hijo para el bien de la Hermandad en vez de depender de lo peor.

Espero tener noticias de tu decisión lo más rápido posible, y ruego para que muestres la misma sabiduría y contención por la que ya te he elogiado anteriormente. Confiaste en mí en el pasado; por favor, Arbaaz, confía en mí de nuevo.

Tuyo, como siempre,

ETHAN FRYE

Londres

12

Carta para Ethan Frye de Arbaaz Mir, descodificada del original.

Ethan, agradezco tu correspondencia. Sin embargo, lamento que hayas decidido construir puentes sobre aguas tan turbulentas. No hay ningún debate posible respecto a las habilidades de Jayadeep como Asesino. Tú le transmitiste esas habilidades, y yo, en el ínterin, le he proporcionado la fibra moral necesaria para ponerlas en práctica. Sé que te gusta decir las cosas claramente, Ethan, y eso voy a hacer ahora: han pasado seis largos años desde que viste por última vez a Jayadeep y ya no estás en posición de hacer juicios respecto a su capacidad como Asesino. Él ha cambiado, Ethan. Se ha desarrollado y ha crecido. Tengo confianza en que está preparado para su bautismo de sangre, y que llevará a cabo el asesinato tal como está planeado. Su objetivo es un Templario de bajo rango cuya muerte resulta necesaria a fin de advertir a nuestros enemigos que su creciente presencia en la India no será tolerada. Te pido disculpas si mis siguientes palabras parecen una burla contra ti y contra George Westhouse en Londres, Ethan, pero tenemos mucho interés en que los Templarios no logren establecerse aquí, como han hecho en Londres, pues sabemos adónde conduce eso.

Te agradezco tu carta, Ethan. Espero y confío en que los cimientos de nuestra relación sean lo suficientemente sólidos para que esto no ponga fin a una gran amistad entre tú y yo. No obstante, ya he tomado mi decisión y, al igual que tú te atienes a tus propios principios, yo debo atenerme a los míos.

Tuyo, como siempre,

Arbaaz Mir
Amritsar

13

Correo interno enviado a George Westhouse en Londres, descifrado del original.

Por favor, transmitir inmediatamente a Ethan Frye: Jayadeep Mir en La Oscuridad.

14

La puerta se cerró tras ellos. Antorchas clavadas en el muro iluminaban los peldaños de piedra que descendían a una segunda puerta.

Por delante de Ethan iba el guardián custodio de la sala de reuniones, Ajay. Al igual que Ethan, su capucha cubría su cabeza como para constatar la sombría naturaleza de su tarea allí, en ese oscuro, frío e implacable lugar. Además, Ajay portaba una espada curva en su cinto y Ethan había podido advertir un destello de una hoja oculta cuando abrió la puerta. Sí, Ajay cumpliría con su obligación si era necesario. Con pesar, sin duda, pero lo haría.

Llamaban a ese lugar La Oscuridad. Era una serie de pequeñas cámaras bajo la sala de reuniones principal de la Hermandad en Amritsar. Teóricamente, las habitaciones habían sido destinadas al almacenamiento de documentos o como arsenal, pero su atmósfera crepuscular y su diseño a modo de celdas avivaban los rumores que constantemente corrían sobre lo que pudo suceder allí en el pasado: conjuras urdidas, enemigos interrogados. Se decía incluso que un bebé había nacido en La Oscuridad, aunque muy pocos daban crédito a esa historia.

Ese día, sin embargo, La Oscuridad se ganaría su reputación. Ese día, La Oscuridad tenía un invitado.

Ajay condujo a Ethan hasta una segunda puerta blindada y se adentraron en un corredor de piedra tenuemente iluminado, con puertas alineadas a ambos lados. Al final del pasadizo, abrió otra puerta empotrada en el muro que no mostraba nada más que una pequeña mirilla y luego se apartó a un lado, haciendo un leve gesto para indicar al visitante que pasara. Ethan atravesó el umbral adentrándose en una pequeña cámara que, cualquiera

que hubiese sido su función anterior, había sido reacondicionada como celda, añadiendo un catre de madera.

Por respeto a Ethan, Ajay dejó su farol a los pies del Asesino antes de retirarse y cerrar la puerta tras él. Y entonces, mientras la luz brillaba sobre la intimidante piedra oscura de la estancia, Ethan clavó su mirada en su antiguo pupilo por primera vez en seis años, y su corazón se rompió de nuevo al ver cómo había caído tan bajo.

Jayadeep estaba sentado con las piernas cruzadas en un rincón en medio de la sucia paja que cubría el suelo de la celda. Llevaba allí semanas, el tiempo que Ethan había empleado en la larga travesía desde Inglaterra hasta la India. En consecuencia, su nueva residencia no parecía demasiado ventilada y sin duda el joven había estado en mejores condiciones físicas, pero a pesar de todo Ethan quedó impresionado por su aspecto. En el transcurso de esos años había madurado hasta convertirse en un apuesto joven de mirada intensa y penetrante, cabello oscuro que ocasionalmente debía apartarse de los ojos, y una piel inmaculada color castaño. «Romperá algunos corazones», pensó Ethan contemplándole desde la puerta.

Pero lo primero es lo primero, se dijo.

El Asesino se llevó el puño a la nariz y la boca, no solo para reemplazar el hedor de la celda por el aroma familiar de su propia piel, sino también para poder asimilar su consternación ante el aprieto en el que se hallaba su antiguo pupilo. La idea de que él mismo hubiera podido hacer algo más para impedir esa situación agudizó aún más su pesar, y la mirada en los ojos de Jayadeep mientras alzaba la vista desde su regazo para descubrir a su antiguo tutor en el umbral, una penetrante y descorazonadora mirada de gratitud, alivio, arrepentimiento y vergüenza, no hizo más que incrementarlo.

—Hola, maestro —saludó Jayadeep con sencillez.

Aunque la paja donde estaba sentado no parecía demasiado agradable, Ethan tomó asiento al lado de Jayadeep, los dos hombres de nuevo juntos, pero esta vez en circunstancias muy diferentes, el olor a jazmín un recuerdo de un pasado antiguo y ahora inalcanzable.

Ethan extendió una mano para tirar de los harapos que vestía Jayadeep.

—¿De modo que te han despojado de tu túnica?

Jayadeep puso una mirada de abatimiento.

—Ha sido algo más que eso.

—En ese caso, ¿por qué no empiezas por contarme lo sucedido?

El muchacho soltó un breve y afligido resoplido.

—¿Quiere decir que no lo sabe aún?

Ethan había llegado a Amritsar y se había encontrado con la Hermandad sumida en un leve desconcierto, su presencia más visible de lo habitual mientras trabajaban por anular las repercusiones de lo sucedido. De modo que sí, por supuesto, conocía la historia. Pero no obstante…

—Me gustaría escucharla de tu boca, tal como ocurrió.

—Me cuesta mucho hablar de ello.

—Por favor, inténtalo.

Jayadeep suspiró.

—Su entrenamiento logró moldear en mi mente y cuerpo una serie de respuestas y reacciones, de combinaciones de ataque y defensa, cálculos, predicciones y pronósticos. Estaba listo para pasar a la acción en todos los aspectos menos en uno. Usted tenía razón, maestro, me faltaba el corazón. Dígame, ¿cómo lo sabía?

—Si te dijera que todo surgió por la diferencia entre el entrenamiento con el cuchillo kukri de madera y el auténtico, ¿me creerías? —alegó Ethan.

—Pensaría que era parte de la historia, pero solo una parte.

—Y estarías en lo cierto, Jayadeep. Pues la verdad es que advertí en tus ojos algo que había visto en los ojos de los hombres que yo había matado; hombres cuya falta de corazón en el combate constituía una debilidad que reconocí y exploté a fin de poder hundir mi hoja en ellos.

—¿Y creyó advertir eso en mí?

—Así fue. Y estaba en lo cierto, ¿no es así?

—Creímos que se había equivocado. Padre creyó que podría inculcarme el valor necesario para ser un asesino. Se volcó en enseñarme el camino. Practicamos y ensayamos con sujetos vivos.

—Pasar a cuchillo a un animal es muy diferente a…

—Ahora lo sé. —Las palabras surgieron punzantes. Una pequeña parte de la antigua interacción entre maestro y pupilo regresó y Jayadeep bajó sus

temerosos ojos en disculpa—. Ahora lo sé, maestro, y puede creer que lo lamento.

—Pero Arbaaz y tú creísteis que estabas preparado para acabar con la vida de alguien de tu propia especie, para despojar a un hombre de todo lo que había sido y todo lo que llegaría a ser, dejar a su familia llorándole, desatar una oleada de tristeza y dolor y una posible venganza y rencor que podría perdurar a lo largo de los años. ¿Tu padre y tú sentisteis que estabas preparado para ello?

—Por favor, maestro, no me lo haga más difícil. Es cierto, tiene razón: a la vista de lo que dice, nuestra preparación puede parecer terriblemente deficiente, pero, por otra parte, ¿qué Asesino puede proclamar lo contrario? Todo es teoría hasta que se lleva a la práctica. Y a mí me llegó el turno de llevar la teoría a la práctica. Para mi bautismo de sangre debía matar a un Templario hindú llamado Tjinder Dani. Un hombre que creíamos que estaba urdiendo planes para establecer un puesto Templario en la ciudad.

—¿Y cuál debía ser el método para ejecutarlo?

—El garrote.

Ethan maldijo para sus adentros. Precisamente el garrote de entre todos los posibles. No era necesaria una gran habilidad para ejecutar el garrote, pero sí era preciso tener resolución, y lo que Jayadeep poseía era una gran habilidad, pero no demasiada resolución. ¿En qué demonios había estado pensando Arbaaz?

Jayadeep prosiguió.

—Bajo la cobertura de la noche, yo mismo y mi padre recorrimos a caballo la calle donde Dani tenía su alojamiento. Uno de nuestros agentes había sobornado a un vigilante nocturno para obtener la llave, y al llegar a la calle nos hicimos con ella, pagamos al hombre, le dimos las gracias y luego le dijimos que se fuera.

«Un testigo —pensó Ethan—. Esto mejora».

—Sé lo que está pensando. Podría haber forzado la cerradura.

—Eres excelente para forzarlas.

—La información que nos proporcionó el agente era que el Templario Dani esperaba un ataque inminente y, por lo tanto, se hacía acompañar por guardaespaldas durante el día. Nuestros enemigos confiaban en el hecho de

que un ataque contra su vida a pleno día derivara en una confrontación pública. Debíamos evitar a toda costa una escaramuza en la calle que involucrara a múltiples Asesinos y Templarios. Por esa razón se decidió hacer una incursión al anochecer, y por eso recabamos toda la información posible respecto a las actividades nocturnas del objetivo.

—Fuiste tú quien lo hizo, ¿no es eso?

—Sí, y averigüé que Dani atrancaba su puerta y ponía trampas por la noche, que una invasión, ya fuera por la puerta o la ventana, solo provocaría que se activaran las alarmas. De modo que ya ve, la llave que se nos proporcionó no era de la habitación de Dani, ni siquiera la de su casa, sino la de un almacén contiguo, desde donde podría efectuar una discreta entrada. Había tres hombres apostados en la calle, con aspecto de estar proporcionando seguridad al almacén, pero yo sabía que eran guardas Templarios, y que su tarea era conseguir que ningún Asesino escalara los muros tanto de la casa de huéspedes como del almacén. Era una medida astuta. Tenían el exterior de los edificios cubierto, mientras que en el interior Dani había asegurado su dormitorio. Se requería un gran sigilo y astucia para entrar en el interior. Yo tengo ambas cualidades.

»Aguardé entre las sombras, reuniendo fuerzas y confianza, sabiendo que no muy lejos mi padre esperaba con los caballos, listo para nuestra huida. Al mismo tiempo, calculé los movimientos de los guardias mientras llevaban a cabo su patrulla.

»Había estado allí las noches anteriores, por supuesto, midiendo los tiempos al igual que en esta ocasión, y lo que descubrí fue que los guardas coordinaban sus movimientos para evitar que nadie tuviese oportunidad de escalar los muros. Bajo sus túnicas portaban ballestas y armas arrojadizas; mantenían entre sí una distancia de seguridad para evitar un súbito atentado doble, de modo que si acababas con uno de ellos se alertase a los otros. No tenía razones para sospechar que fueran otra cosa que extremadamente competentes. Esa es la razón por la que tenía la llave, Ethan.

—¿La llave era para el almacén?

—Sí. Yo mismo había engrasado la cerradura esa mañana, y ahora conté, calculé, e hice mi movimiento cuando llegó el momento oportuno. Corrí como un rayo a través de la plataforma por detrás del almacén hasta la

puerta trasera, donde inserté la llave en la cerradura. Emitió un sonido amortiguado, un clic bien engrasado que, aunque en mis oídos sonó como un disparo, en realidad solo fue otro ruido nocturno indistinguible, y entonces estuve dentro. Cerré la puerta del almacén tras de mí, pero me quedé la llave. Esa debía ser también mi ruta de escape.

»O eso creí entonces. Pero, por supuesto, estaba equivocado a ese respecto.

La cabeza del muchacho cayó una vez más hasta su regazo y retorció sus manos, torturado por el dolor del desdichado recuerdo.

—El almacén estaba vacío. Lo único que vi en el suelo de piedra fue una larga mesa hecha de listones y algunas sillas. Posiblemente era para ser utilizada por los Templarios para algún propósito. En cualquier caso, la idea de que se necesitase un guardia exterior para protegerlo resultaba irrisoria. Por supuesto, no se habían molestado en apostar un guardia en su interior, pero aun así me mantuve sigiloso mientras ascendía por unos escalones y luego por la escalerilla que conducía al tejado del edificio. Una vez en el exterior, me quedé entre las sombras y me despojé del pañuelo que rodeaba mi cuello. Me preguntaba por mis ropas de Asesino, pero en realidad nunca las llevé. Entonces vestía lo que ahora llevo puesto. Si por casualidad era descubierto por los guardias del almacén, me tomarían por algún pilluelo de la calle sin más consecuencias, dándome una azotaina y mandándome a paseo. De haber investigado un poco más detenidamente hubieran descubierto que me diferenciaba de cualquier golfillo en un solo aspecto: llevaba una moneda en mi bolsillo.

Ethan estaba asintiendo con gesto de comprensión. Conocía el arma. La moneda se envuelve en el pañuelo, y el pañuelo se utiliza como un *lumal*, una especie de garrote. La moneda obtura la tráquea de la víctima, aplastando su laringe, precipitando su muerte e impidiéndole gritar. Era una de las herramientas más básicas y, sin embargo, más efectivas de los Asesinos. Ethan comenzó a entender por qué Arbaaz la había seleccionado. Incluso comenzó a entender por qué Arbaaz había elegido a Jayadeep para esa tarea.

—Continúa —le pidió.

—Realicé el salto fácilmente. Y luego, mientras permanecía en las sombras del tejado de la casa de huéspedes, pendiente de los guardias que aún patrullaban más abajo, me arrastré hacia la claraboya que sabía que se hallaba en el techo de la habitación de Dani. Había llevado un poco de grasa conmigo, un pellizco que pegué detrás de mi oreja, y lo empleé en la ventana, que abrí lo más cuidadosamente posible antes de deslizarme por su interior al oscuro espacio de más abajo.

»Contuve el aliento, con mi corazón martilleando. Pero como constantemente me enseñó usted, la presencia de un poco de miedo es siempre bienvenida. El miedo nos hace más cautelosos. El miedo nos mantiene con vida. Hasta ese momento no había nada en mi misión que fuera motivo de preocupación. Todo iba según lo previsto.

»Me encontraba en la habitación de Dani. Pude distinguir las trampas que había colocado en su puerta y en la ventana. Un sistema de poleas atado a una campanilla en el techo que colgaba no muy lejos de la claraboya que había utilizado para hacer mi gran entrada.

»Y allí, en la cama, estaba mi objetivo, un hombre sobre el que había aprendido muchas cosas en las semanas anteriores a la misión. Mi respiración se hizo más pesada. Mi sien parecía palpitar como si la vena latiera en ella a la vez que el creciente ritmo de mi corazón. Lo que significaba que mis nervios estaban empeorando…

Ethan le detuvo.

—Mientras aprendías cosas sobre Dani, él se fue convirtiendo en un ser humano ante tus ojos, ¿no es eso? Habías comenzado a pensar en él como una persona y no tanto como un objetivo, ¿no es cierto?

—En retrospectiva, tiene razón. Lo había hecho.

—¿Quién podría haberlo visto venir? —dijo Ethan lamentando de inmediato su inoportuno sarcasmo.

—Quizá hubiera sido demasiado tarde, incluso si yo lo hubiera visto. Demasiado tarde para pensárselo dos veces, quiero decir. Ya no había vuelta atrás. Yo era un Asesino en la habitación de un hombre dormido. Mi objetivo. Tenía que actuar. No me quedaba más opción que seguir adelante con el trabajo. El tema de si estaba o no preparado había dejado de ser

relevante. Ya no era cuestión de estar preparado, era una cuestión de acción. De matar o fracasar.

—Y mirando alrededor, creo que todos sabemos lo que pasó allí. —Una vez más Ethan lamentó su ligereza, recordándose que cuando esta conversación terminara él se pondría en pie, se sacudiría la paja del trasero, llamaría al vigilante y dejaría al chico solo en ese oscuro y húmedo lugar. No, aquel no era momento de hacer agudos comentarios. En su lugar trató de imaginar la escena en la habitación: la oscura casa de huéspedes, un hombre dormido— ¿acaso algún hombre parece más inocente que cuando duerme?, —y a Jayadeep conteniendo el aliento, retorciendo el pañuelo en su mano mientras contenía los nervios dispuesto a atacar, la moneda metida en el pañuelo y…

La moneda cayendo del pañuelo, chocando con los tablones del suelo.

—Tu garrote —le dijo a Jayadeep—. ¿Se te cayó la moneda del pañuelo?

—¿Cómo lo ha sabido? No se lo he contado a nadie.

—Visualización, mi querido muchacho. ¿Acaso no te lo enseñé siempre?

Por el rostro del muchacho atravesó el primer amago de sonrisa desde que Ethan entró en la habitación.

—Lo hizo. Por supuesto, que lo hizo. Es una técnica que utilizo constantemente.

—Pero ¿no en esta ocasión?

Una nube de tristeza borró el leve comienzo de sonrisa.

—No, no en esta ocasión. En esta ocasión lo único que escuché fue cómo la sangre bullía en mi cabeza. Lo único que pude escuchar fue la voz de mi padre instándome a hacer lo que debía hacerse. Cuando la moneda cayó, el ruido me sorprendió y despertó a Dani, que fue más rápido en reaccionar que yo.

—Debiste golpear en cuanto entraste en la habitación —señaló Ethan, dirigiendo directamente contra él una rabia que no iba contra el chico—. Debiste golpear en cuanto tuviste la ocasión. Tu vacilación fue tu perdición. ¿Qué te dije siempre? ¿Qué te aconsejó siempre tu padre? Si vacilas, mueres; es tan sencillo como eso. Un asesinato no es un acto cerebral.

Requiere mucha consideración, pero todo eso está implícito en el planeamiento y la preparación, en la contemplación y visualización anteriores al acto en sí mismo. *Ese* es el momento para pensarlo dos, tres o cuatro veces, tantas como necesites hasta estar seguro, absolutamente seguro de estar listo para hacer lo que se requiere. Porque cuando estás en ese momento, cuando te encuentras frente a tu objetivo, no hay tiempo para titubeos.

Los ojos de Jayadeep se inundaron de lágrimas mientras levantaba la vista hacia su viejo amigo.

—Ahora lo sé.

Ethan posó una mano consoladora en la suya.

—Lo sé. Discúlpame. Dime lo que sucedió después.

—Él era rápido, eso hay que reconocerlo, pero también debo concederle algo más, porque era rápido y fuerte, y saltó de la cama con una velocidad que me sorprendió para un hombre de su edad y tamaño y me agarró, yo estaba prácticamente desarmado y me empujó contra la ventana.

»Salimos disparados por ella, Dani y yo. Irrumpimos a través de los postigos y caímos a plomo hasta los adoquines de abajo, una caída que, por fortuna, fue amortiguada por el toldo que había debajo. Echando la vista atrás, tal vez esperaba que mi entrenamiento volviera a mí, como una especie de instinto, si prefiere. Pero me falló. Incluso mientras rodaba lejos de Dani, herido y atontado, tratando desesperadamente de recuperar mis sentidos, vi unos rostros aparecer en las ventanas al otro lado de la calle y escuché el sonido de pies corriendo cuando los guardas se apresuraban hacia nosotros.

»Rodé lejos de Dani, sintiendo un dolor cegador en la cabeza y otro en la cadera. Al instante siguiente, él estaba sobre mí, sacando los dientes, sus ojos brillantes y agrandados por el odio, sus manos cerrándose sobre mi cuello.

»En ningún momento él escuchó el caballo. Ni tampoco yo. Un poco antes de infiltrarme, padre y yo habíamos utilizado tiras de una manta para amortiguar el sonido de los cascos, y él apareció galopando por el empedrado hacia nosotros, silencioso como un fantasma, y lo primero que vi de él fue una amenazante figura a caballo cubierta con una túnica

surgiendo justo detrás de Dani, una mano en las riendas del caballo, y la otra extendida, doblada por el codo y flexionada, la hoja oculta emergiendo, la luz de la luna deslizándose sobre el acero. Padre recogió las riendas en su mano y tiró de ellas, obligando a su caballo a alzarse sobre sus patas traseras, y por un segundo lo vi como el temible guerrero Asesino de leyenda. Vi el destello letal en su mirada, su intención de matar tan aguzada y auténtica como el arma que portaba. Vi a un hombre que yo nunca podría soñar ser. Quizá fue entonces cuando supe que estaba perdido.

»Y quizá, también, Dani, mi supuesta víctima, supo que la muerte le había llegado por detrás. Pero era demasiado tarde, y la hoja de mi padre se hundió en la parte alta de su cráneo y en su cerebro, matándolo instantáneamente; un instante en que sus ojos se dilataron antes de quedarse en blanco y su boca se abrió por la sorpresa, en esa fracción de segundo de insoportable agonía antes de que su vida se extinguiera, un instante durante el cual vi la hoja veteada de sangre dentro de su boca.

»Padre retiró su hoja, las gotas de sangre salpicando mientras asestaba una nueva cuchillada, esta vez para rajar la garganta del primer guarda que apareció y cayó en medio de una nube de sangre de su arteria, sin siquiera haber podido desenvainar su espada. El brazo de mi padre volvió a cruzarse en dirección contraria, ahora por delante de su pecho, y hubo un chasquido de acero, tan agudo y fuerte en medio de la noche como la campanilla de advertencia de Dani, cuando su hoja se encontró con la espada del segundo guarda. Su impulso envió al atacante hacia atrás y, en un abrir y cerrar de ojos, padre se había bajado de su caballo para aprovechar su ventaja, sacando su espada con la otra mano y atacando al mismo tiempo.

»Todo terminó en menos de un latido. En un remolino de túnicas y acero, padre atacó con ambas armas. Instintivamente, el guarda había levantado su antebrazo para defenderse contra el ataque de la espada, pero eso le dejó expuesto a una embestida por el otro lado y fue exactamente lo que padre hizo, accionando su hoja oculta en la axila del guarda.

»El hombre cayó, su túnica tiñéndose de rojo, los adoquines brillando por la sangre. En pocos momentos se desangraría. Eso o ahogarse en su propia sangre si…

—Si la hoja había perforado sus pulmones. Sí, yo mismo te enseñé eso.

—Desconozco si el resto de los guardias simplemente tardaron en llegar o si habían presenciado a mi padre en acción y decidieron que la discreción era más importante que el valor. Sin decir palabra, él se montó en su caballo, me tendió una mano para levantarme y montar detrás de él, y entonces nos marchamos, dejando tras nosotros la calle convertida en un pandemónium.

Hubo una larga pausa. Ethan no dijo nada, advirtiendo el trauma del muchacho casi como si fuera el suyo propio. De modo que era eso, pensó. La acción de Jayadeep había roto los principios del credo: había sido obligado a huir a plena vista; peor aún, había sido obligado a comprometer a la Hermandad.

—Sé lo que está pensando —dijo finalmente Jayadeep—. Está pensando que soy un cobarde.

—Pues entonces no sabes lo que estoy pensando, porque no es eso. Hay un mundo de diferencia entre pensamiento y acción, y si una cosa sé sobre ti, Jayadeep, es que no eres un cobarde.

—¿Entonces por qué fui incapaz de llevar a cabo el golpe letal?

Ethan puso los ojos en blanco. ¿Acaso nadie había escuchado una maldita palabra de lo que había dicho?

—Porque no eres un asesino.

El silencio reinó de nuevo. La tristeza emanaba del muchacho y Ethan pensó: «¡En qué mundo vivimos, cuando nos lamentamos por la incapacidad para matar!».

—¿Qué te dijo tu padre en el viaje de vuelta a casa?

—Nada, maestro. No dijo nada, ni una sola palabra. Pero, por supuesto, su silencio lo decía todo, y así ha continuado. No ha venido a visitarme. Tampoco mi madre.

Ethan estaba furioso. El maldito tirano, dejando a su hijo en ese agujero.

—Los Asesinos habrán prohibido a tu madre que venga a visitarte.

—Sí.

Ethan podía imaginar perfectamente cómo debía de sentirse Arbaaz. Podía ver la escena mientras él y su hijo cabalgaban de vuelta a casa, dejando que Jayadeep se apeara, se recogiera en sus aposentos en silenciosa ignominia, para luego montar de nuevo en su caballo e ir a ver al mentor,

Hamid. El muchacho continuó su relato contando que estaba en la cama durmiendo cuando fue despertado por una capucha negra que cubrió su cabeza y conducido a La Oscuridad. Ethan se preguntó si Arbaaz sería uno de los hombres que habían puesto en custodia a Jayadeep. ¿Habría liderado su propio padre la partida de arresto?

Se puso en pie.

—Haré cuanto pueda para sacarte de aquí, Jayadeep, de eso puedes estar seguro.

Pero mientras llamaba a Ajay, en inglés y en hindú, la sensación que permaneció en Ethan fue la mirada en los ojos del muchacho mientras sacudía su cabeza tristemente negando toda esperanza.

Ethan y Ajay emprendieron el corto camino de regreso a lo largo del pasadizo, ascendiendo por los peldaños de piedra hasta la sala de reuniones de arriba. Había un segundo guardia, una mujer de llamativo aspecto que se mantuvo erguida con los pies ligeramente separados y sus manos en la empuñadura de una gran espada, la punta apoyada en la losa a sus pies. Contempló a Ethan con mirada implacable desde debajo de su capucha.

—Esta es Kulpreet —indicó Ajay a modo de presentación. Alzó su mal afeitado mentón en su dirección—. Es la mejor con la espada de toda la Hermandad.

Y, sin embargo, la espada que portaba era más larga y tenía la hoja más lisa…

—¿Cuándo? —le preguntó Ethan.

—Mañana temprano —contestó ella.

Y Ethan pudo advertir en sus ojos que estaba hablando con el verdugo de Jayadeep.

15

Gracias por acceder a verme.

Ethan tenía muchos motivos para temer que Arbaaz pudiera simplemente rechazar su solicitud de una audiencia. Lo sucedido no había sido culpa de Ethan, nada más lejos, pero a los ojos de Arbaaz, él podía ser en parte responsable. Y luego, por supuesto, estaba el pequeño asunto del intercambio de cartas.

Aunque ciertamente no habría aceptado un no por respuesta. Estaba allí para salvar la vida de Jayadeep Mir, y no pensaba marcharse hasta haber concluido el trabajo.

Como era de esperar, su viejo amigo le miró receloso, con ojos cansados por la preocupación y la falta de sueño, el rostro demacrado y ojeroso. ¿Por cuántas cosas habría tenido que pasar? ¿Qué agonías de desgarrada lealtad, amor paternal y obediencia a la Hermandad?

Obviamente, sus preocupaciones le habían dispensado de sus obligaciones como anfitrión. No hubo ningún ofrecimiento de pan, de aceitunas o vino para Ethan, y ciertamente ninguna calurosa acogida. El Asesino había sido conducido a través de los fríos corredores de mármol del hogar de los Mir, decepcionado al no percibir ni rastro de Pyara —tal vez hubiera podido tener un aliado allí—, y luego depositado en una de las oficinas posteriores, una habitación que él mismo había utilizado para instruir a Jayadeep. Por aquel entonces, decidió escoger esa habitación debido a su mobiliario espartano y decoración. Sin distracciones. Ahora no había ni siquiera un té caliente. Solo una sencilla tela cubriendo la pared, dos sillas de respaldo recto donde se sentaron y una mesa sin pulir entre ellos, además de una atmósfera inconfundible.

—No malinterpretes mis razones para querer recibirte, Ethan. Hay algo que necesito preguntarte.

Preocupado, confiando en tener la oportunidad de exponer su caso, Ethan extendió las manos.

—Adelante.

—Quiero saber, Ethan, ¿cómo pretendes hacerlo?

—¿Cómo pretendo hacer el qué?

—Liberar a Jayadeep, por supuesto. ¿Pretendes sacarle de La Oscuridad o tal vez rescatarle durante la mismísima ejecución? ¿Cuántas vidas de Asesinos planeas llevarte por delante en el proceso?

La mirada de Arbaaz era plana y terrible.

—Había confiado en poder hablarte primero de ello, Arbaaz, como a uno de mis más antiguos y queridos amigos.

Arbaaz negó con la cabeza.

—No. No habrá ninguna discusión. Y lo que es más, debo anunciarte que estarás bajo vigilancia durante lo que espero que sea una corta estancia en Amritsar. La razón por la que estás siendo vigilado es para asegurar que no intentas liberar a Jayadeep.

—¿Y por qué querría liberar a Jayadeep, Arbaaz? —preguntó Ethan con voz suave, empleando un tono razonable en su voz.

El otro hombre rascó con una uña un nudo de la madera de la mesa, contemplándolo como si esperara que hiciera algo.

—Porque tu vida en Occidente te ha vuelto blando, Ethan. Esa es la razón por la que la Hermandad de Londres prácticamente ha desaparecido, y por la que tú y George no sois más que meros insurgentes comparados con el dominio Templario.

»Eres débil, Ethan —prosiguió—. Has permitido que tu Hermandad se deteriorara hasta el punto de hacerse irrelevante y ahora pretendes traer aquí tus progresivas políticas y piensas que yo lo voy a permitir.

Ethan se inclinó hacia delante.

—Arbaaz, este no es un problema de Templarios contra Asesinos. Se trata de Jayadeep.

Los ojos de Arbaaz se apartaron, empañándose durante un instante.

—Razón de más para que pague el precio final por su…

—¿Por qué?

—Mala conducta. —La voz de Arbaaz se alzó—. Su mala conducta, su incompetencia, su negligencia.

—No necesita ser ejecutado.

—¿Lo ves? Has venido a suplicar por su vida.

Ethan se encogió de hombros.

—No voy a ocultarte nada. Efectivamente he venido a suplicar por su vida, pero me malinterpretas si piensas que soy débil o que desapruebo la dura línea que has tomado. Todo lo contrario, admiro tu fuerza interior y resolución. Después de todo, es tu hijo del que estamos hablando. No conozco ningún Asesino que se vea obligado a mantener una posición tan difícil como la que tú tienes ahora, forzado a anteponer el deber por encima de la familia.

Arbaaz le lanzó una penetrante mirada de soslayo, como si no estuviera seguro de cómo interpretar las palabras de Ethan. Viendo que su viejo amigo era sincero, su cara se ablandó.

—Yo pierdo un hijo y también una esposa —declaró con voz ahogada por la desdicha—. Pyara no querrá volver a mirarme. Lo ha dejado perfectamente claro.

—No necesitas hacer ese sacrificio.

—¿Cómo es eso?

—Destiérrale; expúlsale y déjalo a mi custodia. Tengo un importante trabajo para él, uno que, si tiene éxito, podría ayudar a restaurar la Hermandad en Londres. Una operación, Arbaaz, una operación encubierta para la que Jayadeep, con sus particulares talentos, es la persona idónea. No necesita morir. ¿No lo ves? Puede regresar a Inglaterra conmigo y tu honor quedará satisfecho. Habrá sido sometido a un juicio justo, pero vivirá, Arbaaz. No con el confort con el que está acostumbrado, eso puedo garantizártelo. Lo que tengo en mente implica unas circunstancias extraordinariamente reducidas. Pero tal vez puedas considerar eso como parte de su castigo. Y después de todo, no tienes por qué decirle todo a Pyara. Solamente que está conmigo. Yo seré quien le controle.

Mientras rezaba por haber logrado una solución adecuada, Ethan advirtió la indecisión recorrer el rostro de su amigo.

—Necesitaré hablar con Hamid —declaró Arbaaz pensativo.

—Tendrás que hacerlo —dijo Ethan, conteniendo un suspiro de alivio. Arbaaz no tenía ningún deseo de ver a Jayadeep pasado por la espada; Ethan le estaba ofreciendo una vía de escape a una situación que hubiera desgarrado a su familia, y todo sin quedar mal—. Y lo que es más, creo que descubrirás que esa conversación será más fácil de lo que imaginas —continuó Ethan—. Hoy he visto a Ajay y a Kulpreet y, si su humor representa el sentir conjunto de la Hermandad, ellos tampoco desean ver a Jayadeep ejecutado más que tú o yo. Permite que el castigo sea el exilio. Hay muchos que lo consideran aún peor que la muerte.

—No —dijo Arbaaz.

Ethan se sobresaltó.

—¿Cómo dices?

—El castigo debe ser la muerte.

—No lo entiendo…

—Si esta misión es encubierta, como dices, ¿no sería más ventajoso que el sujeto no existiese? ¿Quién podría relacionarlo con Jayadeep Mir, si Jayadeep Mir está muerto?

Ethan aplaudió entusiasmado.

—¿Un fantasma? —preguntó feliz—. Ese es un golpe de genio, Arbaaz, digno del gran Asesino que conozco.

Entonces Arbaaz se levantó, rodeó la mesa y finalmente acogió a su viejo amigo en un abrazo.

—Gracias, Ethan —dijo mientras el Asesino se ponía torpemente en pie —. Gracias por lo que estás haciendo.

Y Ethan se marchó pensando que, después de todo, había sido una buena tarde de trabajo. No había tenido que utilizar la carta que llevaba en el bolsillo, aquella en la que Arbaaz había rechazado explícitamente el consejo de Ethan, una carta que probaba que cualquier acusación por incompetencia o negligencia no debía recaer sobre Jayadeep sino sobre su padre. Y lo que es más, había salvado la vida de un muchacho que estaba tan cercano a su corazón como sus propios hijos y, muy posiblemente, salvado también el matrimonio de Arbaaz y Pyara.

Además, ahora dispondría de un agente, y no de un agente cualquiera. Del Asesino más prometedor que había tenido nunca la suerte de entrenar.

16

Dos años más tarde Jayadeep, ahora llamado El Fantasma de nombre y *de facto*, estaba subido a horcajadas sobre ese sádico de clase alta en el cementerio de la iglesia de Marylebone, alzando la espada corta y listo para asestar el golpe mortal.

Y entonces, justo como le sucedió la noche de su bautismo de sangre, se quedó paralizado.

Su mente regresó a Dani y al brillo de la hoja de acero de su padre que surgía ensangrentada del interior de la boca del moribundo, y vio de nuevo cómo se extinguía la luz de los ojos de Dani, sabiendo que había contemplado la muerte: rápida, brutal y proporcionada sin remordimientos. Y no fue capaz de hacer lo mismo.

El petimetre vio su oportunidad. Aquel hombre nunca había participado en una lucha limpia en toda su vida. Cualquier servicio militar que hubiera hecho lo habría pasado brindando por su buena fortuna en el comedor de oficiales, mientras los rangos más bajos salían a morir en nombre de su reina. Pero, como cualquier otro ser vivo, tenía instinto de supervivencia, y este le dijo que el momento de titubeo de su atacante era su mejor oportunidad de salvarse.

Se revolvió y retorció. Empujó sus caderas con tanto ímpetu y desesperación que El Fantasma recordó brevemente los tiempos en que todavía vivía en su casa y domaba potros salvajes. Entonces se encontró arrojado a un lado, aún aturdido, pero con su mente en un torbellino tras su reciente falta de valor. La espada se deslizó de sus dedos y el petimetre se lanzó a por ella, al tiempo que un grito de triunfo escapaba de sus labios. «¡Ajá!». Y entonces el señoritingo se volvió dispuesto a usar la hoja contra

El Fantasma, sorprendido ante el favorable giro de los acontecimientos y mostrándose entusiasmado por poder sacar ventaja de ellos.

—Pequeño bastardo —espetó mientras se lanzaba hacia delante con los brazos extendidos, la punta de la espada dirigida contra la garganta del Fantasma.

Nunca alcanzó su objetivo. De su izquierda surgió un grito y la noche se rasgó en dos para revelar a una mujer, su largo cabello gris flotando, mientras aparecía chillando desde la oscuridad, y se abalanzaba contra el petimetre con todas sus fuerzas.

Como ataque, no fue precisamente algo bonito. Ni siquiera decisivo. Pero sí resultó devastadoramente efectivo y, con un grito de sorpresa y dolor, aquel vándalo de clase alta cayó tambaleándose contra una de las lápidas verticales. Trató de alzar de nuevo el alfanje, pero la mujer se le adelantó, saltando sobre el brazo que agarraba la espada y rompiéndolo con un audible chasquido para luego utilizar su otro pie contra su cara, de modo que durante un segundo pareció como si estuviera utilizando al petimetre como una alfombra sobre la que bailar.

El joven se apartó, gruñendo, su rostro una máscara de sangre fresca mientras agarraba la espada con su brazo bueno al tiempo que se ponía en pie. Desequilibrada, la mujer cayó, y las tornas volvieron súbitamente a cambiar. Pareció que la espada tendría la última palabra, pero El Fantasma había recuperado sus sentidos y no pensaba permitir que el petimetre terminara lo que había comenzado, de modo que atacó, golpeando con la palma de su mano el hombro del agresor, su brazo herido, haciéndole girar y aullar de dolor al mismo tiempo.

El grito fue bruscamente interrumpido cuando El Fantasma soltó su segundo golpe —el golpe mortal—, de nuevo con el canto de la mano, pero esta vez con más fuerza y en el punto justo debajo de la nariz del petimetre, rompiéndosela y enviando fragmentos de hueso al cerebro, matándole instantáneamente.

Se produjo un ruido sordo cuando el desafortunado aristócrata chocó con la cabeza contra la lápida mientras se desplomaba hasta dar con sus huesos en la descuidada hierba. Oscuros regueros de sangre y fluido

cerebral brotaron por sus fosas nasales. Sus párpados se estremecieron al morir.

El Fantasma se levantó, sus hombros subiendo y bajando para recuperar el aliento. Despatarrada en una tumba cercana, la mujer mayor le observaba, y durante un largo instante los dos se contemplaron el uno al otro cautelosamente: esa extraña mujer entrada en años, de cabello gris, rostro delgado y curtido, ensangrentado por los golpes, y ese extraño joven hindú, sucio tras su jornada de trabajo en el foso. Ambos vestidos con ropas ajadas y mugrientas. Ambos exhaustos y magullados por la lucha.

—Me ha salvado la vida —dijo él entonces.

El Fantasma habló con suavidad. Sus palabras parecían evaporarse en el silencio y la penumbra del cementerio, y la mujer, sintiéndose confiada por que no se tratara de un hombre que hubiese salido de parranda dispuesto a matar y acabar con ella en una última floritura final inducida por su sed de matar, se incorporó dolorosamente apoyándose en un brazo.

—Simplemente he podido salvar tu vida porque tú salvaste la mía —dijo a través de sus dientes rotos y sus agrietados y ensangrentados labios.

Pudo advertir que estaba malherida. La forma en que su mano se aferraba al costado indicaba que probablemente tuviera una o dos costillas rotas. Un movimiento equivocado y podría fácilmente perforarse un pulmón.

—¿Puede respirar bien?

Pasó por encima del cuerpo del petimetre hasta la lápida donde ella se encontraba y posó suavemente las manos sobre su costado.

—Oye —protestó ella, súbitamente confusa pensando que tal vez se hubiese precipitado al confiarse—, ¿qué demonios crees que estás haciendo?

—Estoy tratando de ayudarla —respondió él distraído, tanteando en busca de huesos rotos, y luego añadiendo—: Debe venir conmigo.

—A ver, mírame bien. No empieces a hacerte ideas…

—¿Qué otra cosa sugiere? Tenemos a un hombre muerto aquí y a tres hombres heridos en el otro lado, y en alguna parte aún queda otro que o bien ha ido en busca de la policía o de refuerzos, o tal vez ambas cosas.

Está usted herida. Quédese aquí si le parece, pero yo preferiría que no lo hiciera.

Ella le miró cautelosa.

—Bien, ¿dónde piensas llevarme? ¿Tienes un cuarto en una pensión en alguna parte? No pareces alguien demasiado próspero.

—No —respondió—, no es exactamente una pensión.

Y con esto mostró una sonrisa irónica, y para la mujer, cuyo nombre era Maggie, resultó toda una visión, como si el sol se hubiera colado a través de las nubes en un día nublado. Ella tenía más de sesenta años pero, quizá debido a que le había salvado la vida y quizá por esa sonrisa mezcla de sol y luna llena, Maggie se sintió levemente hechizada, y le acompañó hasta el túnel esa misma noche. Supo por él que se llamaba Bharat y que trabajaba como peón en las obras del ferrocarril cerca de Regent's Park.

Prefirió quedarse a vivir en el túnel. Por la noche, ella y El Fantasma dormían en un nicho espalda contra espalda para darse calor: juntos, pero cada uno inmerso en sus pensamientos, sin que ella volviera a pensar demasiado en los hombres con los que se habían encontrado aquella noche. Dos de ellos estarían muy ocupados siendo alimentados por un despreocupado personal sanitario, por supuesto. Pero otros dos aún seguían ahí fuera. El último guardaespaldas y el petimetre superviviente. También ellos habían visto al Fantasma en acción. También ellos sabían que era un joven de lo más inusual.

17

Cuando Abberline realizó el viaje de regreso a Belle Isle lo hizo con las burlas de sus compañeros policías aún resonando en sus oídos.

No mucho tiempo atrás, estos mismos compañeros le habían apodado «Freddie Cara de Novato», debido a su entusiasta e incansable persecución de la justicia, y en ese sentido tenían razón: no tenía esposa ni familia; estaba consagrado a su trabajo, y ciertamente contemplaba a sus colegas como hombres de los que siempre se podía estar seguro de que iban a seguir el sendero de involucrarse al mínimo en cualquier asunto.

¿Cuál sería el apodo que le pondrían ahora? «El agente sin cuerpo». «El poli sin fiambre». O, con solo una ligera alteración: «un poli sin cadáver». Ninguno de esos apelativos era ingenioso o gracioso. De hecho, hasta donde Abberline podía apreciar, consistían únicamente en una conexión de aliteraciones entre una palabra designada para un cuerpo muerto y otra palabra para un oficial del orden. Pero incluso saberlo no ayudaba nada. No lograba aliviar el considerable dolor producido por las mofas de sus colegas, por no mencionar que, cuando todo estuvo dicho y hecho, tuvieran parte de razón. Al fin y al cabo, había *perdido* un cadáver. Y sin el cuerpo, sin duda no había asesinato. Lo que significaba…

Realmente necesitaba encontrar ese cadáver.

Razón por la cual se encontraba caminando penosamente de vuelta a Belle Isle, esta vez sin el beneficio de un caballo o una carreta, pero un poco más despierto y atento ante cualquier sorpresa que el suburbio pudiera ofrecerle. De su hombro colgaba un saco. Y en él su arma secreta.

Se adentró más profundamente en Belle Isle, donde el hedor de la fábrica y del matadero resultaba casi insoportable. Ese día los habitantes del

barrio estaban envueltos por una densa niebla. Una neblina propia del suburbio, que se arremolinaba y expandía amenazante, arrastrando copos de hollín, así como espesos remolinos de humo que asfixiaban los pulmones. El aliento del diablo.

De vez en cuando, Abberline distinguía sombras entre la niebla, y empezó a sentir cómo varias figuras se congregaban, rastreando su avance a medida que se adentraba aún más en ese lugar olvidado de la mano de Dios.

Bien. Así era precisamente como quería que fuera. Necesitaba una audiencia para lo que sucedería a continuación.

Para entonces se encontraba en el preciso lugar donde los chiquillos habían detenido el paso de su carreta y donde, presumiblemente, habían efectuado el intercambio: su cuerpo sin vida por un poni igualmente muerto.

Se detuvo.

—¡Ah del barco! —llamó, sorprendiéndose a sí mismo por utilizar ese lenguaje marinero—. Sin duda debéis de recordarme. Soy el pardillo cuyo cadáver robasteis.

Era posible que lo imaginara, pero aun así, ¿era una risita lo que escuchó desde alguna parte de ese velo de oscuridad?

—Necesito hablar con el chaval que acarició a mi caballo el otro día. Veréis, se me ha ocurrido que alguien debió de meterle en ese embrollo. Realmente me gustaría saber quién fue.

La niebla permaneció en silencio. Sus secretos a salvo.

—¿Acaso te pagó? —insistió Abberline—. Bien, pues entonces yo te pagaré de nuevo… —Agitó unas monedas en su mano, el suave y tintineante ruido resonando en la sofocante quietud.

Hubo una pausa. Abberline estaba a punto de revelar su arma secreta cuando, finalmente, le llegó una respuesta, y una voz joven e incorpórea declaró: «Tenemos miedo de lo que él pueda hacernos».

—Lo entiendo —replicó Abberline, escudriñando entre las tinieblas hacia lo que pensó que era la dirección correcta—. Sin duda os ha amenazado. Pero me temo que ahora os encontráis, por así decirlo, entre la espada y la pared, porque si me voy de aquí sin la información que necesito, entonces regresaré y no lo haré solo. Volveré con uno de esos furgones, ya

sabéis, los mismos que entran y salen por las puertas de los correccionales. —Hizo una pausa para crear un mayor efecto dramático—. Por otro lado, si recibo la información que preciso, entonces olvidaré todo lo referente a los furgones. Dejaré este dinero detrás de mí, y lo que es más…

Entonces alzó el saco que llevaba en su hombro, lo depositó en el suelo y extrajo un bate de críquet y una pelota que levantó.

—Esto también. Se acabó jugar al críquet con la cabeza de un gatito, no será necesario ahora que podéis tener en vuestras manos estas pequeñas preciosidades. Han costado su buen dinero, eso os lo aseguro; no encontraréis un equipo mejor.

La respuesta surgió de nuevo, haciendo que esta vez Abberline girara la cabeza en varias direcciones, sintiéndose en clara desventaja, mientras intentaba descubrir la fuente del sonido.

—Estamos asustados por lo que él pueda hacernos —repitió la joven voz—. Él es como un demonio.

Abberline notó que su pulso se aceleraba, sabiendo que sin duda había estado en lo cierto al sospechar algo fuera de lo ordinario en ese crimen.

—Yo ya he hecho mi oferta —contestó a su intermediario invisible—. Por un lado, regalos. Por otro funestas consecuencias. Y una cosa puedo decir: además de regresar con los furgones del correccional, haré correr el rumor de que, en todo caso, he recibido la información que necesitaba. La ira de ese demonio —y no es un demonio, lo sabes, es un hombre, al igual que yo— caerá de todos modos sobre ti.

Aguardó a que la niebla tomará su decisión.

Por fin esta se agitó y se abrió, y de ella surgió el mismo chico que le había detenido el día anterior. De cara mugrienta, andrajoso, una expresión hueca y hambrienta. Un muchacho cuya cita con la muerte sin duda era inminente, y Abberline se sintió mal por la forma en que este chiquillo y otros como él eran usados y abusados. Se sintió mal por haberles amenazado con el correccional cuando las amenazas, el frío y el hambre eran lo único que conocían.

—No quiero hacerte daño. Tienes mi palabra —declaró dejando el bate y la pelota en el suelo entre ellos.

El chico bajó la vista al equipo de críquet y de nuevo miró al policía. Abberline podía percibir la expectación de las siluetas ocultas en la niebla.

—Estará enfadado por que cogiéramos el cuerpo —dijo el chico con la reticencia y cautela de una dolorosa experiencia.

—No me gustó precisamente que os llevarais mi cadáver, no, en eso tienes razón —concedió Abberline—, pero escucha, entiendo por qué lo hiciste. Y deja que te diga algo, si yo estuviera en tu lugar habría hecho exactamente lo mismo. No estoy aquí para juzgarte. Solo quiero la verdad.

El chico dio un paso adelante, más por sentir una creciente confianza en Abberline que por otra razón.

—No hay mucho más que decir, señor, usted tenía razón. Se nos pagó para distraerle de sus obligaciones y cambiar el cadáver por el poni. No se nos dijo por qué, ni tampoco lo preguntamos. Un puñado de monedas es lo que recibimos por entregar el cuerpo.

—¿Y el arma?

—Yo no vi ninguna arma, señor.

—Estaba en el bolsillo del hombre muerto.

—Entonces allí se quedó, señor.

—¿Y dónde entregasteis ese cuerpo?

El chico balanceó la cabeza. En lugar de responder, alzó la mano para indicar el lugar donde debían estar los matarifes de caballos de no ser por la niebla.

—Algunos de nosotros vimos al hombre entrar allí con él, y poco después salir sin él.

—¿Y qué aspecto tenía ese hombre? —preguntó Abberline, tratando de ocultar la ansiedad de su voz y fracasando miserablemente.

No mucho más tarde, el policía soltó un profundo y agradecido suspiro de alivio al dejar la asfixiante niebla de Belle Isle a sus espaldas y recorrer el camino de vuelta al aire relativamente limpio de su distrito. Se había despojado de algunas monedas, del bate de críquet y la pelota, pero afortunadamente su conciencia estaba limpia, y tenía una descripción de ese «demonio» cuyos motivos eran tan misteriosos. Era una descripción que le

resultaba familiar. Había oído hablar de un hombre así vestido, el mismo sujeto —podría incluso decirse que actuaba de forma «idiosincrática»— que había estado implicado en varios jaleos en el Rookery hacía una semana más o menos.

Abberline descubrió que su paso se aceleraba mientras todo volvía a su memoria. Aunque era de otro distrito, conocía a un policía con quien podía hablar, que tal vez supiera algo más sobre esa extraña figura que parecía fácil de distinguir, una extraña figura que vestía túnica y una capucha sobre su cabeza.

18

Ethan nunca había contado al Fantasma nada sobre su vida en Inglaterra. Este último, por supuesto, conocía nombres —Cecily, Jacob, Evie—, pero poco más, aparte del hecho de que los gemelos tenían una edad parecida a la suya. «Algún día espero poder presentártelos —había dicho Ethan con expresión extraña e inescrutable—. Pero eso no sucederá hasta estar seguro de que se hallan preparados para unirse a la lucha».

Eso era todo lo que El Fantasma sabía. Por otro lado, no quiso fisgonear, y además tampoco él le había contado a Ethan nada sobre su nueva vida más allá de la excavación. Ethan no sabía nada de Maggie o de los moradores del túnel, y El Fantasma no le había contado a su instructor que a menudo se quedaba despierto temblando de frío, sus ojos empañados por los recuerdos de su madre y su padre y el aroma a jazmín de Amritsar. O que el rostro moribundo de Dani continuaba acechando sus pesadillas. Los labios contraídos, los dientes ensangrentados. La boca llena de acero y sangre.

Él simplemente continuó existiendo, haciendo turnos de trabajo en la excavación, enterrando su pala en su escondite especial antes de volver a su casa del túnel y cuidar de la gente de allí.

Y entonces, cuatro noches atrás —es decir, cuatro noches antes de que el cuerpo fuera descubierto en la zanja—, El Fantasma recorría el camino de vuelta a casa cuando, como de costumbre, echó un vistazo al patio de la iglesia y esta vez vio la lápida inclinada hacia la izquierda.

En lugar de regresar al túnel se dio la vuelta, tomando la dirección opuesta hacia Paddington. Sería una larga caminata, pero estaba

acostumbrado. Todo formaba parte de la penitencia diaria que pagaba por su…

«Cobardía», pensaba en ocasiones, en aquellos momentos de profunda oscuridad del túnel previos a la helada del amanecer.

Pero no había sido un cobarde la noche que salvó a Maggie, ¿no es cierto? Había luchado por lo que era justo.

De modo que tal vez no fuera cobardía. Al menos eso no. Quizá era más bien fracaso en actuar. Vacilación o desgana, o lo que fuese que paralizó su mano la noche de su bautismo de sangre, acarreando tan inmensa vergüenza sobre sí mismo y el nombre de su familia.

Lo propio era haberlo pagado con su vida, y así hubiera sucedido de no haber sido por la intervención de Ethan Frye. A veces El Fantasma se preguntaba si su último acto de cobardía no había sido aceptar la oferta de ese Asesino mayor que él.

Los sonidos de la calle —una cacofonía de cascos de caballos, de gritos de vendedores y de un músico callejero tocando el violín— parecían alejarse a medida que caminaba, inmerso en sus pensamientos, su mente regresando a La Oscuridad. Aquella mañana, cuando la puerta se abrió, fue para dar paso a su verdugo. O al menos eso creyó. En su lugar, Ethan Frye volvió a presentarse con una gran sonrisa de oreja a oreja.

El propio Ethan tuvo que contenerse ante la visión de Jayadeep, cuya expectación ante la muerte estaba claramente escrita en su rostro, antes de tomar asiento en la paja, justo como había hecho el día anterior. Entonces, Ethan explicó a Jayadeep que se le requería en Londres para una importante misión; y que Arbaaz había dado su bendición.

Eso implicaba que tendría que moverse clandestinamente. «Totalmente encubierto», fue como lo definió Ethan, sin dar tiempo a que Jayadeep pudiera pensar que se trataba de algún tipo de misión piadosa, o que estaba haciendo todo lo posible por salvar al joven de la espada de los Asesinos, y pudiera pensárselo dos veces. Ethan deseaba que fuera Jayadeep porque este había sido su pupilo estrella.

—¿Recuerdas que yo aconsejé en contra de enviarte a una misión Asesina? —había dicho Ethan, y Jayadeep asintió tristemente con la cabeza —. Pues bien, eso fue porque vi en ti una humanidad que creo que puede

ser útil a la Hermandad. El trabajo que tengo en mente no tiene nada de agradable. Te convertirás en una persona diferente, Jayadeep, cualquier vestigio de tu antiguo yo quedará enterrado entre los pliegues de un nuevo disfraz. Ya no volverás a ser Jayadeep Mir, ¿lo entiendes?

Jayadeep había asentido, y entonces Ethan se había marchado. Solo que esta vez la puerta permaneció abierta.

Fueron necesarios unos instantes de asimilación antes de que Jayadeep también se levantara y se marchara, saliendo por fin de La Oscuridad.

—La misión empieza ahora —le indicó Ethan Frye al día siguiente al anochecer.

La calidez que Jayadeep solía advertir en los ojos de su tutor estaba ahora ausente. El alivio de Ethan por haber liberado a Jayadeep no duró demasiado. Había llegado el momento de pasar a la siguiente prioridad, la nueva fase de la operación.

Estaban solos en el malecón del puerto. Los cascos de los barcos resonaban a la vez en el suave oleaje, mientras las gaviotas se posaban, graznando y pavoneándose.

—Estoy a punto de dejarte —explicó Ethan mirando al muchacho de arriba abajo, y advirtiendo las paupérrimas ropas que llevaba puestas tal y como se le había indicado—. Debes llegar a Londres por tus propios medios. Encontrar algún lugar donde vivir, algún lugar apropiado para un hombre de recursos muy limitados. Aquí tienes…

Le entregó a Jayadeep un pequeño saquito con monedas.

—Esto es para tu subsistencia. No te llevará demasiado lejos, de modo que tendrás que gastarlo sabiamente. Y recuerda que a partir de este momento has dejado de ser Jayadeep Mir, hijo de Arbaaz y Pyara Kaur de Amritsar, acostumbrado al confort y bienestar y al atento respeto de los demás. Cuando llegues a Londres, lo harás como la escoria del mundo, un forastero de piel oscura sin un penique a su nombre que, por cierto, se llamará Bharat Singh. Sin embargo, tu nombre en clave, el nombre por el que te reconoceré, es El Fantasma.

Ya entonces Jayadeep pensó que odiaba el nombre de Bharat Singh. El Fantasma le iba mucho más.

—Cuando tengas alojamiento, necesitaré que encuentres un trabajo —continuó Ethan—, pero en un lugar muy concreto, cuya relevancia se irá esclareciendo en los meses venideros. Necesitaré que encuentres trabajo en la excavación del Ferrocarril Metropolitano al noroeste de la ciudad.

Jayadeep había sacudido la cabeza, confundido. Eran demasiadas cosas que asimilar. ¿Una nueva vida? ¿Un nuevo trabajo? Y todo ello en una tierra extranjera, sin el beneficio del nombre de su familia, sin la tutela de su padre o la dirección de Ethan. Lo que se le pedía le parecía imposible. Y ahora esto. ¿Un ferrocarril?

—No te preocupes de eso por ahora —añadió Ethan leyendo sus pensamientos—. Todo resultará más claro cuando estés en Londres. —Volvió a repasar los pasos con los dedos—. Primero encontrar algún tipo de alojamiento. Algo que encaje con un hombre en el puesto más bajo de la escala social; luego debes familiarizarte con tu entorno, y después conseguir empleo en la excavación del Ferrocarril Metropolitano. ¿Está claro?

El joven solo pudo asentir con la cabeza y confiar en que esos misterios fueran resolviéndose por sí mismos a su debido tiempo.

—Bien. Tienes tres meses a partir de hoy para lograrlo. Mientras tanto quiero que estudies esto…

Una carpeta con tapas de cuero y atada con una correa surgió oportunamente de entre la túnica del Asesino veterano.

Jayadeep la tomó, dándole la vuelta, y preguntándose qué habría en su interior.

—Te sugiero que leas los papeles durante tu travesía y luego arrojes todo al océano. Pero asegúrate de haber memorizado su contenido. Nos encontraremos dentro de tres meses en los jardines de la Inclusa de la carretera de Gray’s Inn, a medianoche. Por último, y esto es lo más importante de todo lo que te estoy diciendo, bajo ninguna circunstancia debes demostrar que tienes alguna habilidad más allá de las esperadas en un mugriento y pobre chico hindú de diecisiete años. Camina encogido, no erguido. No eres un Asesino y no debes comportarte como tal. Si te encuentras bajo alguna amenaza, déjate intimidar. Si demuestras ser más

competente y capaz que tus colegas de trabajo, entonces no te esfuerces tanto. Lo más importante para ti es que consigas pasar inadvertido en todos los sentidos. ¿Lo comprendes?

El Fantasma asintió, y el mar lamió el malecón del puerto mientras el sol se hundía en el horizonte para dar paso a un nuevo día.

19

Sumido en el recuerdo de su última mañana en la India, El Fantasma estuvo a punto de dejar atrás la casa que hacía las veces de lugar de reunión con su instructor.

Los números 23 y 24 de Leinster Gardens, Paddington, daban la impresión de ser como cualquier otra casa de la calle, pero lo que solo un puñado de gente sabía —vecinos, constructores y, más pertinentemente, El Fantasma y Ethan Frye— era que las dos casas tenían, de hecho, unas fachadas falsas construidas para ocultar un agujero en el suelo.

Había sido idea de Charles Pearson. Al empezar a proyectar su línea de ferrocarril se había topado con un problema inmediato como era encontrar una locomotora adecuada para ser utilizada bajo tierra. Una máquina de vapor corriente con su normal emisión de humo habría sofocado directamente a los pasajeros y a la tripulación. Dado que no era aceptable que un operador de ferrocarril matara a sus pasajeros, Pearson trató de buscar una solución. En primer lugar, se le ocurrió la idea de coches arrastrados a través de los túneles por medio de cables, y luego, cuando eso demostró ser impracticable, dio con un plan para usar la presión atmosférica. Esa medida también resultó inviable, si bien, desde luego, sirvió como blanco de los muchos caricaturistas de la ciudad.

Fue John Fowler el que acudió al rescate de Pearson tanto en este como en otros muchos aspectos de la línea. Había supervisado la construcción de una locomotora en la que el humo y el vapor eran desviados a un tanque por detrás de esta. El único problema era que en algún momento había que soltar el humo y el vapor, y esa era la razón por la que los números 23 y 24

de Leinster Gardens, W2, quedaron reservados para que las máquinas de más abajo pudieran, literalmente, «liberar vapor».

La apertura de la línea del Metropolitano aún quedaba a un año vista, y era en ese lugar donde El Fantasma y Ethan Frye solían reunirse.

—¿Cómo estás? —preguntó Ethan esa noche. Había estado sentado al borde del vacío, con la vista bajada hacia donde las vigas se cruzaban justo por debajo de sus botas colgantes.

El Fantasma asintió pero no dijo nada, un libro cerrado. Tomó asiento junto a Ethan. Sus pies desnudos se balancearon junto a las botas de su mentor, una enorme oscuridad bajo ellos.

—Te complacerá saber que vamos a pasar a la siguiente fase de la operación —anunció Ethan—. Las cosas han llegado a un punto crítico. Pronto te encontrarás siendo vigilado. No tengo ninguna duda de que serás seguido y de que tus credenciales serán examinadas por nuestros amigos Templarios. ¿Estás seguro de que tu tapadera continúa siendo totalmente segura?

El Fantasma sopesó si había llegado el momento de que le hablara a Ethan sobre Maggie y su papel extraoficial como guardián del túnel. Era una conversación que había mantenido en su cabeza muchas veces, en imaginarias explicaciones en las que le contaba a Ethan cómo una cosa había llevado a la otra y que, en ningún caso, había pretendido hacerse notar, simplemente se había sentido incapaz de quedarse quieto y dejar que la injusticia prevaleciera. Y sin duda Ethan habría…, bueno, incluso si no lo aprobaba, ciertamente lo entendería, ¿no es así? Después de todo, no era como si El Fantasma se hubiera convertido en un héroe público reconocible, saliendo en la portada del *Illustrated London News*.

Pero no. Mantuvo la boca cerrada. No dijo nada y se adentró de buena gana en la siguiente fase del plan.

—¿Que consiste en…? —preguntó.

Una mirada traviesa iluminó los ojos de su maestro. Era una mirada que El Fantasma había llegado a apreciar cuando era niño en la seguridad de Amritsar. Ahora, bajando los ojos hacia el vacío con solo la incertidumbre ante él, ya no estaba tan seguro.

—Tendrás que escribir una carta a nuestro amigo el señor Cavanagh. Puedes emplear tu conocimiento de Cavanagh para establecer tus credenciales. Dejaré los detalles a tu criterio. Lo importante es que le digas que tiene un traidor en sus filas y que esperas ganarte su favor desenmascarando al traidor.

El Fantasma asintió, su mirada fija en la oscuridad de más abajo.

—Ya veo —observó cuando Ethan hubo terminado—. ¿Y luego qué?

—Esperarás hasta que un cadáver sea descubierto en la zanja.

—¿Cuándo?

—Es difícil de precisar. En los próximos días, imagino, dependiendo de las lluvias.

—Entiendo. ¿Y se me permite saber a quién pertenece el cuerpo que será descubierto?

—¿Recuerdas a nuestro amigo Templario, al señor Robert Waugh?

El Fantasma lo recordaba perfectamente.

—¿El pornógrafo?

—Ese mismo. Solo que el señor Waugh no ha sido muy franco con sus socios. Ha estado utilizando sus estampas eróticas para hacer un poco de dinero extra, una actividad suplementaria que descubrí anoche.

—¿Que fue cuando lo mató?

—Oh, no, yo no lo maté. —Ethan palmeó con fuerza el hombro del Fantasma—. Lo hiciste tú.

20

Mientras regresaba de su reunión con Ethan, El Fantasma reflexionó sobre la primera vez que tuvo noticia del hombre que ahora veía cada día en la excavación, el hombre conocido inicialmente como Cavanagh. Fue durante la travesía desde Amritsar a Inglaterra cuando, cumpliendo con lo ordenado, abrió la carpeta que Ethan le había entregado en el malecón.

En su interior había una nota introductoria de Ethan donde le explicaba que el contenido eran informes copiados y decodificados tras una redada a los Templarios. Los documentos habían sido reemplazados; hasta donde los Asesinos sabían, los Templarios ignoraban que estuvieran en posesión de esa información.

Esos despachos habían sido recopilados de las crónicas de primera mano reunidas por documentalistas Templarios, y comenzaban de forma bastante inofensiva con una crónica objetiva de la retirada inglesa de Kabul en 1842.

Por supuesto, El Fantasma lo sabía todo sobre la famosa marcha de Kabul. Todo el mundo lo sabía. Había sido uno de los acontecimientos más catastróficos de la historia militar británica y el punto de inflexión de la maldita guerra de Afganistán. Dieciséis mil soldados, familias y otros seguidores de su campamento se habían embarcado en una retirada de ciento cincuenta kilómetros desde Kabul a Jalalabad en enero de 1842. Apenas un puñado consiguió llegar.

No solo no llevaban comida más que para cinco días, sino que además su líder, el general de división William Elphinstone, también conocido como Elphy Bey, tenía una sesera tan blanda como frágil era su cuerpo. No

solo era un idiota redomado sino también un simple que se creyó todas las mentiras que el líder afgano, Akbar Khan, le contó.

Y fueron muchas las mentiras que Akbar Khan contó a Elphy Bey. A cambio de que el ejército británico entregara la mayor parte de sus mosquetes, Khan le garantizó una segura travesía, además de ofrecerle una escolta por los pasos de montaña. También le aseguró que todas las personas enfermas y heridas que tuvieran que quedarse en Kabul no sufrirían ningún daño.

Khan apenas necesitó una hora para retractarse. La marcha acababa de abandonar el acantonamiento, cuando sus hombres se entregaron al saqueo, quemando tiendas y pasando a cuchillo a los heridos. Entretanto, atacaron la retaguardia. Porteadores, acompañantes y soldados indios fueron masacrados. Con poca o ninguna resistencia por parte de la columna, los afganos comenzaron a organizar incursiones cada vez más osadas, devastando rápidamente la caravana que trasladaba los equipos. Apenas había salido de Kabul y la marcha ya había dejado tras ella un rastro de equipajes y cadáveres.

Se habían transportado muy pocas tiendas para la marcha, y estas estaban destinadas especialmente a mujeres, niños y oficiales. Esa noche la mayoría tuvo que acostarse sobre la nieve a la intemperie y, al día siguiente, el suelo amaneció cubierto por los cadáveres de aquellos que habían muerto congelados durante la noche. Ateridos y hambrientos, los integrantes de la marcha continuaron adelante, confiando en dejar atrás el mal tiempo y resistir el constante embate de los afganos.

Por razones que solo él conocía, Elphy Bey ordenó un descanso a las dos de la tarde, cuando lo que debería haber hecho era seguir el consejo de sus oficiales y apresurarse a cruzar el peligroso paso de Khord-Kabul. Tal vez el hombre había perdido la poca cabeza que le quedaba, pues su decisión implicaba entregar el paso a los afganos, cuyos francotiradores se apostaron en las cornisas, mientras su caballería se preparaba para más acción.

Como era de esperar, los disparos comenzaron a sonar tan pronto como la columna se adentró en el paso a la mañana siguiente, y la marcha hubo de detenerse mientras se llevaban a cabo negociaciones. Akbar Khan accedió a

dejar pasar la columna a cambio de tomar rehenes, pero su engaño no tenía límites, pues, después de que los rehenes fueran entregados, el fuego comenzó de nuevo mientras los hombres de su tribu, a caballo, se lanzaban sobre la columna, dispersando a servidores, machacando a civiles y soldados e incluso llevándose a los niños.

Tres mil personas perdieron la vida en el paso, teniendo que dejar atrás todas las provisiones. Esa noche la gente restante acampó con solo cuatro pequeñas tiendas, sin poder hacer fuego ni calentar comida. Cientos de ellos murieron por dormir a la intemperie.

La matanza continuó durante los siguientes días. Para escapar de la masacre, algunos prefirieron acabar con sus vidas mientras otros desertaban, si bien los afganos no les permitieron escapar y solo perdonaban a algunos por los que quizá más tarde podrían pedir un rescate: oficiales, mujeres y niños. Los soldados, sirvientes y seguidores fueron masacrados.

En el quinto día, la columna contaba solamente con tres mil integrantes, quinientos de ellos soldados. Elphy Bey se rindió, para acabar muriendo más tarde en cautividad, al tiempo que las esposas y familias seguían su ejemplo. Sin embargo, la marcha siguió adelante, sin que su número dejara de menguar, y fue atacada en la Cresta de Jugdulluk, sufriendo terribles pérdidas. Durante las noches se producían constantes combates, sobre la nieve, hasta que los supervivientes llegaron a Gandamak, aunque para entonces quedaban menos de cuatrocientos.

Tomaron posiciones en una colina, pero se encontraron rodeados por afganos, que les conminaron a rendirse. ¡Maldita sea, me parece que no!, se burló un sargento, y su réplica se convertiría en algo parecido a un eslogan nacional inglés. Sin embargo, fue fiel a su palabra, de modo que los francotiradores afganos tuvieron que emplearse a fondo antes del ataque final.

La Cresta de Jugdulluk no fue una batalla; fue una masacre. Seis oficiales escaparon, cinco de ellos fueron acuchillados en la carretera a Jalalabad. Solo uno, William Brydon, logró llegar. Una parte de su cráneo presentaba una profunda herida causada por una espada afgana, pero sobrevivió al golpe gracias a que guardaba una copia de la revista

Blackwood en su sombrero. «Nunca imaginé que esta vieja revista de chismorreo pudiera ser tan útil», comentó supuestamente al relatar el suceso.

De los dieciséis mil que habían partido de Kabul seis días antes, él fue el único en alcanzar su destino.

Excepto… que no fue exactamente así. La historia del viejo y bueno William Brydon como el único oficial superviviente que llegó a Jalalabad era bastante buena, tan buena que permaneció durante largo tiempo en la memoria del pueblo. Lamentablemente, sin embargo, no era totalmente cierta, porque hubo otros supervivientes. Solo que los métodos y medios de estos supervivientes no fueron tan nobles como el estoicismo del doctor William Brydon. Un hombre hará cualquier cosa por sobrevivir, por vivir y ver un nuevo amanecer, por sentir los labios de su esposa e hijos, por reírse con una bebida en su mano. De modo que sí, hubo otros que también lograron sobrevivir a esa desastrosa marcha, pero sus hazañas no fueron tan aplaudidas, celebradas, cantadas o inmortalizadas posteriormente por artistas. Ni siquiera podían considerarse hazañas, en el sentido que la palabra sugiere de aventura y épica. Fueron acciones de supervivencia, simple y llanamente. Sucias, ruines, despiadadas y ejecutadas con un terrible coste para otros.

Y así, sucedió que en aquella marcha hubo cierto comandante que respondía al nombre de coronel Walter Lavelle. Este hombre pertenecía a la Orden de los Caballeros Templarios, si bien no era un Templario que ostentara un rango especialmente alto, ni una persona de interés para la Hermandad Asesina, aunque no obstante lo conocían.

Poco antes de que la marcha saliera de Kabul, un cabo de nombre Cavanagh se presentó ante Walter Lavelle.

—Me pregunto si podría tener unas palabras con usted, señor —dijo el tal Cavanagh la mañana de la marcha.

Advirtiendo cierta seriedad y, si era honesto consigo mismo, un leve peligro en los ojos del hombre, Lavelle había asentido, a pesar del hecho de que el hombre fuera un simple cabo, y los dos militares se acercaron hasta

el refugio de un ciprés, lejos de donde sirvientes y civiles estaban cargando los carros y los caballos se revolvían bajo el peso de las alforjas y las sillas de montar. De hecho, el patio bullía de actividad. Por encima del sonido de los hombres maldiciendo y forcejeando, de las órdenes expedidas y de las mujeres retorciendo sus manos y llorando, llegaban las constantes exhortaciones de *lady* Florencia Sale, la esposa del general de división Robert Henry Sale, una mujer en cuyo honor bien podría haberse acuñado la palabra temible. *Lady* Sale no dejó la menor duda respecto a que consideraba esa marcha como una mera excursión campestre, una cuestión de importancia menor para el poderío del ejército británico y que pensar de otra forma era traicioneramente antibritánico. «Oh, deja ya de berrear, Emily, y sé útil», exhortaba. «Oiga usted, tenga un poco de cuidado. Ese es mi mejor vino de Madeira. Y usted, vigile esa porcelana o mis veladas en Jalalabad carecerán de finura. Estoy planeando organizar la primera dentro de dos días. ¡Será divertido conocer a las buenas damas de Jalalabad!».

Lejos, junto al ciprés, el cabo Cavanagh se volvió hacia Lavelle y con ojos inexpresivos declaró: «Es una chiflada».

Estaban lejos de los oídos de todos, pero aun así el coronel farfulló indignado, como todos los coroneles tenían costumbre de hacer.

—¿Está loco, cabo? ¿Acaso ha perdido el juicio de cada uno de sus sentidos de golpe? ¿Sabe a quién está hablando, hombre? ¿Sabe de *quién* habla? Se trata de…

—Sé muy bien con quién estoy hablando y de quién, señor —replicó Cavanagh sin alzar el tono (¡caramba!, el tipo era sin duda un descarado)—, y es precisamente porque sé con quién estoy hablando que siento que puedo hacerlo abiertamente. Discúlpeme si he malinterpretado la situación y permita que me retire para continuar preparando a los hombres de mi sección.

Hizo amago de retirarse, pero Lavelle le detuvo, curioso por escuchar lo que ese impertinente cabo tenía en mente.

—Le escucharé, hombre. Pero modere su lengua.

Sin embargo, Cavanagh no hizo nada de eso. Tenía intención de hablar claro y eso fue lo que hizo.

—¿Sabe lo lejos que queda Jalalabad? Está a ciento cincuenta kilómetros. Tenemos un ejército de catorce mil hombres, pero apenas una cuarta parte de ellos son soldados, el resto forman una enorme chusma: porteadores, sirvientes, mujeres y niños. Sin prácticamente un solo guerrero entre ellos. ¿Sabe cuáles son las condiciones, señor? Caminaremos sobre treinta centímetros de nieve en el peor territorio de la tierra y con temperaturas por debajo de cero grados. ¿Y qué me dice de Akbar Khan? Ha estado en las colinas, yendo de un jefe a otro, reuniendo apoyo para nuevas hostilidades. Khan no mantendrá su palabra. En cuanto salgamos por esas puertas empezará a destruirnos. *Lady* Sale piensa que organizará su primera velada en Jalalabad dentro de dos días. Tendremos suerte si cubrimos esa distancia en dos semanas. No tenemos armas, munición, ni siquiera comida o provisiones. La marcha está condenada, señor, y nosotros igualmente condenados a menos que unamos fuerzas para pasar a la acción.

Continuó explicando a Lavelle que dominaba razonablemente el Pushtu, y sugirió ocupar la posición de ordenanza de Lavelle. Pero este último no había terminado con sus farfulleos y fanfarronadas, y cuando hubo acabado, apartó con un gesto a Cavanagh como si fuera una mosca en su oreja, diciéndole que no fuera tan impertinente y que guardara sus peligrosos pensamientos de deserción para sí mismo.

—Debe de haber pensado que obtendría mi favor, ¡desdichado pelota! —rugió—, por alguna razón que no alcanzo a imaginar. Pero le aseguro que permaneceré como un fiel sirviente del general Elphinstone hasta el último aliento.

Desde la primera noche de la marcha quedó claro que Akbar Khan se había retractado de su palabra y que Elphy Bey era un loco. Pero a medida que la columna desgarraba el aire por los gritos de los hombres heridos, las incursiones afganas continuaban, y los más desafortunados se congelaban donde se habían recostado, un aterrorizado y acobardado Lavelle se deslizó en la tienda de Cavanagh para preguntarle al cabo si quería ser su ordenanza.

—Yo, ¿un simple y desdichado pelota? —replicó Cavanagh, sin que su rostro dejara entrever ni un ápice de la oscura satisfacción que sintió ante la

mirada de pánico en el rostro del coronel. Objetó y negó, haciéndose el ofendido, hasta que obtuvo una disculpa del tembloroso coronel.

A la mañana siguiente, mientras los lanceros británicos se lanzaban contra los afganos en un inútil intento por detener posteriores ataques, Cavanagh, Lavelle y un cipayo leal, cuyo nombre no se ha registrado, abandonaron la compañía para siempre.

Su viaje a través de las colinas y los pasos era peligroso. No se atrevían a mantenerse demasiado cerca de la columna por miedo a ser vistos tanto por los soldados británicos como por sus atacantes afganos, pero tampoco querían alejarse mucho de las rutas establecidas. El territorio afgano era famoso por ser uno de los más hostiles del mundo conocido, más aún en el implacable frío de enero, sin contar con que los hombres temían caer en manos de cualquiera de las numerosas tribus.

Disponían de forraje para sus monturas, pero a medida que avanzaban a través de las cumbres y los picos del paso les quedó claro que habían equivocado sus cálculos respecto a las provisiones para ellos. De modo que cuando, a última hora de la tarde del tercer día, la gélida brisa llevó hasta ellos el olor de carne asada, sus estómagos estaban tan alerta como sus sentidos.

Dejando sus caballos amarrados a unas matas, continuaron avanzando medio agachados. En efecto, pronto se encontraron con cinco montañeses afganos en el camino. Estaban en un claro, inclinados sobre una hoguera en la que asaban una cabra, con una escarpada roca a un lado y un vertiginoso abismo al otro.

Los tres desertores se pusieron inmediatamente a cubierto. Como todos los soldados británicos, guardaban un sano respeto por los combatientes de Afganistán, pues la suya era una nación de guerreros: los hombres adiestrados y temibles, y las mujeres famosas por sus espantosos métodos de ejecución, con desuellos y «muerte por miles de cortes» entre los menos sádicos.

De modo que el trío permaneció oculto detrás de un enorme peñasco: el cipayo, implacable, era la viva estampa de la más férrea determinación, a pesar de saber cómo trataban los afganos a sus prisioneros Sikh; Lavelle cediendo sin decirlo la autoridad a Cavanagh, que daba gracias a Dios por

que aquellos hombres no hubieran pensado en establecer un puesto de observación y, tras una serie de rápidos vistazos, tomó nota de la situación.

Bien, obviamente no había forma de dar un rodeo a esa posición. Para poder proseguir por el camino, Cavanagh, Lavelle y el cipayo tendrían que enfrentarse a ellos, o bien regresar con la columna y explicar su ausencia y, lo que era más probable, ser fusilados por deserción.

El combate era inevitable.

Era un grupo de cinco, ataviados con gorros o turbantes y abrigos largos. Atados muy cerca, se encontraban sus caballos cargados con provisiones, incluyendo el cadáver de una segunda cabra. Los fusiles afganos, llamados *jezzails*, estaban colocados en forma de cono, apuntando hacia arriba, no muy lejos de la hoguera.

Cavanagh conocía bien el jezzail. Era un arma de fabricación casera cuyos largos cañones le proporcionaban un considerable alcance frente a los mosquetes Brown Bess ingleses empleados por los hombres de Elphinstone. Estos guerreros afganos utilizarían sus jezzails de manera muy efectiva contra la columna, con expertos francotiradores disparando una letal cortina de balas, clavos e incluso piedras sobre la acosada retirada, doscientos cincuenta metros más abajo. Los fusiles estaban intrincadamente decorados, como era costumbre entre los afganos; uno de ellos adornado incluso con dientes humanos.

Sin embargo, según advirtió Cavanagh con alivio, el jezzail era un arma que se cargaba por la boca, y por su aspecto a simple vista, el montón que tenían delante no estaba preparado. En todo caso, los hombres de la tribu recurrirían a los cuchillos Khyber que llevaban en la cintura. Excelentes armas para el cuerpo a cuerpo.

Cavanagh miró a sus dos compañeros. El cipayo, como sabía, era un tirador decente. No estaba seguro de la destreza de Lavelle, pero él se había entrenado en la academia de maestros de esgrima de Domenico Angelo Tremamondo y era un experto espadachín.

(Aquí, El Fantasma se encontró con una nota, presumiblemente dejada por el curador Asesino que había reunido el expediente. El compilador se preguntaba cómo un simple cabo habría podido estudiar en la gran Escuela de Armas de Angelo, en la Carlisle House, en el Soho, Londres, donde se

adiestraba a la aristocracia en el arte del manejo de la espada. O más bien, por decirlo de otro modo: ¿cómo un graduado de esa academia en concreto había acabado siendo un simple cabo? La nota llevaba adjunta una inscripción de Ethan, una única palabra. El Fantasma la conocía bien de las terribles lecciones de latín que Ethan había insistido en enseñarle como parte de su tutelaje. «*Cave*», decía, lo que significaba «cuidado»).

Cavanagh supo que esta era su oportunidad para impresionar a Lavelle y hacerle ver que era algo más que un simple desertor. El día anterior, cuando Lavelle le había preguntado por qué quería ganarse su favor, no había contestado. Pero lo cierto es que Cavanagh estaba al corriente de la posición de Lavelle dentro de la Orden y deseaba sacar partido de ella. De modo que Cavanagh desenvainó silenciosamente su sable, entregó su propia pistola de servicio al cipayo, e hizo una indicación a Lavelle para que preparara la suya.

Cuando los dos hombres estuvieron listos les hizo un gesto para que se encargaran de los dos afganos de la izquierda.

A continuación se incorporó ligeramente sobre sus caderas estirando las pantorrillas. Lo último que necesitaba era que sus piernas se agarrotaran cuando hiciera su movimiento.

Y así lo hizo. Confiando en que Lavelle y el cipayo estuvieran acertados y volcando su fe en el elemento sorpresa y en su propia y bastante considerable destreza en el manejo de la espada, Cavanagh surgió desde detrás del peñasco para plantar batalla.

Advirtió que el soldado de la izquierda se giraba y gritaba al mismo tiempo que escuchaba un disparo de pistola desde detrás, y luego otro más, este último no tan acertado pero suficiente para poner en pie al hombre de al lado y caer al suelo mientras aferraba su estómago. Cuando el segundo afgano se volvía e intentaba sacar su cuchillo Khyber de la cintura, Cavanagh lo alcanzó y atacó con su sable, propinándole un único tajo bajo el cuello que le seccionó la arteria carótida, para luego apartarse ágilmente y evitar el rítmico borbotón de sangre.

El inglés había escogido deliberadamente su primer golpe. Los guerreros afganos eran tan fuertes e imperturbables como los mejores, pero incluso ellos no podían evitar sentirse perturbados por la súbita aparición

del brillante chorro arterial que en forma de arco surgía y salpicaba en la moribunda luz de la tarde. Eso dejó a los otros dos hombres en un fuerte estado de confusión, uno de ellos limpiándose la sangre de su camarada de la cara con una mano, a la vez que buscaba su daga curva con la otra.

Desenfundó el cuchillo del cinto, pero eso fue todo. Cavanagh giró su propia hoja en el aire mientras la balanceaba del revés, segando la desdichada garganta del montañés. La cabeza del hombre se tambaleó sobre su cuello mientras se doblaba hacia el suelo en medio de un chorro de sangre que caía frente a él en un último estertor de muerte. No quedaba tiempo para que Cavanagh pudiera recuperar la postura y atacar al último hombre. Escuchó un disparo desde detrás y sintió cómo el aire se rompía, pero el disparo se perdió. Vio demasiado tarde cómo el cuchillo Khyber surgía de alguna parte de su visión periférica, y aunque no sintió un dolor inmediato notó la tibia humedad de la sangre resbalar por su cara.

[Nota del curador del expediente: *NB Cavanagh luce una cicatriz desde ese día*].

De haber hecho suya la ventaja, el afgano tal vez habría podido salir del claro con vida, e incluso con la sangre de un cabo británico como muestra de su esfuerzo. En su lugar, decidió intentar llegar hasta los caballos. Posiblemente confiaba en escapar y advertir a sus amigos; o tal vez supiera de la existencia de una pistola cargada oculta en las alforjas de su montura. Lamentablemente para él, la visión de un hombre aterrorizado corriendo hacia ellos fue demasiado para los normalmente imperturbables corceles afganos, que se encabritaron, soltándose de su ronzal, y se dispersaron.

—¡Por las barbas del diablo! —maldijo Cavanagh, mientras contemplaba los caballos y las provisiones, por no mencionar el cadáver de la segunda cabra, alejándose de su vista por el congelado camino.

Mientras tanto, el afgano se dio la vuelta, mostrando los dientes y ondeando su cuchillo Khyber. Pero Cavanagh se puso en guardia al estilo espadachín, su mano derecha alzada, la punta de su espada apuntando hacia abajo, y no sin cierta satisfacción distinguió los ojos del guerrero girar hacia arriba y a la izquierda durante un segundo antes de hundir la punta de su espada en el rostro del hombre.

Acabada la lucha, reinó el silencio. El afgano herido en el vientre por el disparo se retorcía y gemía, y Cavanagh le dio el golpe de gracia, limpiando su sable en las ropas del hombre, tan empapadas a su vez de sangre, que fue inútil.

—Rápido, cojan cualquier ropa que encuentren antes de que la sangre la arruine —indicó a Lavelle y al cipayo que habían emergido de detrás del peñasco. El cipayo se había desenvuelto sin problemas, tal y como él había imaginado que sucedería, y Cavanagh le felicitó. A su vez, Lavelle felicitó a Cavanagh, pero nadie felicitó a Lavelle.

Los tres hombres devoraron con gusto la cabra asada, que habiéndose quedado desatendida durante la lucha se había hecho demasiado, aunque a los hambrientos ingleses no les importara. Comieron hasta llenar sus estómagos de cabra muy hecha, y después despojaron de sus ropas y turbantes a los muertos, reuniendo las prendas que no mostraban evidentes manchas de sangre, y se las pusieron. Cuando terminaron, ocultaron los cuerpos lo mejor que pudieron y continuaron su camino.

Cabalgaron durante un día, manteniéndose por delante de la columna en retirada, a aproximadamente un kilómetro y medio en línea recta. A pesar de la distancia, escuchaban los constantes chasquidos de disparos, y algún grito de dolor ocasional que les llegaba arrastrado por el gélido viento. Cavanagh comenzó a ganar confianza. Se apartaron lejos de las rutas prescritas, encontrando un nuevo sendero a mayor altura sobre el paso rocoso. Y entonces, en la tarde del quinto día, llegaron a las afueras de un campamento de viajeros mucho más grande. Y tuvieron que hacer frente a una prueba más difícil todavía.

21

Más tarde, cuando reflexionó sobre ello, Cavanagh llegó a la conclusión de que se habían encontrado con un campamento nómada perteneciente a uno de los señores de la guerra de Akbar. Desde esa base, el jefe podía enviar francotiradores para ocupar posiciones en los pasos por encima de la columna y utilizar sus jezzails para sembrar la devastación en los pobres que marchaban más abajo, y también enviar jinetes que, descendiendo hasta el nivel del paso a través de senderos ocultos, estarían en condiciones de efectuar terribles cargas sobre la retaguardia y las secciones peor custodiadas de la columna, abatiendo sin piedad a sirvientes, mujeres y niños y apoderándose de las pocas provisiones que les quedaban.

Fue entonces cuando las nociones de Pushtu de Cavanagh les fueron muy útiles. De hecho, les salvaron la vida. Cuando atravesaban la cima de una colina, con sus caballos deslizándose y resbalando sobre el congelado y pedregoso sendero, fueron saludados por un vigía.

A Dios gracias, el hombre había echado un vistazo a su vestimenta y, desde la distancia, los tomó por afganos. Cuando les saludó, la rápida mente de Cavanagh les salvó una vez más, pues en lugar de mostrar sorpresa y salir corriendo, mantuvo la compostura y respondió de la misma forma.

A su señal, los tres hombres hicieron un alto. A unos doscientos metros frente a ellos, el vigía había surgido de detrás de un saliente rocoso, con su jezzail colgando en bandolera a la espalda. Sus facciones apenas distinguibles, cuando se llevó las manos ahuecadas a la boca y gritó nuevamente en Pushtu: «¡Hola!».

La mente de Cavanagh funcionaba a toda prisa; no había forma de que pudieran llegar más cerca: serían reconocidos como impostores. Pero si se daban la vuelta, los afganos montarían una persecución, y siendo mejores jinetes sería sin duda una muy corta.

Sentado a su lado, Lavelle movía los ojos inquieto.

—¿Qué demonios vamos a hacer, hombre?

—¡Cierre el pico! —susurró Cavanagh, ignorando el tratamiento de respeto hacia Lavelle—. Estoy pensando. Pase lo que pase, no diga otra palabra y siga mi comportamiento.

Entretanto, el vigía, de nuevo con las manos ahuecadas sobre su boca, estaba llamando a alguien por detrás de él, que no estaba a la vista. Unos rostros nuevos aparecieron en el paisaje. Seis o siete hombres. Cristo, prácticamente se habían metido en medio del campamento. Se quedaron mirando a través del espacio entre los dos grupos, uno o dos protegiéndose los ojos contra el moribundo sol invernal, sin duda preguntándose todos por qué esos tres visitantes se habían detenido en el perímetro del campamento.

La mente de Cavanagh trataba de encontrar respuestas. No podían correr. No podían avanzar. Y cualquier intento de responder a nuevas preguntas sin duda delataría su titubeante dominio del Pushtu.

Uno de los hombres descolgó su rifle, pero Cavanagh se adelantó a lo que pudiera suceder y le habló antes de que apuntara su arma.

—Mi buen amigo, venimos de asaltar a los cobardes británicos. Llevamos con nosotros a una escoria Sikh capturada. Un hombre que trató de adoptar nuestra vestimenta y escapar como desertor.

Del final del camino llegaron risas afganas. Desconocedor del Pushtu, el cipayo permaneció sentado, ignorante de lo que le esperaba. Leal y fiel.

—¿Qué está diciendo, hombre? —exigió Lavelle.

—Silencio —espetó Cavanagh.

Su voz se alzó de nuevo.

—Aquí. Dejaremos nuestro trofeo con vosotros como un regalo a vuestras mujeres, y seguiremos camino si os parece.

Sin más, sacó su cuchillo Khyber robado y, en un rápido movimiento, fingió cortar unas ataduras de las manos del cipayo. Desconcertado, este se giró en su silla para mirar a Cavanagh, su rostro nublándose por la

confusión. «¿Señor?». Pero Cavanagh se inclinó, agarró el pie del hombre y lo impulsó hacia arriba, sacándole de la silla y asestándole al mismo tiempo un tremendo y despiadado corte con su cuchillo Khyber que rasgó el tendón de Aquiles del desesperado hombre.

Mientras los afganos del camino se burlaban y reían, Cavanagh se despidió con la mano, y él y Lavelle se giraron sobre sus caballos para partir. Al mismo tiempo, el cipayo trató de levantarse del suelo, pero su malherido talón se dobló bajo su peso chorreando sangre, y volvió a caer gimiendo y suplicando.

—¿Señor? ¿Señor?

Pero le dejaron allí, a su suerte, en manos de las mujeres afganas. Desollado vivo o muerto por miles de cortes. Abandonaron allí al cipayo sin nombre para que afrontara una muerte incalificable, y así poder salvarse ellos.

—Por Dios, hombre, eso ha sido muy frío —comentó más tarde Lavelle, cuando establecieron su campamento en las rocas por encima del paso.

—Era él o nosotros —dijo Cavanagh.

Esa noche pudieron escuchar el sonido de disparos, y ambos hombres creyeron oír también los gritos del cipayo en la distancia, mientras las mujeres afganas comenzaban su trabajo.

22

El Fantasma estaba lleno de odio por Cavanagh. Alrededor de un mes después, cuando se enfrentó a los hombres en el patio de la iglesia, comprendió la fuerza del impulso de supervivencia. Eso le quedó claro. Pero lo que no podía entender (y quizá esa era la razón por la que nunca estuvo verdaderamente preparado para una vida de derramamiento de sangre) era la capacidad para sacrificar la vida de otro hombre, de dejar que otro hombre muriera en tu lugar. Y no solo eso, sino un hombre que no había mostrado otra cosa más que lealtad.

Se preguntó si el rostro de ese cipayo acosaría a Cavanagh en sus sueños. ¿Sentiría siquiera algo?

El informe continuaba con la narración. Cavanagh y Lavelle habían aparecido en Jalalabad un día después de que William Brydon hiciera su histórica aparición. Su relato de supervivencia pasó inadvertido, envuelto como estaba en rumores y sospechas.

A pesar de su insistencia, y del hecho de recurrir rápidamente a una historia preparada y detallada sobre haberse separado de una sección de caballería perdiéndose en el camino, los rumores en el acantonamiento de Jalalabad apuntaban a que los dos hombres habían desertado. Nada en Lavelle sugería ninguna otra explicación. Pero cuando, el 7 de abril de 1842, la guarnición de Jalalabad atacó las líneas de Akbar Khan, Cavanagh quedó libre de sospechas al demostrar ser indomable en combate.

Sus movimientos estaban anotados a continuación, algunos años después de su regreso a Inglaterra, cuando ya había logrado una posición dentro de la Orden Templaria. Fue poco después, cuando el citado coronel Walter Lavelle sufrió un fatal accidente. De acuerdo con el informe, los

Asesinos sospechaban que Cavanagh no solo había recomendado su ejecución, sino que la llevó a cabo personalmente.

Hasta ese momento, El Fantasma se había preguntado dónde entraría él en escena. ¿Por qué estaba leyendo sobre este hombre, Cavanagh?

Entonces lo vio claro. La siguiente vez que Cavanagh aparecía como persona de interés para los Asesinos fue cuando, un tanto súbitamente, consiguió un puesto en la compañía constructora de la primera línea de ferrocarril subterráneo mundial. Se convirtió en director del Ferrocarril Metropolitano, involucrándose directamente en la excavación. Tal y como resultó, era el «hombre sobre el terreno» de la compañía.

Ahora El Fantasma estaba comenzando a entender.

Cuando llegó a Inglaterra hizo como le había pedido Ethan. Encontró alojamiento en el túnel y obtuvo un empleo en la excavación del Metropolitano, aunque su puesto fuera mucho menos importante que el de su presa. Y así fue como pudo estar presente en New Road para ver cómo la zanja progresaba. Había visto casas de madera sobre ruedas aparecer ante sus ojos, y luego vagones cargados con altas pilas de rollizos tablones, hombres armados con picos y palas marchando a su lado como un ejército que se aproxima.

Había comprado una pala a un borracho en una taberna, grabando el nombre de «Bharat Singh», para luego unirse a ellos. Había ayudado a cercar cientos de metros de carretera, cuando New Road se transformó dejando de ser una parte de la historia de Londres para formar una significativa parte de su futuro. Caballos, carpinteros y tropas de peones habían llegado, el sonido de los picos, palas y martillos y el paso del vapor comenzó, un clamor que raramente cesaba, de día o de noche.

Enormes estructuras de madera surgían a intervalos a lo largo del centro de la carretera, se habían marcado puntos para abrir pozos, se trajeron cubos de hierro al camino, que fue levantado, arrancado penosamente de la superficie de la tierra y trasladado para ser vertido en un foso abierto; el ruido que producía era parecido al de una tormenta, otro murmullo distante que añadir al estruendo que reinaría a partir de entonces.

El Fantasma había estado allí durante todos los problemas con los que se encontró la línea. Sobre el papel había sido una simple —bueno,

relativamente simple— operación: de Paddington a Euston Road y de Fleet Valley a la ciudad. Pero las tuberías de gas, las acometidas de agua y el alcantarillado les habían salido al paso, y a lo largo de Euston Road habían descubierto que el terreno estaba compuesto de arena y grava, teniendo que ser dragado, mientras que en Mount Pleasant la política habitual de excavar y cubrir había sido abandonada, construyendo un túnel en su lugar.

Entretanto, El Fantasma había observado cómo el mundo a su alrededor cambiaba. Había visto las escuálidas calles de Fleet Valley ser destruidas. Un millar de casas demolidas y las doce mil personas que vivían allí (una irrefutable estadística en sí misma) trasladadas a otros suburbios.

Algunas de esas personas habían acabado en el Túnel del Támesis. Puede que incluso algunos de ellos hubieran disfrutado del beneficio de la benigna protección proporcionada por El Fantasma. Podía apreciar cierta circularidad en todo el proceso.

En la excavación, sus pies desnudos eran a menudo objeto de comentarios, y por supuesto el tono de su piel le hacía diferente, pero por lo demás no hizo nunca nada para destacar. Nunca intentó dar un salto que sabía que podía hacer. Nunca transportó cargas que sabía que era capaz de soportar. Si se decía una broma, se reía. No demasiado fuerte, y nunca llamando la atención. Así es como mantenía su tapadera, asegurándose de que permaneciera sólida en todo momento. De modo que cuando en el futuro fuera requerido para penetrar aún más en la organización pudiera soportar cualquier tipo de examen. Debía ser Bharat, el mugriento pero concienzudo trabajador hindú, despreciado y por tanto por encima de toda sospecha. Debía mantener esa tapadera en todo momento.

Mantener su tapadera era esencial para permanecer vivo.

El primer día que puso sus ojos en Cavanagh había estado manejando uno de los cubos, arrastrándolo desde la boca de la trinchera para depositar su contenido en una carreta. En el camino, había visto la puerta de la oficina móvil sobre ruedas abrirse y emerger por ella un rostro familiar. No era Cavanagh, sino Marchant, que gestionaba los turnos, marcaba los nombres y pasaba los partes de trabajo a los encargados de pagar a la plantilla que aparecían todos los viernes, colocando una mesa y entregando monedas con

gesto dolorido, como si fuera su propio dinero. Oh, sí, El Fantasma conocía a Marchant. Un auténtico zorro de voz empalagosa y nasal.

Y entonces apareció el propio Cavanagh.

Tal y como El Fantasma había sido inducido a creer, Cavanagh lucía una cicatriz horizontal bajo su ojo derecho, de casi cinco centímetros de largo. Sus mismos ojos eran duros. El mentón firme. Todas las veces que El Fantasma veía a Cavanagh, le resultaba imposible saber en qué estaba pensando.

—Quiero saber que se traen entre manos —había dicho Ethan.

Se habían encontrado en los terrenos de la Inclusa, tal y como habían acordado en el malecón allá en la India, su país natal. Ethan había guiado al Fantasma hasta una pérgola del jardín, donde el follaje los ocultaba de la vista. Allí, el maestro había echado un buen vistazo a su antiguo pupilo, examinando los harapos del muchacho y su aspecto general.

—Muy bien —dijo, cuando hubo terminado de examinar al joven—. Muy bien. Das el pego, eso es indudable.

—Tengo un puesto en la excavación —informó El Fantasma—, tal y como me ordenó.

Ethan sonrió.

—Lo sé. Te he estado vigilando.

—¿Es eso prudente?

—¿Por qué no iba a serlo?

En respuesta, El Fantasma se encogió de hombros y extendió las manos.

—Cualquier cosa que aumente la posibilidad de que mi engaño sea descubierto debe ser descartada.

—Estupendo, veo que te he enseñado bien —sonrió Ethan.

—Hay que practicar lo que se predica.

—Me disculparás si no acepto consejos de un joven pupilo como tú. —Ethan sonrió fingiendo tener una cháchara amistosa, pero sus ojos eran duros.

—Ya sabe —comentó El Fantasma—, no debería sentarse con la barbilla apoyada en su mano diestra.

—¿Eh? —Las cejas de Ethan se alzaron con sorpresa—. El alumno se ha vuelto profesor, ¿no es eso? ¿Tienes alguna otra lección sobre destreza

Asesina para mí?

—Se arriesga a tener un accidente con la hoja.

—Así engaño a cualquier oponente potencial.

—Aquí no hay ningún oponente.

—¿Y ahora quién está siendo descuidado?

—No he dicho que estuviera siendo descuidado, maestro. Solo que los errores pueden suceder. Le pueden suceder al mejor de nosotros.

No había pretendido que esa última afirmación sonara tan significativa como lo hizo, y durante un segundo se permitió confiar en que Ethan no le diera importancia, pero, por supuesto, lo que a Ethan le faltaba de concentración lo tenía de sobra en intuición y percepción.

—¿Crees que he sido descuidado?

—No he dicho eso.

—No necesitabas decirlo.

El Fantasma apartó la vista. Había estado deseando que llegara aquel encuentro. Una parte de él anticipaba las alabanzas de su maestro. En algún momento de la charla, y no estaba seguro de cómo, la conversación había tomado un giro equivocado.

Cuando se volvió para mirar a su viejo amigo y tutor, se encontró a Ethan contemplándolo con ojos duros y hoscos, pero decidió de cualquier modo pedirle un favor.

—¿Podría probar su hoja oculta, maestro? —pidió.

Ethan se ablandó.

—¿Y por qué querrías hacer eso? ¿Para comprobar su mantenimiento, quizá?

—Me gustaría volver a sentir su tacto, recordarme a mí mismo lo que soy.

—¿Para recordarte que eres un Asesino? ¿O para recordar tu casa?

El Fantasma sonrió, inseguro de la respuesta.

—Tal vez un poco de ambas cosas.

Ethan frunció el ceño.

—Bueno, preferiría no hacerlo. Está perfectamente calibrada.

El muchacho asintió con comprensión aunque triste.

—¡Oh, sácate la espina de la pata! —explotó Ethan—. Por supuesto que puedes probarla. —Y se alzó la manga de la túnica buscando las correas…

Algún tiempo después, los dos hombres, habiendo resuelto sus tácitas diferencias, se quedaron sentados en silencio. El Fantasma podía distinguir las brillantes luces color bronce de la Inclusa desde su asiento en medio de la pérgola, y pensaba en la paz que parecía reinar y en lo difícil que resultaba creer que solo a unos pocos metros estuviera la turbulencia de la excavación del Metropolitano. La nueva línea subterránea era como un brazo doblado, y en ese momento se hallaban sentados en alguna parte cerca del codo: la carretera de Gray's Inn, New Road, un mundo de desorden.

A su lado, Ethan terminó de calibrar la hoja. Ese familiar sonido de tijera que hacía cuando se accionaba. Ethan tenía razón: llevarla no había hecho que El Fantasma añorara su vida como Asesino. Le había hecho añorar su hogar.

El Asesino de más edad flexionó su mano para comprobar alguna descarga no intencionada. Luego se palmeó los muslos, satisfecho de que todo estuviera en orden.

—Me pregunto si ya habrá llegado el momento de contarme el propósito de mi misión —dijo El Fantasma.

—Como habrás adivinado, es algo que tiene que ver con nuestro amigo Cavanagh, ¿no es así?

El Fantasma asintió.

—Su informe resultó una lectura muy interesante.

—Su posición en el Metropolitano es un ejemplo del nivel de poder que los Templarios ostentan actualmente en Londres. Están creciendo mucho. Cuentan con la ventaja de saber lo débiles que somos, aunque dudo mucho que comprendan hasta qué punto somos débiles. Ese «nosotros» significa, en este contexto, yo mismo y otro miembro de la Hermandad que tiene su base no muy lejos. Y ahora tú.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo, mi querido muchacho. Lo mejor que podemos hacer para desafiar su supremacía es soltar algún tiro a ciegas con la esperanza de reducir algunas de sus actividades marginales. Bueno, podemos hacer eso y podemos hacer esto otro, lo que implica descubrir cuál es ahora su juego.

—¿Ahora?

—Sí, aquí. Esta zona del noroeste de Londres es, pensamos, de interés para los Templarios. Creemos que están excavando por algún motivo. Quizá buscando un Fragmento del Edén.

—¿Un Fragmento del Edén? ¿Como el diamante Koh-i-Noor?

—Algo parecido, quizá. ¿Quién sabe? Algo relacionado con la Primera Civilización, con Los Primeros Llegados. El caso es que no lo sabemos y tampoco tenemos los recursos para interrogar sobre el tema a un nivel más alto.

»Por supuesto, hay una ventaja en todo ello. Sin nuestra implicación los Templarios no tienen necesidad de sospechar que albergamos algún interés por sus actividades. Y en consecuencia, pueden volverse descuidados. En todo caso, es un triste estado de cosas. El hecho es que no tenemos idea de la profundidad con que ha penetrado la Orden en la sociedad londinense, más allá de un puñado de nombres.

El Fantasma asintió como si estuviera satisfecho, pero no obstante seguía teniendo dudas. Entretanto, Ethan abrió su túnica para revelar una cartera de documentos cerrada con una correa de cuero marrón. Levantó la solapa, sacó de ella un informe —encuadernado al modo de los Asesinos, al igual que lo estuvo el expediente de Cavanagh— y se lo tendió al Fantasma, contemplando sin palabras cómo el joven comenzaba a hojear entre las páginas la información reunida sobre los Templarios en activo de Londres.

Liderando el grupo, por supuesto, estaba Crawford Starrick, el Gran Maestro Templario. Propietario de las industrias Starrick, de la compañía telegráfica Starrick y de la compañía Millner, había sido llamado una vez «el gran barón del ferrocarril» por nada menos que Charles Dickens. Luego le seguía Benjamin Raffles, pez gordo Templario y «cabeza de la seguridad» de Starrick, así como otro dirigente, Hattie Cadwallader, el conservador de la National Gallery, encargado de mantener la extensa colección de arte de Starrick.

Otro pez gordo: Chester Swinebourne, que aparentemente se había infiltrado en la policía. Luego venían Philip *Plutus* Twopenny, gobernador del Banco de Inglaterra nada menos; y Francis Osbourne, director del Banco de Inglaterra.

La segunda al mando era Lucy Thorne. Estaba especializada en lo oculto. El Fantasma la había visto en la excavación. Y también a Starrick. La seguían Rupert Ferris de la Fundición Ferris. Él también había sido visto en las obras. Como sucedía con Maxwell Roth. Este último no era Templario, pero había ayudado a establecer las cuadrillas de Londres.

El doctor John Elliotson. Ethan le conocía personalmente. Era el inventor de la panacea del Jarabe Calmante Starrick.

Y luego estaba Pearl Attaway, propietario de Transportes Attaway y primo de Starrick; un jefe de una banda callejera, llamado Rexford Kaylock, y un desaliñado fotógrafo de nombre Robert Waugh (del que ahora, por supuesto, El Fantasma lo sabía todo).

Y aún quedaban otros más: *sir* David Brewster, Johnnie Boiler, Malcom Millner, Edward Hodson Bayley, James Thomas Brudenell, conocido también como «lord Cardigan», un soldado llamado teniente Pearce, un científico llamado Reynolds…

La lista parecía interminable.

—Este es un informe muy largo —señaló El Fantasma finalmente.

Ethan sonrió con tristeza.

—Ciertamente lo es. Y estos son solo aquellos que conocemos. En contra solo estamos nosotros tres. Pero te tenemos a *ti*, mi querido muchacho. Algún día estarás reclutando espías por tu cuenta. Uno de ellos bien podría estar entre esta variopinta pandilla que tenemos aquí.

23

La noche siguiente a que el cuerpo fuera descubierto, El Fantasma echó un vistazo al cementerio como hacía siempre de camino a casa desde la excavación y, como de costumbre, sus ojos escrutaron la lápida a través de la cual Ethan se comunicaba con él y, como de costumbre, estaba…

Ah, no, no estaba. No esa noche. Estaba inclinada hacia la derecha. *Peligro*. Lo que para El Fantasma significaba algo importante. No solo estaba siendo acechado por los hombres de Cavanagh, eso ya lo sabía, sino que Ethan se encontraba en alguna parte, siguiéndole de cerca.

Pero volviendo a asuntos más urgentes: era verdad que tenía varios hombres siguiéndole. Uno de ellos había dejado la zanja unos momentos antes que él. Cuando la campana del cambio de turno sonó, El Fantasma había sorprendido a Marchant haciendo un discreto gesto de asentimiento a uno de los tres hombres contratados que solían deambular por la oficina o la excavación. Sus nombres eran Hardy, Smith y Otro Hardy —la predilección de Cavanagh por utilizar los nombres o bien se había evaporado con ellos o le había sido impuesta— y se hacían pasar por miembros de la seguridad de los encargados de pagar los sueldos. Los demás hombres los llamaban los «castigadores», una casta especial experta en asignar cómodos puestos de trabajo si les untabas con algo de *pasta*. Pero si bien El Fantasma no dudaba que fueran algún tipo de castigadores, también los conocía por lo que realmente eran: matones Templarios. Además, eran muy profesionales. Hombres robustos, en forma y siempre alerta; no se pasaban el tiempo contando chistes o silbando a las prostitutas que se paseaban por la valla perimetral buscando clientes. Mantenían la mente en su trabajo.

Sin embargo, no eran *tan* buenos, como se demostró en cuanto iniciaron su seguimiento encubierto del Fantasma; no eran tan buenos como para saber esconderse de él. El hombre que se marchó a la señal de Marchant —el Otro Hardy— fue visto de nuevo apoyado en una carretilla mostrando una expresión de estudiado desinterés, como si en verdad no estuviera escrutando la multitud de trabajadores salientes que atestaban la calle, buscando entre ellos a su presa. Cuando distinguió al Fantasma, el Otro Hardy se apartó de su carretilla y continuó con un paso que solo podía calificarse como «parsimonioso», como si no estuviera tratando de mantenerse a una distancia adecuada por delante del Fantasma.

Entretanto, otro hombre iría detrás de él. Probablemente dos: Smith y Hardy. Y eso estaba bien, pensó El Fantasma, porque allí era precisamente donde quería tenerlos.

«Espero que os guste una buena caminata, amigos», dijo para sus adentros, y entonces se pasó el resto del camino apresurándose y deteniéndose, concediéndose el placer de hacer la vida lo más difícil posible a sus perseguidores sin realmente hacerles ver que sabía que estaban allí.

Hasta que, finalmente, alcanzó el túnel. Por supuesto, hacía tiempo que había dejado atrás a la muchedumbre. Por delante, el Otro Hardy era ahora una figura solitaria a medida que El Fantasma se acercaba al pasadizo. A cierta distancia, el hombre se detuvo, fingiendo tener que atarse el cordón de su bota, mientras El Fantasma descendía los escalones en dirección a la rotonda del túnel. Se había pasado el día bajo tierra, y ahora también se pasaría la noche.

Al llegar abajo, El Fantasma se paró entre las descuidadas estatuas y desgastadas figuras —en su día tan despampanantes y lujosas, y ahora descomponiéndose— y miró a lo alto, haciendo creer que disfrutaba de la vista. Efectivamente, advirtió figuras en los escalones por encima de él tratando de ocultarse entre las sombras. Sonrió. Bien. Eso estaba bien. Quería que vieran dónde vivía.

—Puede que aparezcan algunos hombres en los próximos días —le dijo a Maggie más tarde. Para entonces había comprobado el estado de Charlie,

dándole su mendrugo de pan, y había atendido a Jake, satisfecho al ver que la pierna del viejo se estaba curando. Una vez completadas esas dos tareas, había continuado adelante, hasta el fondo, sumergiéndose en la sepulcral oscuridad del túnel, y abriéndose paso a través de los nichos atestados de cuerpos envueltos en harapos.

Algunos de ellos dormían; otros le miraron con ojos blancos muy abiertos desde el interior de sus poco acogedores escondrijos viéndole pasar en silencio; y unos cuantos le saludaron con un gesto: «Hola, Bharat», «Hola, compañero» o quizá un simple guiño a modo de saludo.

A algunos los conocía de nombre, a otros por sus oficios: Olly, por ejemplo, era un «buscador de desechos», lo que significaba que recogía mierda de perro para venderla en el mercado de Bermondsey, pero que tenía tendencia a traerse el trabajo a casa. El Fantasma se tapó la nariz mientras pasaba junto a Olly, pero se las arregló para hacer un leve gesto con la mano. Muchos de ellos tenían velas, y se sintió agradecido por la luz; en cambio había muchos otros que no, y yacían temblando en la oscuridad, solos con su dolor, llorando mientras aguardaban el crujiente amanecer y el comienzo de otro día de destructora supervivencia anímica en Londres, la ciudad más avanzada del mundo. La brillante joya del gran imperio de su majestad.

Y entonces llegó hasta donde se encontraba Maggie, que había encendido un pequeño fuego. Solía hacerlo cada noche, sirviendo un poco de caldo en los cuencos de cualquier habitante del túnel que se acercara a pedirlo. Todos recibían su comida, o «pitanza», como era conocida, con una mezcla de gratitud y devoción, y se marchaban dando gracias a Maggie y cantando sus alabanzas; pero la mayoría se mostraba temerosa al mirar más allá de ella, donde la luz perdía la batalla con las sombras y la oscuridad reinaba literal y metafóricamente, y daban gracias a Dios por el joven hindú que algunos de ellos conocían como Bharat y otros simplemente como el compañero de Maggie, que había llevado el orden al túnel, consiguiendo así que pudieran dormir más tranquilos en sus nichos cada noche.

Y allí se sentaron, el uno al lado del otro, Maggie y El Fantasma con sus espaldas contra el húmedo muro del túnel y el agonizante fuego a sus pies. Las rodillas de Maggie estaban levantadas y se las abrazaba buscando calor.

Su largo cabello gris, «mi pelo de bruja», como lo llamaba, extendiéndose hasta la tela de la sucia falda gris y, aunque sus botas no tenían cordones, decía que las prefería de ese modo. Odiaba sentirse «atada», decía siempre. Una vez, mucho tiempo atrás, «antes de que fueras un destello en las pelotas de tu padre», había visto ilustraciones de mujeres orientales con los pies vendados, y después de aquello no volvió a llevar cordones en sus botas nunca más. Sentía intensamente las cosas del prójimo, o eso decía Maggie.

Ahora sus facciones se rehicieron en una estampa de temor y preocupación.

—¿Y por qué —preguntó— querrían venir unos hombres a por ti?

—Harán preguntas sobre mí —le explicó El Fantasma— y tal vez alguien les mande en tu dirección.

Ella soltó un indignado carraspeo.

—Bien, maldita sea si no es eso lo que espero. Maldita sea, si no es lo que *debería* ser.

Además de ayudar al prójimo, a Maggie le gustaba que la gente supiera lo que hacía. Le gustaba que sus esfuerzos fueran reconocidos.

—Estoy seguro de que lo harán —afirmó El Fantasma con una sonrisa —. Y me gustaría pedirte que tuvieras cuidado con lo que dices.

Le lanzó una mirada incisiva.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que habrá otros que viven en el túnel que dirán que yo te protejo de los ladrones y vagabundos que viven más allá, y eso es aceptable; harán un retrato de mí como un hombre que no es ajeno a la violencia, y en ese sentido no tengo problema. Lo que no quiero es que esos hombres reciban un relato exagerado de mis habilidades como luchador.

Ella bajó la voz.

—Te he visto en acción, no lo olvides. No hay nada exagerado en tus habilidades como luchador.

—Eso es exactamente a lo que me refiero, Maggie. Es exactamente la clase de cosas que no quiero que digas. Un hombre violento pase, pero no necesariamente un hombre con grandes habilidades, ¿me estoy explicando?

—Ya voy entendiéndolo.

—Es posible que te pregunten cómo nos conocimos exactamente, pero… diles lo que quieras. Diles que me encontraste borracho en una cuneta. Pero no les cuentes lo que sucedió en el patio de la iglesia.

Ella buscó la mano de él. La curtida mano de la mujer era casi del color de la suya.

—No estarás metido en problemas, ¿verdad, Bharat?

—Me conmueve que te preocupes.

Ella soltó una risita.

—Oh, como he dicho, te he visto en acción. Son los otros los que deberían preocuparse, pero…

Él bajó la cabeza.

—¿Pero…?

—También te vi titubear cuando tuviste a ese pequeño petimetre homicida en tus manos, y vi cómo el espíritu de lucha se evaporaba de ti, tan cierto como si hubieras sido descorchado. Vi a alguien muy bueno manejando la muerte pero que no tenía el corazón para hacerlo. Verás, a lo largo de mi vida me he encontrado con un montón de diablos bastardos con una vena sádica tan larga como tu brazo, que iban por ahí arrancándote los dientes de la boca solo porque habían bebido demasiada cerveza y les apetecía estirar el brazo. Diablos bastardos que disfrutaban impartiendo dolor pero solo a aquellos más débiles y más vulnerables que ellos. Solo Dios sabe que estuve casada con dos de ellos. Y lo que es más, he visto hombres que eran buenos en la lucha y sabían manejarse si surgía una pelea, y que harían lo que tenían que hacer según las circunstancias, y tal vez mostrar una sonrisa de orgullo por su trabajo, o tal vez no.

Hizo una pausa.

—Pero lo que *nunca* he visto es un hombre tan bueno en la pelea como tú, y que tenga tan poco estómago para ello.

El Fantasma observó mientras ella sacudía su cabeza con incredulidad, su cabello gris barriendo sus faldas.

—Le he dado mucho al magín pensándolo, jovencito, puedes creerme. Y me he preguntado si tal vez fueras un desertor del ejército, pero no por tu cobardía, nada de eso, nunca he visto un hombre tan valiente, sino porque fueras uno de esos, ¿cómo los llaman? *Objetores de conciencia*. Bueno, lo

cierto es que eso no lo sé, y por lo que me estás contando ahora, probablemente sea mejor no saberlo. Pero lo que sí sé es que tienes un gran corazón y no hay sitio en este mundo para gente con un corazón como el tuyo. Este mundo se come a la gente con corazones como el tuyo. Se los comen y los escupen. ¿Me preguntas si estoy preocupada? Sí, muchacho, lo estoy. ¿Me preguntas por qué? Esa es la razón.

24

Mientras esperaba junto a los otros hombres a que comenzara su turno, El Fantasma se preguntó si los Templarios habrían encontrado lo que buscaban, ese artefacto dejado por una civilización anterior a la presente, una cápsula de tiempo enterrada esperando ser descubierta. ¿Qué tremendo poder podría tener?

Como le sucedía a menudo, su mente regresó a Amritsar —sus recuerdos eran todo cuanto le quedaba y los repasaba con la reverencia de un hombre devoto ante un lugar sagrado—, y pensó en el diamante Koh-i-Noor y en el todopoderoso espectáculo de luces que había revelado, como si proporcionara un portal a otros mundos, a conocimientos más profundos, a una comprensión más honda: un mapa para que la humanidad encontrara un mundo mejor.

Pero ¿y si caía en las manos erróneas?

No se atrevía a pensarlo. Sin embargo, a su mente llegaban imágenes espontáneas de esclavitud. Vio a todo hombre y mujer bajo tierra, como aquellos del túnel, esclavos virtuales para ser escupidos y despreciados, tratados como si fueran algo inferior a humanos por sonrientes amos que gobernaban desde lujosos edificios. Hombres que adoptaban símbolos y retorcían su significado para adaptarlo a su propia ideología. Vio la agonía y la angustia. Vio un mundo sin esperanza.

La campana sonó, y el nuevo turno apenas saludó a los hombres que se marchaban cuando se encontraron como dos ejércitos contrarios que no podían ser inducidos a luchar, pasando uno tras otro en el lodo, aferrados a sus preciosas herramientas. Entonces El Fantasma descendió por una serie de escalerillas de mano hasta la zanja, caminando a lo largo de la línea hasta

llegar al extremo donde la excavación, la recogida y el acarreo continuaban —realmente nunca se detenían—, y muy pronto estuvo también mugriento. Pronto todos lo estuvieron. No había distinciones de color en el mundo subterráneo; solo importaba si podías trabajar y a qué velocidad. Solo de vez en cuando había una palabra alegre o de ánimo del hombre de al lado.

Las campanas supuestamente anunciaban el transcurso del tiempo, indicando la hora. Pero o bien Marchant no impuso su toque o El Fantasma no lo oyó, porque el tiempo sencillamente se alargó penosamente sin mayor distinción. Cavar, cavar, cavar. El ruido era el incesante raspado y golpeteo de palas y picos y la cháchara de los hombres a lo largo de la línea, algunas voces más altas que otras, los graciosos con sus bromas que, según decían, mantenían el ánimo de los demás.

La mayoría de los hombres prefería trabajar en las grúas. Ahí, al menos, veían más luz del sol. El acompasado ir y venir de la grúa servía como manecillas de reloj, denotando un paso del tiempo ausente en la zanja. Pero no para El Fantasma. Estar allí abajo era todo un respiro respecto a lo demás. Cavar, cavar, cavar, como un autómata. Con la mente regresando a casa, donde de nuevo era Jayadeep.

Además, ya se había acostumbrado a estar bajo tierra.

25

¡Vaya, vaya, que me aspen si no es el agente de policía 72, Aubrey Shaw, de la División F de Covent Garden —exclamó Abberline—, desplazado directamente hasta aquí, a la calle Regent!

Un polizonte de rostro colorado, corpulento y de aspecto bastante sombrío levantó la vista de su jarra y miró siniestramente a Abberline, un bigote de espuma de cerveza brillando sobre su labio superior.

—Vaya —imitó el hombre—, ¡que me aspen si no es el agente de policía 58, Frederick Abberline, de la División D de Marylebone, también fuera de su jurisdicción, que puede coger sus insinuaciones y metérselas donde el sol nunca brilla!

—¿Quién está insinuando nada? —replicó Abberline—. He venido directamente para decirte que estás ganduleando, compañero, y te he pillado con las manos en la masa.

Era cierto. Ambos agentes se encontraban muy lejos de sus respectivos distritos, dado que estaban en la taberna El Hombre Verde en Regent. Abberline había pensado que tal vez pudiera encontrar a Aubrey en ese lugar, ya que no había forma de localizarle en su zona y tenía fama de ser algo así como un cliente habitual del establecimiento. A Aubrey le gustaba el críquet, y esa taberna era precisamente uno de los sitios favoritos de jugadores y entusiastas de ese deporte. En la ventana había bates, palos y demás parafernalia propia del críquet, lo que sin duda encajaba a la perfección con Aubrey, ya que podía saborear su cerveza sin que la gente escudriñara a través del cristal y viera a un polizonte aparentemente disfrutando de un receso para beber.

—En cualquier caso, no estoy ganduleando.

—Está bien, ¿entonces cómo lo llamarías? Gandulear, escabullirse, mostrar un par de tacones limpios en El Hombre Verde para ingerir un par de cervezas… Es prácticamente lo mismo, ¿no es cierto?

Los hombros de Aubrey se encogieron.

—No es gandulear, ni tampoco escabullirse. Es más bien esconderse. No, aguarda un segundo, es estar de morros. Es lo que es.

—¿Y por qué sientes la necesidad de estar de morros, eh Aubs?

Abberline tomó asiento a su lado en la barra. Un camarero luciendo un inmaculado delantal blanco se acercó, pero Abberline lo despachó con un gesto, porque Freddie Cara de Novato no bebía durante las horas de trabajo.

A su lado, Aubrey se había desabrochado el bolsillo superior de su chaqueta para sacar un pliego de papel doblado que tendió a Abberline. Una burda imitación de un titular de periódico estaba manuscrita en la parte superior de la página. «¿Ha Visto A Este Hombre?», rezaba, mientras más abajo había un dibujo a carboncillo de un hombre con túnica llevando un cuchillo increíblemente largo.

—Los compañeros de la comisaría se han reído mucho a mi costa, eso puedo asegurártelo —repuso Aubrey con tristeza.

—¿Y por qué tendrían que hacerlo?

—Un doble asesinato en el Rookery. Supongo que habrás oído hablar de ello. Tengo un testigo que vio…

—A un hombre con túnica. Sí, lo he oído.

Aubrey alzó las manos exasperado.

—¿Lo ves? Eso es exactamente a lo que me refería. Todo el maldito Londres está enterado de lo de mi extraño hombre con túnica y un largo cuchillo. Todo el maldito Londres sabe que estoy *buscando* a un hombre disfrazado con una túnica y un largo cuchillo, pero ningún cabrón, aparte de una vieja arpía del suburbio, parece haberlo visto. Y te lo advierto… —Miró de reojo a Abberline—, también lo saben todo sobre tu cadáver perdido, Freddie. De hecho, y tendrás que perdonarme por haberlo pensado, desde que escuché lo de la increíble desaparición del cadáver a cargo de Freddie Abberline, confié en que tal vez pudiera desviar la atención de mí.

Abberline soltó una risa seca.

—¿Y no has tenido esa suerte?

—No la he tenido. Estás aquí por esa misma razón, ¿no es cierto? ¿Tú también estás de morros?

—No. Y de hecho tu hombre de la túnica ha aparecido en mi caso del cadáver perdido, ¿puedes creerlo?

La mirada de abierta incredulidad de Aubrey fue instantáneamente reemplazada por otra de burla.

—Ah, ya, ahora veo tu juego.

Miró por encima del hombro de Abberline como si esperara ver a los bromistas aparecer entre risas desde las sombras de la taberna.

—¿Quién te ha metido en esto?

—¡Oh, cierra el pico, Aubs! Te estoy diciendo que creo en tu hombre con túnica. Eso ya es algo, ¿no es cierto?

—Bueno, serías el primero. O prácticamente el único. Como he dicho, aparte de la arpía, nadie más ha visto a un hombre con túnica. He preguntado a cada vendedor del mercado de Covent Garden. Debo de haber interrogado a la mitad del Rookery. Cualquiera pensaría que un hombre con túnica y un increíblemente largo cuchillo podría destacar, ¿no es cierto? Llamar la atención. Pues no. Nadie le ha visto. Nadie aparte de ese único testigo. Es como si hubiera aparecido y luego desaparecido.

Abberline se quedó pensativo. Por alguna razón eso encajaba en cómo se sentía sobre el extraño de Belle Isle, una misteriosa figura entre la niebla, sus motivos igual de misteriosos.

—Entonces, ¿quiénes son tus víctimas? —preguntó.

—Uno de ellos era un granuja de mala vida que respondía al nombre de Boot. Un ladrón. Recadero de distintas bandas del East End.

—No ajeno a los cuchillos, sin duda.

—Sí, pero no… De hecho, fue disparado.

—¿Disparado? ¿Y qué me dices de la otra víctima?

—Ah, ahí es donde la cosa se pone triste, Freddie. Era una niña pequeña. Pasaba por allí, al parecer.

—¿Y ella también fue disparada?

Aubrey le lanzó una mirada.

—La mayoría de la gente se toma un segundo para asimilar la tragedia de esa niña pequeña abatida por un tiro, Freddie.

—¿O sea que *fue* disparada?

—Sí, fue disparada.

—Vale, así que ¿un testigo vio a un hombre con túnica, llevando lo que parecía una extraña y larga hoja?

—Y también muy afilada, la hoja. Más parecida a una de esas espadas de esgrima. Como un estoque.

—No para cortar sino para el combate. Para clavar. Y sin embargo, ¿ese hombre, Boot, y la niña pequeña fueron ambos disparados?

—Así es.

—¿De modo que estás buscando una misteriosa figura con túnica que disparó a dos personas con un cuchillo?

—Oh, no me líes. A lo mejor no es uno solo.

Abberline suspiró.

—¿Ha podido encontrarse la pistola?

—No.

El joven polizonte estaba pensando en el arma que había encontrado en su cadáver, y también en la herida por pinchazo que halló en el cuerpo.

—¿Y solo tienes ese testigo?

—Y otro más que solo vio a un tipo salir corriendo.

—¿Y vestía una extraña túnica?

—¿El testigo o el tipo que salió huyendo?

—El que salió huyendo.

—No.

—¿De modo que podría ser el tirador?

Aubrey le miró con expresión ligeramente avergonzada.

—Bueno, podría ser, supongo. Nunca se me ocurrió pensarlo. Tenía a la figura con túnica y un cuchillo de la que ocuparme, ¿no es cierto?

Abberline alzó las manos.

—Maldita sea, Aubs. Venga, acaba de beber. Tú y yo vamos a volver al Rookery.

Una hora más tarde el pobre Aubrey Shaw estaba aún más desanimado. Su primer testigo, la vieja que había visto al hombre de la túnica, no aparecía

por ninguna parte.

—Ha desaparecido, al igual que el mítico hombre del cuchillo —se lamentaba Aubrey, aunque ambos hombres sabían que esa era la vida itinerante de los suburbios y que probablemente había recogido sus cosas y se había mudado a otra parte.

Sin embargo, gracias a Dios por esas pequeñas alegrías en medio de lo malo, pudieron encontrar al segundo testigo. Abberline pensó que, de no haber sido así, tendría junto a él a un hombre roto.

—Ahí está —indicó Aubrey ladeando la boca mientras se acercaban al número 32. Allí, en los escalones de una alta vivienda descolorida por el humo y de fachada plana, estaba sentada una mujer derrotada. Les miró con ojos desprovistos de emoción. Sostenía un bebé junto a uno de sus pechos desnudos.

Aubrey carraspeó y bajó la vista. Abberline deseó desesperadamente ser más mundano pero fracasó, y él también notó cómo se ruborizaba mientras parecía descubrir algo de gran interés en un tendedero cercano. Ambos hombres hicieron lo que cualquier caballero habría hecho en semejantes circunstancias. Se descubrieron la cabeza.

—Discúlpeme, señora —dijo Abberline—. Tengo entendido que ha hablado con mi colega, el agente de policía Aubrey Shaw, sobre algo que tal vez pudo ver la noche del terrible asesinato doble aquí mismo, en el Rookery. ¿Estoy en lo cierto al hacer semejante suposición?

—Los santos nos protejan —contestó ella a través de unos dientes desgastados como lápidas—. Mira que habla usted bien.

Abberline no tuvo claro si la mujer se estaba burlando o si era genuinamente amable, pero su rostro se había iluminado levemente, y sus ojos se suavizaron, de modo que aprovechó la ventaja.

—Señora, ¿vio usted a un tipo correr por esta misma calle la noche del asesinato?

Ella pareció pensarlo, bajando la vista a la cabeza del bebé. Acopló al niño a su pecho y luego volvió su atención a los dos polizontes al pie de las escaleras.

—Así fue.

—Y él solo estaba corriendo, ¿verdad?

—Eso hacía.

—¿Podría describirlo?

Ella sorbió con fuerza.

—Como le dije aquí a su amigo, no creo que pueda describirlo, no. No sin un par de peniques.

Frunciendo el ceño, Abberline se volvió hacia Aubrey.

—¿Quieres decir que habrías podido conseguir una descripción por unos cuantos peniques?

—Todo giraba sobre el tipo de la túnica, ¿no? —Aubrey alzó las manos a la defensiva, enrojeciendo aún más de lo habitual.

—Todo giraba sobre ti siendo lo más parecido a un roñoso.

—¿Cómo iba a saber que de pronto te ibas a interesar por un tipo corriendo por la calle? De hecho, ¿por qué *estás* tan jodidamente interesado? Probablemente debió de ver la sangre, o mejor aún al tipo con el cuchillo, y pensó que haría bien en largarse. ¿No lo habrías hecho tú?

Abberline había dejado de escuchar. Subió los escalones para dejar unas monedas en la palma de la mujer, desviando galantemente su cara del pecho desnudo mientras lo hacía.

—Y ahora, ¿podría decirme qué aspecto tenía?

Ella bajó la vista a su mano como si sopesara si protestar, pero decidió no hacerlo.

—Era un tipo trajeado y con un enorme y abultado mostacho como el que lucía el príncipe Alberto antes de morir, Dios guarde su alma. Y también tenía gruesas patillas, un poco como las suyas.

—Y dígame, señora, ¿llevaba alguna cosa?

Ella miró furtivamente. Asustada.

Abberline se inclinó hacia delante, manteniendo los ojos apartados pero hablando al oído de la mujer.

—¿No llevaría por casualidad un revólver?

Ella asintió con los ojos. Abberline le dio las gracias con los suyos, y entonces se retiró.

Mientras él y Aubrey salían del suburbio, Abberline se mostró muy excitado.

—¿Entiendes lo que esto significa, Aubs? Significa que es más que probable que tu hombre corriendo y mi cadáver sean el mismo tipo. Y que tu hombre de la túnica sea el mismo hombre que apareció en Belle Isle. Esto, amigo mío, deja el caso totalmente abierto.

—Muchas gracias por ello —suspiró Aubrey—. Así tal vez pueda restablecer mi reputación.

Abberline también suspiró.

—Está también la pequeña cuestión de la verdad y la justicia, Aubrey. No lo olvidemos, ¿eh?

Y en respuesta el hombre mayor le lanzó una mirada que insinuaba: «Tal vez seas listo pero tienes un montón de cosas que aprender», aunque solo dijo:

—La verdad y la justicia no van a devolver la vida a esa niña pequeña, Freddie.

De vuelta en la comisaría, Abberline acosó a Aubrey para que le pidiera al sargento de guardia el libro de incidencias, y mientras Aubrey se iba a por lo que él describió como un «bien ganado brebaje», Abberline se sentó ante un atril, se acercó una silla alta, y comenzó a hojear las pesadas páginas en busca de personas denunciadas como desaparecidas la noche de…

Ah. Ahí estaba. Maldita sea. Solo una persona en esa zona. Un hombre cuya esposa había hecho la denuncia la tarde posterior a la noche en cuestión. Por lo visto, el hombre había salido —oh, esto era interesante— hacia el Rookery, diciéndole que tenía cierto negocio que atender y que volvería pronto. Solo que no había regresado.

Su nombre era Robert Waugh. Y vivía no muy lejos de allí.

—Aubs —dijo Abberline, cuando el otro policía regresó al mostrador principal con dos humeantes tazas de té en las manos—. No tenemos tiempo para eso, tenemos que hacer una visita. Vamos a casa de Robert Waugh.

26

¡Bharat Singh!

Fue al final de la tarde cuando su nombre le llegó hasta abajo, rebotando como una pelota lanzada al interior de la zanja, mientras pasaba de un hombre a otro: «Bharat Singh… Bharat Singh… Bharat Singh…».

Y aunque estaba entrenado para responder al nombre que se le había dado, se hallaba demasiado perdido en sus pensamientos para responder, hasta que el hombre que estaba a su lado, sin apenas hacer una pausa en su trabajo, le tocó con el pico.

—Oye, indio, se te requiere arriba.

Subió por las escalerillas, y se encontró a Marchant esperándole a nivel de la calle. Con él estaban los tres castigadores, y juntos condujeron al Fantasma a través de los tablones, atravesando un embalse de suciedad, hasta la oficina móvil sobre ruedas. En el interior estaba Cavanagh —ni el señor Pearson ni el señor Fowler—, solo Cavanagh, sentado detrás de un ancho escritorio de roble pulido vacío salvo por un documento que El Fantasma reconoció al instante.

La tarde dio paso al anochecer, y en la escasa luz de la oficina la cicatriz de Cavanagh brillaba pálidamente mientras tomaba la carta para que El Fantasma la viera.

—Tu nombre es Bharat Singh —dijo sin emoción—. Originario de Bombay, ¿autor de esta correspondencia?

El director del Metropolitano le habló en un tono más confidencial del que El Fantasma estaba acostumbrado cuando escuchaba las órdenes que ladraba a Marchant y a los capataces de la zanja.

—Sí, yo la escribí, señor —afirmó El Fantasma con una inclinación de cabeza.

Marchant se había colocado justo detrás de su jefe, luciendo la misma sonrisa empalagosa que siempre mostraba. Se quedó junto a él, como si deseara extender el brazo y tocar a Cavanagh para absorber un poco de la grandeza de este. Mientras tanto, por detrás del Fantasma, los tres gorilas habían entrado desplegándose en abanico.

De modo que era eso. Ese era el momento en que, si Cavanagh tenía sospechas, se vería obligado a actuar. El Fantasma calculó sus posibilidades. Ya sabía cuál de los hombres era el más fuerte y cuál el más débil. Marchant tenía el honor de encabezar esa lista en particular. En lo más alto, sin embargo, estaba el hombre sentado detrás del escritorio, un hombre del que El Fantasma sabía, gracias al informe, que era tan despiadado como rápido en el combate.

—Y, según dices, ¿tu padre fue un cipayo de Jalalabad en 1842? —preguntó Cavanagh, dejando que la carta revoloteara sobre la mesa.

El Fantasma asintió.

—Muy valientes los cipayos —continuó Cavanagh—. Una vez conocí a uno especialmente valiente.

El Fantasma le miró, sin creer apenas lo que escuchaban sus oídos, mientras pensaba en el pobre cipayo sin nombre, pero Cavanagh había seguido hablando.

—¿Y tu padre me conoció?

—Supo de usted, señor, aunque le hubiera gustado tener la oportunidad de conocerlo personalmente, estoy seguro. No dudo que ahora mismo sentiría envidia de mí.

Cavanagh alzó una ceja con gesto ligeramente divertido.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué, exactamente?

—Hablaba muy bien de usted, señor. Le tenía por un héroe, como el gran soldado que sobrevivió a la marcha de Kabul. Me dijo que tuviera presente su nombre pues estaba destinado a ser grande.

—¿Pensaba que yo «estaba destinado a ser grande»? ¿Por qué? ¿Porque puedo soportar el frío y soy hábil con el sable? Si sales ahí fuera encontrarás a cientos de hombres que lucharon tan ferozmente como yo lo

hice, sirvieron a su país igual que yo, e hicieron cuanto pudieron por sobrevivir, igual que yo. Ninguno de ellos ha alcanzado la grandeza. No, a menos que consideres un gran logro tener a Marchant gritándote día y noche. Ninguno ha alcanzado mi rango. ¿Qué demonios llevó a tu padre a pensar que yo podría ser quien prosperara?

—Sin embargo, tenía razón, ¿no es cierto?

Cavanagh admitió esa puntualización con una leve inclinación del mentón, pero…

—La pregunta aún sigue sin contestar.

El Fantasma tragó saliva. *Había llegado el momento de la verdad*.

—Él mencionó una organización, señor —dijo—, una organización que se había interesado por usted debido a sus talentos. Una organización muy poderosa, señor, y que contar con el sello de aprobación de esa organización sin duda era tener asegurada su ascensión.

—Ya veo. ¿Y tiene nombre esa organización?

—Los Caballeros Templarios, señor.

La empalagosa sonrisa de Marchant permaneció fija, pero sus ojos se estrecharon cuando las palabras «Caballeros Templarios» cayeron como una piedra en la tensa calma de la habitación. A su espalda, El Fantasma notó cómo los tres gorilas se ponían rígidos. ¿Estarían preparándose para algo que El Fantasma pudiera hacer? ¿O para algo que hiciera Cavanagh?

—Es cierto. Tu padre tenía razón. —Una breve sonrisa atravesó su siempre impasible rostro. La cicatriz se retorció—. ¡Qué gratificante es saber que ese reconocimiento existía entre las órdenes más bajas!

El momento pareció eternizarse mientras Cavanagh se recostaba de nuevo en su silla, lanzando al Fantasma una mirada inquisitiva, como si tratara de descodificar las señales que el joven se negaba a enviar. Cualquiera que fuese la decisión que tomara el director, debía ser solo suya, fruto de la confianza en su propio instinto. Nada más importaba ahora, aparte de ganarse la confianza de Cavanagh.

Y entonces el hombre sentado detrás del escritorio pareció relajarse, señalando la carta.

—El segundo aspecto interesante de tu misiva es la información que posees sobre un empleado mío al que pretendes delatar como un traidor. Me

pregunto si no tendrá algo que ver con mi empleado, Robert Waugh, que fue encontrado muerto en la zanja hace dos días.

El Fantasma asintió.

—Y dime, ¿cómo estableciste la conexión entre él y yo?

—Le vi visitando su oficina, señor. —Al oír esto Cavanagh levantó la vista hacia Marchant, con una mirada muy significativa—. Y luego, cuando volví a verle en un bar, supe que era él.

—¿Y así es como supiste que se estaba permitiendo, según dices, *actividades peligrosas*?

—Ahí fue cuando lo sospeché, sí, señor.

—¿Y qué te hizo decidirte a informarme?

Otro momento de la verdad para El Fantasma. Otro punto a su favor o un clavo en su ataúd, dependiendo de lo que Cavanagh decidiera creer.

—Después de lo que mi padre me contó, señor, cuando le vi no podía creer en mi buena suerte. Al ver su nombre y la cicatriz, y sabiendo que era la misma cicatriz con la que había regresado de la funesta retirada, decidí que el destino me había llevado a su círculo más amplio, pero que dependía de mí entrar en el más inmediato. Los Caballeros Templarios le consideraron una vez un hombre de talento, que quizá pudiera serles útil. Yo espero ahora que pueda verme del mismo modo.

—Todo eso está muy bien, e incluso tal vez sea encomiable, pero, por el momento, lo único que tengo es tu palabra y un cadáver, y realmente no estoy seguro de que cualquiera de esas cosas me sea de gran utilidad.

—Fui yo quien mató a Robert Waugh con la esperanza de que al final habría acabado dándome ese trabajo.

Cavanagh resopló.

—Bien, eso fue bastante presuntuoso por tu parte, ¿no crees? Porque volviendo a mi primer punto, solo tengo tu palabra de que él era un traidor.

—Estaba vendiendo sus mercancías en los bares, usando a un hombre llamado Boot para hacer el trabajo sucio.

Cavanagh se encogió de hombros.

—Parece plausible pero aun así careces de evidencias concretas.

—Le maté en el Rookery, señor. Llevaba encima la evidencia y se la quité. Se trata de una placa fotográfica que tengo en mi casa.

—¿En el túnel?

El Fantasma puso cara de sorpresa.

—¿Sabe dónde vivo, señor?

—Oh, sí. Te gustan los túneles, ¿no es así? Hemos estado allí y hemos ido preguntando, y al parecer eres algo más que un simple *ocupante* del túnel, ¿no es cierto? A todas luces eres lo más cercano que tienen a un líder.

—Puedo leer y escribir, señor. Me enseñaron durante mi travesía desde la India. También adquirí algunos conocimientos médicos. Por esa razón, y por el hecho de que en una ocasión me enfrenté contra la escoria que también ha hecho del túnel su casa, algunas personas que viven allí me consideran su amigo.

Cavanagh sonrió sin ganas.

—Incluso así, ha sido un retrato muy resolutivo el que nos han pintado de ti.

Juzgando que ese era el momento adecuado, El Fantasma dejó que un poco de ansiedad trepara hasta su voz.

—Un hombre que puede serle de utilidad, señor. No me he ofrecido a su servicio a la ligera, señor. Espero que pueda ver en mí algo de usted mismo.

—Sí, bueno, eso está por ver. —Cavanagh inclinó de nuevo la barbilla, sugiriendo que había tomado una decisión a favor del Fantasma. Se dirigió a uno de los gorilas que estaban detrás—. Smith, vaya al túnel y encuentre esa placa fotográfica de la que está hablando. Ah, Smith, y sea amable con la vieja señora, ¿quiere? Por lo que he podido advertir, ella y nuestro amigo aquí presente están muy unidos.

Miró intensamente al Fantasma, que contuvo un escalofrío de pavor, antes de continuar.

—Mientras tanto, tú, Bharat, vas a acompañar a Marchant y al señor Hardy a visitar la casa de la recientemente viuda señora Waugh. Y, ¿señor Hardy? Dado que, como seguro que vamos a comprobar, nuestro nuevo asociado está diciendo la verdad, no tiene por qué preocuparse sobre ser amable con la señora Waugh. Puede ser tan antipático con esa vieja bruja como le apetezca.

Hardy sonrió, dejando a la vista un diente de oro. Y, con una voz ronca que sonó como el raspado de las palas en las paredes del túnel, contestó:

—Será un placer, señor.

27

—Supongo que no sabrás conducir un carruaje, ¿verdad, muchacho? —gruñó Hardy cuando los tres hombres salieron por las puertas de la excavación hasta donde se encontraba estacionado su transporte.

Y El Fantasma, que era un excelente jinete, que había conducido muchos carruajes allá en su casa y, por tanto, reconoció nada más verlo el magnífico cupé Clarence, bellamente tapizado, tuvo que esforzarse por parecer el despistado paleto que Hardy creía claramente que era, y se encogió de hombros con mirada perdida.

—Bien —dijo Hardy con ojos duros. Se rascó la incipiente barba y luego corrigió la posición de su sombrero—. Porque aparte de mí, el señor Smith o el Otro señor Hardy nadie puede conducir el carruaje del señor Cavanagh. ¿Ha quedado claro?

—No tengo ningún problema con eso, señor —contestó El Fantasma—. ¿Debo unirme al señor Marchant en el interior, señor, donde se está más calentito?

Hardy le lanzó una mirada como diciendo *no fuerces tu suerte*, y al momento siguiente se entretuvo poniéndose la bufanda, un sobretodo y mitones, preparado para el corto viaje hasta la plaza Bedford.

El Fantasma, entretanto, se quedó a un lado del carruaje, esperando a Marchant, y luego abrió la portezuela cuando el funcionario apareció. Sin dar las gracias, Marchant subió al interior y se colocó meticulosamente una manta sin dejar ninguna para El Fantasma, quien ocupó el asiento de enfrente. Cuando se hubo acomodado, Marchant tiró del cordón y luego se esforzó por ignorar al Fantasma mirando todo el tiempo por la ventana. En

el pescante, Hardy sacudió las riendas y el carruaje se puso en marcha en dirección a la casa de la señora Waugh.

Cuando llegaron a la plaza, El Fantasma contempló con implacable interés cómo Hardy se bajaba del pescante, se quitaba los mitones y, en su lugar, se ponía unos guantes de cuero, flexionando sus dedos con aire sombrío y profesional, al mismo tiempo que clavaba los ojos en El Fantasma con mirada perversa. *Vigila tus pasos, estoy pendiente de ti*.

A continuación buscó en el compartimento de herramientas y extrajo un par de puños de acero que ajustó en su mano enguantada. Pero también cogió algo más: una gruesa porra de madera con una correa de cuero que deslizó por su muñeca antes de introducir el bastón dentro de su manga. Y por último, sacó un cuchillo de alguna parte entre los pliegues de su sobretodo. Lo hizo girar entre sus dedos, la luz reflejándose en la hoja, sin apartar en ningún momento los ojos del Fantasma.

Vigila tus pasos, estoy pendiente de ti.

Entonces los tres hombres estudiaron la casa al otro lado de la calle. Las contraventanas estaban cerradas, tan solo una débil luz iluminaba alguna parte del interior. Por lo demás, no había signo de vida excepto…

El Fantasma lo vio: una leve alteración en las sombras del techo vislumbrada a través del montante de la puerta principal. Extendiendo una mano —*esperen ahí*— hacia los otros dos, se lanzó rápidamente al otro lado de la calle, teniendo que conformarse con imaginar la mirada ultrajada en los rostros de los hombres al recibir una orden de ese nuevo recluta. Un muchacho. Un muchacho *indio*, nada menos. Un forastero.

Ascendiendo sigiloso los escalones de la fachada, se agachó para intentar escuchar ante la puerta principal. Pudo distinguir voces retirándose hacia algún pasillo interior. Trató de girar el pomo de la puerta, pero estaba cerrada y entonces se deslizó de vuelta al cupé.

—Hay alguien ahí con ella —anunció a Marchant y Hardy—. Suena como los polizontes.

—Hace mucho tiempo que no me ventilo a un azulón —dijo Hardy con sonrisa perversa. Su diente de oro brillaba malévolamente en la oscuridad.

—Yo diría que quienquiera que esté ahí dentro se encuentra en una de las habitaciones traseras —apuntó El Fantasma—. En la cocina quizá. Creo que deberíamos confirmar cuántos son antes de entrar.

—*Confirmar*, ¿no es eso? —replicó desdeñoso Hardy—. ¿Y qué tal si lo hacemos de otro modo? ¿Qué tal si llamamos a la puerta y les cogemos por sorpresa? —Sus puños de acero relucieron mientras ensayaba una serie de boxeo, un uno-dos, solo por si hubiera quedado alguna duda de a qué se refería exactamente con cogerles por sorpresa.

—Podrían superarnos en número —advirtió El Fantasma, volviendo su atención a Marchant—. Después de todo, solo somos tres.

Por fin el funcionario se vio obligado a tomar una decisión.

—Está bien. Hardy, aparta esas malditas cosas lejos antes de que alguien las vea. Esta es una plaza respetable. Y tú, indio, ve a la parte de atrás. Yo mismo y el señor Hardy estaremos esperando aquí tu señal de que es seguro proceder. Asumiendo que lo sea, Hardy y yo entraremos por delante, mientras tú te aseguras de que nadie salga por detrás. ¿Está claro el plan?

Los otros asintieron. El Fantasma les mostró su llamada de lechuza, y entonces se marchó, encontrando un sendero que discurría a lo largo del muro y desplazándose rápidamente por él hasta llegar a una puerta que daba acceso a los jardines del hogar de los Waugh. La puerta tendría sin duda el cerrojo echado, pero El Fantasma ni siquiera se molestó en intentarlo. En su lugar, con un rápido vistazo a izquierda y derecha, dio un salto, se agarró a un saliente del muro y trepó ágilmente hasta lo alto.

Se quedó allí acuclillado durante un instante, una oscura silueta contra la penumbra de la noche, disfrutando de un breve momento de orgullo en una vida que, por lo demás, carecía de él. Deseó poder llevar puesta su túnica y sentir el peso de su hoja oculta a lo largo del antebrazo, pero, por el momento, debía conformarse con estar agazapado.

Transcurrido un instante, se dejó caer silenciosamente al otro lado, donde aguardó entre los arbustos y las sombras a que su visión se adaptara a esa nueva y menos malévola oscuridad. Extendiéndose ante él había un jardín bien mantenido —al parecer podía hacerse dinero vendiendo esas «imágenes eróticas»—, mientras que a su izquierda estaba la parte trasera

de la casa. Se encaminó hacia allí, adivinando por el brillo de las lámparas del interior cuál era la ventana de la cocina, y allí se agazapó, permitiendo que la noche lo reclamara.

Y entonces, muy muy cuidadosamente, escudriñó el interior.

De pie en la cocina, con los cascos en las manos, había dos polizontes. Uno era un tipo orondo de rostro colorado al que no reconoció, y el otro era Abberline, el agente que había acudido a la excavación. El Fantasma recordó cómo había prestado mucha atención a la herida en el pecho de Waugh. Resultaba una contradicción, pero ese crimen tan limpio había sido un descuido de Ethan. Las sospechas de Abberline se habían despertado.

Lo que probablemente fuera la razón por la que estaba ahora en la cocina de Waugh.

Él y su compañero estaban hablando con una señora mayor de aspecto aturdido, que llevaba gorro y delantal y sostenía un rodillo como si estuviera tentada a usarlo en un ataque de rabia. Sin duda era la señora Waugh. El Fantasma no podía ver su boca para leerle los labios, pero hablaba tan alto que la oyó a través de los cristales.

—Siempre dije que se estaba metiendo demasiado en ello. Siempre supe que estaba jugando con fuego.

Algo captó su atención. Allí, en la puerta de la cocina, oculta entre las sombras, había una figura que El Fantasma reconoció como Hardy. No tenía ni idea de cómo había conseguido entrar en la casa, pero el motivo estaba muy claro a la vista del malvado brillo del cuchillo que sostenía.

Los dos agentes estaban dando la espalda a Hardy; no tendrían ninguna oportunidad. Y la mujer se hallaba muy ocupada gesticulando con el rodillo para verlo.

Ninguno de ellos tendría una oportunidad.

El Fantasma tenía un segundo para decidir: salvar a los polizontes y poner en peligro la misión. O dejarlos morir por un bien mayor.

28

Se toleraban sin demasiadas desavenencias, pero, a pesar de eso, Abberline y Aubrey no estaban precisamente encantados el uno con el otro. Para empezar, Abberline juzgaba muy pobres las cualidades de Aubrey como agente de policía, mientras por su parte este último pensaba que a Abberline le vendría muy bien aprender un par de cosas básicas sobre la compasión humana.

Aubrey ya había insistido en ese aspecto un poco antes, mientras los dos se dirigían a la casa del señor y la señora Waugh en la plaza Bedford.

—El trabajo también gira sobre la gente, ¿sabes, Freddie? —le dijo a su compañero mientras se internaban en el bullicio de Tottenham Court Road —. Servir a la verdad y la justicia está muy bien. Pero ¿qué me dices de servir a la gente?

—Para eso están las normas, Aubrey —le recordó Abberline—. Las normas están por el bien de todo el mundo.

Esquivaron a unos buscadores de desechos rivales a punto de comenzar una reyerta sobre una considerable pila de mierda de perro, pero que se detuvieron al ver acercarse a los policías y fingieron ser viejos colegas. Aubrey frunció el ceño cuando pasaron.

—Así es como debería ser —dijo Aubrey, cuando hubieron pasado y era seguro respirar—. Siempre que no empieces poniendo las reglas primero y el bien de todo el mundo en segundo lugar, si sabes a lo que me refiero. Aparte de que no siempre está tan claro, ¿no es cierto? Después de todo, si nuestra teoría es cierta, entonces tu hombre de la pistola disparó a una niña pequeña a sangre fría. ¿Qué justicia hay en detener al hombre que mató a su asesino?

—Bueno, primero debemos llegar a la verdad, ¿no crees? Y entonces ya cuestionaremos la justicia de todo ello.

Habían llegado a su destino, una engañosamente bonita y lisa fachada de una casa georgiana en una atractiva plaza con otras engañosamente hermosas casas de fachadas planas. Estaba lo suficientemente cerca de Tottenham Court Road para que los sin duda elegantes residentes pudieran acudir a sus oficinas cada día, pero lo suficientemente lejos para que el ruido de la vía pública fuera un barullo distante en vez del incesante clamor que podría hacer enloquecer a una persona si tuviera que vivir en medio de él.

Los dos policías se pararon en seco con sus pulgares agarrados a los cinturones mientras contemplaban la casa en cuestión. Las contraventanas del mirador estaban cerradas. Una luz en el cristal de encima de la puerta principal era el único signo de vida. Mientras subían los escalones para llamar, Abberline se preguntó si la señora Waugh estaría ahora en el interior, llorando y suspirando por su marido…

—¿Dónde está ese bastardo?

Abberline había acertado solo en un aspecto. La señora Waugh efectivamente estaba en el interior de la casa. Cuando les abrió la puerta quedó claro por su cara cubierta de harina que estaba en plena preparación de alguna receta. Pero en cuanto a llorar y suspirar…

—Pasen —pidió a los dos polizontes ante su puerta. Tenía el aspecto de la mujer de un carnicero bien alimentada, rematada por una rubicunda complexión y un delantal blanco que mostraba manchas de procedencia desconocida—. ¿Dónde demonios se ha metido?

—No lo sabemos… —empezó Abberline, pillado por sorpresa ante su ferocidad.

Aquella no era la mejor forma de empezar, y naturalmente la señora Waugh —al menos, supusieron que era la señora Waugh, salvo que el señor Waugh tuviera un ama de llaves excepcionalmente malhumorada e insolente— se puso más furiosa todavía.

—¿Qué quieren decir con que no saben dónde está? ¿Entonces para qué han venido? Tendrían que estar ahí fuera, buscándolo. —Alzó las manos en señal de frustración y consternación, se alejó de la puerta y salió con paso firme del vestíbulo, murmurando para sí mientras caminaba dejando huellas de harina en las baldosas de terracota.

Abberline y Aubrey se miraron el uno al otro, el primero paseando la vista de arriba abajo por su compañero.

—Justo tu tipo —sonrió.

—Oh, déjalo ya —replicó Aubrey—. ¿Entramos o qué?

Cerraron la puerta tras ellos, pasando el cerrojo antes de seguir el sonido de femenina consternación hasta la cocina. Allí la encontraron usando un rodillo para desahogar su frustración sobre una gran montaña de masa, golpeándola furiosamente, su silueta apenas visible tras las nubes de harina.

Colgando de una pared cercana, había una fotografía de la señora Waugh con el hombre cuyo cadáver había perdido Abberline. *Estaban en el lugar adecuado*. Abberline le dio un codazo en las costillas a Aubrey, e hizo un gesto de asentimiento.

—Señora —comenzó, probando de nuevo lo que esperaba que fuera un tono más adecuado a las circunstancias—. Un hombre que encaja con la descripción de su marido fue visto en los alrededores de Rookery en la escena de un…

—Bueno, él iba de camino a Rookery la noche que desapareció, de modo que eso es cierto —declaró mientras continuaba trabajando la masa con el rodillo.

Esa era la nueva clase media, reflexionó Abberline. Comían igual de bien que los de alta cuna, pero lo hacían ellos mismos. Entonces se le ocurrió algo.

—¿En qué oficio estaba metido su marido? —preguntó.

—Era fotógrafo —replicó en un tono de voz que no dejaba lugar a dudas sobre lo que pensaba de *esa* profesión en particular.

—¿Un fotógrafo, eh? —repitió Abberline—. ¿Y qué negocio puede tener un fotógrafo en el Rookery?

Mientras seguía amasando, ella clavó en Abberline una mirada desdeñosa.

—¿Se está quedando conmigo? ¿Cómo demonios voy a saber qué negocio tenía en el Rookery a esa hora? Él no me cuenta lo que hace, y para serle franca, yo no me molesto en preguntar.

Había algo en sus protestas que resultaba un tanto teatral para el gusto de Abberline, pero lo dejó pasar de momento.

—¿No está preocupada por su marido, señora Waugh?

Ella se encogió de hombros.

—No especialmente. ¿Cómo se sentiría usted si su mujer saliera un día y se esfumara? Probablemente montaría una fiesta, ¿no es cierto?

—No estoy casado.

—Bueno, entonces vuelva a verme cuando lo esté y tendremos esta charla de nuevo.

—Está bien. Si no está preocupada por él, entonces ¿por qué denunció su desaparición?

La indignación hizo que la señora Waugh alzara el tono de voz, mostrándose terriblemente exasperada.

—Porque… ¿quién va a pagar por todo esto si está desaparecido?

—Lo que quiero decir, señora Waugh, es que el Rookery es un lugar peligroso, a cualquier hora, y quizá no sea un sitio que un respetable fotógrafo como su marido querría visitar.

—Bueno —espetó en respuesta—, probablemente por eso se llevó su pipa.

Abberline y Aubrey intercambiaron una mirada, sin terminar de creer lo que estaban oyendo.

—Se llevó su pistola, ¿no es eso?

—Es lo que he dicho.

—Sí, excepto que, señora Waugh, el hombre que encaja con la descripción de su marido y que fue visto en los alrededores del Rookery podría o no haber estado implicado en un tiroteo.

Ahora al menos dejó a un lado el rodillo.

—Ya veo —dijo en tono más grave.

—Nos sería de gran ayuda si pudiese decirnos qué estaba haciendo su esposo en el Rookery. ¿Cuál era el propósito de su visita? ¿Estaba allí, por

ejemplo, para encontrarse con alguien? Aparte de su pistola, ¿se llevó algo más consigo? ¿Le dijo a qué hora esperaba estar de vuelta?

Ella ignoró todas las preguntas y, atravesando a Abberline con su mirada, preguntó a su vez:

—En ese tiroteo que ocurrió, ¿resultó alguien herido?

—Hubo dos bajas confirmadas, señora Waugh. Una niña pequeña —observó cómo la mujer se estremecía cerrando los ojos y absorbiendo el dolor— y un matón callejero que respondía al nombre de Boot.

Ella abrió los ojos de nuevo.

—¿Boot? Robert iba a encontrarse con Boot. Hasta donde yo sé, Boot era socio en su negocio.

—Disculpe, creí que había dicho que nunca le hablaba de su negocio y que usted nunca preguntaba.

—Bueno, oía algunas cosas, ¿no es cierto? Como que iba de camino allí para hacer algún tipo de trato…

—¿Un trato?

Los ojos de la mujer mostraron un brillo desconfiado. Ya había dicho demasiado.

—Sí, bueno, es fotógrafo. Él…

—… Toma fotografías —dijo Abberline—. Sí, eso es lo que hacen los fotógrafos. Los fotógrafos sacan fotos de hombres y de sus esposas y de los hijos de esos hombres y sus mujeres. Grandes faldas con miriñaque, lustrosas botas, chaquetas abotonadas e incómodos cuellos almidonados, miradas sonrientes o intimidantes a la cámara, toda esa clase de cosas. Eso es lo que hacen los fotógrafos. Pero no hacen tratos en suburbios al anochecer con matones callejeros.

—Espere un segundo, aún no ha dicho…, si hay solo dos muertes confirmadas, ¿significa eso que Robert todavía sigue vivo?

Abberline y Aubrey intercambiaron otra mirada.

—Me temo que nuestra teoría más probable de momento es que su marido podría haber sido asesinado por un segundo asaltante. De hecho, me preguntaba si no tendría una fotografía suya para que pudiera confirmar si su cadáver es el que apareció en la excavación de la línea del Metropolitano en la zona norte.

Su petición era una mera formalidad para poder darle la noticia, pero ante la mención de la línea del Metropolitano una oscura mirada atravesó el rostro de la mujer.

—¡Oh, caray! —exclamó, agitando la cabeza ante la terrible inevitabilidad de cuanto estaba oyendo—. Siempre dije que se estaba metiendo demasiado en ello. Siempre supe que estaba jugando con fuego.

Tratando de contener su excitación, y sin el menor éxito en lo que se refería al agente de policía Aubrey Shaw, Abberline se lanzó sobre sus palabras.

—¿Qué quiere decir con «meterse demasiado»? Dígame exactamente lo que sabe, señora Waugh…

La ventana de la cocina de los Waugh era alta y tan oscura como la noche, como una vidriera pero sin vitrales. Mientras la señora Waugh le miraba, a punto de hablar, algo captó allí la atención de Abberline.

Y un segundo después la ventana estalló.

29

Hubo una fracción de segundo de indecisión antes de que El Fantasma decidiera que no podía mancharse las manos con la sangre de dos polizontes inocentes, e hiciera su movimiento.

A fin de cuentas jugaba con dos ventajas: su propia puntería, y con que la señora Waugh hiciera suficiente ruido como para despertar a los muertos.

Ninguna de las dos le decepcionó.

Dos objetivos: salvar a los policías e impedir que le vieran tanto a él como a Marchant y Hardy. Miró alrededor buscando una piedra, encontró una de buen tamaño delimitando un parterre cercano y la deslizó en su palma, y entonces, cuando vio a Hardy tensarse y la hoja plateada alzarse en el umbral, realizó su movimiento.

El Fantasma solo vestía harapos, nada que pudiera protegerle del cristal, de modo que cuando chocó contra la ventana con todas sus fuerzas sintió lo que le parecieron un millar de cortes de cuchillo mientras se estrellaba a través de cristales y maderas astilladas, hasta un aparador con vajilla al otro lado.

Una sola lámpara colgaba del techo, la única fuente de luz de la habitación, y El Fantasma la hizo desaparecer con un tiro de piedra a la vez que se estrellaba contra la ventana. Su puntería fue perfecta y la luz desapareció; la noche cayó entonces como una rápida muerte en la habitación, exactamente al mismo tiempo que se escuchaba un grito y la señora Waugh comenzaba a chillar.

La vajilla desplazada cayó estallando en mil pedazos y aumentando el estruendo, pero El Fantasma ya estaba en movimiento y se impulsó hasta un escurreplatos, rodeando a la señora Waugh y atravesando la habitación sin

tocar el suelo, como en los juegos infantiles —como un juego que él mismo solía practicar en su casa de Amritsar—. Otro salto desde el escurridor le acercó a los polizontes, ninguno de los cuales le vio u oyó ni tuvo tiempo para reaccionar. Aterrizó sobre las baldosas justo enfrente de ellos, soltando dos rápidos puñetazos en el cuello, primero a Abberline y luego a su compañero, todo ello en cuestión de medio segundo, y con el acompañamiento de los gritos de la señora Waugh.

Todo terminó en un santiamén. Nadie salvo El Fantasma supo lo que estaba sucediendo y eso resultó de lo más conveniente para el joven. La confusión era su amiga.

—Atrápenla —ordenó. Hardy y Marchant habían irrumpido en la habitación y El Fantasma pudo distinguir la furia del rechazo en el rostro de Hardy—. Atrápenla antes de que atraiga a otros polis corriendo.

De pronto, Marchant estaba ladrando órdenes como si fuera el hombre al mando y no el hombre que estaba desesperadamente confuso por una situación que, inevitablemente, había escapado a su control.

—Ya le has oído. ¡Atrápala! ¡Maldita sea! ¡Cállale la boca!

Y tal vez agradecido por la oportunidad de poder desplegar un poco de violencia, Hardy se acercó en dos zancadas hasta donde la señora Waugh estaba gritando. El Fantasma pudo ver el destello de los puños de acero y volvió la cabeza al tiempo que los gritos cesaban abruptamente.

Fue necesaria la fuerza de los tres para sacar de la casa a la señora Waugh y meterla en el carruaje. El Fantasma se aseguró de ser el último en salir, cerrando la puerta principal tras él.

En la casa un viento helado soplaba a través del cristal roto de la cocina. Tendidos en el suelo, los dos polizontes yacían fuera de combate.

30

Era día de recriminaciones.

El nombre de Bharat Singh llegó rebotando zanja abajo hasta el túnel, y El Fantasma, una vez más, ascendió por las escalerillas y se abrió paso a través de los tablones hasta la oficina. Allí estaba sentado Cavanagh, tal y como lo había visto el día anterior, y también estaban Marchant, Hardy, Smith y el Otro Hardy, tal y como lo habían hecho el día anterior.

Solo que las cosas ahora eran diferentes. Mientras que ayer Hardy había mirado al Fantasma con poco más que curiosidad, ahora le contemplaba con evidente odio; también Marchant le miraba con un nuevo interés.

—Tengo importantes nuevas para ti, joven Bharat —dijo Cavanagh con ojos entornados—. Vas a ser ascendido. No más trabajo en la excavación. No más faenar en la zanja. A partir de ahora quedarás a cargo de Marchant, dando un buen uso a tus habilidades para leer y escribir. Felicidades, has logrado todo lo que tu padre hubiese querido.

Cavanagh se estaba burlando de la admiración de un padre de ficción, pero eso no impidió que El Fantasma sintiera hacia él un pellizco de algo cercano al puro odio.

—Tal vez te preguntes la razón —continuó Cavanagh—. ¿Por qué has sido ascendido? Tras hablar con la señora Waugh, parece que todo lo que nos contaste era correcto. Y estoy seguro de que ya sabes que el señor Smith, aquí presente, ha recuperado la placa fotográfica de tu agujero en el Túnel del Támesis. Por tanto, tu primera tarea será llevar a cabo la sentencia de muerte del traidor señor Waugh. Solo que, claro, esa sentencia ya ha sido ejecutada, y ya te has probado ante mí.

El Fantasma asintió.

—Gracias, señor. ¿Y qué pasa con la viuda de mi víctima?

—Ya nos hemos encargado de ella.

El Fantasma mantuvo su rostro impasible pero mentalmente tachó el nombre de un nuevo inocente.

Mientras tanto, desde detrás, Hardy se aclaró la garganta.

Cavanagh hizo un gesto de asentimiento hacia él, volviendo su atención al Fantasma.

—Aquí el señor Hardy se siente ofendido por tus acciones de anoche. Nadie sabe a ciencia cierta lo que sucedió. —Tras decirlo, miró duramente a Marchant y luego a Hardy—. Pero ambos están de acuerdo en que actuaste impulsivamente y por tanto les pusiste en peligro.

El Fantasma abrió la boca para intentar defenderse.

—Pero… —Cavanagh alzó una mano para detenerle.

—Resulta que yo no estoy de acuerdo con el señor Marchant y el señor Hardy. Tenemos un cuerpo encontrado en la zanja, que ha despertado muchas preguntas. Lo último que necesitamos es también dos agentes muertos. Solo podemos enfrentarnos a una cierta cantidad de preguntas. Usted, señor Hardy, debería saberlo.

—Eso puede ser así —gruñó Hardy—, pero el muchacho actuó por libre. Habíamos acordado que el señor Marchant y yo tomaríamos la cocina y que él detendría a cualquiera que saliera por detrás. Atravesó una maldita ventana, jefe. No fue exactamente sigiloso, si sabe lo que le digo.

Cavanagh mostró una leve sonrisa.

—Algo me dice que nuestro nuevo empleado sabía exactamente lo que hacía.

31

Abberline y Aubrey se habían levantado del suelo de la cocina de Waugh, y emprendieron el camino de vuelta a la comisaría con un palpitante dolor de cabeza y el rabo firmemente metido entre las piernas; luego se fueron a dormir.

Desaliñados, doloridos y todavía exhaustos, estaban ante el mostrador principal de la comisaría poco después del amanecer, cuando se dio la alarma. Una mujer había irrumpido gritando algo sobre un suicidio.

—¿Dónde?

—En una casa en la plaza Bedford…

Se miraron el uno al otro, su imagen fiel reflejo de un asombro que les dejó boquiabiertos, y luego ambos echaron a correr hacia la puerta.

Menos de media hora después se encontraban de vuelta en la misma cocina que habían dejado unas horas atrás. Cuando salieron de ella estaba a oscuras, con el viento colándose por la ventana rota, las baldosas de terracota crujiendo con los restos de cristales y un rodillo tirado en el suelo.

Ahora, sin embargo, había luz, y todo estaba exactamente como la noche anterior, a excepción de una sola cosa: la señora Waugh había regresado. Estaba colgando de la lámpara del techo con un nudo improvisado con un mantel apretado alrededor de su cuello, la cabeza colgando, la lengua asomando entre unos labios azules y un charco de orina en las baldosas bajo sus balanceantes botas.

«A nadie le gusta ver un cadáver antes de haber tomado su tentempié», pensó Abberline dando media vuelta para salir de allí.

—¡Ellos mismos se orinan, por si no lo saben!

Cavanagh, Marchant, los gorilas y El Fantasma aún seguían en la oficina cuando Abberline y Aubrey anunciaron su presencia aporreando la puerta de modo inconfundible, como queriendo indicar: aquí está la poli, e irrumpieron en el interior, empezando a hablar de gente que se orinaba encima.

Aubrey estaba más colorado que nunca, pero la ira había dado a Abberline una expresión a juego, y miraba con ceño fruncido de un hombre a otro, sus ojos posándose finalmente en El Fantasma.

—Tú —espetó—, ¿dónde te hiciste esos cortes?

—El señor Singh es un peón, agente —intervino Cavanagh antes de que El Fantasma pudiera contestar—, y me temo que su inglés no es muy bueno, pero anoche sufrió un accidente en la zanja.

Cavanagh no hizo ningún esfuerzo para ser simpático o conciliador con Abberline. Simplemente exponía hechos. Al mismo tiempo, hizo una indicación al Otro Hardy, quien se dio la vuelta para salir.

—¿A dónde cree que va? —Ladró Abberline, girándose hacia el Otro Hardy.

—Él va donde yo digo que vaya, o donde quiere, o quizá incluso a su propia comisaría, si deseara hablar con el sargento allí… A menos, por supuesto, que planee ponerle bajo arresto, en cuyo caso estoy seguro de que a todos nos interesará escuchar bajo qué cargos, y qué prueba concluyente tiene para justificarlo.

Abberline balbuceó, quedándose sin palabras. No había tenido muy claro cómo resultaría aquello, pero de una cosa estaba seguro: no había imaginado que discurriera así.

—Veamos, estaba diciendo algo… ¿sobre la gente que se orina encima…? —repitió Cavanagh secamente—. ¿Qué gente podría ser esa, exactamente?

—Aquellos que se encuentran al final de la soga —espetó Abberline.

—¿Suicidas?

—No solo tipos finos, sino también asesinos. En cualquier parte donde encuentre una pobre alma al final de una soga hallará un charco no muy lejos. Los intestinos se abren, ¿sabe? —Hizo una pausa para causar más efecto—. Por suerte para la señora Waugh no necesitó hacer de vientre.

Su mirada recorrió la habitación: el impenetrable Cavanagh, el astuto Marchant, los tres gorilas aparentemente pasando el mejor rato de sus vidas, y… el indio.

La mirada de Abberline se detuvo más tiempo sobre él, y hubiera jurado haber visto algo allí, un destello de emoción, pero no una emoción surgida de la malicia, no, sino una apropiada. De la clase que Aubrey siempre estaba diciendo que él mismo debía aprender.

Abberline retiró su mirada lentamente del indio, fijándola en su lugar en el tipo grande, el gorila con el diente de oro.

—Usted —dijo—. Era usted, ¿no es cierto? Usted estaba en la casa.

Ese hombre, llamado Hardy, si Abberline recordaba correctamente, desplegó su diente de oro así como otros espléndidos especímenes.

—No. Estuve aquí toda la noche, señor azulón, como el señor Cavanagh podrá confirmarle.

—Oiga, cuide usted esa maldita boca, su… —replicó Abberline, señalando a Hardy.

—Sí, señor Hardy —suspiró Cavanagh—, quizá sería más prudente no excitar a nuestro visitante, aquí presente, más de lo que ya está. Y en cuanto a usted, agente, le vuelvo a reiterar que el señor Singh, el señor Hardy, Marchant, Smith y el Otro Hardy estuvieron todos aquí conmigo anoche y, ah…, Abberline, parece que tiene un visitante.

—Abberline —escuchó el agente a su espalda, y se encogió al oír el inconfundible sonido de la voz de su sargento—. ¿A qué demonios cree que está jugando?

32

Furioso, Abberline salió al ruido de las obras del túnel, con Aubrey detrás, esforzándose por seguirle el paso.

—Espera, espera, ¿a dónde demonios vas? —gritó su sonrojado compañero por encima del incesante estruendo de las máquinas.

—¡De vuelta a la plaza Bedford, ahí es donde demonios voy! —Gruñó Abberline por encima de su hombro. Alcanzó el portón de madera que cerraba el perímetro de las obras, tiró de él para abrirlo y pasó como una exhalación por delante de un adormilado peón cuyo trabajo era mantener alejada de allí a la chusma—. Esta panda está metida en esto hasta el cuello. Apestan, te lo aseguro.

Fuera, en la calle, se abrieron camino sorteando a la escoria humana que o bien acudía atraída por las posibilidades comerciales de la excavación —comerciantes, vendedores ambulantes, prostitutas, carteristas— o que de verdad tenían negocios en esa parte de la ciudad, y emprendieron la breve caminata de vuelta a casa de los malogrados señor y señora Waugh.

—¿Por qué crees que están metidos hasta el cuello? —Aubrey se sujetó el casco mientras trataba de seguir a Abberline.

—Eso no lo sé, ¿verdad? Si lo supiera, entonces la vida sería jodidamente más simple, ¿no es así? —Se detuvo, se volvió y alzó un dedo como un maestro dispuesto a regañar a un escolar—. Pero puedo decirte una cosa, Aubrey Shaw. Están ocultando algo. —Agitó ese mismo dedo en dirección a las valladas obras del ferrocarril—. Sea lo que sea en lo que están metidos, no es nada bueno. ¿Me has oído?

Volvió a retomar la marcha antes de proseguir.

—Me refiero a que… ¿Los has visto, ahí plantados, tan culpables como quieras imaginar? ¿Y ese joven muchacho, el tipo indio? Todo ensangrentado. Un accidente en el túnel, ¡y un cuerno! Ese se hizo los cortes cuando atravesó la ventana de la señora Waugh.

—¿Crees que fue él?

—¡*Pues claro* que creo que fue él! —explotó Abberline—. Sé que fue él. *Yo* sé que fue él. *Ellos* saben que fue él. Incluso *tú* sabes que fue él. El problema es demostrarlo, pero claramente fue él. Irrumpió a través de la ventana, se cargó la luz y luego nos dejó noqueados.

Aubrey había llegado a su altura, hablando de forma entrecortada mientras tragaba para recuperar el aliento.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir, Freddie? Quiero decir, ¿no es ahí donde toda esta teoría tuya se desploma? Porque no hay forma de que hubiera podido hacer todo eso. Tendría que ser algún tipo de acróbata o algo así.

Para entonces ya habían llegado a la plaza Bedford, como si nunca se hubieran marchado de allí, y Abberline irrumpió en el interior de la casa mientras Aubrey se quedaba en la puerta, una mano en el marco, su cuerpo casi doblado mientras trataba de respirar con normalidad.

Desde la cocina le llegó el sonido de los murmullos de Abberline y luego una exclamación.

—¿Qué sucede? —preguntó Aubrey, sujetándose el costado mientras se unía al otro policía en la cocina.

Abberline estaba en el extremo de la habitación bajo la ventana totalmente rota. Con un gesto de triunfo, señaló el desordenado aparador de la vajilla.

—Aquí —indicó—, ¿qué ves aquí?

Lo que quiera que fuese que estaba señalando, a Aubrey le dio la impresión de ser una mancha de sangre, y así se lo manifestó.

—Exacto, una mancha de sangre dejada por quienquiera que fuese el que apareció a través de la ventana, ¿verdad? Eso es lo que cabría esperar, ¿no es así?

—Bueno, sí.

—Sangre de ese tipo indio que acabamos de ver en la oficina de Cavanagh, tan claro como el agua, apostaría yo —dijo Abberline.

—Eso es una suposición, Freddie. Siempre se nos ha dicho que busquemos las evidencias, nunca suponer, sino buscar la evidencia.

—¿Y qué te parece si formulas teorías y luego buscas la evidencia para apoyarlas? —preguntó Abberline con un brillo en los ojos.

Eso hay que reconocérselo, pensó Aubrey. Cuando estaba lanzado…

—Continúa —asintió.

—¿Recuerdas al tipo indio? Iba descalzo, ¿verdad?

—Así es. Demonios, debe de ahorrarse sus buenos cuartos en botas de cuero…

—Quédate con eso en la cabeza, y ahora echa otro vistazo a la mancha de sangre.

Aubrey hizo lo que le pedían y Abberline contempló cómo la luz iluminaba lentamente el rostro de su compañero.

—Por Dios santo, tienes razón; es la huella de un pie.

—Exactamente. Tienes toda la maldita razón, Aubrey. Una pisada. Ahora mira, tú y yo estábamos de pie aquí. —Empujó al otro hombre hasta donde estaban la noche anterior, cuando ambos discutían con la permanentemente indignada señora Waugh—. Ahora tienes que imaginar que la ventana está intacta, por lo que el cristal funcionaría como un espejo, ¿de acuerdo? Como un espejo oscuro. Bien, pues te digo que aproximadamente medio segundo antes de que ese espejo oscuro se rompiera y nos cayeran de golpe siete años de mala suerte, vi un movimiento en él.

—¿Viste al asaltante antes de que irrumpiera a través del cristal?

—Excepto que ahora creemos que fue el tipo indio el asaltante, ¿no es cierto? Pero no fue al indio al que vi. El que vi era mucho más grande. De modo que ahora me pregunto…, me pregunto si lo que vi no fue un reflejo. —Apretó una mano contra la frente como si tratara de masajear una solución en su cerebro—. Está bien, ¿qué te parece esto, Aubrey? ¿Qué te parece si uno o tal vez dos de los tipos de seguridad de las obras del ferrocarril hubieran estado detrás de nosotros? ¿Qué dirías a eso?

—Diría que echamos el cerrojo, ¿entonces cómo pudieron entrar?

—Ven. —Abberline tiró de Aubrey fuera de la cocina hacia la entrada de la carbonera. Estaba entreabierta. Algo nada sospechoso. Pero en el interior del sótano el carbón tenía un distinguible surco del tamaño de un hombre en el centro del montón, desde el suelo de piedra de la carbonera hasta la trampilla al nivel de la calle—. ¡Te pillé! —exclamó Abberline—. Y ahora…

Regresó con Aubrey a la cocina, donde recuperaron sus posiciones.

—Estábamos aquí de pie, ¿cierto? Ahora, dime si no estoy en lo cierto y vi el reflejo de un matón justo detrás de nosotros, esperando precisamente a dejarnos fuera de combate. Vi lo cerca que estaba. Nosotros le dábamos la espalda, no lo olvides. Lo que digo es que nos tenía, Aubrey. Nos tenía a tiro, Aubrey, como un par de patos en una atracción de feria, un blanco fácil, bien alineado y listo para la matanza. Podría habernos partido la crisma con una porra. Podría habernos rajado la garganta con un cuchillo… Y, sin embargo, por alguna razón, a pesar de que su colega estaba en posición, el muchacho indio apareció irrumpiendo a través de la ventana.

Abberline miró a Aubrey.

—Y entonces, ¿por qué pudo ser, Aubrey? ¿Qué demonios pretendía entrando por la ventana?

SEGUNDA PARTE

LA CIUDAD PERDIDA

33

Evie Frye, de quince años, hija de Ethan y de la difunta Cecily, había desarrollado un nuevo hábito. No estaba especialmente orgullosa de él, y sin embargo, como suele suceder con los hábitos, lo había ido desarrollando paulatinamente. Consistía en escuchar a su padre tras la puerta durante sus reuniones con George Westhouse.

Y bien, ¿por qué no? Después de todo, ¿no decía siempre su padre que muy pronto se uniría a «la lucha», como él la llamaba? ¿Y acaso no era una de sus expresiones favoritas la de que no hay tiempo como el presente?

Desde hacía años, Evie y su hermano gemelo, Jacob, habían estado aprendiendo el arte de los Asesinos, del que ambos eran fervientes estudiantes. Jacob, el más atlético de los dos, se sentía en el combate como pez en el agua; le encantaba, a pesar de carecer del don natural que su hermana poseía. Por las noches, los hermanos hablaban excitados del día en que serían instruidos en el manejo de la legendaria hoja oculta.

No obstante, Evie notaba que su interés se dispersaba. Lo que a ella le salía de forma natural no la llenaba tanto como parecía hacerlo a su hermano. Mientras Jacob pasaba los días en el patio de su casa en Crawley, girando como un derviche para practicar los movimientos enseñados por su padre esa mañana, Evie a menudo se escabullía declarando su aburrimiento ante la constante repetición del manejo de la espada, y se dirigía al estudio de su padre, donde este guardaba sus libros.

Aprender era lo que disparaba la imaginación de Evie Frye. Los escritos de los antiguos Asesinos, las crónicas de Asesinos legendarios: Altaïr Ibn-La'Ahad, cuyo nombre significaba «águila voladora»; el apuesto y gallardo Ezio Auditore de Florencia, Edward Kenway, Arno Dorian,

Adéwalé, Aveline de Grandpré y, por supuesto, Arbaaz Mir, con quien su padre había pasado mucho tiempo cuando eran jóvenes.

Todos ellos se habían unido a la lucha para mantener a raya el azote Templario, combatiendo por la libertad en cualquier época y territorio donde ejercieran su profesión; la mayoría, en algún momento u otro, se habían implicado para ayudar a localizar lo que se conocía como artefactos. Aunque estos no fueran precisamente piezas de museo. Los artefactos que preocupaban a Asesinos y Templarios eran materiales dejados por Los Primeros Llegados. De todos ellos, los más importantes eran los Fragmentos del Edén. Se decía que el poder que contenían era bíblico, y el conocimiento supuestamente codificado en ellos constituía el aprendizaje de todos los tiempos: pasado, presente y futuro. Había algunos, Altaïr Ibn-La'Ahad por ejemplo —Evie había estudiado la transcripción de su códice—, que expresaron sus dudas al respecto, preguntándose si no serían simples chucherías. Evie no estaba segura, y quizá eso formara parte del encanto. Deseaba contemplar esos artefactos por sí misma. Deseaba sostenerlos y sentir una conexión con la sociedad que existió con anterioridad a ella. Deseaba conocer los poderes desconocidos que ayudaron a modelar la humanidad.

Por eso, cuando una noche escuchó la palabra «artefactos» en el interior del estudio de su padre, se detuvo para seguir escuchando. Y después la siguiente vez que George Westhouse volvió a visitarles, y luego la vez posterior.

A veces se preguntaba si su padre sabía que había fisgones presentes. Sería muy propio de él no decir nada. Lo que mitigaba su culpa era la sensación de que él no *necesariamente* lo desaprobaría. Después de todo, simplemente estaba recopilando por anticipado una información que recibiría más adelante.

—Es un valiente, ese hombre tuyo —estaba diciendo ahora George Westhouse.

—Desde luego que sí. Y esencial para cualquier oportunidad que tengamos algún día de retomar nuestra ciudad. Los Templarios creen que hemos sido reducidos, George. Dejemos que lo piensen. Tener un agente en medio de ellos nos ofrece una ventaja crucial.

—Solo si descubre algo de utilidad para nosotros. ¿Lo ha hecho ya?

El padre de Evie suspiró.

—Lamentablemente no. Sabemos que Cavanagh es visitado regularmente por Crawford, y más concretamente que Lucy Thorne pasa una gran cantidad de tiempo en la excavación…

—La presencia de Lucy Thorne en el lugar indica que estamos sobre la buena pista.

—Efectivamente. Nunca lo he dudado.

—Pero ¿no hay nada que sugiera cuándo esperan los Templarios encontrar lo que están buscando?

—Aún no, pero cuando lo hagan El Fantasma estará en el lugar para robarlo para nosotros.

—¿Y si ya lo tienen?

—Entonces en algún momento, a medida que continúe ganándose su confianza, lo descubrirá y, de nuevo, se encontrará en el lugar adecuado para recuperar el artefacto y ponerlo en nuestras manos.

Un susurro llegó desde detrás de Evie.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sobresaltada y estirándose con un leve crujido de sus piernas, Evie se volvió para encontrarse a Jacob detrás de ella, sonriendo como de costumbre. Se llevó un dedo a los labios y luego le condujo lejos de la puerta y por las escaleras, para poder retirarse a su dormitorio.

Evie le contaría a Jacob lo que había escuchado, sabiendo muy bien que, por mucho que insistiera en conocer cada pequeño detalle, en realidad no se molestaría en escuchar. La historia de los Asesinos, la táctica, la política, los artefactos… eran todos ellos aspectos de la vida del Asesino que Jacob estaba encantado de dejar para más adelante, cuando su padre estuviera dispuesto y preparado para enseñárselos.

Pero no Evie. Evie estaba ansiosa por aprender.

34

Habían transcurrido varios meses desde los sucesos de la casa Waugh; meses durante los cuales Abberline había cavilado mucho. En algunas ocasiones lo hacía solo, y en otras contaba con ayuda en la persona de Aubrey, quien, si bien no era tan dado a meditar como Abberline, lo hacía llevado por la amistad, además de mostrarse contento por tomar una cerveza o dos en El Hombre Verde.

En esas ocasiones en que se encorvaban desanimados sobre la mesa de la taberna intentando no parecer como dos polis escondidos, Aubrey trataba de elevar los ánimos con alguno de los mejores y más recientes chistes extraídos del teatro de variedades.

—Dime, dime, dime, Freddie, ¿cuándo un barco es más pequeño que un gorro?

—No lo sé. ¿Cuándo un barco es más pequeño que un gorro?

—Cuando se ha hundido.

Y a veces intentaba aligerar su humor con alguno de los peores.

—Dime, dime, dime, Freddie. ¿Por qué los sastres siempre sientan a sus clientes?

—No lo sé, ¿por qué?

—Porque su negocio es hacer que los trajes sienten bien.

Y en otros momentos trataba de atraer a Abberline hacia una discusión más profunda y filosófica.

—Es solo una de esas cosas —dijo un día.

—Pero no lo es, sin embargo, ¿no es cierto? —Abberline, que hacía tiempo que había olvidado su norma de no beber en horas de trabajo, apuró el resto de su pinta—. Si fuera una de esas cosas no estaría tan preocupado.

¿Porque sabes lo que realmente me molesta, Aubrey? El no saber. Es el hecho de que mentirosos y asesinos anden sueltos por ahí fuera, pensando que han logrado colársela a los polizontes. No, ¿en qué estaré pensando? No a los polizontes, porque a ningún otro cabrón, aparte de a ti y a mí, le importan un comino los hombres encapuchados y la desaparición de cadáveres. Pensando que han logrado apuntarse un tanto sobre ti y sobre mí, eso es lo que es.

Aubrey sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Sabes cuál es tu problema, Freddie? Quieres que todo sea blanco o negro. Quieres respuestas todo el tiempo. Y a veces, ya sabes, simplemente no hay respuestas, y no hay blanco o negro, sino simplemente distintos tonos de gris, lo que es como decir que las cosas son tan turbias como el lecho del Támesis e igual de putrefactas, pero no hay nada que puedas hacer por el Támesis como tampoco hay nada que puedas hacer sobre esto.

—No, te equivocas. —Abberline se detuvo y lo reconsideró—. Bueno, está bien, tal vez tengas razón en parte. Cuando se trata del bien y el mal, hay distintos tonos de gris. Eso te lo concedo y te invito a una pinta por tu perspicacia. —Alzó dos dedos y fue recompensado con una respuesta desde el otro lado de la barra—. Pero estás equivocado sobre las respuestas. *Sí* hay respuestas. Y yo quiero saber cuáles son.

Aubrey asintió, tratando de soltar otro chiste, pero el único que se le ocurrió fue uno con la coletilla final «Ninguna soga es la soga buena», y no creyó que aquello fuera lo más adecuado dadas las circunstancias. De modo que en su lugar bebieron la siguiente pinta en silencio y cavilaron un poco más.

Una vez en la calle, se marcharon en direcciones distintas a lo largo de Regent, y Abberline se preguntó si un hombre que había visto en la taberna, que pareció tener un interés fuera de lo común por ellos, pretendería seguirle a él o a Aubrey.

Al echar un vistazo en el reflejo de un escaparate, vio que él era el afortunado.

35

Bien, ¿qué tal si me dice por qué ha estado siguiéndome estos últimos días?

Era un Abberline especialmente furioso el que había guiado a su sombra hasta un callejón más arriba de New Road con el fin de enfrentarse a él. Especialmente furioso porque esa misma mañana había sido llamado a la oficina del sargento de distrito y recibido una regañina. No, no solo una regañina, sino una bronca terrible con todas las de la ley. ¿Y por qué? Porque aparentemente un tal señor Cavanagh del Ferrocarril Metropolitano —ese astuto bastardo— había presentado una queja contra él. Según decía, el agente Abberline pasaba una desproporcionada cantidad de tiempo en la excavación, convirtiéndose en una especie de estorbo, eso es lo que era, con sus insinuaciones de que Cavanagh y cinco de sus empleados estaban involucrados en un asesinato.

Y debía poner fin a ello de inmediato.

De modo que sí, un especialmente cabreado Abberline, dando rienda suelta a su enfado, estaba contemplando cómo el rostro del hombre se ponía color púrpura mientras su cabeza sobresalía de la sarga azul del antebrazo con el que le estaba apretando. El hombre vestía traje oscuro y sombrero hongo un poco raído, pero, por lo demás, su aspecto era bastante respetable. De hecho, pensó Abberline, iba vestido de forma muy similar a uno de los detectives de su distrito.

Excepto que Abberline conocía a todos los detectives del distrito. Conocía a todos los detectives en kilómetros a la redonda, y este imbécil no era uno de ellos. Lo que le hizo preguntarse si no sería una clase diferente

de detective. Con su mano libre, cacheó al hombre y encontró una pequeña porra de cuero que se apresuró a guardar en el bolsillo de su guerrera.

—Un sabueso privado, ¿no es eso? —aventuró Abberline.

En respuesta, el hombre asintió furiosamente.

—Ajj, ajj, ajj —intentó decir.

Abberline relajó su apretón.

—Sí, agente Abberline, un detective privado es lo que soy, y uno que podría serle de utilidad, si me dejara hablar —jadeó el hombre apoyándose contra el muro.

Prudente pero curioso, Abberline le soltó.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Leonard. Leonard Hazlewood.

—De acuerdo, ahora exponga su caso, señor Hazlewood, y espero que sea bueno.

Hazlewood primero se enderezó, ajustándose el sombrero, el traje y el cuello de la camisa antes de empezar.

—Tiene razón, soy un detective privado empleado por un miembro de la aristocracia, un vizconde, si usted gusta, que paga bien y no le importa a quién paga, si sabe a qué me refiero.

—Sí, sé exactamente a lo que se refiere. ¿Qué tal si le llevo preso por tratar de sobornar a un miembro del cuerpo de policía de su majestad?

—¿Quién está sobornando a nadie, agente? Conozco mi trabajo, y sé que los otros hombres del distrito le llaman Freddie Cara de Novato, y que le gusta hacer las cosas siguiendo las reglas, y que ni siquiera se toma una copa durante el trabajo…

Abberline se aclaró la garganta, sintiéndose culpable. «Sí, colega, si tú supieras…».

—¿Y qué pasa con eso?

—Así que supongo que estaría tan interesado en resolver un crimen como lo estaría en que cayera algún dinerillo en su propio bolsillo. Tal vez incluso más. Y que si puedo ayudarle a conseguir lo uno, mientras tal vez logra lo otro, entonces quizá no sea tanto un soborno como un regalo en reconocimiento a su brillante trabajo policial, tal y como mi benefactor podría conceder.

—Solo diga lo que tiene que decir y dígalo rápido.

—Este vizconde mío, él y su colega fueron atacados no muy lejos de aquí, en el patio de la iglesia de Marylebone. Su compañero fue tan violentamente agredido que perdió allí su vida.

—Entonces no tuvo que desplazarse demasiado lejos para su entierro, ¿no es así?

—Una broma un poco subida de tono, si no le importa que se lo diga, agente.

—Es una broma subida de tono porque reconozco un montón de chorradas en cuanto las oigo, y ahora las estoy escuchando. Si dos miembros de la aristocracia hubiesen sido agredidos en un cementerio y uno de ellos asesinado aquí, en mi mismo distrito, creo que lo hubiese sabido, ¿no cree?

—Tanto mi patrón como la familia del hombre asesinado prefirieron no denunciar el asunto, en un intento por mantenerlo lejos de la luz pública.

Abberline curvó el labio.

—¡Ah, claro! Estaban haciendo algo feo, ¿no es cierto?

—No pregunté. Yo simplemente he sido encargado de encontrar y detener a su atacante.

—Detener, ¿no es eso? ¿Y luego qué? ¿Entregarlo a manos de la policía? No me haga reír. Cargárselo o desmocharlo es lo que tiene en mente.

Hazlewood hizo una mueca.

—¿Acaso importa? El hecho es que se hará justicia.

—La justicia se hace en los tribunales —replicó Abberline, aunque últimamente se preguntaba si aún creía en ello.

—No siempre.

—Tiene razón. No siempre. No para los jóvenes nobles que se emborrachan, se llevan a una ramera o dos a un cementerio y entonces se ven atacados por el chulo de las damas, ¿estoy en lo cierto? Quiero decir, a menos que intente decirme que estaban allí para dejar margaritas en alguna tumba. Una cosa con la que siempre se puede contar es que la aristocracia busca sus diversiones a expensas de las clases más bajas. Quizá por una vez se cambiaron las tornas.

El detective se encogió de hombros.

—No era una ramera. Ni tampoco un simple ladrón el que atacó a mi patrón, mató a su amigo e inutilizó a dos de sus guardaespaldas…

Las cejas de Abberline se dispararon hacia arriba.

—Tenían *guardaespaldas*, ¿eh? Maldita sea, realmente sabe cómo despertar las simpatías de un hombre, ¿no es cierto?

Hazlewood frunció el ceño y se estiró de nuevo el cuello de la camisa. Su cuello estaba todo colorado. La cosa no iba bien.

—Este era un hombre peligroso, agente. Apenas un hombre, según dicen. Y sería por el bien de todos si se pudiera alejarlo de las calles para siempre.

Abberline estaba pensando en las diferentes tonalidades de gris de Aubrey. Estaba pensando en la justicia y en cómo encajaba esta en el cuadro cuando dos aristócratas se llevaban guardaespaldas a sus juergas de borrachos por las partes menos acomodadas de la ciudad. ¿Por qué debería importarle si un solo hombre dio una lección a esos bastardos propinándoles una buena paliza? En otras palabras, un auténtico *colmillo* retorcido. Abberline sabía lo que diría Aubrey. Buena suerte para el colega. Más vale dejarlo estar.

Quizá por primera vez, Abberline descubrió no solo que no le importaba, sino que el preocuparse sería algo anormal y escasamente necesario. Soltó una carcajada.

—Y dígame, ¿qué aspecto tenía ese hombre que ni siquiera era un hombre? Mantendré los ojos abiertos por ese… ¿Qué? ¿Un monstruo, quizá? ¿De metro ochenta de alto y armado hasta sus afilados y puntiagudos dientes, con garras en lugar de manos y un rugido capaz de rasgar la noche?

El detective privado puso los ojos en blanco.

—Si no le conociera, detective, diría que ha estado usted bebiendo. No, cuando dije que apenas era un hombre, no quería decir que fuera otra cosa distinta de un hombre, sino que era un muchacho joven.

—¿Un muchacho joven?

—Eso es. Un joven indio con los pies descalzos. Y dicen que peleó como un demonio. Todo un acróbata, era.

Abberline le miró, súbitamente serio, mientras todo lo demás parecía desvanecerse y el resto de las consideraciones quedaban a un lado.

—¿Un acróbata, dice?

36

Al día siguiente, El Fantasma estaba junto a la zanja, supervisando la obra. Llevaba un montón de expedientes atados con una cinta, con facturas, manifiestos, horarios y turnos que sujetaba contra su pecho. Marchant había descargado prácticamente casi todo su trabajo de oficina sobre El Fantasma y tratar de atender todo aquello estaba resultando ser mucho más agotador que cualquier cosa que recordara haber hecho, incluido el aprendizaje de los puntos más delicados del kukri con Ethan Frye.

Uno de los capataces se le acercó, secándose la nariz con la manga.

—¿Toco ya la campana del cambio de turno, señor Singh?

El Fantasma le miró sin verle, tratando de concentrarse en unas palabras que no estaba acostumbrado a escuchar, más concretamente «señor Singh».

—Oh, sí —dijo finalmente—. Gracias.

Y entonces se quedó observando, mientras el capataz se llevaba una mano al mechón de pelo que caía sobre su frente y se marchaba, sin habituarse aún a ese súbito giro de los acontecimientos. «Indio», era como le llamaban los hombres, hasta que empezó en su nuevo puesto. Pero ahora… señor Singh. Tenía *respeto* —poder, incluso—. Porque ciertamente, ¿qué era el respeto sino una clase de poder? Por primera vez en su vida, El Fantasma pudo entender el atractivo y esa constante persecución del mismo. Porque con el poder venía el dinero y la influencia, y quizá lo más importante: significaba ser oído, y esas cosas eran tan seductoras como el amor, la amistad y la familia, probablemente más aún, porque hablaban directamente al ego más que a un corazón bueno.

«Sí —se permitió pensar—. Yo podría, en otro mundo, acostumbrarme a ser llamado señor Singh. Podría llegar a disfrutarlo de verdad».

En realidad, no había tenido elección con su nueva y más importante posición en la excavación.

A través de Marchant, Cavanagh había insistido en que El Fantasma tratara de cuidar más su presencia. Hardy le había entregado un paquete envuelto en papel de estraza.

—Aquí tienes, colega, unos pantalones nuevos y botas, una camisa y una chaqueta para ti. También va incluida una gorra, si la quieres.

Esa noche, en el túnel, El Fantasma se había probado su nuevo uniforme buscando la aprobación de Maggie.

—Vaya, menudo figurín, pareces un hombre de ciudad —le dijo ella cuando él estuvo todo peripuesto—. Tendrás a todas las mujeres detrás de ti, si es que no lo están ya.

El Fantasma sonrió y Maggie sintió que su corazón se expandía ante la visión de esa sonrisa, al igual que había ocurrido la noche en que se conocieron, y así, tal y como le pasó entonces, se dijo para sí misma: «Si solo fuera cuarenta años más joven…».

Entretanto, El Fantasma se había deshecho de la gorra. Nunca le había gustado demasiado la gorra de ferroviario. Se la regalaría a cualquiera de los que vivían un poco más al fondo del túnel. Los pantalones eran demasiado cortos, y El Fantasma pensó que probablemente se trataba de alguna maldita broma de Hardy. Pero el gorila se quedaría muy decepcionado al saber que los pantalones cortos, que le llegaban justo por encima del tobillo, no le disgustaban en absoluto. Le dio las botas a Maggie. Feliz, ella les quitó los cordones antes de ponérselas, y pasó las suyas viejas a otro morador del túnel.

Al día siguiente volvió a la excavación literalmente como un hombre cambiado.

El trabajo era exigente. Pasaba todo su tiempo garabateando nombres y números en las distintas tablas de horarios que Marchant le presentaba, así como llevando al día los constantes cambios de turno o relacionándose con los muchos capataces, algunos de los cuales se habían tomado el ascenso del «indio» mejor que otros. Curiosamente, descubrió que una palabra

afilada dicha en tono suave, pero acompañada por una mirada en dirección a la oficina, era suficiente para poner tieso a cualquier capataz recalcitrante. Sabía que no era respeto lo que reinaba, sino miedo.

No obstante, el propósito principal de estar ahí no era para rumiar sobre ideología o aprender nuevas habilidades en su trabajo. Era para espiar en favor de la Hermandad, para descubrir exactamente en qué estaban metidos los Templarios, y a ese respecto aún no había tenido demasiada fortuna. Para empezar, su nuevo trabajo le mantenía muy ocupado; y en segundo lugar, rara vez tenía una excusa para visitar la oficina en la que se guardaban los planos.

Un día, al levantar la vista de su ventajosa posición junto a las grúas vio llegar a Crawford Starrick y a Lucy Thorne, los dos abriéndose paso a través de los tablones que cruzaban el barrizal antes de desaparecer en el interior.

«Ahora es el momento», pensó, y cruzó a través del barro hasta la oficina con el pretexto de entregar unas facturas, pero fue detenido por Smith y el Otro Hardy, los dos gorilas que custodiaban el acceso al sanctasanctórum. Se hicieron cargo de los documentos y le mandaron alejarse. Al parecer, la pertenencia del Fantasma al círculo inmediato de Cavanagh era solo teórica. Tal vez aún le estaban probando; de hecho, no mucho después de aquel día, ocurrió un incidente sobre el que El Fantasma aún seguía dando vueltas.

Sucedió una tarde a última hora, cuando El Fantasma se acercó a Marchant atravesando el barrizal. Gritando para hacerse oír por encima del estruendo de una máquina de vapor cargada con escombros, trató de entregar la lista de tareas al jefe de obra de la excavación, tal y como hacía al final de cada turno.

—Todo en orden, señor —declaró, indicando el hervidero de actividad detrás de él: los hombres afanándose alrededor de las grúas, los baldes con tierra balanceándose oscuros contra la grisácea y pálida luz del día, los peones de caras sucias con palas y picos apoyados en sus hombros abandonando la zanja como hombres en retirada tras una derrota. El transportador traqueteando, siempre traqueteando.

Pero en esta ocasión, en vez de aceptar las listas como hubiera hecho normalmente, Marchant se encogió de hombros e indicó la oficina de madera detrás de ellos.

—Ahí dentro —señaló—. Déjalas a un lado junto a la mesa de los planos. Ya las miraré más tarde.

Sus ojos no dejaban traslucir nada. El Fantasma asintió y se dirigió hacia allí. No había rastro de Cavanagh ni tampoco de Hardy, Smith o del Otro Hardy. Tan solo El Fantasma entrando en la oficina, el corazón de la operación, solo.

Se detuvo. Era una prueba. Sin duda debía de ser una prueba. Consciente de que Marchant podría estar cronometrándole, encendió una lámpara de aceite, y entonces se acercó hasta la mesa de los planos.

Marchant había sido muy específico al respecto. La mesa de los planos.

Y efectivamente, allí, enrollados en la mesa, estaban los planos.

Colocando la lámpara en el tablero, El Fantasma se inclinó para inspeccionar el documento enrollado. Si eso fuera una trampa como sospechaba, así es como sería tendida y… allí estaba. Un único cabello negro había sido enrollado entre los planos, con solo la punta sobresaliendo. El corazón le martilleaba, cogió el cabello entre sus dedos, y luego, rezando por que fuera la única trampa, los desenrolló.

Allí, frente a él, estaban los diseños de la excavación y la construcción del ferrocarril, pero no los diseños oficiales. Esos los había visto ya estirando el cuello por encima de las cabezas de sus compañeros peones cuando Charles Pearson y John Fowler hicieron la presentación de su criatura. Aquellos planos tenían el mismo aspecto que estos, excepto por una diferencia sustancial: en la esquina superior derecha podía verse el escudo del Ferrocarril Metropolitano. Esta serie, en cambio, lucía el emblema de los Caballeros Templarios.

Marchant debía de estar preguntándose dónde se había metido. Memorizó rápidamente los diseños que tenía delante, sus ojos yendo inmediatamente a una sección de la excavación —de hecho, la sección que se estaba excavando actualmente—, donde había un círculo marcado. En el interior del círculo ensombrecido, había otra pequeña cruz Templaria.

El Fantasma enrolló los planos, volvió a colocar el cabello en su sitio, apagó la lámpara y dejó la oficina. Mientras se alejaba con la imagen de los planos aún fresca en su mente, sus pensamientos regresaron a los acontecimientos de unos días atrás, cuando trajeron unas cajas y se construyó una improvisada plataforma con ellas. Cavanagh se había subido a ella, con Marchant y los gorilas plantados a los pies de su abrigo, y, por medio de un megáfono, había emitido el lamentable anuncio de que se habían producido algunos intentos de robo en la excavación y a algunos hombres les habían sustraído sus herramientas.

Eso había suscitado un murmullo de sorpresa. Los hombres se preocupaban por sus herramientas tanto como lo hacían por sus familias. Más aún, en muchos casos. El Fantasma hacía tiempo que había adquirido la costumbre de enterrar su propia pala en un lugar concreto del perímetro de la excavación, pero para muchos hombres sus palas y picos no eran únicamente su medio de ganarse la vida, tenían un valor simbólico. Cuando caminaban por las calles con las herramientas de trabajo al hombro, lo hacían erguidos y con las cabezas bien altas, de modo que los transeúntes sabían que estaban en presencia de duros trabajadores, no solo de hombres sucios. Por eso, la idea de que algún miserable estuviera robando las herramientas era casi como si les estuviera robando la comida de sus bocas. Cavanagh tenía a los hombres bailando alrededor de su dedo meñique y, en consecuencia, su propuesta de que los trabajadores fueran a partir de entonces cacheados a medida que salieran de la excavación encontró menos quejas de las esperadas. Los cambios de turno tardaban ahora tres veces más, pero al menos los hombres podían estar seguros de que el Ferrocarril Metropolitano tenía para con ellos las mejores intenciones.

El Fantasma no se había dejado engañar, pero ahora sabía exactamente lo que yacía detrás de esa decisión. Era porque finalmente la excavación había alcanzado el círculo marcado. El final estaba a la vista y, aunque los hombres tenían estrictas órdenes de informar de cualquier hallazgo extraño —con la promesa de una recompensa equivalente al valor de cualquier cosa preciosa—, aún existía la posibilidad de que uno de los obreros pudiera simplemente escamotear lo encontrado. Lo más probable es que los

Templarios estuvieran tan despistados sobre ese artefacto como lo estaban los Asesinos, pero no querían correr riesgos.

Y luego, por supuesto, estaba la otra cuestión, el pequeño problema del persistente agente de policía Abberline, que había estado apareciendo por las obras y, según Marchant, haciendo acusaciones contra él.

—No te preocupes —le había dicho Marchant al Fantasma—. Te tenemos cubierto.

La afirmación de que ellos «le tenían cubierto» implicaba un precio. Él se aseguraría de que se lo pagara. Sí, él lo pagaría.

Pero ahora Abberline había regresado y con él todo un consorcio. Reconoció a dos de ellos, el otro polizonte, Aubrey, y el sargento de distrito, y a otros dos no, uno elegantemente vestido que tenía el hábito de tirarse del cuello de la camisa, y un cuarto hombre que…

Había algo en ese cuarto hombre que El Fantasma reconoció. Lo contempló con atención, sintiendo como si su cerebro se estuviera moviendo lentamente mientras trataba de localizarlo…

Marchant estaba caminando hacia él, acercándose, saludándole con sonrisa de zorro.

—Oye, se te reclama allí…

El Fantasma seguía mirando fijamente al recién llegado, que se había apartado ligeramente del grupo y, a su vez, le estaba observando. Cuando sus ojos se encontraron, se reconocieron el uno al otro.

Era el guardaespaldas del cementerio.

37

Abberline le observó mientras se acercaba.

Esa mañana había irrumpido en la oficina del sargento con su nuevo amigo Hazlewood, el detective privado, a la zaga, para contarle a su superior que tenía algo nuevo sobre el indio de la excavación.

—Dígale lo que me ha contado —le insistió a Hazlewood, cuya expresión parecía indicar que las cosas se estaban apartando rápidamente lejos de él, como si esa no fuese la forma en que las había planeado. Un minuto antes, estaba intercambiando confidencias con un contacto que tal vez pudiera serle de utilidad para encontrar al tipo indio y, al siguiente, se veía arrastrado ante el sargento de distrito por un excitado Abberline.

Efectivamente, el sargento le miró de arriba abajo antes de volver su atención a Abberline.

—¿Y quién demonios es este, Freddie?

—Es un detective privado, eso es lo que es. Un detective privado que resulta tener información referente a nuestros amigos en las obras del ferrocarril.

—¡Oh, no, las malditas obras del ferrocarril! —suspiró el sargento—. Por favor, las malditas obras del ferrocarril no, *otra vez*.

—Un momento, esperen, esperen un segundo. —Hazlewood tenía las manos levantadas hacia Abberline y el sargento como un hombre que tratara de contener a una pequeña multitud—. Se me ha pedido que localice a un joven matón involucrado en un brutal ataque a un miembro de la aristocracia que desea que se haga justicia. Yo no sé nada sobre ningún tejemaneje en las obras del ferrocarril.

—Es el mismo hombre, colega, el mismo —le aseguró Abberline—. Y ahora cuéntele lo que me ha dicho antes de que lo haga yo, y créame, no pienso dejarme nada en el tintero y tal vez añada algunos detalles y fragmentos que no dejarán bien parados ni a usted ni a sus patrones.

El detective lanzó una mirada furiosa y luego se dirigió al sargento.

—Como le estaba contando al —hizo una pausa para indicar su desprecio— agente aquí, he sido contratado por un caballero de alta cuna a fin de poder atrapar a un hombre muy peligroso.

—*Un hombre muy peligroso* —se burló Abberline—. Eso es cuestión de opiniones. ¿Ha dicho que había otro guardaespaldas allí, aparte de los dos que están en el sanatorio?

—Lo había.

—Entonces, él podrá identificar al muchacho. Podríamos llevarle a las obras del ferrocarril y hacer que identifique al hombre que le atacó a él y también a su patrón.

—Podríamos hacerlo, supongo… —respondió cauteloso Hazlewood.

—¿Y por qué *haríamos* algo así? —Gruñó el sargento desde detrás de su mesa—. Ya he tenido que soportar al maldito señor Cavanagh del Ferrocarril Metropolitano echándome la bronca más gorda de todas las broncas a cuenta de su comportamiento, Abberline, y si cree que pretendo arriesgarme a recibir otra, o peor aún, a que hable con John Fowler o Charles Pearson y al minuto siguiente tener al superintendente respirando sobre mi nuca…, más vale que se le ocurra otra cosa.

Abberline guiñó un ojo.

—Nuestro amigo, aquí presente, puede hacer que le merezca la pena, sargento.

El sargento entornó los ojos.

—¿Es eso cierto? —le preguntó a Hazlewood.

El detective admitió que era verdad. Ciertamente podía hacer que al sargento le valiera la pena, por lo que este pareció meditarlo. En verdad existía el riesgo de otra bronca, pero una vez más tendría a su chivo expiatorio en Abberline.

Y lo que era más importante, un poco de dinero extra le sería muy útil ahora que se acercaba el cumpleaños de su señora.

De modo que accedió. Accedió a que si conseguían convencer al guardaespaldas entonces tendrían suficientes razones para enfrentarse al muchacho indio de la excavación, y ahora el indio estaba atravesando el barrizal en dirección a ellos.

«Maldita sea —pensó Abberline—, parece que ha ascendido de categoría en el mundo». Llevaba un par de pantalones nuevos, así como tirantes y una camisa sin cuello abierta. Pero aún seguía descalzo, y fijándose más detenidamente a medida que se acercaba, observó que los pantalones apenas ocultaban sus pantorrillas. Al parecer todo el mundo se quedó clavado por su oscura e impenetrable mirada.

—¿Bharat Singh? —preguntó Abberline—. Me alegra comprobar que todos sus cortes y golpes se han curado desde la última vez que le vi.

Sin apenas mirarles, El Fantasma se quedó delante del grupo, sujetando los expedientes contra su pecho y mirando socarronamente de un hombre a otro. Abberline observó cómo los ojos del muchacho pasaban de largo ante el guardaespaldas, y se recordó a sí mismo que si la mitad de lo que decían sobre ese joven era cierto, entonces debía de ser un tipo muy escurridizo, por no decir peligroso. Se puso en guardia. Para qué, no estaba seguro. Pero lo hizo de todas formas.

—Ahora —dijo dirigiéndose al Fantasma—, si no le importa, tenemos un asunto que atender. —Se llevó subrepticiamente la mano a la empuñadura de su porra, y luego dirigió su siguiente pregunta al guardaespaldas—. ¿Es este el hombre que le atacó a usted y a sus dos patrones en el patio de la iglesia? Mírelo bien. Ha pasado un tiempo, y entretanto se ha arreglado un poco. Pero si quiere mi opinión, no es la clase de rostro que se olvida fácilmente, ¿verdad? De modo que díganos: ¿es él o no?

El Fantasma volvió su atención al guardaespaldas, mirándole a los ojos. El hombre era alto, tanto como los tres gorilas, pero no tan engreído y arrogante como ellos. Un hombre apocado; el encuentro en el cementerio le había cambiado, pero ahí estaba su oportunidad para recuperar un poco del orgullo y la dignidad perdidos.

Los dedos de Abberline se flexionaron sobre el puño de su porra; Aubrey también estaba preparado, y los gorilas permanecieron con los ojos

entornados, las manos sueltas a los lados, listos para alcanzar cualquier arma oculta que llevaran mientras aguardaban sus próximas órdenes y anticipaban el derramamiento de sangre.

Todos los hombres allí presentes esperaban que el guardaespaldas respondiera con un «sí».

De modo que resultó toda una sorpresa cuando sacudió la cabeza y declaró:

—No, este no es el hombre.

38

—Entonces, ¿cuál es la verdad? —preguntó Abberline.

—Creo que no entiendo a qué se refiere.

La improvisada reunión en las obras del ferrocarril se había disuelto y Abberline había tenido que marcharse con el rabo entre las piernas, y luego, una vez de vuelta en la comisaría, el sargento le había echado un rapapolvo. Después, aún con el rabo entre las piernas y el rapapolvo resonando en sus oídos, Abberline se había marchado en busca del guardaespaldas.

¿Por qué? Porque había visto la mirada en el rostro del tipo y, para colmo, había visto también la mirada en el rostro de Bharat Singh y sabía que ahí se escondía algo. «Ese no reconocimiento… Por mi vida que esos dos se conocen». Había…, bueno, por extraño que pueda sonar, Abberline habría jurado advertir una especie de reticencia, un gesto de respeto mutuo intercambiarse entre ellos.

De modo que su inmediata prioridad era encontrar al guardaespaldas, lo que no resultaba difícil. Ya lo había hecho con Hazlewood el día anterior, y esa tarde lo encontró en el mismo sitio: Las Diez Campanas en la calle Comercial, en Whitechapel, uno de los tugurios favoritos de prostitutas y ladrones, de desafortunados antiguos guardaespaldas tratando de ahogar sus penas y, para la ocasión, de un agente de policía.

—Lo que creo es que usted le está protegiendo —insinuó Abberline.

Sin pronunciar palabra, el guardaespaldas cogió su bebida y se trasladó a una mesa en el salón. Abberline le siguió y se sentó enfrente.

—Alguien le está pagando para protegerle, ¿no es eso? ¿No será por casualidad un hombre con túnica?

No hubo respuesta.

—¿O quizá le está protegiendo por su bondadoso corazón? —aventuró Abberline. Esta vez el hombre levantó la vista hacia él con ojos tristes y Abberline supo que había dado en el clavo. Siguió insistiendo sobre ese punto—. ¿Y si le dijera que tengo mis propias sospechas sobre ese joven indio? ¿Y si le dijera que quizá salvó mi vida el otro día, y que, de hecho, lejos de querer meter a ese tipo entre rejas, estoy empezando a preguntarme si tal vez esté del lado de los ángeles?

Hubo otra pausa y entonces el guardaespaldas comenzó a hablar con una voz que retumbaba entre sus hombros.

—Bueno, pues entonces estaría en lo cierto, agente, porque, si quiere mi opinión, está realmente del lado de los ángeles. Es un buen hombre. Un hombre mejor de lo que usted y yo seremos nunca.

—Oiga, hable por usted. ¿De modo que estuvo en el patio de la iglesia esa noche?

—Allí estaba, sí, y no, no hubo ninguna agresión perpetrada por nadie. Había mucho mal, un mal en el que yo estuve involucrado, para mi vergüenza, un mal que él corrigió. Mis patrones por aquel entonces, dos señoritingos encopetados, estaban atacando a una meretriz, solo por divertirse, porque podían permitírselo. Y mis colegas y yo estábamos cuidando de ellos. A nosotros no nos correspondía preguntarnos por qué y todo eso.

Abberline mostró una leve sonrisa de comprensión.

—Y ese joven apareció, el único transeúnte que hizo algo más que reaccionar con un leve asombro a los gritos de la mujer. Y cuando los dos señoritingos no quisieron dejar su juego, él lo detuvo por ellos.

»Jamás he visto nada moverse tan rápido, puedo asegurárselo, ya fuera chico, hombre o animal. Él nos superó a todos, incluyendo a este menda. Lo hizo en un abrir y cerrar de ojos, y nos lo merecíamos; hasta el último de nosotros, se veía venir.

»De modo que si me pregunta por qué no le he identificado en las obras del ferrocarril, y suponiendo que haya sido sincero al decir que él es un hombre decente, y siempre y cuando esto no salga de Las Diez Campanas, sabiendo que lo negaré todo en la excavación, en la comisaría o ante un

magistrado, si llegara el caso, entonces sí, es el mismo hombre. Y le deseo la mejor de las suertes.

—Por supuesto que era el mismo hombre.

Marchant y Cavanagh se habían reunido con Hazlewood en el Club de Viajeros de Pall Mall, donde le condujeron hasta el salón de fumadores que daba sobre los jardines del Carlton.

Cavanagh era miembro del club, tras haber sido propuesto por el coronel Walter Lavelle poco antes de que el primero le matara; Marchant, como mano derecha de Cavanagh, también estaba familiarizado con el lugar. Hazlewood, por su parte, se sentía emocionado, como más tarde le contaría a su esposa, «tan excitado como un perro con dos pollas». Los hombres como él no estaban acostumbrados a ser admitidos en clubs como el de Pall Mall, y le parecía oler el dinero, así como también la oportunidad de resolver de paso su maldito caso. Y quizá, si jugaba bien sus cartas, la oportunidad de resolver el caso y ganar un poco de dinero extra para su bolsillo, todo en uno.

Sin olvidar, por supuesto, el hecho de que se trataba de un antiguo club de postín, sin lugar a dudas.

A su alrededor podían escucharse las risas y voces elevadas de grandes señores ebrios y de caballeros empezando a estarlo aún más, pero era difícil imaginar a Cavanagh participando. Se sentó en un voluminoso sillón de cuero con las manos descansando en el reposabrazos de este, luciendo un elegante traje negro, con apenas un destello blanco gracias al cuello de la camisa y los puños. Pero a pesar de que encajaba entre esos petimetres y encopetados, Cavanagh irradiaba una cierta peligrosidad que se traslucía cuando algún caballero pasaba ocasionalmente por delante de ellos saludándole con la mano, sus sonrisas haciéndose momentáneamente más profundas, como si estuvieran presentando sus respetos más que saludándole.

—¿Cree que el hombre que atacó a su cliente y mi empleado, Bharat Singh, son la misma persona? —preguntó entonces a Hazlewood.

—Estoy seguro, señor.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

—Porque cuando oigo ruido de cascos busco caballos, y no cebras.

Marchant pareció confuso pero Cavanagh asintió.

—En otras palabras, cree que la lógica dicta que se trata del mismo hombre.

—Eso creo. Eso y el hecho de que hablé con nuestro amigo el guardaespaldas poco después y me quedó muy claro que, por razones que solo él conoce, estaba guardando silencio.

—Entonces tal vez necesitemos persuadir al guardaespaldas —sugirió Cavanagh, y Hazlewood pensó «dinero», y se preguntó si una parte de él podría llegar a sus manos—. Y dígame —continuó Cavanagh—, si este joven indio atacó al guardaespaldas y a… ¿cuántos?, ¿a cuatro hombres más?, en un acto no provocado y violento, entonces, ¿por qué querría el guardaespaldas protegerle?

Hazlewood miró furtivo. A un gesto de asentimiento de Cavanagh, Marchant sacó unos billetes doblados de su bolsillo y los dejó en la mesa entre ellos.

«Allá vamos», pensó Hazlewood, guardándoselos.

—Bueno —dijo—, solo sé lo que me han contado, pero al parecer el muchacho indio se tomó como algo personal rescatar a una damisela en apuros que estaba siendo utilizada como juguete de los dos señoritos.

Cavanagh asintió, sus ojos paseándose por la madera que revestía las paredes de la habitación. Conocía a esa clase de tipos.

—Pasándoselo en grande. ¿No es eso?

—Eso parece. Su hombre, ese muchacho indio, por lo visto resultó ser todo un derviche. Se enfrentó a todos ellos y ganó, y a todas luces ha tenido que arrastrar el sambenito de haber sido él quien atacó esa noche.

—Ya veo —dijo Cavanagh. E hizo una pausa hasta que unas risas cercanas se desvanecieron—. Bueno, señor Hazlewood. Le estoy muy agradecido por su honestidad y por traer este asunto a nuestra atención. Si lo deja en nuestras manos, nos gustaría llevar a cabo nuestras propias investigaciones. Cuando el proceso esté completado, y asumiendo que nuestros descubrimientos estén de acuerdo con sus propias sospechas, quizá

podamos unir fuerzas para así arrancar la manzana podrida, y que usted pueda conseguir a su hombre.

Cuando Hazlewood se hubo marchado, como un hombre feliz, Cavanagh se volvió hacia su compañero.

—Seremos fieles a nuestra palabra, Marchant. Deberemos observar muy de cerca a nuestro interesante colega indio.

39

Al día siguiente muy temprano, como rápidamente se estaba convirtiendo en costumbre, Abberline se encontraba contemplando un cadáver. A su lado estaba Aubrey, y los dos agentes se quitaron sus cascos en señal de respeto. Conocían al hombre que yacía tendido en la calle, su cara apenas reconocible bajo unos párpados cerrados por la hinchazón, una cara donde se mezclaban moratones y cortes abiertos, y una mandíbula rota que colgaba en un ángulo obsceno.

Era el guardaespaldas.

—Obviamente alguien quería cerrarle la boca —declaró Aubrey.

—No —replicó Abberline pensativo, fijándose en el cadáver y preguntándose cuántos más tendrían que morir—. No creo que estuvieran tratando de cerrarle la boca. Creo que trataron de hacerle hablar.

Al otro lado de la ciudad, Cavanagh estaba sentado tras su mesa de la oficina de las obras del ferrocarril, Marchant a un lado, y Hardy al otro.

Delante de la mesa, sentados en intimidantes sillas de respaldo rígido y luciendo expresiones a juego, se encontraban el Gran Maestro Templario Crawford Starrick y Lucy Thorne. Como de costumbre, querían oír el informe de Cavanagh, el hombre que les había prometido entregarles el artefacto pero que, hasta el momento, había fracasado ostensiblemente en su labor y, como de costumbre, querían que ese informe incluyera noticias alentadoras.

—Estamos cerca —les anunció Cavanagh.

Lucy suspiró y frunció la frente reacomodándose las faldas. Starrick miró con gesto claramente inexpresivo.

—Eso es lo que nos dijo la última vez, y la vez anterior.

—Estamos más cerca —insistió Cavanagh, impertérrito ante la irritación de su Gran Maestro—. Tenemos que estarlo. Hemos llegado a las inmediaciones de donde se localiza el artefacto.

Se escuchó una llamada en la puerta, y el Otro Hardy asomó su cara.

—Señor, siento molestarle, pero el señor y la señora Pearson han llegado.

Starrick puso los ojos en blanco, pero Cavanagh alzó una mano como indicando que no había motivo para preocuparse.

—Enfermo como está, Pearson prefiere la compañía de los peones a la hospitalidad de la oficina. Emprenderá su habitual recorrido real, no se preocupen.

El Otro Hardy echó un vistazo hacia afuera.

—Todo parece en orden, señor. Como usted dijo, se está dirigiendo a la zanja.

—Aun así… —adujo Starrick—. Creo que esto concluye nuestro asunto. La señorita Thorne y yo debemos despedirnos. Trate de asegurarse de que la próxima vez que le visitemos pueda darnos noticias más alentadoras.

Cuando se hubieron marchado, Cavanagh miró a Marchant con ojos entornados.

—Es un loco; sabe que su tiempo se acaba.

—Es el Gran Maestro Templario, señor —dijo Marchant, y luego añadió con una sonrisa obsequiosa—: Por el momento.

—Exactamente —concedió Cavanagh—. Por el momento. Hasta que yo posea el artefacto.

Y se permitió mostrar una sonrisa. En realidad, el espectro de una sonrisa.

Entretanto, mientras Cavanagh, Marchant y compañía estaban ocupados con Starrick y Thorne —y con El Fantasma a punto de comenzar su turno

—, Pearson estaba haciendo justamente lo que Cavanagh dijo que haría, dar una vuelta por las obras, con su mujer Mary del brazo.

Los hombres adoraban a Pearson, y en esa ocasión en particular habían urdido un plan para mostrarle hasta qué punto. Desde los escalones de la oficina, con Starrick y Thorne alejándose hacia las puertas de salida, Marchant observó a los peones congregarse alrededor del señor y la señora Pearson, y frunció el ceño, advirtiendo que el trabajo parecía haber sido abandonado, sin que se le ocurriera una razón aparente para ello. Definitivamente algo estaba sucediendo, pensó. Se inclinó para hablar con el Otro Hardy.

—Acércate hasta allí, ¿quieres? Mira a ver qué sucede…

40

Era una extraña tarde libre para el agente de policía Aubrey Shaw.

No, eso no era exactamente cierto. En primer lugar, porque las tardes libres de Aubrey eran comparativamente frecuentes, y en segundo, porque realmente no era una «tarde libre». Al menos no en el sentido de contar con autorización oficial. Una forma más adecuada de definirlo sería decir que el agente de policía Aubrey Shaw se había vestido de civil y estaba ganduleando de nuevo.

Como era habitual, la gandulería de Aubrey incluía un elemento de críquet. Lo que en su mayor parte significaba tomarse unas cervezas en El Hombre Verde, pero hoy era un día especial. Había trasladado su ocio hasta el campo de críquet del Lord's a fin de poder presenciar el partido anual de Eton contra Harrow. Era un día soleado, perfecto para gastar unas monedas en las gradas (aunque abarrotadas, ya que el acontecimiento era seguido por cientos de miles de personas), con un pastel y tal vez una o tres cervezas, entre multitud de faldas y sombreros para atraer su atención y los blancos uniformes de críquet brillando de forma deslumbrante bajo el sol.

A decir verdad, Aubrey no estaba demasiado interesado en el críquet, pero ese deporte de caballeros era un pasatiempo que su mujer aprobaba y, lo más importante, implicaba cervezas y pasteles, y conseguir esos dos requerimientos juntos resultaba esencial para el viaje de Aubrey a través de la vida.

Pensó en Abberline. Un Abberline soltero, un Abberline constantemente preocupado, las dos cosas innegablemente conectadas hasta donde Aubrey podía ver.

—Lo que tú necesitas es una esposa —le dijo una tarde a Abberline en, dónde iba ser si no, El Hombre Verde.

—Un compañero policía que se preocupe más por el trabajo policial y menos por cómo escaquearse de él es lo que necesito —fue la réplica de Abberline.

Lo que resultó bastante doloroso; después de todo, él, Aubrey, se había implicado casi tanto como Freddie en su actual caso, y…

«Oh, no —pensó, mientras tomaba asiento en las gradas—, hoy no voy a pensar en Freddie. Freddie, lárgate». Y como para marcar el fin de los pensamientos relativos al trabajo, comenzó a unirse animadamente a los vítores, contento por someterse a las mareas del juego y al ritmo del día. Simplemente otro rostro entre la multitud. Las preocupaciones retrocediendo.

Aun así, no podía evitarlo. Sus pensamientos regresaron a Abberline y a su obsesión por lo que llamaba «los tejemanejes de las obras del ferrocarril». Los dos policías se habían preguntado quién habría golpeado al guardaespaldas hasta matarlo.

—Uno de los gorilas de las obras del ferrocarril —dijo Freddie, como era de esperar, pero en esta ocasión Aubrey tuvo que darle la razón. Estaba más claro que el agua que Cavanagh y sus sicarios no tramaban nada bueno. A fin de cuentas, ¿no lo estaban todos? Aristócratas, industriales y políticos, todos emplumaban sus propios nidos, y romper unas cuantas leyes era solo un pequeño inconveniente si tenías la suficiente influencia para pasar por encima de ellas.

«Maldita sea —pensó Aubrey—. Que me zurzan. Estaba empezando a pensar como el propio Freddie. Resultaba contagioso, eso es lo que era».

Pero ellos tal vez lo supieran, al menos eso es lo que Abberline decía. Si se habían deshecho del guardaespaldas, entonces Cavanagh y compañía debían de saber que Bharat Singh era el muchacho del cementerio.

—¿Y a ellos qué les importa si era él? —había preguntado Aubrey.

—Tal vez nada, Aubrey, tal vez nada. ¿Quién sabe?

Aquello era un rompecabezas, no cabía duda. Como esas pequeñas figuras talladas en madera que se encajan entre sí y a las que das muchas vueltas en las manos hasta averiguar cómo se acoplan.

La combinación de meditación, ingesta de cervezas, el atronador volumen de los otros espectadores y el hecho de estar allí, en el campo del Lord's, en un día libre no oficial, y aunque probablemente le hubiera pasado inadvertido de todas formas, significaba que Aubrey no era consciente de tres hombres que se habían abierto paso a empujones entre la multitud para ocupar un sitio al final de la grada. Permanecían con sus espaldas pegadas a la valla, los brazos cruzados y el ala de sus sombreros hongos echada hacia delante en una pose universal de aquellos que tratan de ser discretos.

Los tres hombres no estaban contemplando el juego desde debajo de las alas de sus sombreros. Sus miradas estaban fijas en Aubrey Shaw.

41

El último ocupante de La Oscuridad había sido Jayadeep Mir, tres años atrás. No obstante, las estancias debían ser mantenidas en condiciones y así, con regularidad de reloj, Ajay y Kulpreet descendían los escalones desde la sala de reuniones para barrer las cámaras y dejar que entrara un poco de aire fresco del exterior, eliminando temporalmente la humedad del ambiente que, de lo contrario, solía reinar en el lugar.

Y con regularidad de reloj, Ajay solía considerar una broma genial encerrar a Kulpreet en una de las estancias.

Clang.

Se había deslizado hasta ella y, antes de que pudiera detenerle, lo había vuelto a hacer; solo que esta vez, en lugar de quedarse fuera riéndose disimuladamente y burlándose como de costumbre, se largó por el pasadizo.

Los hombros de ella se encogieron ante el inevitable y crudo aburrimiento de todo aquello. ¿Es que no se iba a cansar nunca? Posiblemente no, porque Ajay no era más que un niño, y a pesar del hecho de que ella tenía esposo y un niño pequeño en casa, lo más probable es que también estuviera ligeramente enamorado de ella. Y según su experiencia, esa era una tediosa combinación para un hombre.

Exasperada, le llamó a través de la mirilla.

—Ajay, otra vez no.

Maldijo que hubiera sido capaz de esfumarse así, como una rata.

Fuera todo estaba en silencio. Ajay se había marchado. Maldita sea. Confió en que no fuera uno de esos días en los que le daba por alargar la broma. Una vez, la había dejado allí durante media hora. Menos mal que

hacía tiempo que había aprendido a llevar consigo una vela cuando iba a las cámaras.

—Ajay —volvió a llamar, las palabras cayendo en el vacío sobre la húmeda piedra. Sacudió la puerta, el sonido rebotando lejos en la oscuridad —. Ajay, esto dejó de ser gracioso hace muchos meses. Abre, ¿quieres?

De fuera seguía sin llegar ningún sonido y, pensándolo bien, llevaba un rato sin oírle. Ajay no era de los que se quedaban callados. Incluso con él arriba de las escaleras y ella abajo, habría estado llamándola, haciendo bromas sin gracia y juegos de palabras para tomarle el pelo. De hecho, ¿cuándo fue la última vez que escuchó otra voz aparte de la suya? Ahí abajo podías perder la noción del tiempo.

Desde el otro lado de la puerta le llegó un sonido que la hizo dar un respingo.

—Ajay —dijo seria, pero flexionando su brazo diestro, tensando su muñeca para estar preparada.

Y entonces él apareció, con el rostro pegado a la mirilla, sonriéndole.

—Esta vez te he cogido, Kulpreet. Creíste que venían a por nosotros, ¿no es así?

«Exacto», pensó ella, y arqueó una ceja mientras accionaba su hoja, controlando la distancia con precisión, de modo que esta salió como una flecha a través de la abertura hasta la punta de la nariz de Ajay.

No solo era la mejor de toda la Hermandad india con la espada, sino que también Kulpreet era una de las mejores con la hoja, y fue un despliegue perfectamente estudiado y expertamente ejecutado.

—Impresionante —dijo Ajay, con un recién adquirido sonido nasal. Se había quedado clavado al sitio por la hoja, sabiendo que el más mínimo movimiento podía, efectivamente, rajarle el orificio nasal, y diciéndose que, sin duda, ella mantenía aquella cosa muy afilada. Debía de estar engrasándola y recalibrándola constantemente.

—Nunca se atascará, Ajay —solía decir, deslizando la hoja en su compartimento, para acto seguido mostrar una dura mirada de desaprobación—. No como otras que podría mencionar.

Kulpreet mantuvo la hoja donde estaba.

—Pásame las llaves —indicó, y cuando él hizo lo que se le pedía y estuvo libre de nuevo, pasó furiosa por delante de él hasta el pasadizo.

Al llegar arriba echaron la llave y se prepararon para marcharse. Kulpreet ignoró deliberadamente a Ajay, lo que sabía que era un castigo mucho peor para él que una hoja oculta clavada en su nariz.

Como hacía cada noche, colocó su espada plana en el armero del muro, besó sus dedos y los deslizó por el magnífico acero indio, antes de unirse a Ajay ante la puerta de la sala de reuniones. Los dos Asesinos recitaron las palabras de despedida y salieron al exterior cerrando la puerta tras ellos.

Ninguno advirtió unos rostros en medio de la concurrida calle observando con interés su salida, y cómo se ponían en marcha para seguirlos.

42

«Qué día tan magnífico», pensó Aubrey mientras se unía a los miles de espectadores que abandonaban el estadio del Lord's. Para ser sincero consigo mismo estaba un poco achispado. Lo suficiente como para decidir mantener una amable charla con una florista, regatear el precio de un ramo de flores que llevar a casa y decirle a su esposa, Marjorie, que la quería; lo suficientemente achispado para haber olvidado todo lo relativo a acrobáticos muchachos indios y misteriosos hombres con túnica que desaparecían; y demasiado achispado para advertir a los tres hombres que le seguían, sus cabezas inclinadas y sus manos en los bolsillos en la clásica actitud de quienes tratan de pasar desapercibidos.

Lo suficientemente achispado para considerar incluso llamar a uno de los coches de alquiler que constantemente pasaban de un lado a otro, pero luego decidió no hacerlo. Mejor despejarse un poco. Solo un poco. De modo que continuó caminando, saliendo de la avenida principal para coger calles más tranquilas, dejando atrás las multitudes y el ruido de los cascos de los caballos mientras continuaba a través de calles más oscuras donde el sonido constante de agua corriendo le recordó que necesitaba orinar, y se sumergió en un callejón para aliviarse.

Porque al final son las pequeñas cosas las que importan tanto como las grandes: un reloj de bolsillo robado que retrasa, un hombre que necesita orinar.

Aubrey sintió que la luz del callejón cambiaba antes de ver algo, y cuando todavía se estaba abrochando los pantalones, miró a un extremo y distinguió en la boca del callejón una figura. Y luego, en el extremo contrario, otra.

Se estremeció. Cualquier otro día esas figuras no serían más que un par de granujas, rufianes callejeros que acechaban a las pobres almas demasiado borrachas para ofrecer resistencia y con las que, por supuesto, Aubrey podría tratar sin el menor problema, borracho o sobrio.

Pero ese no era un día cualquiera. Y además, creyó reconocer a los dos hombres que bloqueaban ambas salidas, y eso lo hacía mucho más peligroso que un par de granujas.

Estaban subiendo por el callejón en dirección a él. Una tercera figura había aparecido al fondo. Aubrey deseó desesperadamente llevar consigo su porra aunque sabía que no le serviría de nada. Dirigió su mirada hacia el chorreante muro frente a él con la esperanza de que por arte de magia apareciera una escalerilla, y luego de vuelta a los hombres, que ahora se cernían sobre él.

Reconoció los rostros sonrientes un segundo antes de que la luz desapareciera. Justo como sabía que pasaría.

Caminando a grandes pasos por las calles de Amritsar con sus túnicas al viento, Kulpreet y Ajay iban inmersos en sus propios pensamientos, razón por la cual no advirtieron hasta que era demasiado tarde que la muchedumbre parecía haberse desmaterializado, y que en la calle ante ellos había una fila de siete hombres con iguales trajes marrones.

Maldición.

Se giraron en redondo. La calle se estaba vaciando. Detrás de ellos apareció otra falange de hombres con trajes marrones, la muchedumbre apartándose nerviosa como las ondas de una piedra lanzada al agua. El clima de tensión aumentó cuando los trajeados de marrón comenzaron a sacar kukris del interior de sus chaquetas. Más de una docena de cuchillos contra dos.

Ajay y Kulpreet se miraron el uno al otro. Con una sonrisa tranquilizadora, ella se echó la capucha por la cabeza y él hizo lo mismo, y luego él estiró la mano para darle tres rápidos golpecitos y un apretón en su antebrazo, y ella respondió al código con un gesto de asentimiento. Sabían lo que debían hacer.

Ambos contaron mentalmente —un, dos, tres— y entonces, en un movimiento coordinado, se pusieron espalda contra espalda, desplegando sus armas al mismo tiempo. Resultó una evidencia del silencio que había envuelto todo que el sonido de las hojas desplegándose fuera audible, y una evidencia de lo confiados que los del traje marrón se sentían el que ni siquiera parpadearan, ni se mostraran nerviosos.

El que estaba situado en el medio era el líder. Soltó un silbido y giró un dedo. Todos a una, los trajeados de marrón comenzaron a avanzar, el extremo de cada línea adelantándose ligeramente, cerrando el círculo con la esperanza de atrapar a Ajay y Kulpreet en el centro.

—*Ahora* —indicó Kulpreet, e iniciaron su movimiento.

Ella se lanzó hacia una marquesina a su izquierda y él salió en dirección opuesta, alcanzando ambos sus respectivos objetivos antes de que los del traje marrón pudieran acercárseles.

La hoja de Ajay estaba de nuevo en su compartimento cuando alcanzó el muro, sus pies desnudos agarrándose en la piedra hasta llegar a un antepecho y subirse a él. Dos esfuerzos más y estaba en el tejado atravesando el edificio, saltando de nuevo a la calle al otro lado y precipitándose por un callejón. En su extremo estaba una de las calles amuralladas de Amritsar que separaban una vía pública principal de la siguiente, y Ajay se dirigió hacia ella ahora, sabiendo que estaría libre en su casa si podía escalar el muro y saltar al otro lado.

Nunca lo consiguió. Los del traje marrón habían anticipado su movimiento, y cuando Ajay llegó al final del callejón aparecieron, tomándole por sorpresa. Él tropezó y vio un kukri brillar en dirección a él, y actuando por instinto subió el brazo de su hoja oculta para defenderse, proyectando el acero…

Solo que el acero nunca salió.

Se atascó.

43

Aubrey no tenía idea de dónde se encontraba, pero sentía que esa era la menor de sus preocupaciones.

Lo que importaba es que estaba atado a una silla en una habitación oscura, salvo por un oscilante destello naranja arrojado por las lámparas ancladas en los muros, mientras frente a él estaban plantados los tres gorilas, mirándole con una sonrisa desapasionada, preparados para hacer su trabajo.

Hardy fue el primero en moverse. Se puso unos guantes de cuero negro y luego sacó del bolsillo de su chaqueta un par de puños de acero que deslizó entre sus dedos. Los otros dos hombres intercambiaron una mirada y luego se echaron hacia atrás perdiéndose en las sombras, mientras Hardy se acercaba a Aubrey y ponía su mano enguantada en la cara del polizonte, como si fuera un escultor comprobando la consistencia de su arcilla sin modelar.

Y de pronto se echó para atrás, colocando los pies con pericia de boxeador, y Aubrey pensó que tal vez cerrar los ojos fuera una buena idea en ese momento, y así lo hizo, y resultó curioso, porque siempre había encontrado difícil imaginar a su familia cuando estaba lejos de ellos; era algo que siempre había deseado poder hacer —solo para tenerles con él—. Y ahora lo consiguió. Una imagen perfecta de ellos en su cabeza a la que se aferró mientras los golpes comenzaban a llover. Al menos podía pensar en eso a medida que continuaba recibiendo la paliza.

Gracias a Dios por esas pequeñas alegrías.

Kulpreet se despertó con la cabeza dolorida y se encontró escrutando la grisácea oscuridad de un almacén: un espacio cavernoso y vacío, con solo el sonido de la lluvia que se filtraba a través del techo y el de los pájaros anidando en las vigas. Unas herrumbrosas escaleras conducían a un antiguo y desvencijado pórtico sobre su cabeza.

Estaba atada de una forma poco habitual. Se encontraba sentada en un extremo de una larga mesa de listones, a todos los efectos y propósitos como si fuera la invitada de honor de una cena, salvo por el hecho de que no se suele atar a los invitados de honor. Su silla claramente empotrada contra la mesa. No podía verse los pies pero estaban atados a las patas de la silla. Entretanto, sus manos yacían frente a ella, estrechamente atadas con tiras de cuero, las palmas apoyadas contra la madera, colocadas casi como si estuvieran a punto de hacerle la manicura.

Y en cierto sentido así era. A pocos centímetros de sus dedos, situados deliberadamente para que ella pudiera verlos, había un par de alicates, la clase de alicates oxidados que uno podría utilizar para arrancar una uña.

Conocía, por supuesto, esa tortura. El dolor acumulativo. Había oído decir que hubo un Asesino que logró resistir cinco uñas antes de venirse abajo.

Hasta donde podía discernir, había tres trajeados de marrón en el almacén con ella. Con la mandíbula apretada observó cómo uno de ellos inspeccionaba su cuchillo oculto, y si había algo que la enfurecía de verdad, además de ser capturada, además de haber dejado que se lo quitaran y además de haber sabido por boca de los sonrientes trajeados de marrón que Ajay había sido liquidado como un perro en plena calle, era eso. Tenían también el cuchillo de Ajay. Otro Templario estaba en el extremo de la mesa girándolo entre sus manos.

—Este se atascó —les dijo a sus amigos, que se rieron.

«Pero esa no es la razón por la que no puedes desplegarlo, idiota —pensó Kulpreet—. No a menos que puedas deslizarlo sobre tu muñeca y colocar tus músculos y tendones de tal forma que puedas emular con precisión a Ajay o activar el resorte de seguridad, y para ser sinceros,

podrías pasarte el resto de tu vida buscando el resorte de seguridad y aun así no encontrarlo».

El líder de los trajeados de marrón volvió la atención de sus colegas a Kulpreet.

—Está calibrado por cada individuo Asesino —explicó el líder del traje marrón por encima de su hombro mientras se acercaba a Kulpreet. Detrás de él, los dos matones se habían cansado de inspeccionar las armas y las habían dejado sobre la mesa, y ella deseó echarles un vistazo y poder comprobar su posición, pero no se atrevió.

Estaba pensando en el resorte de seguridad.

—Bien, bien, está despierta —dijo el sonriente inquisidor—. Parece que es hora de empezar.

Tomó los alicates, pero entonces hizo un poco de teatro pretendiendo reconsiderarlo y volvió a dejarlos de golpe en la mesa con un ruido sordo.

—Tal vez no necesite usarlos —declaró casi para sí mismo—. Quiero decir que no es precisamente una pregunta difícil la que tengo que hacer. ¿Matasteis a Jayadeep Mir tres años atrás, o bien fue desterrado a Londres en su lugar? Es bastante directa, en realidad.

La miró, pero si esperaba una respuesta ella no le dio esa satisfacción. Él prosiguió.

—Veras, guapa, tenemos un colega en Londres que fue oficial del ejército británico y pasó algún tiempo en la India, y él oyó en su día todo lo relativo al extraordinario Jayadeep Mir, y ahora se ha encontrado con otro extraordinario muchacho indio en Londres y, entre una cosa y otra, se pregunta si esos dos chicos no serían una misma y única persona. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Ella no dijo nada, pero cuando él se apartó a un lado y cogió de nuevo los alicates pudo ver más allá de él y comprobar la posición de los cuchillos. Ahora necesitaba comprobar la estabilidad de la mesa, por lo que fingió un impotente ataque de furia, retorciéndose como si quisiera liberarse. Los hombres compartieron una mirada divertida, pero ella comprobó lo que necesitaba saber: la mesa no estaba fijada al suelo; sin embargo, era pesada, demasiado pesada para que ella pudiera levantarla por sí sola. Hubiera necesitado ayuda para hacerlo.

Pero si conseguía inclinarla, entonces tal vez podría alcanzar uno de los cuchillos.

—Agua —pidió en voz baja.

—¿Cómo dices? —preguntó el inquisidor. Había estado girando los alicates en la mano, contemplándolos fijamente—. ¿Qué has dicho?

Ella hizo como si tuviera la boca demasiado reseca para formar palabras.

—Agua…

Él se acercó un poco más.

—¿Cómo has dicho?

¿Estaba lo suficientemente cerca para atraparlo con sus dientes? Tenía dos posibilidades de hacerlo, y esa era una de ellas. Pero si fallaba…

No. Mejor esperar. Mejor tratar de calmarle con una falsa sensación de seguridad.

Y así, como si hiciera un esfuerzo hercúleo, ella logró articular la palabra «agua» lo suficientemente alto para que su inquisidor la escuchara y se apartara, sonriente.

—Ah, pensé que eso es lo que habías dicho. —Hizo una indicación a uno de los hombres, que desapareció y volvió a aparecer unos momentos más tarde con un tazón de barro que colocó en la mesa frente a la prisionera.

Ella hizo un intento de alcanzar el recipiente con los dientes antes de mirarle con ojos suplicantes, y con una sonrisa él cogió el tazón y lo acercó hasta los labios de Kulpreet, excitado por tener a esa bella mujer bajo su control y que ella necesitara ayuda incluso para dar un sorbo de agua. Oh, cómo iba a disfrutar de lo que venía a continuación. El inquisidor era un hombre que disfrutaba de su trabajo. Era bueno en él; era todo un experto cuando se trataba de infligir…

Dolor.

Se extendió por su brazo. Los dientes de ella se habían cerrado sobre su mano y no solo le estaba mordiendo, sino que lo estaba comiendo. Oh, Dios mío, se lo estaba comiendo vivo.

Gritó de agonía. El tazón se volcó pero no se rompió. Kulpreet mantuvo los dientes apretados sobre la mano del inquisidor, notando el sabor del

sudor y la suciedad al mismo tiempo que tiraba de la carne con un giro de cuello, maximizando su dolor y utilizando cada gramo de fuerza para atraerlo hacia sí. A la vez, inclinó las patas de la silla hacia un lado, descansando todo su peso en sus antebrazos mientras las utilizaba para estrellarlas contra las espinillas del inquisidor, desequilibrándole y aumentando la velocidad de su caída hasta que finalmente se derrumbó sobre la mesa, su rostro rompiendo el tazón de barro al hacer contacto, y si eso aumentaba su ya gran dolor genial, pensó Kulpreet, pero ese no era su principal objetivo, porque lo que tenía que hacer ahora era…

Y con todas sus fuerzas y usando el peso de los dos, se dejó caer sobre la mesa, que se inclinó, de forma que los cuchillos comenzaron a deslizarse por la superficie hacia sus dedos que esperaban. El inquisidor estaba en medio, de modo que ella no pudo ni siquiera ver cómo se acercaban, pero sintió que uno de ellos rozaba las yemas de sus dedos, lo atrapó y rápidamente pasó sus brazos por encima del cuello del hombre justo cuando él consiguió liberar la mano de su boca, y ella jadeó de dolor al sentir cómo uno de los dientes clavados salía a la vez. Sangre y carne desgarrada rodeaban su boca, pero por el momento no se preocupó de ello; lo único que importaba era la hoja que giraba ahora en su mano, buscando el resorte de seguridad. Por detrás del cuerpo del inquisidor, podía distinguir a los otros dos hombres intercambiando una mirada divertida antes de echar mano a sus kukris, porque, después de todo, ¿qué podía hacer ella? Las probabilidades no estaban a su favor. Incluso teniendo el cuchillo aún seguía atada a la silla, y había tres hombres y una puerta cerrada. Por muy diestra, astuta y afortunada que fuera, no había suficiente suerte en el mundo para salvarla. Ellos lo sabían, ella lo sabía. Todos sabían cómo iba a terminar aquello: ella les diría lo que querían saber y entonces moriría.

Kulpreet era consciente de ello, por supuesto. Pero el objetivo de apoderarse de los cuchillos no era para usarlos contra sus captores.

Era para usarlos sobre sí misma.

Aun así, gracias a Dios por esas pequeñas alegrías, ahora tenía la oportunidad de llevarse a uno por delante y, de ese modo, cuando su pulgar accedió hasta el resorte de seguridad, hizo lo que parecía algo extraño: acercar su cara hasta el cuello del inquisidor, que aún trataba de liberarse de

ella. Deslizó su cara cerca de la garganta como si quisiera contemplar detenidamente algo allí, y dada la posición de sus brazos pareció como si estuviera envolviéndole en un abrazo de amante, presionando su carne contra la de él.

Uno de sus captores comprendió sus verdaderas intenciones, pero ya era demasiado tarde. Ella había apoyado la hoja contra la parte posterior del cuello del inquisidor y entonces, con su ojo aún sobre su garganta, soltó la hoja, que se clavó a través de él hasta introducirse en ella.

Justo antes de que Kulpreet muriera pensó en todo lo que había hecho. Pensó en su esposo y en su niño pequeño en casa que se estarían preguntando dónde estaba. Pensó incluso en el pobre Ajay —«Bueno, pronto me reuniré contigo, viejo amigo»—, pensó en la Hermandad y le deseó lo mejor, y fue con el corazón pesado como supo que la lucha por un mundo mejor y más justo tendría que continuar sin ella.

Y cuando la punta de la hoja atravesó el cuello de su atacante y se introdujo en su propio ojo y en su cerebro, Kulpreet supo que esa era una muerte mejor que la que habían planeado para ella, pero se preguntó si sería una muerte noble. No les había dicho nada, y esperaba que eso pudiera servir de algo. Esperaba que el Consejo decretara que había muerto con honor.

44

Dos días más tarde, en el puerto de Amritsar, tres hombres con trajes marrones interceptaron a un mensajero Asesino.

Los tres hombres mataron al Asesino, asegurándose de recuperar el mensaje que debía ser enviado a Londres, y luego arrojaron el cuerpo a una carreta de comida para cerdos.

Tal y como les habían ordenado, el mensaje fue entregado a los descifradores de códigos Templarios, que se pusieron a descodificarlo. Un proceso que les llevó aproximadamente una semana.

—Urgente —decía, cuando fue traducido—. Misión posiblemente comprometida. Ajay y Kulpreet muertos, tal vez torturados para obtener información. Sugiero aborten la misión inmediatamente.

Y luego, al final: «Ethan, cuida de mi hijo».

45

Abberline estaba en El Hombre Verde. Pero ese día no bebía. Tampoco cavilaba ni ahogaba sus penas. Estaba allí por cuestiones más urgentes.

—Oye, Sam, ¿has visto hoy a Aubrey?

—Hace mucho que no le veo, Freddie —replicó el barman—. No, miento, asomó la cabeza por la puerta temprano, de camino a su día de partido en Lord's.

Freddie lanzó al barman una mirada confusa y Sam a su vez pareció indignado.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí si ni siquiera sabes nada del partido entre Eton y Harrow?

—Está bien, no me saques los dientes… o lo que quede de ellos. Aubrey iba de camino allí, ¿es eso?

Sam hizo una mueca, como si hubiera dicho demasiado.

—Bueno, hmm…, no. Estaba de servicio, ¿no es cierto?

Ahora fue el turno de Abberline de desesperarse.

—Mira, no vas a decirme nada sobre Aubrey que no sepa ya. Estaba escaqueándose, ¿no es eso?

Sam sacudió un trapo de la barra sobre su hombro y, a regañadientes, asintió con un leve movimiento de cabeza en dirección a Abberline, el tipo de gesto que no sería admitido en un tribunal de justicia.

—Está bien —dijo Abberline—. Ahora estamos llegando a alguna parte. Primero vino aquí para…, bueno, ya lo sé. Entró aquí para cambiarse de ropa, ¿no es eso?

Otro asentimiento a regañadientes.

—De acuerdo —dijo Abberline, deslizándose del taburete y disponiéndose a marchar por la puerta—. Cuando regrese por su uniforme, dile que le estoy buscando, ¿lo harás?

—Maldita sea, todo el mundo quiere ver al viejo Aubs hoy, ¿no es así?

Abberline se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído, al parecer todo el mundo quiere hablar con Aubrey.

De nuevo Sam tenía una mirada nerviosa, como si hubiera hablado de más.

—Echa un poco más de carne en el asador, amigo. ¿Quién exactamente está buscando a Aubrey, aparte de mí?

—Tres tipos entraron poco después de que él se marchara al partido.

—¿Y qué aspecto tenían? —preguntó Abberline y entonces sintió que su corazón se encogía cuando Sam le dio la descripción de los tres gorilas.

No sabiendo qué más hacer, se dirigió al Lord's, pero se arrepintió inmediatamente cuando se encontró nadando contra la marea de humanidad que abandonaba el campo. Los coches de alquiler deteniéndose y dando la vuelta. Cerca de él, un caballo resopló, pateando. La oleada de gente resultó excesiva para un propietario de Tía Sally[*], que comenzó a recoger rápidamente para marcharse. Lo mismo le sucedió al dueño de un puesto callejero que pedía a las hordas que surgían entre empujones que tuvieran cuidado, *cuidado con la maldita carretilla*, mientras pequeñas manos se alargaban para coger productos de su puesto. Otro estaba empujando un carro lejos de la multitud, a través de un mar de sombreros y gorras y niños llevados a hombros. Abberline sintió que algo rozaba sus ropas y bajó la vista para ver a un perro moviéndose entre un bosque de piernas.

A pesar de la muchedumbre, el ánimo que reinaba era festivo. Todos parecían estar pasando un buen rato. Las masas ciertamente disfrutan ovacionando a los hijos de la nobleza mientras juegan su partido anual, eso seguro, pensó Abberline. Algún día esa progenie de alta cuna haría lo que toda la gente de clase alta hacía: llenarse sus bolsillos a expensas de las clases bajas, buscando diversión donde les venía en gana, sin importarles si con ello arruinaban unas pocas vidas en el proceso.

Y no, no encontró a Aubrey. Encontró un montón de borrachos tendidos en la cuneta. Encontró un montón de mujeres tratando de venderle cerillas y ramilletes. Encontró un montón de encopetados y damas con elegantes vestidos mirando por encima de su nariz a los borrachos y a las vendedoras de cerillas. Pero no a Aubrey.

Regresó a El Hombre Verde.

Sam negó con la cabeza; no había tenido ninguna señal de Aubrey, y no, tampoco de los otros tres hombres.

«Los gorilas, era de ellos de quienes se trataba, los de la excavación». Les haría una visita a las obras del ferrocarril, a menos que Aubrey apareciera pronto. Sin embargo, aún lo intentaría en un sitio más, y se dirigió a las habitaciones de Aubrey en Stepney, donde vivía con su esposa y sus dos hijos.

La señora Shaw abrió la puerta y se relajó cuando vio su uniforme.

—No me diga más —dijo—. ¿Usted es Freddie Abberline? —Cuando él asintió, ella soltó un—: Bueno, ¡vaya si no hemos oído hablar un montón de usted! Niños, venid a conocer al famoso Freddie Cara de Novato.

Ella tenía rojizas mejillas, pero, por lo demás, era completamente opuesta a Aubrey en todos los sentidos: era delgada mientras que él era fornido, y mientras que él lucía una expresión permanentemente nerviosa y perpleja, ella era de una clase totalmente diferente, radiante al darle la bienvenida y colocarse el cabello hacia atrás, a la vez que hacía pasar a su invitado.

Dos pequeños, un niño y una niña, ambos alrededor de los cinco o seis años, aparecieron corriendo, solo para detenerse en seco, colgarse de las faldas de su madre y mirarle con ese gesto de descarada curiosidad que solo los niños saben poner.

El corazón de Abberline, ya pesado por la preocupación por Aubrey, se hundió un poco más ante la escena. Hubiera sido más fácil mantener una distancia de seguridad entre él y las cosas que Aubrey amaba. El verles así, solo hacía todo más difícil si lo que Abberline temía se confirmaba. La mayor parte del tiempo envidiaba a hombres como Aubs, que regresaban a casa junto a sus esposas y familias, pero no en momentos como aquel. No cuando veías lo que quedaba detrás.

—Me temo que no puedo quedarme, señora Shaw —dijo teniendo que abandonar a su pesar la cálida acogida que había recibido—. Solo me estaba preguntando si sabía algo del paradero de Aubrey.

La sonrisa desapareció del rostro de ella, reemplazada por una inmediata mirada de preocupación. Los dos niños, sintiendo la súbita desazón de su madre, se colgaron de sus faldas más estrechamente, los ojos dilatándose como asustados platillos.

—No, no desde que salió esta mañana —contestó ella.

—¿De camino al Lord's?

Ella se mordió el labio.

—No puedo decirlo con exactitud.

—Sé que iba de camino al Lord's, señora Shaw, el partido ha acabado y me preguntaba si habría regresado.

—Tal vez se fue a tomar una cerveza a El Hombre Verde.

—Por supuesto —contestó él—. Eso es. Me pondré en camino hacia allí, si me lo permite, y le deseo todo lo mejor, y si le dice a Aubrey que le estoy buscando le quedaría muy agradecido.

Y Abberline hizo precisamente eso. Se marchó de allí y regresó a El Hombre Verde, por si acaso, pero Sam negó con la cabeza, y entonces Abberline volvió a la comisaría, por si acaso, y el sargento del mostrador negó con la cabeza, con una expresión sospechosa, como si supiera que Aubrey había estado escaqueándose. Y luego, finalmente, Abberline se dirigió a las obras del ferrocarril, donde se quedó junto a la valla, mirando la excavación. El trabajo continuaba: se habían encendido hogueras como se hacía cada noche y los braseros brillaban en medio del cenagal. Mientras Abberline esperaba allí, un tren de vapor apareció desde una zona más avanzada de la línea y la actividad de las grúas de madera aumentó de forma incluso más frenética mientras los peones comenzaban a descargar los escombros de la excavación.

Pero Abberline no estaba mirando nada de eso. Tenía los ojos fijos en la oficina. Contempló cómo la puerta se abría y de ella salía el muchacho indio, agarrando sus expedientes.

«Bien», pensó Abberline, encontrándolo una visión tranquilizante. Por alguna razón dudaba que Aubrey pudiera sufrir algún mal si el muchacho

indio estaba alrededor.

«Está realmente del lado de los ángeles. Es un buen hombre. Un hombre mejor de lo que usted y yo seremos nunca».

Lo que Abberline vio a continuación fue aún más tranquilizador. Surgiendo de la oficina distinguió a los gorilas, a los tres, tan despreocupados como siempre. Y si ellos estaban allí, bien, entonces no estaban en ningún otro lado, haciendo daño a Aubrey. Abberline se preguntó si tal vez no habrían seguido un camino similar al suyo. Quizá habían llegado a El Hombre Verde para ser enviados hasta el campo del Lord's, donde las multitudes les habían hecho cambiar de idea.

Sí, pensó, apartándose de la valla y dejando la excavación a su espalda. Sí, eso era. Con un poco de suerte, a esta hora Aubrey estaría sano y salvo de vuelta en el seno de su sonriente familia…

Su casera vivía en la planta baja y apareció en cuanto él asomó por allí.

—¿Un día ajetreado, agente? —preguntó.

—Podría decirse así, señora —contestó Abberline quitándose el casco.

—¿Demasiado ajetreado para decirme que estaba esperando un envío?

Él la miró con dureza.

—¿Un envío?

—Tres caballeros han traído una gran alfombra, o eso han dicho. Debe de ser condenadamente pesada, porque necesitaron la fuerza de los tres para subirla…

Abberline ya estaba subiendo las escaleras.

Los bastardos habían dejado el cuerpo sentado en una de las sillas de Abberline, como si estuviera esperando su regreso. Lo habían dejado allí como advertencia.

Le habían golpeado hasta matarle. Apenas podía reconocérsele bajo la hinchada carne lívida, los abultados moratones, los ojos cerrados y la sangre que brotaba de los cortes hechos por los puños de acero.

—Oh, Aubrey —exclamó Abberline.

No es que fueran amigos, pero… Espera un segundo, sí, *habían* sido amigos, porque los amigos se apoyan unos a otros. Puedes volver a ellos en busca de consejo, te ayudan a pensar en las cosas de forma diferente. Y Aubrey había hecho todo eso y más por él.

Antes de que se diera cuenta, sus hombros estaban temblando y las lágrimas resbalaban hasta los tablones de su habitación. «Oh, Aubrey», repitió a través de su boca húmeda, deseando extender los brazos y abrazar al hombre, su amigo, pero al mismo tiempo repelido por lo que le habían hecho, sus facciones golpeadas como carne majada.

En su lugar, trató de imaginar a Aubrey como era, contándole los chistes del teatro de variedades en El Hombre Verde. Lamentando la muerte de una niña del suburbio. Tenía demasiada compasión, ese era el problema de Aubrey. Tenía demasiado corazón para este mundo.

Y se preguntó qué habría sentido Aubrey en sus últimos momentos. Le habrían exigido información, por supuesto. Ya debían de saber lo del indio por el guardaespaldas, entonces, ¿qué pudo contarles Aubrey? Lo del hombre de la túnica, quizá. Como si ahora eso importara. El otro día Abberline se había dicho que los asesinatos debían parar y, sin embargo, el asunto se había cobrado una nueva víctima, una muy preciada.

Tal vez Aubrey tuviera razón. Tal vez no hubiera respuestas. Tal vez simplemente había que aceptarlo de vez en cuando.

Por el momento, solamente se quedó con su amigo, Aubrey Shaw, los hombros temblorosos y las lágrimas fluyendo ahora más libremente.

—Lo siento, compañero —dijo una y otra vez—. Lo siento, maldita sea.

Y entonces, los ojos de Aubrey se abrieron.

46

Los meses pasaron. En mayo, Gladstone, ministro de Hacienda, declaró sentirse encantado tras hacer por primera vez el viaje completo en el nuevo ferrocarril subterráneo. Él y otros dignatarios del Metropolitano, incluyendo a John Fowler, Charles Pearson y Cavanagh, habían realizado el recorrido entero de la línea, los seis kilómetros y medio, desde la estación de Bishop's Road, en Paddington, a través de los túneles y otras estaciones a medio construir —Edgware Road, las calles Baker y Gower, King's Cross—, para llegar finalmente a Farringdon en el centro de la ciudad. Un trayecto de unos dieciocho minutos.

El sello de aprobación de Gladstone era muy importante para el Metropolitano, especialmente cuando el primer ministro, Palmerston, siempre se había mostrado muy despectivo sobre el proyecto, declarando que a su edad lo que quería era pasar el mayor tiempo posible sobre la tierra, muchas gracias. Pero la aprobación de Gladstone dio un nuevo impulso a un proyecto que, por lo demás, fue recibido con moderada suspicacia y apatía por el público en general y, puestos en lo peor, con declarado odio y hostilidad.

Sin embargo, la reputación del ferrocarril quedó dañada una vez más cuando, el mes siguiente, la alcantarilla de Fleet reventó. Las cañerías de ladrillo a través de las cuales fluían las «aguas negras» de Londres se habían debilitado y finalmente se rompieron, el agua y la suciedad inundando el túnel hasta una profundidad de tres metros, retrasando el proyecto durante meses mientras se llevaban a cabo las obras de reparación.

Y entonces, una mañana temprano a finales de julio, el cupé perteneciente al señor Cavanagh del Ferrocarril Metropolitano dejó la

excavación, conduciendo a su dueño hasta los muelles de St. Katherine.

Allí, el carruaje aguardó a que un barco descargara su mercancía que, en este caso, consistía en tres hombres indios con trajes marrones, dos de los cuales escoltaban a un tercero, al que condujeron hasta el cupé, despidiéndose con una inclinación y regresando al barco.

El recién llegado tomó asiento frente a Cavanagh, quien se había desabrochado la chaqueta, pero, por lo demás, no había hecho ninguna otra concesión al calor de julio.

—Hola, Ajay —dijo Cavanagh.

Ajay le miró inexpresivo.

—Se me prometió dinero, alojamiento. Una nueva vida aquí, en Londres.

—Y a nosotros se nos prometió todo el beneficio de tus conocimientos respecto a Jayadeep Mir —replicó Cavanagh, tirando a continuación del cordón y recostándose en su asiento mientras Hardy sacudía las riendas e iniciaban el camino de regreso a la excavación—. Veamos si ambos podemos atenernos a los términos de nuestro acuerdo, ¿te parece?

Un poco más tarde, el carruaje se detuvo ante el portón de las obras del ferrocarril y Ajay fue conminado a mirar por la ventanilla. Tal y como se había convenido, Marchant había llevado al confiado Bharat Singh hasta un lugar determinado, a unos noventa metros de distancia al otro lado de la valla, lo suficientemente cerca para que Ajay pudiera verle.

—Ese es nuestro hombre —indicó Cavanagh.

—¿Y cómo se hace llamar? —preguntó Ajay.

—Responde al nombre de Bharat Singh.

—Entonces, por alguna razón, ha caído muy bajo —respondió Ajay, quien bajó la cortinilla y volvió a acomodarse en el asiento—, porque ese hombre es Jayadeep Mir.

—Excelente —repuso Cavanagh—. Ahora, ¿qué tal si me cuentas todo lo que sabes sobre él?

Había un truco que las bandas solían usar cuando querían obtener información. «Dos pájaros», lo llamaban. Los miembros de la banda se

llevaban a dos almas desafortunadas al tejado, tiraban a una de ellas al vacío y hacían que la otra lo contemplara.

Dos pájaros. Uno de ellos vuela, el otro canta.

Ajay había estado tras la puerta cuando Kulpreet tuvo su honrosa muerte. Había visto lo que le aguardaba: la peor y más dolorosa manicura del mundo o la muerte.

Y entonces hizo su oferta. Podían torturarle, y buena suerte para ellos si lo intentaban, pues haría todo lo posible por resistir, y si su interrogatorio tenía éxito y obtenían lo que necesitaban saber pero nada más, nunca estarían seguros de si era cierto o no.

O bien…, si atendían a sus demandas, entonces les diría todo lo que quisieran saber y un *montón* de cosas más.

Así fue como los Templarios hicieron correr la voz de que Ajay había muerto en el callejón, y el Asesino —ahora ex Asesino, un traidor— obtuvo su pasaje a Londres.

Y allí, fuera de las obras del ferrocarril, cumplió con su parte del trato y le contó a Cavanagh todo. Le contó que el hombre que conocían como Bharat Singh era en realidad Jayadeep Mir. Le contó que Jayadeep había sido encarcelado por su falta de valor, y Cavanagh se mostró particularmente interesado por ese aspecto de la historia, antes de que Ajay prosiguiera su relato diciéndole que Jayadeep había sido entregado a la custodia de Ethan Frye para una misión. Más allá de eso, ya no sabía nada.

—¿Una misión? —caviló Cavanagh, mirando con interés al Fantasma, viéndole con una nueva mirada—. ¿Una misión *encubierta*, tal vez?

La mente de Cavanagh regresó a la información que le habían suministrado los gorilas. Los dos Hardys y Smith habían regresado de interrogar al agente Aubrey Shaw con la noticia de que un hombre con túnica era el responsable del asesinato de Robert Waugh, y ahora, con esta última pieza de información, las cosas finalmente habían encajado en su lugar.

¡Qué irónico! Su nuevo recluta, que había ganado su favor matando a un traidor, lo había hecho traicionando su propia mente, y ni siquiera era responsable del asesinato.

En suma, pensó Cavanagh, era un resultado delicioso. Ya desde hacía tiempo, había decidido que cuando matara a Crawford Starrick y ocupara la posición de Gran Maestro en su lugar, cuando tuviera el artefacto y se convirtiera en el hombre más poderoso no solo de Londres sino del mundo conocido de los Caballeros Templarios, su primera orden sería aplastar lo que quedara de resistencia Asesina en su ciudad.

Ahora, sin embargo, se le ofrecía la oportunidad de hacer ambas cosas simultáneamente, una oportunidad de ascender al rango de Gran Maestro con una pluma en su sombrero, además del artefacto para demostrar su idoneidad para el papel. En un solo golpe se aseguraría el control del rito, así como el respeto de sus miembros. Oh, sí, era de lo más oportuno.

—Y ahora, su parte del trato —dijo Ajay.

—Sí, mi parte del trato.

La puerta del carruaje se abrió, y allí estaba Hardy.

—Le prometí riquezas y alojamiento en Londres, y los tendrá, con una condición.

Cauteloso y preparado para la traición, con una vía de escape en mente, Ajay replicó:

—Ah, sí, ¿y cuál es?

—Que continúe contándonos todo lo que pueda sobre la Hermandad.

Ajay se relajó. Le mantendrían con vida al menos hasta entonces. Tiempo de sobra para escapar.

—Trato hecho —declaró.

47

Pasaron varios meses durante los cuales Aubrey permaneció en las habitaciones de Freddie Abberline, mientras este le cuidaba para que recuperara la salud. Aubrey tenía algunos dientes menos y hablaba de forma diferente, como si su lengua fuera demasiado grande para su boca, además de tener otras heridas, pero estaba vivo. Y había mucho que decir sobre eso. Era un buen compañero, y Abberline pronto descubrió que también había mucho que decir sobre eso.

Una noche, un par de semanas después de la paliza, Abberline le había llevado a Aubrey un poco de caldo, dejándolo sobre una mesilla al lado de la cama; creyendo que estaba dormido, se dispuso a salir, cuando miró el rostro de su amigo y lo encontró humedecido por las lágrimas.

Se aclaró la garganta y bajó la vista a sus pies sin calzar.

—Hmm, ¿te encuentras bien, viejo amigo? Te ha vuelto algún mal recuerdo de esos inquisidores, ¿no es eso? ¿Pensando de nuevo en lo sucedido?

Aubrey hizo una mueca de dolor mientras asentía, y entonces, a través de los dientes rotos, declaró:

—Les conté todo, Freddie. No era mucho, pero canté como un pájaro.

Abberline se había encogido de hombros.

—Buena suerte para ellos. Espero que signifique más para ellos de lo que lo hace para cualquiera de nosotros.

—Pero se lo conté. Se lo conté todo.

Aubrey se sacudió con un sollozo, su magullado rostro desmoronándose de vergüenza.

—Eh, eh —dijo Abberline, encaramándose al borde del colchón. Buscó la mano de Aubrey—. No importa, compañero. En cualquier caso, no tenías elección. Y mira, algo me dice que nuestro amigo de la túnica puede cuidar de sí mismo.

Se quedaron así sentados durante un tiempo, en silencio, agradecidos por el consuelo que se proporcionaban. Y entonces Abberline ayudó a Aubrey a tomar el caldo antes de despedirse, diciéndole a su amigo que necesitaba descansar.

Entretanto, Aubrey fue dado por desaparecido.

«Desaparecido, presumiblemente aburrido del trabajo policial y retirado a El Hombre Verde para siempre», ese era el rumor, pero Abberline lo entendió de otra forma. Sabía que el objetivo del ataque era enviar un mensaje, y a todos los efectos y propósitos había tenido en cuenta la advertencia. Se acabaron para él las visitas a la excavación. Completamente de acuerdo, el sargento de distrito le había asignado una ronda diferente, una que no le llevara en ningún caso cerca de las obras del ferrocarril.

—Para el caso de que sienta tentaciones —fue la explicación que ofreció al darle la noticia.

«Estás metido en esto hasta las cejas, ¿no es así?», fue lo que pensó Abberline, mirando con furia contenida al sargento de distrito desde el otro lado de la mesa. Pero hacía sus rondas y, cuando su turno terminaba, volvía a casa para quitarse el uniforme y comprobar que Aubrey estaba bien; luego ignoraba las advertencias de los hombres y regresaba a las obras del ferrocarril. Cada noche, oculto entre las sombras. Una solitaria vigilia, para qué, no lo sabía, pero una vigilia en todo caso.

Por entonces, Aubrey ya se ponía en pie, aunque con una limitada movilidad, y más adelante los dos hombres solían sentarse ante la chimenea, charlando de cualquier cosa. Abberline hablaba sobre el caso. Estaba consumido por él. Aubrey hablaba de poco más que su familia y, más concretamente, de cuándo podría verlos de nuevo.

—No, Aubs, lo siento —le dijo Abberline—, pero esos tipos te dieron por muerto y si te vieran aparecer con vida querrían rematar el trabajo. Te quedarás en mi casa hasta que todo haya terminado.

—Pero ¿cuándo terminará todo, Freddie? —insistía Aubrey y se revolvía dolorido en su silla. Aunque su cara no mostraba signos de su experiencia, aparte de las cicatrices entrecruzadas de su mejilla producidas por los puños de acero, sus entrañas habían recibido una paliza, y tenía un persistente dolor en la cadera que no parecía dispuesto a desaparecer. Eso le dificultaba andar; incluso le dificultaba sentarse recto algunas veces, y siempre que se estremecía de dolor, su mente regresaba a esa oscura y anónima habitación y a los incesantes puñetazos cayendo sobre un blando cuerpo que le pertenecía.

Aubrey nunca volvería a patrullar, pero, gracias a la combinación del descuido de los gorilas y los cuidados de Abberline, estaba vivo, y nunca olvidó dar las gracias por ello. Por otro lado, ¿qué era la vida si esta debía pasarse sin los seres queridos?

—Solo dime cuándo piensas que todo esto, lo que quiera que signifique «esto», va a terminar —preguntaba.

Abberline extendió las manos hacia el fuego y mostró a su amigo una sonrisa triste.

—No lo sé, Aubs, esa es la verdad. No lo sé exactamente. Pero recuerda mis palabras: aunque no puedo presumir de estar controlando la situación, estoy ahí o muy cerca. Lo sabré cuando llegue el momento, y te prometo que no perderemos un segundo en llevarte de vuelta con tu familia.

Habían decidido por su seguridad que su esposa y sus hijos no supieran que estaba vivo, aunque eso supusiera para los cuatro vivir en un purgatorio. Un día, Abberline y Aubrey tomaron un furgón policial y se dirigieron a Stepney, donde esperaron en la calle para que Aubrey pudiera atisbar a su familia a través de las ventanillas. Después de una o dos horas más o menos, resultó ser demasiado para él y se marcharon.

Abberline iba a visitarles con dinero y regalos. Les llevó el uniforme de Aubrey. La luz había desaparecido de los ojos de la señora Shaw. Las visitas le resultaban traumáticas, explicó. Cada vez que veía a Abberline de pie en el umbral se temía lo peor.

—Porque sé que si estuviera vivo estaría con usted. Y cuando le veo solo, pienso que no lo está.

—Es posible que aún esté vivo —le dijo Abberline—. No hay que perder la esperanza.

Pero fue como si ella no le hubiese escuchado.

—¿Y sabe qué es lo peor? No tener un cuerpo que enterrar.

—Lo sé, señora Shaw, y lo siento muchísimo —respondía Abberline, y luego se marchaba, aliviado de poder escapar del peso de la pena por un hombre que estaba no solo vivo sino disfrutando del relativo confort y calor de las habitaciones de Abberline. Pero se llevaba consigo la culpa de tener que mentir.

Era por un bien mayor. Era por la seguridad de todos ellos y para que Cavanagh y compañía creyeran que ese cabo en particular había quedado bien atado. Pero aun así, sentía la culpa.

48

Vas a ser iniciado en la Orden de los Caballeros Templarios —dijo Cavanagh—. Él, Marchant y los dos gorilas —Hardy estaba ocupado — habían llevado al Fantasma lejos de sus obligaciones, hasta un rincón de la excavación, a todos los efectos para llevar a cabo una improvisada reunión sobre las obras.

—Gracias, señor —declaró El Fantasma. Hizo una leve inclinación de cabeza, odiándose a sí mismo en ese momento. Cuando sus ojos regresaron a Cavanagh, vio algo ilegible en ellos, como una burla lejana.

—Pero primero, tengo un trabajo para ti.

—Sí, señor —replicó El Fantasma. Mantuvo una expresión vacía, pero por dentro su mente funcionaba a toda velocidad y sintió que su pulso se aceleraba, pensando: «Este es el momento».

Indicando a sus hombres que permanecieran donde estaban, Cavanagh tomó al Fantasma del brazo y comenzó a guiarle lejos del grupo, hacia la valla del perímetro. Allí, El Fantasma pudo distinguir el carruaje de Cavanagh. Atendiendo al caballo estaba Hardy, que levantó la vista levemente hacia ellos y luego continuó cepillando las crines del rocín.

Lejos del ruido, Cavanagh ya no necesitaba alzar la voz.

—Lo que estoy a punto de contarte es información conocida únicamente por los miembros de los Caballeros Templarios. Aún tienes que ser iniciado, de modo que, por derecho, no debería revelarte esto, pero has demostrado ser un gran activo en mi operación y tu tarea es lo que podríamos llamar «sensible al tiempo». En otras palabras, debe llevarse a cabo antes de que el Consejo pueda reunirse para ratificar tu iniciación. Soy un hombre de

instinto y prefiero actuar basándome en ella. Tengo fe en ti, Bharat. Veo muchas cosas mías en ti.

El Fantasma se permitió una cierta sensación de triunfo. Todo lo que había hecho, los meses vividos en el túnel, el construirse una vida como Bharat Singh, le habían llevado hasta este momento.

Cavanagh prosiguió:

—Esta excavación en la que has estado involucrado, quizá ya lo hayas adivinado, dada mi implicación, esconde mucho más de lo que parece a simple vista. El ferrocarril, por supuesto, se terminará, y por supuesto será un éxito, pero existe, lo creas o no, un motivo ulterior tras su construcción.

El Fantasma asintió.

—Los Caballeros Templarios de Londres están buscando un artefacto que se cree que fue enterrado a lo largo de la línea. Determinar su ubicación exacta ha demostrado ser una exigente tarea. Digamos solamente que, en mi opinión al menos, la elevada posición de Lucy Thorne dentro de la Orden no es del todo merecida. Ciertamente no en este punto.

—¿Lucy Thorne, señor?

Cavanagh le lanzó una rápida ojeada y El Fantasma tuvo que contener sus nervios para no tragar saliva. ¿Acaso el director estaba tratando de pillarle desprevenido?

—Todo a su debido tiempo —replicó Cavanagh—. Tienes la opinión favorable del futuro Consejo Rector. Por ahora lo único que necesitas saber es que Lucy Thorne está entre un grupo de Templarios de alto rango cuyo trabajo consiste en localizar el artefacto.

—Y ese… artefacto, señor, ¿qué es lo que hace?

—Bueno, verás, ese es el problema con los pergaminos, ¿no es cierto? Son condenadamente ambiguos. Los detalles quedan para la imaginación, me temo; los pergaminos simplemente dicen que quien esté en su posesión, disfrutará de un gran poder. Y tal vez no te sorprenda saber que pretendo ser yo quien lo posea. Dependerá de muchas cosas quién esté a mi lado cuando llegue ese día.

—Espero ser yo, señor —dijo El Fantasma.

Echó un vistazo hacia donde se encontraba estacionado el cupé. Hardy estaba volviendo a guardar el cepillo del caballo en el compartimento

debajo del pescante, pero, justo cuando El Fantasma le observaba, sacó algo más del interior y lo deslizó en su bolsillo.

—Bueno, como iba diciendo, eso dependerá de muchas cosas —repitió Cavanagh.

Los dos hombres caminaron unos cuantos pasos más, El Fantasma sin apartar los ojos de Hardy. El gorila parecía haber terminado de almohazar al caballo. Ahora estaba comprobando las hebillas del arnés. Y, acto seguido, salió del recinto de carruajes y comenzó a andar hasta el portón, apartando a empujones lejos de su camino a una vendedora de cerillas y despertando de una patada a un peón que estaba recostado en el puesto de la puerta con la gorra de ferroviario echada sobre los ojos.

—¿De qué dependerá, señor?

—De lo bien que realices tu tarea.

Hardy estaba cruzando el cenagal a unos cincuenta metros.

—¿Y qué tarea es esa, señor?

—Tienes que matar a Charles Pearson.

Últimamente habían juzgado demasiado arriesgado encontrarse; El Fantasma, en particular, no quería dejar nada al azar. Pero esto era diferente. Esto representaba una mayor escalada en los acontecimientos y necesitaba el consejo de Ethan, y así, tras un intercambio en las posiciones de la lápida en la iglesia de Marylebone, los dos Asesinos se reunieron en Leinster Gardens.

—¿Por qué? —preguntó Ethan—. ¿Por qué matar a Pearson?

—El rito así lo ordena, o eso dice el señor Cavanagh.

—Demasiada filantropía para su gusto, ¿no? ¡Dios, ni siquiera le dejarán ver su amado ferrocarril en funcionamiento!

—Cavanagh ya tiene planeados todos los detalles, maestro. Ahora que se han reanudado las obras tras el reventón de las alcantarillas en Fleet, quiere demostrar al señor Pearson que la línea entre King's Cross y la calle Farringdon está totalmente operativa. Más aún, pretende presentar un nuevo vagón cerrado, y quiere organizar un viaje a Farringdon y vuelta. Pero al

final del trayecto, cuando el señor y la señora Pearson se dirijan de regreso a su carruaje, yo debo matarle.

—¿Pero no a la señora Pearson?

—No.

Hubo un largo silencio, y entonces El Fantasma habló.

—¿Qué le parece?

Ethan inspiró hondo.

—Bueno, no es una trampa, no en el sentido de que quieran acabar contigo; para eso podrían llamarte a la oficina. Se trata más bien de una prueba.

Las palmas del Fantasma estaban sudorosas. Tragó saliva y evocó la cálida habitación de Amritsar, saboreando el miedo de nuevo, viendo la hoja en la boca de Dani mientras gritaba, la sangre y el acero brillando bajo la luz de la luna.

Tuvo que reunir todas sus fuerzas para decir las siguientes palabras, e incluso le dolió escuchárselas decir, pero lo hizo de todos modos.

—Si es una prueba, entonces estoy seguro de que fracasaré.

Ethan cerró los ojos como triste respuesta.

—Estamos *muy cerca*, Jayadeep.

Fue casi un susurro.

El Fantasma asintió. Él también ansiaba ver el artefacto. Durante años había soñado con ser testigo de su resplandor sobrenatural. Pero por otro lado…

—Ese artefacto no puede ser nada más que una baratija. Ni siquiera los Templarios saben algo sobre su verdadero potencial.

—Los manuscritos son crípticos. Eso es lo que se pretende con ellos. Han sido transmitidos a lo largo de los años así que nuestros antepasados debían de creerse más listos que nosotros.

—Sí. Eso es lo que él dijo, más o menos.

—Qué perceptivo por su parte. Quizá también destacó que, baratija o no, los poderes actuales del artefacto son menos importantes que la percepción de su valor. Sí, es cierto que lo que yace bajo la tierra tal vez sea una antigua chuchería adecuada para algo tan poco devastador como cautivar a ancianas damas y a niños impresionables. Pero durante siglos

Asesinos y Templarios han luchado por los artefactos, y todos hemos oído historias sobre su gran poder: el diamante Koh-i-Noor, la fuerza sobrenatural desatada por la manzana de Al Mualim… Es posible, quizá, que esas historias se hayan ido exagerando a medida que se contaban. Después de todo, ninguno de esos artefactos ha sido nunca tan poderoso para demostrar ser decisivo en la guerra. Y los manuscritos son tan buenos a la hora de exagerar su efecto como difíciles de comprender.

—Mis padres…

—Tus padres son un ejemplo aparte, haciéndote saltar en sus rodillas, llenando tu cabeza con cuentos de artefactos de increíble poder. —Miró hacia El Fantasma, y este le devolvió la mirada, incapaz de creer lo que estaba escuchando, y soltó una risa seca—. Evie es como tú. Está fascinada con la idea de los artefactos, al igual que tú estabas fascinado por ese estúpido y maldito diamante.

El Fantasma se comió su rabia, sin decir nada.

—Es la fascinación que conlleva, ¿no lo ves? *La idea de ello*. Ahí es donde reside el poder como talismán del artefacto. Asesinos o Templarios, todos estamos en el mismo negocio de vender ideas a las masas, y todos creemos que nuestras ideas son las que salvarán al mundo, pero tenemos en común una cosa, y es el conocimiento de que esos artefactos contienen secretos de la Primera Civilización. Mira a tu alrededor… —indicó señalando la falsa fachada en la que estaban sentados, el túnel por el cual los trenes subterráneos, *trenes subterráneos*, viajarían muy pronto—. Tenemos el vapor. Muy pronto tendremos la electricidad. El mundo está avanzando a una velocidad prácticamente inimaginable, inconcebible. El siglo XX está casi encima y representa el futuro, Jayadeep. La tecnología empleada para construir puentes, túneles y ferrocarriles…, esa misma tecnología se utilizará para crear armas de guerra. Ese es el futuro. Y a menos que quieras ver al hombre esclavizado por la tiranía y el totalitarismo, entonces necesitamos ganar ese futuro para nuestros hijos y para todas las generaciones venideras, que algún día se sentarán con sus libros de cuentos y leerán sobre nuestras hazañas dándonos las gracias por habernos negado a entregarlos al despotismo.

»En otras palabras, Jayadeep, necesitamos vencer a toda costa. Y eso significa que mates a Pearson y que la misión continúe hasta que hayamos recuperado el artefacto.

Fue todo un discurso. El Fantasma dejó que penetrara en él.

Y luego dijo:

—No.

Ethan, furioso, se puso en pie de un salto.

—¡Maldito seas, hombre! —rugió, demasiado fuerte para la quietud de la noche. Entonces se mordió la lengua y se apartó del foso de vapor para mirar irritado y sin ver la falsa fachada de ladrillo de la casa.

—No puedo matar a un hombre inocente a sangre fría —insistió El Fantasma—. Sin duda, después de todo lo sucedido, ya lo sabía, ¿no? ¿O es que su deseo por el artefacto le está volviendo tan ciego a la verdad como lo estaba mi padre?

Ethan se volvió y señaló:

—Él no era el único que estaba ciego, mi querido muchacho. Tú mismo creíste estar preparado, según me parece recordar.

—Ahora me conozco mejor. Y sé que lo que me está pidiendo sencillamente no puedo hacerlo.

Tenía la voz entrecortada, y Ethan se ablandó al ver al muchacho tan hundido en la desesperación: un chico criado para matar por su causa pero incapaz de hacerlo. Una vez más pensó: qué triste mundo y qué obsceno estado de cosas, cuando lamentamos la incapacidad de un hombre para matar.

—Informa a Cavanagh de que planeas utilizar una cerbatana. Puedes decirle que aprendiste a usarla en Bombay.

—Pero maestro, no puedo matar a un hombre inocente.

—No tendrás que hacerlo.

49

Bien avanzada la tarde y conteniendo el aliento, Evie Frye estaba agazapada ante la puerta del estudio de su padre mientras este conversaba con George Westhouse; los hombres hablaban en voz tan baja que apenas podía oírlos a través de la puerta. Se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja mientras trataba de escuchar.

—Mañana entonces, Ethan —estaba diciendo George.

—Sí, mañana.

—Y si todo va bien, entonces el artefacto…

—Ellos dicen estar muy cerca.

—Bueno, la lógica indica que así debe ser. Después de todo, el túnel está construido.

—Hay docenas de túneles de servicio, conductos de alcantarillado cuyo trazado ha habido que modificar y tuberías de gas todavía por instalar. Aún queda mucha excavación por hacer. Además, ¿quién dice que el reventón de la alcantarilla en Fleet Valley no fuera obra suya?

—Muy cierto…

Justo entonces se oyó una llamada en la puerta principal del piso de abajo que sobresaltó a Evie, haciendo que se levantara rápidamente, ligeramente desorientada, antes de alisarse el vestido y atender a la puerta. No tenían sirvientes. Ethan no lo hubiera permitido, creyendo que la sola idea de mantener criados iba contra todos los principios de su credo. Y así fue como la joven Evie Frye respondió personalmente a la puerta principal.

Allí, en el escalón, había un joven indio vestido con un traje marrón. Era apuesto, pensó, y sin embargo había algo en él que contrarrestaba su buen aspecto, una expresión salvaje y atemorizada que clavó en ella,

contemplándola desde los grises peldaños más bajos con ojos que realmente no la veían. Aun así, cuando sacó una carta dijo su nombre. «Evie Frye».

Ella la tomó, era un pliego de papel doblado. En la solapa estaba escrito: *A la atención de Ethan Frye*.

—Dígale que Ajay ha venido —dijo el hombre en el umbral, al tiempo que se daba la vuelta para marchar—. Dígale que Ajay dice que lo siente y que le verá en la próxima vida.

Desconcertada, Evie se alegró de poder cerrar la puerta al extraño y angustiado hombre, y luego se precipitó hacia la habitación de su padre.

Un segundo más tarde toda la casa era un puro alboroto.

—*Jacob* —llamó Ethan, mientras salía del estudio como una exhalación con la mano extendida, a la vez que se ajustaba la hoja oculta—. Coge tus armas, vienes conmigo. Evie, tú también. George, vamos, no hay tiempo que perder.

Había desplegado la carta en un arranque de pánico, solo para encontrar una nota escrita en código que no tenían tiempo para descifrar. Pero Ajay, el hombre de la críptica disculpa… Sin duda no podía ser el mismo Ajay que hacía guardia en La Oscuridad. Porque si ese hombre estaba en Londres, entonces Ethan debería haber sido informado… Pero una vez más, ¿qué otro podía ser?

Los cuatro salieron precipitadamente a la calle, Ethan aún atándose el cuchillo, sosteniendo su revólver y echándose la túnica a los hombros a la vez. Los dos niños emocionados ante la visión de su padre en acción.

—¿En qué dirección se ha marchado, cariño? —preguntó Ethan a Evie.

Ella se lo indicó.

—Hacia Broadway.

—Entonces estamos de suerte. Hay trabajos de alcantarillado en Broadway; tendrá que girar por Oakley Lane. Evie, Jacob, George, id tras él. Con un poco de suerte creerá que George soy yo y no sospechará que he atajado por otro camino para adelantarle. Marchad. *Venga*.

Los dos jóvenes Asesinos y George partieron en dirección a Broadway. Ethan corrió hacia un muro que pertenecía al vecino de enfrente, y con un salto y un rápido taconeo de sus botas, casi como si estuviera pateando el muro en el aire, estuvo en lo alto y luego en el otro lado.

Frente a él se extendía el jardín, y al examinarlo, experimentó un leve momento de involuntaria envidia de jardinero. Siempre se había preguntado qué tamaño tendría el jardín de los vecinos y ahí estaba la respuesta. Más grande. Dos veces el tamaño del suyo. Manteniéndose en las sombras, recorrió su perímetro y al llegar al fondo, donde ni siquiera los jardineros se atrevían a adentrarse, sacó su hoja oculta para abrirse paso entre la maleza. Sucumbiendo al follaje, al fondo, había un muro, pero lo escaló fácilmente antes de dejarse caer a un callejón al otro lado.

Todo estaba tranquilo. Solamente la eterna presencia del goteo del agua. Se esforzó por escuchar, captando los lejanos sonidos de la ciudad a su alrededor, hasta que lo distinguió, un ruido rítmico, distante, de pies corriendo a su derecha.

Excelente. Ethan se puso en marcha, moviéndose sigilosamente a lo largo del callejón hasta el final, y entonces aguardó en las sombras, volviendo a escuchar. El ruido de pisadas estaba ahora más cerca. Bien. Ajay había visto a sus perseguidores y había emprendido una acción evasiva. Toda su atención estaría concentrada en lo que le llegaba por detrás.

Un desagüe, un ladrillo suelto, una cornisa, y entonces Ethan se encontró en el tejado del edificio adyacente, su silueta recortándose contra el cielo iluminado por la luna pero sabiendo que su presa difícilmente miraría hacia arriba. Estaba prácticamente encima de los pasos que ahora corrían por el callejón debajo de él y, a toda velocidad, se desplazó hacia delante, llegando hasta el extremo del edificio y luego saltando al inclinado tejado del siguiente.

Aplastándose contra las pizarras, bajó la vista a la calle de debajo y observó cómo una figura con traje marrón corría por el callejón, lanzando una mirada hacia atrás al mismo tiempo.

La túnica de Ethan ondeó cuando se deslizó por el borde del tejado y luego se dejaba caer contra el adoquinado, donde tomó asiento en una caja de madera, descansando su barbilla en su mano mientras aguardaba la llegada de Ajay.

50

Ajay no vio nada hasta que fue demasiado tarde, y entonces algo captó su atención obligándole a detenerse en seco. Siendo como era un antiguo Asesino, aún pensaba como tal, e instantáneamente valoró la situación y sacó su kukri mientras corría, tomando nota de la posición y postura de Ethan Frye, de su cuerpo relajado, su mano principal colgando de un costado. Y al ver a un oponente tan relajado y tan vulnerable al que atacar por su lado débil, fue hacia ese costado al que dirigió su ataque, rápido y, si sus cálculos eran correctos, también decisivo.

Pero, por supuesto, sus cálculos no eran correctos. Estaban basados en suposiciones que Ethan ya había anticipado, y cuando el kukri de Ajay centelleó en su dirección, la mano del hombre mayor surgió desde debajo de su barbilla, su hoja activándose en ese mismo segundo. Se escuchó el entrechocar del acero cuando la espada de Ajay fue bloqueada en el aire, y luego un grito de dolor cuando Ethan completó su movimiento con un corte descendente que desgajó la mitad de la mano de Ajay y le hizo soltar el arma.

El kukri cayó sobre el empedrado, junto con un trozo de la mano de Ajay. En medio del dolor, y desorientado como estaba, actuó por instinto, esquivando y girando y dando un puntapié a su espada hasta el fondo del callejón mientras se agachaba para evitar otro ataque.

Ethan se puso en pie y avanzó varios pasos, aún recuperándose del choque de haberle reconocido —*Ajay, se trataba de Ajay, ¿cómo demonios había llegado allí?*—, justo cuando el otro hombre, tambaleándose, alcanzaba su arma. La mano herida y sangrando apretada contra su pecho, mientras con la otra conseguía recuperarla del suelo de adoquines.

—Esta es una lucha que ya no puedes ganar —dijo Ethan.

Los otros tres habían aparecido en el callejón por detrás y Ajay escuchó, volviéndose para confirmar cómo su salida quedaba bloqueada para luego volver la vista y enfrentarse de nuevo a Ethan, sabiendo, sin duda, que todo estaba perdido.

—¿Por qué te has presentado en mi puerta? ¿Por qué me has atacado? —Ethan dio dos pasos desafiantes hacia él—. No quiero tener que hacerte más daño, pero lo haré, si es preciso.

Una vez más, Ajay miró hacia atrás y de vuelta a Ethan, y entonces se irguió echando los hombros hacia atrás, y en un último y desdichado gemido que borboteó desde algún lugar de su dolor interno, contestó:

—Lo siento. Lo siento por ti y lo siento por Kulpreet, y lo siento por todo lo que he hecho.

Y entonces llevó la hoja hasta su cuello y se rajó la garganta.

51

Más tarde, cuando los niños subieron a acostarse con la imagen aún fresca en sus cabezas de un hombre ahogándose y gorgoteando, pintando los adoquines de escarlata con su propia sangre, George y Ethan se retiraron al estudio. Ambos estaban conmocionados por lo sucedido y abrumados por todas las preguntas para las que no tenían respuesta fácil, y así fue como se bebieron dos vasos del mejor *whisky* escocés de Ethan antes de que ninguno de los dos pudiera pronunciar palabra.

(Algo que, habiéndose deslizado desde el piso de arriba, Evie estaba preparada para escuchar…).

—Un nuevo desarrollo entonces —dijo George.

—Podrías llamarlo así.

—Pues es un maldito lío.

Ethan miraba al vacío. Estaba pensando que, lo primero de todo, era enviar un mensaje a Amritsar. Decirles que podían echar de menos a un Asesino, y averiguar qué noticias tenían de Kulpreet.

—Mirándolo por el lado bueno —dijo—, supongo que esto ha preparado a los gemelos para su bautismo de sangre.

George soltó una risa amarga cuando los ojos de su amigo regresaron a él.

—Esta carta —levantó el documento—, ¿te parece que la descifremos?

Poco rato después, estaban sentados ante la mesa del estudio con el documento y varios libros de códigos Asesinos abiertos frente a ellos. Y la traducción. La nota de Ajay decía así: *Posición comprometida, deben abortarla. Un amigo*.

—«Un amigo» que está tendido ahí fuera en alguna parte no muy lejos de Oakley Lane.

George dejó la carta a un lado. El cuerpo pronto sería descubierto. Los dos Asesinos esperaban escuchar en cualquier momento el reconocible traqueteo de los carruajes de la policía.

—Ese hombre de ahí fuera murió de vergüenza —afirmó Ethan.

Afuera, Evie escuchaba agazapada pensando en Ajay, que había muerto de vergüenza. Sabía por sus lecturas que en los anales de los Asesinos hubo otro, Ahmad Sofian, que se había quitado la vida por los mismos medios y razones similares.

—Vergüenza. En efecto. Eso parece —estaba diciendo George—. Un traidor al credo. Pero ¿cuánto le habrá contado al enemigo? ¿Qué podía saber? Tú siempre has sido muy escrupuloso con la información que me dabas; no puedo imaginar lo que les habrá contado.

—Digámoslo de otro modo, George, si tú y Ajay hubieseis estado juntos entonces, tal vez, estarías en posesión de la mayoría de los hechos. Pero ¿estando el uno sin el otro? No hay posibilidad.

—Aun así, debes informar a tu Fantasma de inmediato.

Ethan se mordió el interior del carrillo, pensativo.

—No estoy seguro. Conozco al Fantasma. Él peca siempre de cauteloso y abortará la misión.

—Bueno, eso es lo que la nota sugiere que hagas. —George se inclinó hacia delante, su rostro nublado por la incomprensión—. No estoy seguro de creer lo que estoy oyendo, Ethan. Si informas al Fantasma y él decide continuar con la operación, entonces él es culpable, en el mejor de los casos, por desobedecer a la jerarquía y ser un optimista peligroso y, en el peor, por tener tendencias suicidas. Pero si la aborta estará haciendo lo correcto; siguiendo el curso de acción que nosotros recomendaríamos si estuviéramos pensando con la cabeza y no con nuestros deseos. En cualquier caso, debemos decírselo para que pueda escoger.

Ethan sacudió la cabeza. Su mente había tomado una decisión.

—Confío en El Fantasma. Confío en que sabrá cuidar de sí mismo. Y sobre todo, confío en que recupere el artefacto.

—Entonces también debes confiar en que tome las decisiones adecuadas.

—No, George. Lo siento, no puedo hacer eso.

A lo lejos se oyó el familiar tintineo de las campanillas de los vehículos de la policía.

52

Y entonces llegó el día. Un día de gran excitación. El Ferrocarril Metropolitano había publicado un anuncio en los periódicos de la tarde del día anterior en el que se explicaba que esa noche se iniciaba una nueva andadura para el ferrocarril: Charles Pearson iba a realizar un trayecto en el reabierto tramo de la línea entre King's Cross y Farringdon. Y no solo eso, sino que realizaría el viaje en *un coche cerrado* que, se decía, era el último grito de lujo en ferrocarriles subterráneos. Otros dignatarios del ferrocarril estarían presentes, añadía la noticia, y los miembros del público quedaban también invitados a presenciar esa gran ocasión, siempre que se quedaran en el lado correcto de la valla.

Y el público acudiría. A pesar de que la excavación había convertido sus vidas en un infierno viviente de ruido y lodo, cerrando calles y negocios; a pesar del hecho de haber causado que miles de londinenses, ya golpeados por la pobreza, se hubiesen quedado sin techo, sin que al parecer hubiese tenido un impacto visible en las vidas de los acomodados, y a pesar del hecho de haber superado en más de un año el calendario previsto, y que el coste estimado ascendiese ahora a 1,3 millones de libras.

Acudirían.

Un equipo de carpinteros había sido empleado para construir un tramo de escalones que bajara hasta el hoyo en King's Cross. A diferencia del viaje inaugural de Gladstone desde Bishop's Road, cuatro meses atrás, la estación subterránea de King's Cross aún debía ser construida. Se edificaría el año siguiente como un edificio anexo a la estación de la línea principal, de diez años de antigüedad, con voladizos en cada uno de los extremos, así como pabellones cubiertos y barandillas. Lo que ahora eran unos simples

cortes en el talud, que actuaban como puntos de embarque improvisados, serían transformados en adecuados andenes con escaleras, despacho de billetes, quioscos adosados a los muros y pasarelas en cada extremo.

Pero, por el momento, era poco más que un feo agujero en el suelo, y para acomodar a los altos directivos del ferrocarril y a sus esposas, se construyeron peldaños, y los laterales se taparon con tableros para semejarse lo más posible a un andén en condiciones, y en lugar de las balizas que los hombres utilizaban para trabajar de noche, había lámparas colgadas a lo largo de la parte alta de la trinchera, así como dentro del hoyo.

Todo se sumaba al aire de celebración. Cuando la campana sonó tres veces a mediodía fue para señalizar el cambio, pero en esta ocasión no había otro turno esperando para entrar. Los hombres habían recibido permiso para marcharse. Por supuesto, podían quedarse y observar siempre y cuando se mantuvieran en el lado correcto de la valla, pero también se les permitió que pasaran su tiempo libre bebiendo cerveza en tabernas como La Gallina en Escabeche, La Naranja Curiosa o El Sol Naciente, o que se marcharan con sus familias; como ellos prefirieran. En cualquier caso, por primera vez en dos años no se escucharía el clamor de herramientas en el noroeste de Londres, ni el traqueteo de los motores de vapor, ni el balanceo de los baldes de cuero silueteándose contra el horizonte. Ni tampoco el constante rechinar del transportador.

Y no es que los peones estuvieran ausentes de la excavación.

—Queremos que los jefazos vean a los trabajadores apropiados, no a esa maldita chusma —había dicho Marchant, y así un escuadrón de «supuestos» trabajadores había sido reclutado.

A primera vista, el nuevo grupo de treinta o cuarenta peones parecían dar el pego mientras se congregaban en el lugar como se suponía que solía hacer un peón habitualmente, pero una mirada más atenta revelaba que estos eran más aseados y más serios que sus equivalentes ordinarios. Y lo que es más, mientras aguardaban esperando la llegada de las autoridades, no hubo ni bromas ni risas, nada de holgazanear o quitarse las gorras unos a otros u organizar improvisados partidos de críquet. El Fantasma sabía que esos peones de aspecto tan poderoso eran algo más que simple decoración. Eran hombres de los Templarios.

Y a medida que el día se convirtió en noche supo también otra cosa. No solo no podría quitar la vida a un hombre inocente, sino que tampoco podía permitir que se la quitaran.

53

Abberline había oído lo del recorrido de exhibición, pero decidió volver primero a su casa para ver a Aubrey.

—¿Crees que podrás venir? —le preguntó.

—No, Freddie, pero tú date una vuelta si lo tienes decidido. Saluda a la vieja banda de mi parte. Irás de uniforme, ¿verdad?

Abberline bajó la vista para mirarse.

—Supongo que nuestros amigos tendrán cosas más importantes en mente que intentar buscarme. Además, como policía podré abrirme paso más fácilmente entre la multitud. Todavía quedan algunos que tienen respeto a la ley. Ah, y una cosa más.

Abberline extrajo del cajón de su buró un catalejo naval que desplegó y luego cerró con un satisfactorio clic.

—Creo que tal vez lo necesite —declaró, y tras decirlo se marchó a la suave tarde de septiembre, sintiéndose un poco culpable por dejar a Aubrey, la verdad sea dicha; después de todo, no había pasado tanto tiempo desde que él, Abberline, había sido el que cavilaba deprimido, con Aubrey haciendo todo lo posible para sacarle de esa situación. ¿Y cómo estaba él devolviéndole ese favor? Precisamente. No lo estaba haciendo. Estaba en la calle contemplando boquiabierto a los peces gordos que hacían trayectos en tren cuando debería estar investigando lo que Cavanagh se traía entre manos. Algún fraude, suponía, o algún tipo de malversación o estafa. El problema era no saber: no saber cómo hacer para que Aubrey pudiera reunirse con su familia sin correr peligro.

Perdido en sus pensamientos, emprendió el camino a lo largo de una calzada atestada de tráfico donde el aire parecía crepitar con el constante

estruendo de caballos y carruajes. Pasó un ómnibus, abarrotado de hombres en el piso superior, y a Abberline sus sombreros de copa le recordaron a chimeneas. A lo lejos, altos conductos de humo envenenaban el East End expulsando tiras de espesa niebla oscura.

Tal y como había vaticinado, una nutrida multitud se agolpaba ya en King's Cross y se alegró de llevar su uniforme de policía mientras se abría paso a codazos hasta la valla que rodeaba la excavación. «Hipócrita —pensó—. Te falta tiempo para valerte de tu estatus cuando te conviene». A su alrededor podía verse el habitual gentío atraído por semejantes acontecimientos: familias con niños en los hombros de sus padres, turistas, hombres trajeados y mujeres con sombrero, sumándose al aire general de expectación. Abberline los rebasó, sus manos aferrándose a la valla y sintiéndose como un hombre encarcelado mientras miraba hacia la excavación.

El aspecto distaba mucho de ser el habitual. Donde solía estar el foso, ahora podía distinguirse una nueva estructura de madera con escalones que llevaban hacia abajo. Toda la excavación había sido acicalada. Vagones y carros estaban pulcramente alineados en el extremo más alejado de la obra, y no había montañas de escombros esperando su turno para ser recogidos. Solamente un barrizal convertido en una vacía explanada, una serie de fanales encendidos que proporcionaban luz, y luego la zanja propiamente dicha, donde se habían colgado faroles de tal modo que parecía casi bonita, como una atracción de feria.

Y en cuanto al túnel, estaba en su mayor parte tapado. Lo que durante mucho tiempo no había sido más que una zanja en la tierra, ahora era una auténtica línea de ferrocarril. Eso era todo, excepto un pequeño tramo cercano a los recién construidos escalones, que esperaba el proceso de ser cubierto. Salvo ese punto, Abberline estaba contemplando una verdadera línea de tren subterráneo.

Y ahí estaban los hombres que lo habían hecho posible: varios jefazos del Ferrocarril Metropolitano a los que no reconoció, así como algunos rostros familiares: Cavanagh, Marchant, dos de los gorilas, Smith y el Otro Hardy (y eso daba que pensar: ¿dónde estaba el tercero, el encantador Hardy?). Una cosa debía reconocer a esa escoria asesina, pensó. Cualquiera

que fuese su negocio, cualquiera que fuese el chanchullo que se traían entre manos, cualquiera que fuese el crimen que hubieran cometido en nombre del ferrocarril subterráneo, lo habían conseguido. Habían logrado construir esa cabronada.

Con ellos se encontraba el muchacho indio, Bharat Singh. Abberline sacó su catalejo y enfocó ese rostro apuesto e implacable. Había algo diferente en él, pensó el polizonte. Sus ojos parecían moverse nerviosos. Abberline mantuvo el catalejo en su ojo mientras, una vez hechas las presentaciones, el grupo comenzaba a avanzar por la explanada en dirección a los nuevos peldaños; los hombres de la compañía del ferrocarril rompieron en una salva de educados aplausos mientras pasaban.

El grupo alcanzó los escalones, pero antes de descender tuvieron que saludar a una cuadrilla de capataces. Charles Pearson y su mujer fueron conducidos hacia delante. Hubo más apretones de manos mientras eran presentados a los capataces por Bharat Singh.

Cuando aquello terminó, Cavanagh dio las gracias a los capataces y estos se marcharon, gorras en mano. Bharat se dispuso a alejarse también, para seguir a los capataces, pero Abberline vio cómo Cavanagh alargaba una mano, agarraba a Bharat por el brazo y, en su lugar, le conducía a las escaleras.

Y entonces desaparecieron. Los capataces con las gorras quitadas se marcharon, los peces gordos del ferrocarril empezaron a consultar sus relojes, aguardando su turno, y la línea de peones se quedó donde estaba —como una guardia de honor, o quizá solo una guardia— mientras se hacía un extraño silencio. Hasta que desde el túnel se escuchó el pitido de la locomotora de vapor, y grandes nubes de humo pasaron a través de las planchas de la sección sin cubrir cuando el conductor atizó la caldera de la máquina.

El tren estaba a punto de partir.

Un poco más lejos de la valla, había un recinto donde los carruajes de los peces gordos estaban estacionados. Allí estaban los conductores charlando, fumando en sus pipas o atendiendo a sus caballos.

No había nada inusual en la escena, pero a pesar de ello la mirada de Abberline se dirigió hacia allí, su catalejo deteniéndose suspicaz. Por

alguna razón tenía la sensación de haber visto algo fuera de lugar, como si hubiera entrado en una habitación familiar en la que se hubiera cambiado alguna pieza de mobiliario.

Y entonces lo entendió. ¿Cómo demonios no se había dado cuenta antes? De pie junto a la valla, como si tal cosa, había un hombre con una túnica blanca.

54

El Fantasma había visto el futuro. Un futuro en el que era iniciado como Templario, y cuanto más confiaban ellos en él, más cerca del círculo interno estaba, y más valor tenía para los Asesinos.

Lo que significaba que no le dejarían marchar. Incluso cuando su operación concluyese, le obligarían a quedarse, y tendría que hacerlo porque la vida inocente de Charles Pearson habría pagado su viaje al purgatorio.

No estaba preparado para ello, y por ese motivo había decidido que cuando Cavanagh le despidiera, iría al recinto de carruajes tal y como se había planeado y, allí, le contaría a Ethan su decisión. Que estaba fuera.

Desarmaría a Ethan si fuera necesario. Le heriría si hacía falta. Pero debía terminar con todo eso de una vez.

Excepto que Cavanagh no lo había despedido. En su lugar, el director le había conducido hacia los escalones.

—¿Sabes una cosa?, he cambiado de opinión, creo que realmente deberías ver esto.

Y se vio obligado a descender con el resto del grupo.

Él le había lanzado a su jefe una mirada inquisitiva. *Debería estar tomando posiciones*. Pero Cavanagh lo descartó con un rápido gesto de cabeza, como diciendo que no se preocupara. ¿Por qué? Su mente trabajaba a toda prisa. ¿Quedaría tiempo después? ¿Cuál era el juego que Cavanagh estaba siguiendo? ¿Formaba todo eso parte de la prueba en curso para comprobar la valía del Fantasma?

¿O se trataba de otra cosa?

En el improvisado andén esperaba una locomotora y dos coches. El grupo avanzó hacia el primero y Cavanagh precedió el paso al interior.

—Como pueden ver, nuestro nuevo coche es más cómodo —declaró Cavanagh, recibiendo a los Pearson con una floritura—. Compartimentos y reposabrazos en primera clase hacen imposible el hacinamiento, mientras que las sillas tapizadas de cuero son muestra de que, incluso en segunda clase, los pasajeros disfrutarán de las mayores comodidades de todos los tiempos.

—Pero no hay ventanas —advirtió la señora Pearson con un leve matiz de pánico en su voz.

—Ah, sí —exclamó Cavanagh—. Pero las ventanas no son necesarias en un tren subterráneo, señora Pearson. Además, los pasajeros de primera clase tendrán el beneficio del alumbrado de gas. El gas es transportado en largos sacos de caucho de la India dentro de unas cajas situadas en la parte superior de los coches, y cuando arranquemos ya verá cómo la luz de gas proporciona fácilmente suficiente luz para poder leer el periódico matinal.

Ocuparon sus asientos, con los Pearson y Cavanagh en la parte delantera y el resto al fondo, donde una puerta facilitaba el acceso al segundo coche.

Pearson golpeteó excitado los tablones del suelo con la punta de su bastón. El conductor se asomó por la puerta abierta, les mostró el pulgar hacia arriba con una mano enguantada, sonrió a los dignatarios y entonces cerró la puerta y volvió a la locomotora. Las lámparas de gas parpadeaban, pero la oscuridad era mantenida a raya, tal y como Cavanagh había dicho que sucedería.

Con un sonido metálico y un traqueteo, el tren comenzó a moverse.

El Fantasma sentía la mirada de Marchant clavada en él. Smith y el Otro Hardy también le vigilaban. Todos tenían la expresión de hombres hambrientos dispuestos a lanzarse sobre su cena. La ausencia de Hardy —hasta el momento injustificada— comenzaba a inquietarle. Al otro extremo del coche, los Pearson y Cavanagh mantenían una educada conversación, pero El Fantasma no estaba escuchando. Se preguntaba qué perversión se escondía tras la mirada de sus compañeros.

El tren entró en Farringdon dejando escapar un gran eructo de humo. Momentos más tarde, el conductor abrió la puerta para echar un vistazo al interior y comprobar el estado de sus pasajeros, y de paso recibir las felicitaciones por el cómodo viaje por parte del señor y la señora Pearson. Poco después, empezaron a moverse de vuelta a King's Cross, cuando el señor Pearson buscó su reloj de bolsillo para comprobar la duración del viaje.

Pero…

—Mi reloj —exclamó, palpándose el cuerpo pero sin encontrarlo.

El tren continuó la marcha.

—¿Qué sucede, querido? —dijo la señora Pearson. Cavanagh se había inclinado hacia delante fingiendo preocupación. El Fantasma comenzó a sentir un nuevo brote de temor, empezando a desear que el procurador de Londres hubiera guardado en otra parte su reloj de bolsillo, pero sabiendo de alguna forma que había algo más detrás de todo ello, y que, fuera lo que fuese, él estaría implicado.

Ahora todos los ojos de los pasajeros estaban fijos en Pearson, observando cómo se palpaba el vientre.

—No, no. Mi reloj y la leontina definitivamente han desaparecido.

—¿Cuándo fue la última vez que los viste, querido? —Al tratar de hablar en voz alta por encima del ruido de la máquina, la voz de la señora Pearson parecía temblar con el movimiento del tren.

—No puedo recordarlo.

El Otro Hardy habló desde el fondo del coche.

—Lo tenía en el andén, señor —y mostró una sonrisa al Fantasma antes de continuar—. Si no le importa que se lo diga, señor, porque le vi sacarlo y consultarlo.

—Ah, bueno, eso es un alivio, entonces debe de estar allí en alguna parte… —Pearson clavó su bastón en los tablones y se puso en pie un tanto tembloroso, luchando contra el vaivén del tren.

—Charles, siéntate —advirtió la señora Pearson—. Señor Cavanagh, si fuera usted tan amable de pedirle a sus hombres que busquen el reloj…

—Por supuesto, señora.

Mientras Marchant y los gorilas fingían estar buscándolo, la mente del Fantasma trabajaba desbocada tratando desesperadamente de encontrar una solución. Comprobó disimuladamente los bolsillos de su chaqueta, para el caso de que le hubieran colocado allí el reloj, y entonces, alzando los ojos hacia los dos gorilas, captó cómo le dirigían una sonrisa burlona.

No, no le habían colocado a él el reloj. Aún no.

—No, aquí no hay ningún reloj —indicó Marchant, cuidando de mantener el equilibrio mientras apoyaba una mano contra la pared del coche.

El Fantasma se sentó inmóvil como si estuviera observando la escena a través de un cristal. Cavanagh se estaba ateniendo al guion, una imagen de falsa preocupación por el reloj de bolsillo perdido del pobre señor Pearson.

—Entonces debo pedir a los hombres que den la vuelta a sus bolsillos —declaró—. O mejor aún…, que lo hagan con los bolsillos de los otros.

Hicieron como se les pedía. Ejecutaron toda la charada. Ahora, El Fantasma estaba casi rígido por la tensión. Sabiendo adónde conduciría todo aquello pero sin poder hacer nada al respecto.

Sintió un tirón en su chaqueta.

—Oh, Dios, señor —exclamó Smith o tal vez fuera el Otro Hardy, aunque ya nada importaba, porque la trampa se había cerrado—. Creo haber encontrado el reloj del señor Pearson. Estaba en el bolsillo del joven Bharat, aquí presente.

Smith llevó el reloj a Pearson, quien lo identificó y, con una mirada triste hacia El Fantasma, lo metió en el bolsillo de su cadera. Entretanto, Cavanagh se había levantado, el vivo retrato de la furia, un hombre cuya confianza había sido traicionada en las peores circunstancias posibles.

—¿Es eso cierto? —Miró hacia El Fantasma—. ¿Has cogido tú el reloj?

El Fantasma no dijo nada, simplemente le miró, mudo.

Cavanagh se volvió hacia sus invitados.

—Señor y señora Pearson. Les ofrezco mis más sinceras disculpas. Es un insólito precedente. Pondremos a Bharat bajo arresto. Señora Pearson, ¿podría pedirle que uno de mis hombres la acompañe al coche contiguo, lejos de este joven ladrón? Temo que pueda ponerse desagradable.

—Sí, querida —aconsejó Pearson, con la preocupación dibujada en su rostro—. Deberías ir.

Marchant se tambaleó hasta llegar a la altura de la señora Pearson, mostrándole su empalagosa sonrisa mientras extendía su mano para poder acompañarla lejos de la desagradable escena que estaba por llegar. Ella se marchó, dócil como un corderito, lanzando una mirada temerosa y desconcertada al Fantasma cuando pasó.

Ahora estaban solos.

Y entonces, justo cuando el tren entraba en King's Cross, Cavanagh sacó un cuchillo con empuñadura de perla y lo clavó en el pecho de Pearson.

55

Cavanagh abrió la puerta del coche para llamar al conductor, felicitarle por el cómodo viaje y decirle que ahora iban a apearse.

A continuación cerró la puerta de nuevo y se volvió hacia donde Pearson yacía con sus piernas pataleando débilmente mientras la vida se escapaba de su cuerpo. Cavanagh le había clavado el cuchillo directamente en el corazón, empujándolo antes de retirar la hoja, y Pearson no había emitido un solo sonido; en el coche contiguo, su esposa continuaba ignorando el hecho de que el director del Ferrocarril Metropolitano acababa de asestarle una puñalada mortal.

Anticipando que El Fantasma quisiera hacer algún movimiento, los dos gorilas le habían sujetado, reteniéndolo en el asiento. Cavanagh sonrió.

—Oh, Dios mío —declaró—, el joven rufián indio ha matado a Charles Pearson. —Retiró su cuchillo, limpió la hoja en el cuerpo de Pearson, lo enfundó, y entonces miró al Fantasma—. Tú nunca lo habrías hecho, ¿no es así?

El Fantasma le miró, tratando de parecer inescrutable, pero sintiendo que era demasiado tarde para eso.

—«Una cerbatana», eso estuvo bien —continuó Cavanagh—. Me gustó. Cuando me dijiste que querías usar una cerbatana, eso me proporcionó todo lo que necesitaba saber, y también le proporcionó al señor Hardy todo lo que necesitaba saber, por lo que se ha marchado con una cuadrilla de hombres para atrapar y posiblemente matar, no puedo decir en cualquier caso que me preocupe mucho, a tu amigo y a mi enemigo, Ethan Frye.

El tren pareció relajarse cuando la locomotora exhaló su aliento de vapor. El Fantasma pensó en Ethan. El guerrero de nacimiento Ethan,

experto en múltiples situaciones de combate. Pero, a la vez, un descuidado Ethan, propenso al error.

—Él es hombre muerto, Jayadeep, al igual que tú. Ah, eso te sorprende, ¿no es cierto? Que sepa tu nombre. Conozco tu nombre, tus debilidades, sé que tu protector estará aquí para asumir un trabajo que no tienes las agallas de completar. El juego ha terminado, me temo. Has jugado bien, pero has perdido. El señor Pearson está muerto, los Asesinos acabados y yo tengo mi artefacto.

El Fantasma no pudo disimular otra mirada de sorpresa.

—Ah, sí, tengo el artefacto —sonrió Cavanagh, disfrutando del momento—. O debería decir —estiró el brazo para coger el bastón de Pearson— que ahora lo tengo.

Alzó el bastón para mostrarlo y El Fantasma vio que la empuñadura era una esfera color bronce de aproximadamente ocho centímetros de diámetro.

—Aquí está —dijo Cavanagh, y sus ojos echaban llamas, los labios fruncidos sobre los dientes, en una extraña y fea visión de amor a primera vista—. *Este* es el artefacto. Recuperado por los trabajadores unas semanas atrás y regalado al señor Pearson como una muestra de su estima. Al señor Pearson le gustó tanto que hizo de la esfera la empuñadura de su bastón. Pero ahora el señor Pearson camina con los ángeles. Y no necesitará su báculo.

De pie en el recinto de carruajes, Ethan Frye había observado a los dignatarios descender los escalones, y se preguntó por qué se habrían llevado consigo al Fantasma, tratando de apartar una incómoda sensación de que tal vez algo no estuviera yendo bien.

A continuación contempló las grandes emisiones de humo a medida que el tren salía de King's Cross, y esperó mientras este llegaba a Farringdon y volvía, aguardando pacientemente a que emergieran el señor y la señora Pearson, permitiéndose creer que todo iba a salir según el plan. «Lo siento, señor Pearson», pensó, y buscó su cerbatana en el interior de su capa.

Desde las filas de carruajes, Ethan estaba siendo vigilado. Vigilado por un hombre que sacó un cuchillo que brilló a la luz de la luna, y que cuando

sonrió, reveló un diente de oro.

Al acercarse, Abberline vio que no era el único que estaba abriéndose paso hacia el recinto. En medio de la multitud, un grupo de trabajadores se había materializado y también se dirigía hacia allí. Se detuvo y sacó su catalejo, apoyándose en la parte alta de la valla hasta enfocar al hombre de la túnica. No se había movido, ignorante del peligro que se aproximaba, todavía claramente visible y, sin embargo, de algún modo invisible. Abberline advirtió que sostenía algo en un costado y que parecía… Buen Dios, ¿no era aquello una cerbatana?

Ahora desplazó su catalejo para otear entre el montón de carruajes. Los peones aún estaban acercándose, y también…

Abberline contuvo el aliento. Ahí estaba su viejo amigo Hardy. El gorila estaba de espaldas a él, pero indiscutiblemente era Hardy. Siguió observando cómo se dirigía a uno de los trabajadores y le hacía un gesto.

La trampa estaba a punto de cerrarse.

Abberline comenzó a moverse hacia el recinto con más rapidez. Ya no le importaban los hombres con túnica y si luchaban por el bien o por el mal. Lo que le importaba era transmitirle a Hardy un saludo de parte de Aubrey, por lo que empuñó su porra mientras avanzaba entre la multitud y saltaba la valla del recinto. Se abrió paso entre los carruajes aparcados. Una vez más se alegró de llevar su uniforme de policía cuando uno de los peones que se aproximaban le vio acercarse y se dio la vuelta sobre sus talones, fingiendo interesarse en algo detrás de él. Estaba a pocos pasos de Hardy, y el gorila aún le daba la espalda, sin apartar los ojos del hombre de la túnica. Lo que él y el hombre de la túnica tenían en común es que ambos creían ser los cazadores, no la presa, y así fue como Abberline pudo llegar hasta detrás de Hardy sin ser detectado.

—Discúlpeme, señor, pero ¿puedo preguntarle qué asunto le trae hasta el recinto de carruajes?

—*Asunto* —repitió Hardy, volviéndose—. No es de su maldita incumbencia es lo que…

Nunca llegó a pronunciar la palabra «es».

Tal y como sucedió, nunca volvería a decir la palabra «es», porque Abberline le golpeó con la porra con todas sus fuerzas y fue un ataque violento y no uno digno de un oficial de la ley, pero él hacía tiempo que había dejado de pensar como un oficial de la ley. Estaba pensando en las semanas de dolor. Estaba pensando en las cicatrices producidas por unos puños de acero. Estaba pensando en un hombre que había sido dado por muerto. Impactó aquella porra con todas sus fuerzas, y al momento siguiente Hardy tenía la boca llena de sangre y dientes y una cita con el suelo a sus pies.

A su derecha, Abberline distinguió un fornido peón gruñendo mientras se acercaba a él con una cachiporra en la mano. Otros peones también se estaban aproximando, pero a través de los carruajes Abberline pudo vislumbrar al hombre de la túnica, que ahora era consciente de la pelea que se desarrollaba a su espalda y se había girado, en tensión. Al mismo tiempo, el agente sintió cómo la cachiporra del peón impactaba contra su sien y le derribaba, aturdiéndole, sus ojos llenándose de lágrimas y su cabeza aullando de dolor, justo a pocos pasos de donde Hardy estaba incorporándose sobre las rodillas, con su mentón colgando en un extraño ángulo, los ojos llenos de furia y un cuchillo que brillaba en la oscuridad dirigido hacia él.

Abberline rodó sobre su cuerpo, pero entonces se encontró atrapado por las piernas y los pies del peón, alzando la vista para ver al hombre que surgía por encima de él, cuchillo en mano.

—*Es mío* —proclamó Hardy, aunque debido a su herida sonó más como *efío*, pero el peón entendió lo que quería decir y detuvo su mano mientras Hardy, con la parte baja del rostro hecha una máscara de sangre, se tambaleaba hacia Abberline, su codo retrocediendo a punto de asestar la cuchillada.

—*Deténgase* —dijo el hombre de la túnica, y Hardy se paró en seco al sentir el mecanismo de la hoja oculta del Asesino en su cuello.

—Despida a sus hombres —ordenó Ethan.

Escucharon los pasos corriendo de los refuerzos.

Hardy habló, y su voz a través de la mandíbula y los dientes rotos sonó como *disfaren*, pero Ethan Frye supo lo que quería decir, y activó su hoja

que atravesó la garganta de Hardy, emergiendo toda ensangrentada y brillante por debajo de su barbilla. Al mismo tiempo, Ethan sacó su revólver con la otra mano. Un estampido desgarró la noche y el peón que sujetaba a Abberline se dio la vuelta y desapareció. Ethan se giró. Su revólver habló una y otra vez, y nuevos cuerpos cayeron entre los carruajes. Con el primer disparo el pánico se apoderó de la multitud y los gritos asustaron a los caballos. Los cocheros, aterrorizados, se echaron al suelo.

Ethan se había quedado sin munición, pero el ataque se había desvanecido, de modo que se precipitó hasta donde Abberline yacía.

—Soy Ethan Frye —dijo, extendiendo la mano para levantar a Abberline del suelo—. Y al parecer le debo un favor. No olvidaré esto, agente Abberline. A la Hermandad le gusta pagar sus deudas. Ahora, si me disculpa, tengo asuntos urgentes que atender.

Y sin más, saltó la valla y desapareció por encima del lodo hacia la zanja. Los hombres trajeados se dispersaron ante la visión de una figura salvaje saltando sobre las planchas hacia ellos. Y lo más importante, la cuadrilla de peones al borde del túnel también le vio llegar, pero, con solo cuatro de ellos entre él y los escalones, Ethan no pareció demasiado preocupado, y extrajo la cerbatana del interior de su túnica. Mientras corría sacó dos dardos de su cinturón, los colocó entre sus dientes, alzó la cerbatana hasta el primer dardo, la cargó y sopló.

El hombre más cercano cayó al recibir el dardo de punta envenenada en el cuello. Por pura deferencia a Pearson, Ethan había elaborado un costoso veneno que era indoloro y de efecto inmediato. Aparte de un pinchazo en el cuello, no habría sentido nada. De haber sabido que los iba a utilizar sobre Templarios, los habría impregnado con alguna sustancia más barata.

Volvió a cargarlo. Escupió el segundo dardo. Otro hombre cayó. Un tercero sacó un alfanje del interior de su chaqueta y corrió hacia él, mientras maldecía a Ethan. Su boca brillaba por la saliva, pero era lento, y Ethan no se enorgulleció al desviar su primera estocada, anticipando un golpe fácil de esquivar, para luego abalanzarse contra su cuerpo y pincharle a su vez con la espada. Giró rápidamente a un lado para evitar que le salpicara un postrero acceso de tos impregnada en sangre del moribundo, al tiempo que se enfrentaba al último hombre. Este parecía ser más hábil, más rápido, más

problemático. También tenía un alfanje, y de nuevo comenzó con una embestida de arriba abajo que Ethan desvió, intercambiando dos golpes más antes de volver a guardar su hoja.

Los otros peones estaban muy cerca, pero él alcanzó primero la estructura, sin preocuparse propiamente de los escalones, deslizándose directamente por la barandilla de madera hasta que sus botas encontraron las planchas del improvisado andén, y allí ante él estaba el tren estacionado. A primera vista no había nada extraño.

Entonces sintió la tierra moverse. Un ruido sordo. Un movimiento inconfundible. Suficiente para hacerle tambalear. Las vigas del techo del túnel aún sin acabar empezaron a derrumbarse.

En el interior del coche El Fantasma había observado cómo Cavanagh se inclinaba y estrellaba el bastón contra el suelo, arrancando el orbe de la caña, que arrojó a un lado. Sonriendo, el triunfante director alzó el artefacto para inspeccionarlo. Unos ojos codiciosos se pasearon desde el globo de bronce hasta El Fantasma; los dos gorilas lo contemplaron con ojos desorbitados e incluso El Fantasma sintió un estremecimiento de algo indefinible en el aire, como si el artefacto hubiese encontrado a sus adoradores y se estuviese mostrando a ellos. Pensó en espectáculos de luz y profundos conocimientos y comprensión, y entonces vio muerte y destrucción, y grandes explosiones en campos de batalla, y se preguntó qué era lo que él había ayudado a desencadenar sobre el mundo. Su trabajo había sido recuperar ese artefacto. Y en última instancia impedir que cayera en manos del enemigo. Había fracasado.

—¿Podéis sentirlo? —Estaba diciendo Cavanagh. La esfera parecía brillar en su mano y, sí, a menos que todos estuvieran experimentando la misma alucinación, podían sentirlo.

Emitía un zumbido.

Súbitamente, la puerta que daba al coche contiguo se abrió y Marchant apareció, cerrando de un portazo y cortando el acceso de la señora Pearson, la inconsciente señora Pearson, quien sin duda se estaría preguntando cuándo debían apearse.

—Ethan Frye viene hacia aquí —anunció Marchant sin aliento. Al instante las olas de energía que parecían surgir del interior del orbe aumentaron su intensidad.

—*¿Qué?* —dijo Cavanagh.

—La señora Pearson deseaba salir, de modo que abrí la puerta y vi a Ethan Frye en lo alto de los escalones.

—¿Y él te vio?

—Estaba de espaldas. Tenía la espalda hacia…

La puerta del coche se abrió. Al mismo tiempo, como un relámpago, Cavanagh se giró y lanzó su cuchillo, y se escuchó un pequeño grito en el umbral.

«Ethan», pensó El Fantasma. Pero fue el cuerpo del conductor del tren el que cayó dentro del coche.

Todos pudieron sentirlo. La tierra parecía temblar. Hubo un reconocible estruendo y Cavanagh miró hacia el objeto que sostenía, clavando en él una terrible mirada ebria de poder. ¿Fue imaginación del Fantasma o esta pareció brillar con más intensidad, casi jactanciosamente? *Mírame. Mira lo que puedo hacer*.

Y entonces el mundo se desplomó.

56

El deslizamiento provocó que los hastiales próximos se movieran. Y aunque el túnel aguantó, el improvisado techo por encima del tren se fue desplazando hasta derrumbarse, chocando ruidosamente con el coche que había debajo. La cubierta se agrietó y cedió, duchando a los ocupantes del interior con una lluvia de astillas, lo que proporcionó al Fantasma la oportunidad que necesitaba. Se soltó de los gorilas.

—Ethan —llamó, irrumpiendo a través de la puerta en el coche contiguo, donde la señora Pearson estaba sentada gritando aterrorizada con las manos sobre la cabeza y, al ver aparecer al Fantasma, chilló aún más fuerte.

Abrió de un tirón la puerta del coche y dio un salto hasta el andén, casi chocando contra Ethan Frye.

—Matadle —ordenó Cavanagh con una voz que sonó como si hubiera sido arrancada desde los mismos abismos del infierno—. Matadles a los dos.

Los dos gorilas salieron precipitadamente por la puerta, bloqueando el camino por delante, con los peones acercándose por detrás. El Otro Hardy buscó en el interior de su chaqueta, y en su mano apareció un revólver con el que apuntó al Fantasma.

Sin inmutarse, este se enfrentó a él, deseando tener un cuchillo, pero conformándose en su lugar con el endurecido borde de su pie desnudo, pareciendo casi pivotar en el aire, y mientras saltaba, apartó de una patada el revólver lejos, y luego desplazó violentamente la cabeza del hombre hacia atrás con un golpe en el mentón asestado por su pie en el aire.

El arma salió volando y los dos hombres cayeron sobre la plataforma, pero El Fantasma fue el primero en reaccionar, golpeando de nuevo, esta vez en la parte inferior del mentón del Otro Hardy, y escuchando un chasquido en respuesta que significaba que o bien estaba muerto o fuera de combate. En cualquier caso, al Fantasma le era indiferente.

Al mismo tiempo, Ethan tuvo el placer de contar con la compañía de Smith. El segundo gorila había sacado un largo puñal y se abalanzó soltando cuchilladas al azar, sin tener la más mínima posibilidad de superar al Asesino. En efecto, Ethan se apartó astutamente, sintiendo el reconfortante cosquilleo del mecanismo en su antebrazo y su hoja surgir antes de hundirse en el cuello del hombre.

De pronto el temblor de tierra pareció incrementar su intensidad, justo cuando Cavanagh salía del coche hasta el andén frente a ellos. Su cuchillo aún estaba enterrado en el conductor del tren, pero ahora no tenía necesidad de él. No ahora que tenía el artefacto. Este resplandecía y parecía palpitar al compás de los temblores.

A unos seis metros, Ethan y El Fantasma intercambiaron una mirada de pavor cuando Cavanagh sostuvo el artefacto ante ellos, como si se lo brindara a los dioses, y se escuchó un gigantesco gemido de madera cediendo por la excesiva tensión, y luego un súbito incremento del diluvio de restos desde arriba. A lo lejos sonaban los gritos de los espectadores aterrorizados por el repentino terremoto; un terremoto que ahora estaba aumentando en intensidad, en tanto que detrás del luminoso artefacto el rostro de Cavanagh se abrió en una sonrisa maníaca, sus ojos cambiando, hasta que el hombre que había pasado su vida enterrando su humanidad en favor de la ambición y la corrupción ya no tuvo nada de humano.

No había advertido a Marchant moviéndose cerca de él.

No había visto que Marchant había retirado el cuchillo con empuñadura de perla del cadáver del maquinista.

—Crawford Starrick te envía recuerdos —gritó el sicario por encima del estruendo del foso desplomándose a su alrededor, y entonces enterró el cuchillo en la axila de Cavanagh.

Los ojos del director se dilataron por el dolor, la sorpresa y la incomprensión ante el súbito giro de los acontecimientos. Casi de

inmediato, el rítmico pulso del artefacto se desvaneció mientras Cavanagh se desplomaba de rodillas con la parte delantera de su traje brillando oscura por la sangre. Miró primero a Marchant y luego a los dos Asesinos, y entonces cayó hacia delante. Y quizá, en ese momento final, un poco de él mismo regresó, lo suficiente para reflexionar sobre el mal que había hecho, antes de dejar este mundo con un jadeo de asfixia cuando sus pulmones se llenaron y se ahogó en su propia sangre, y El Fantasma confió en que el cipayo sin nombre estuviera allí, en el infierno, para recibirle.

Los peones se arremolinaban en el andén tras ellos mientras Marchant se apoderaba del artefacto y Ethan Frye daba un salto para quitárselo, todo lo cual sucedió en una fracción de segundo, antes de que un trozo de viga desprendida incendiara los depósitos de gas del techo de uno de los coches, y el flamante modelo cerrado de coche del Ferrocarril Metropolitano estallara en llamas.

57

Ethan y El Fantasma saltaron en busca de cobertura, lanzándose al interior del túnel. Tras ellos estaba el fuego, el pandemónium y el estruendo, y luego, después de un momento durante el cual los efectos secundarios de la explosión fueron desapareciendo, escucharon a Marchant gritar a los peones: «¡Cogedlos! ¡Id tras ellos!», y echaron a correr en dirección oeste, de vuelta hacia Paddington.

—Tengo algo que decirte —anunció Ethan mientras corrían. Iban trastabillando entre las vías del tren en medio de una oscuridad absoluta, sus sentidos agudizados guiándoles a lo largo del túnel tan rápido como podían, hasta que se encontraron bajo el foso de salida de vapor de Leinster Gardens, por donde subieron para ponerse a salvo. Tal como esperaban, la banda de peones pasó de largo bajo ellos. Ni siquiera se molestaron en mirar hacia arriba.

Durante un instante reinó el silencio, mientras ambos hombres trataban sin éxito de dar sentido a lo que acababa de suceder.

—¿Qué tiene que decirme? —preguntó El Fantasma, sus hombros subiendo y bajando mientras recuperaba la respiración, temiendo lo que estaba a punto de escuchar.

Ethan suspiró.

—Todo esto es culpa mía —aseguró—. Fui advertido.

—¿Qué quiere decir con «advertido»?

Ethan le contó al Fantasma todo lo de Ajay y vio cómo la tristeza se apoderaba de las facciones del muchacho.

—¿Cómo pudo hacerlo? —dijo El Fantasma finalmente.

Ethan estaba desolado.

—Juzgué que era lo mejor.
—Juzgó mal.
Se hizo un nuevo silencio, roto por Ethan, quien preguntó en voz baja:
—¿Acaso he sido yo el único en cometer un error de juicio? ¿Cómo han sido capaces de identificarte, Jayadeep?
El Fantasma le lanzó una mirada furiosa.
—Todo lo que hice nació del deseo de ayudar al prójimo. ¿No es esa la forma correcta? ¿No es esa la forma de los Asesinos?
—Lo es. Pero si te disculpas en esos términos, entonces también deberás disculparme a mí, porque hice lo que pensé que sería mejor para *todos* los hombres.
—Usted estaba tan obsesionado por el artefacto como él.
—De ser así, entonces estaba obsesionado por asegurarme de que no caía en las manos equivocadas, y ahora que lo hemos visto en acción, sé que estaba en lo cierto.
Al Fantasma le habían prometido desde niño que el artefacto produciría espectáculos de luces o resultaría ser un bonito talismán. En su lugar, había presenciado algo totalmente diferente.
—Bueno, ahora está en las manos erróneas —constató.
—No por mucho tiempo.
Desde más abajo les llegó un grito.
—Vamos, colegas. Tenemos que llegar al túnel.
—La costa pronto estará despejada —aseveró Ethan, tamborileando con las manos en la tierra por la frustración—, pero a estas alturas el artefacto debe de estar a medio camino de llegar hasta Starrick.
El Fantasma no estaba escuchando. Que Ethan se concentre en sus artefactos. Eso ya no le interesaba. Estaba pensando en la orden que acababan de escuchar. «El túnel». Los Templarios sabían de la existencia de Maggie, sabían que ella era un medio de llegar hasta él, y a través de él hasta Ethan, y quizá poseer el artefacto ya no fuera suficiente. Trataban de aplastar también a los Asesinos.
—Tengo que ir en busca de Maggie.
—Tengo que ir en busca del artefacto —dijo Ethan—. Al igual que tu conciencia te dicta marchar al túnel, yo debo ir allí.

—Entonces vaya tras su precioso artefacto —repuso El Fantasma, y ambos se levantaron para ponerse en marcha.

Había una distancia de casi diez kilómetros desde Leinster Gardens al Túnel del Támesis, sin contar con que los Templarios le llevaban ventaja y viajaban en carruaje, pero El Fantasma era rápido y decidido, y conocía bien el camino, de modo que logró hacerlo en menos de una hora.

Aun así, llegó demasiado tarde. Los furgones ya estaban desplegados alrededor del vestíbulo octogonal de mármol que conducía al túnel. Había figuras arremolinándose, algunas de ellas sosteniendo antorchas y lámparas de aceite. Vio otras siluetas corriendo, escuchó gritos y el sonido inconfundible de cachiporras y porras siendo utilizadas con furia y los gritos de dolor en respuesta. Los residentes del túnel estaban acostumbrados a que su refugio fuese invadido, pero no con tanta violencia, no con tanta maldad o con un único propósito en mente.

¿Qué propósito?

Llevarse a Maggie.

Pero él no iba a permitirlo. En esto no iba a fallar.

Reinaba el pandemónium, pero a través del bosque de siluetas El Fantasma distinguió al Otro Hardy. El último gorila superviviente estaba junto a un carruaje con su revólver en una mano y la otra sobre su rostro herido, gritando órdenes.

—Traed a la mujer, traed a la vieja.

No había señales de Marchant, y El Fantasma supuso que Ethan tenía razón: el artefacto estaba de camino hacia las manos de Crawford Starrick. «Te deseo la mejor de las suertes, Ethan. Has hecho tu elección».

Corriendo y sorteando una serie de escaramuzas menores en el exterior, El Fantasma irrumpió en el vestíbulo octogonal. Allí, junto a la garita del vigilante, la conmoción se hallaba en su punto álgido. Distinguió el cabello gris de Maggie en medio de una masa de cuerpos, algunos de ellos habitantes del túnel, otros de la banda de los gorilas. Estaba chillando y maldiciendo a gritos mientras los matones Templarios trataban de sacarla de malos modos por encima del torniquete. La gente del túnel trataba de

salvarla, pero estaban mal equipados para hacerlo. Las porras y los cuchillos templarios se alzaban y caían, y los gritos de resistencia se convirtieron en chillidos de dolor que rebotaban en los cristales. El Fantasma creyó vislumbrar al detective privado Hazlewood en alguna parte en medio de la gran masa de gente, pero luego su rostro desapareció. Un segundo después, advirtió que las interpelaciones del Otro Hardy parecían haber cesado y entonces escuchó una voz desde detrás, diciendo:

—Bien, pequeño bastardo…

El Otro Hardy era diestro. Iba armado con un revólver Webley que llevaba en la derecha.

El Fantasma consideró esos dos factores mientras se agachaba y giraba a un tiempo, alcanzando el interior del brazo armado de Hardy, satisfecho al oír que el aire se abría a unos quince centímetros de su cabeza, medio segundo antes de que escuchara la detonación. Hubo un grito. Uno de los matones Templarios cayó, un hombre menos que abatir, pensó mientras rompía el brazo de Hardy, buscaba el puñal que colgaba enfundado de la cintura del gorila y luego lo clavaba en su pecho.

El Otro Hardy trató de extender sus manos hacia El Fantasma, sus ojos a apenas unos centímetros, mientras este último observaba cómo la luz de la vida se desvanecía de ellos y experimentaba una oleada de algo que era en parte malestar y en parte desesperación, un gran vacío apoderándose de él al acabar con esa vida.

Maggie le había visto.

—¡Bharat! —chilló desde en medio de la pelea que se desarrollaba tras el torniquete. Los matones Templarios se dieron la vuelta olvidando la conmoción, y vieron al Fantasma dejar a su jefe, que se deslizaba sin vida hacia el suelo de mosaicos, y acercarse para atacarles.

El Fantasma se pasó el cuchillo de una mano a otra, desorientando al primer matón que se abalanzó sobre él. Un hombre valiente. Un hombre estúpido. Murió en cuestión de segundos, y ahora El Fantasma tenía dos armas, el puñal y el alfanje, y usó ambas para degollar a un segundo atacante, y luego girar, asestando un golpe de revés con el alfanje y abriendo el estómago de un tercero. Era un experto espadachín, hábil en el

arte de la muerte. No obtuvo ningún placer en ello. Simplemente, era un buen ejecutor.

Para entonces Maggie había sido recuperada por la gente del túnel y llevada de vuelta al santuario de las escaleras. Tal vez los matones Templarios se dieron cuenta de que el juego había terminado; o puede que ver a tres de sus camaradas caer tan rápidamente en manos de un muchacho indio descalzo les hubiera hecho comprender que la discreción era la mejor parte del valor; o quizá la muerte del Otro Hardy se llevó el poco ánimo que les quedaba, porque entonces se elevó un grito:

—Hora de marcharse, compañeros, hora de marcharse —y los golpes cesaron a medida que los matones salían del vestíbulo y se dirigían a sus carruajes.

En cuestión de segundos el vestíbulo quedó vacío y momentos después también la zona exterior. El ataque al túnel había terminado.

El Fantasma se quedó unos segundos con los hombros subiendo y bajando mientras recuperaba el aliento. Dejó que el puñal y el alfanje cayeran al suelo con un ruido metálico que reverberó por toda la sala, y luego se dirigió hacia el torniquete, saltando por encima de él para bajar las escaleras.

La rotonda era una masa de gente y se escucharon vítores en su honor mientras descendía.

—¿Maggie? —preguntó a una mujer a la que conocía y esta señaló hacia el fondo del túnel.

—La han llevado al fondo por su seguridad —indicó, antes de robarle un beso y palmearle la espalda.

Los moradores del túnel continuaron con sus vítores mientras atravesaba la rotonda y se adentraba en el túnel, dejando tras él la presión de la gente y la conmoción y excitación de la batalla.

Había decidido que ya no pertenecía a la Hermandad; ni tampoco volvería a hablar con Ethan Frye. Dejemos que los Asesinos y los Templarios se peleen entre ellos. Él se quedaría allí, con su gente. Allí era donde pertenecía.

Un pensamiento cruzó su mente. «La han llevado al fondo por su seguridad».

¿Quién la había llevado al fondo por su seguridad?

Recordó haber visto el rostro del detective privado en medio del caos. Echó a correr.

—¡Maggie! —gritó, precipitándose por el túnel hacia el rincón que compartían, donde ella solía encender una hoguera y repartir caldo recibiendo un legítimo amor como madre del túnel.

Y allí la encontró.

Estaba tendida en el suelo.

Quienquiera que la hubiese matado le había asestado múltiples puñaladas, haciendo jirones su delantal. Su cabello gris de bruja rociado de sangre. Sus ojos, que tan a menudo brillaban con furia, alegría y pasión, ahora eran mates por la muerte.

Habían clavado una nota en su pecho. *Consideramos la deuda saldada*.

El Fantasma cayó de rodillas y sostuvo a Maggie. Tomó su cabeza en su regazo y los moradores del túnel pudieron escuchar sus gemidos mientras lloraba su pena y desesperación.

TERCERA PARTE

RESURRECCIÓN DE LA METRÓPOLI

58

Aterido, calado y sumido en la melancolía, el Asesino George Westhouse tiritaba en una vía muerta en la playa de vías de Croydon. ¿No era una nube sombría la que parecía colgar sobre toda Inglaterra? ¿O solo lo hacía sobre él? Se estaba fraguando una tormenta, pensó. Tanto literal como metafóricamente.

Estaban en febrero de 1868, cinco años y medio después de los desdichados acontecimientos de la línea del Metropolitano. Después de ese fracaso, él, Ethan Frye y El Fantasma se habían retirado. El Fantasma a su recóndito agujero en el Túnel del Támesis, una autoimpuesta prisión de remordimientos y recriminación; George a Croydon para borrar cualquier rastro que pudiera llegar hasta allí; y Ethan para ocuparse de formar a la nueva generación de resistencia Asesina, una sin la carga de desilusión y fracaso que abrumaba a sus mayores. Una generación nueva con nuevas ambiciones y entusiasmo. Una nueva forma de hacer las cosas.

«Qué pena —pensó George— que Ethan no vaya a verla nunca en acción».

Ethan tenía apenas cuarenta y tres años cuando murió unas semanas atrás, tras llevar algún tiempo aquejado de pleuresía. Durante las muchas horas pasadas junto al lecho del enfermo, George había contemplado a su viejo amigo marchitarse como una fruta en la vid.

—Encuentra el artefacto, George —había insistido Ethan—. Envía a Evie y a Jacob a buscarlo. El futuro de Londres reside ahora en sus manos. Los gemelos, tú y Henry sois los únicos que quedáis ya.

—No hables ahora, Ethan —aconsejó George, y se recostó en su silla para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos—. Tú estarás aquí para

guiarnos. Eres indomable, Ethan. Tan irrompible como uno de esos trenes infernales que avanzan pesadamente por Croydon noche y día.

—Eso espero, George, eso espero de corazón.

—Además, el Consejo no ha ratificado ninguna operación en esa zona. Nos consideran demasiado débiles.

—Yo sé cuándo estamos listos mejor que ningún Consejo, y lo estamos. Henry proveerá. Jacob y Evie actuarán.

—Bueno, entonces más vale que te des prisa y te recuperes para informar tú mismo al Consejo, ¿no es así? —le reprendió George.

—Eso haré, George, eso haré…

Pero Ethan sufrió un ataque de tos tan fuerte que el pañuelo de muselina que sostenía en su boca apareció moteado de sangre.

—Hemos estado tan cerca, George… —dijo en otro momento. Ahora estaba aún más débil, volviéndose cada día más frágil—. El artefacto estuvo a apenas unos pasos de mí, a la misma distancia que estás tú ahora. Casi lo tuve.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste.

—Entonces no fue suficiente, porque la operación no salió bien, George. Llevé a cabo una operación fallida.

—Había circunstancias más allá de nuestro control.

—Fallé al Fantasma.

—También él cometió errores. Si los ha aceptado, no lo sé; si sus errores contribuyeron al fracaso de la operación es algo que tampoco puedo asegurar. El hecho es que fracasamos. Ahora debemos concentrarnos en volver a reagruparnos.

Ethan volvió la cabeza para mirar a George y eso fue cuanto este pudo hacer para evitar seguir rememorando todo. Era cierto que los logros de Ethan como Asesino nunca serían celebrados como los de Altaïr, Ezio o Edward Kenway, pero por lo demás había sido un orgullo para la Hermandad, un hombre que incluso cuando estaba descorazonado exudaba sed de vida. Con Ethan siempre tenías la sensación de que en su interior había una personalidad en guerra consigo misma, tirando y empujando a un lado y a otro pero nunca en reposo, siempre buscando el modo de seguir avanzando.

Ahora, sin embargo, la piel que una vez brillaba llena de vida estaba pálida y macilenta; los ojos que habían ardido de pasión, hundidos y mates. Ethan ya no estaba buscando la vida; estaba emprendiendo el largo viaje hacia la muerte.

Primero había padecido la gripe; luego, cuando aquello parecía haber quedado atrás, llegaron los dolores de pecho y una constante tos seca. Cuando comenzó a escupir sangre, llamaron al médico, quien le diagnosticó pleuresía. Benjamin Franklin había muerto de pleuresía, dijo el galeno flemático. Y también William Wordsworth.

Aun así, el médico aseguró a la familia que la pleuresía era una infección del pecho, y mientras el paciente descansara existía la posibilidad de que pudiera ir desapareciendo por sí sola. Muchos de sus pacientes se recuperaban de una pleuresía.

Muchos, excepto Benjamin Franklin y William Wordsworth, eso es todo.

Y tal y como resultó, tampoco el Asesino Ethan Frye. Pues cada nuevo día la pleuresía parecía escribir su destino en su piel de forma más enfática que el anterior, y oírle toser, un ruidoso estertor desde las profundidades de su pecho, que ya no estaba funcionando como debía, resultaba terrible de presenciar. Su sonido desgarraba toda la casa. Ethan había escogido una habitación en el ático: «No quiero ser una carga para los gemelos mientras esté enfermo», había dicho. Pero su tos descendía por las escaleras hasta las plantas inferiores, donde los gemelos compartían su preocupación mordiéndose los labios; los párpados bajos mientras intercambiaban miradas para darse fuerza el uno al otro.

En muchos sentidos la terrible historia de la enfermedad de su padre podía medirse por las reacciones de sus hijos: los ojos en blanco la primera vez que se puso enfermo, como si estuviera exagerando su dolencia a fin de disfrutar de los beneficios de ser servido en bandeja, y luego, una serie de crecientes y preocupados silencios intercambiados cuando resultó espantosamente evidente que no iba a recobrarse en cuestión de días y ni siquiera en semanas.

Después de eso, siguió un período en el que el sonido de sus toses les hacía sobresaltarse y sus ojos se llenaban de lágrimas; y, últimamente,

parecía como si desearan que todo terminase y que el sufrimiento de su padre llegara a su fin.

Él les había limitado las visitas a su dormitorio. Ellos habrían querido estar a su lado noche y día, al igual que en su momento hiciera él con su amada esposa, Cecily. Quizá esa experiencia le había convencido de que el lecho de enfermo de un ser amado no era lugar para pasar los días.

Algunas veces, sin embargo, si se encontraba suficientemente fuerte, les convocaba a su habitación, les decía que borraran la mirada de preocupación de sus rostros (porque aún no estaba condenadamente muerto), y les dictaba instrucciones sobre cómo se debía liderar la nueva vanguardia de resistencia contra los Templarios. Les informó de que había escrito buscando la aprobación del Consejo para cuando llegara el momento de ordenar a los gemelos que entraran en acción.

Ethan sabía que le quedaba poco tiempo. Sabía que estaba abandonando este mundo. Era como un jugador de ajedrez moviendo sus piezas listo para un último ataque que él mismo ya no estaría ahí para supervisar. Pero quería que las cosas estuvieran en su lugar.

Quizá era su modo de corregir errores.

Le enfurecía que el Consejo se negara a darle su bendición; de hecho, el Consejo retrasaba cualquier decisión sobre la situación de Londres hasta que se produjeran unas circunstancias en las que valiera la pena actuar. Debate zanjado.

Una tarde, George le había visitado. Como de costumbre, conversaron durante un tiempo y luego, como de costumbre, George se quedó adormilado en la reconfortante calidez del ático. Se despertó de un respingo, como si un sexto sentido hubiera tirado de él de vuelta a un estado consciente, para encontrarse a Ethan tumbado de lado con ambas manos cruzadas sobre el pecho, los ojos cerrados y la boca abierta, un fino reguero rojo corriendo por su boca hasta las sábanas empapadas de sudor.

Con el corazón consternado más allá de lo imaginable, se acercó al cuerpo, lo recolocó en la cama, subiendo la sábana hasta colocarla debajo de la barbilla de Ethan, y usando su pañuelo para limpiar la sangre de la boca de su amigo.

—Lo siento, Ethan —decía mientras lo acicalaba—. Siento haberme dormido cuando debería haber estado aquí para ayudarte a entrar en el siguiente mundo.

Se había deslizado silenciosamente por las escaleras hasta encontrar a los gemelos en la cocina. Evie y Jacob se habían acostumbrado a llevar su vestimenta de Asesinos, como si supieran que serían ellos quienes llevarían la antorcha a partir de ahora, y esa noche la llevaban puesta, sus capuchas alzadas mientras permanecían sentados uno a cada lado de la desnuda mesa de la cocina, una vela consumiéndose lentamente y goteando sobre la madera entre ellos, en el mismo diálogo de tristeza sin palabras que les había envuelto durante semanas.

Advirtió que se daban las manos, y contempló a uno y otro bajo sus capuchas. Quizá ya lo supieran, quizá habían sentido la misma energía que había despertado a George. Porque entonces volvieron su mirada hacia él, de pie en el umbral de la cocina, y en sus ojos advirtió la terrible certidumbre de que su padre estaba muerto.

No intercambiaron palabra. George simplemente se sentó con ellos y entonces, al despuntar el alba, se marchó a su casa para cumplir con la tarea de notificar al Consejo que uno de los hermanos había caído.

Las condolencias llegaron a la casa, pero de acuerdo con la tradición Asesina el funeral fue un acto sencillo y tranquilo, al que asistieron únicamente George, Evie y Jacob —solo tres personas en duelo—, y un sacerdote que dio sepultura a Ethan. Cenizas a las cenizas, polvo al polvo.

Durante algún tiempo parecieron vivir en una especie de limbo. Hasta que a George le llegó la noticia de que el artefacto del Metropolitano estaba cerca. No tenía tiempo para solicitar la aprobación del Consejo para una operación de recuperación; en cualquier caso, probablemente le habrían exigido información más detallada. Y sabía exactamente cuáles eran los deseos de Ethan. Su amigo se los había comunicado.

Evie y Jacob estaban preparados. Entrarían en acción.

59

Y así, en la playa de vías de Croydon perteneciente a la Fundición Ferris, un oscurecido mundo de locomotoras que vomitaban humo, traqueteo de vagones y chirrido de frenos, George se encontró con los gemelos por primera vez desde el funeral de su padre.

Se quedó, como nunca antes, impresionado por su aspecto: Jacob tenía el carisma de su padre, los mismos ojos que parecían danzar con una mezcla de travesura y resolución; Evie, por su parte, era la viva imagen de su madre. Si acaso aún más hermosa. Tenía una barbilla alta e imperiosa, mejillas pecosas, unos ojos inquisidores exquisitos y una boca carnosa que muy raras veces se abría en una amplia sonrisa.

Jacob llevaba sombrero de copa. La capucha de Evie descansaba sobre sus hombros. Sus ropas sueltas se ajustaban en los lugares precisos; largos abrigos tres cuartos con cinturón que mostraban unos chalecos discretamente acolchados y botas con suelas a prueba de ruido con sutiles punteras de acero. En sus antebrazos la hoja oculta que ambos eran expertos en utilizar (Evie aún más que Jacob, según Ethan), sus manos protegidas por guantes de acero articulados que servían también como puños de hierro.

Mientras el aire crepitaba ante la amenaza de la cercana tormenta, George había observado cómo se movían a través de la playa de vías hasta donde él estaba agachado, detrás de uno de los vagones de tren. Debido a su aspecto y atuendo no se podía esperar encontrar dos figuras más impactantes. Y, sin embargo, su padre les había enseñado bien. Al igual que él mismo fue un maestro en esconderse a plena vista, sus hijos eran también dignos sucesores suyos.

Se saludaron entre sí, compartiendo algo tácito de Ethan. George les había notificado por carta el trabajo que tenía entre manos, advirtiéndoles de las implicaciones. Antes de morir, Ethan había contado muy poco a los gemelos sobre el Fragmento del Edén que había sido el centro de su fallida misión en 1862. Después de todo, no era precisamente un episodio glorioso en la historia de la Hermandad. Sabían que se trataba de un objeto inusualmente poderoso que no debía ser subestimado. Más allá de eso, apenas podía decirse nada antes de que el trabajo comenzara.

Ese sería su bautismo de sangre.

Se agacharon. Jacob, con su sombrero de copa ladeado en su ángulo imposible habitual, era el más presuntuoso. Sus modales solían ser bruscos, su paciencia corta, y cuando hablaba lo hacía con la voz bronca de las calles. Evie era la más reflexiva y culta de los dos. Una suavidad exterior que ocultaba un interior de acero.

—El hierro se carga desde aquí —dijo George señalando el entorno—. El Templario a cargo de todo es Rupert Ferris, nuestro objetivo número uno. El objetivo número dos es *sir* David Brewster, que le ha echado mano a la baratija. ¿Creéis que podréis haceros cargo?

Los gemelos eran jóvenes, ansiosos e intrépidos, y quizá, pensó George, girándose para descubrir que ambos habían trepado hasta la parte alta del vagón, también fueran astutos.

—Señoras y caballeros —declaró con una sonrisa—, los imparables gemelos Frye. Pueden verlos cada noche en Covent Garden.

Evie le mostró una mirada como diciendo que no debía preocuparse.

—George, sinceramente, he estudiado los planos del laboratorio y tengo cada posible ruta cubierta.

—Y yo tengo todo lo que necesito aquí mismo —dijo Jacob, enseñando su hoja.

Se volvió ante el sonido del silbato del tren.

—Jacob… —dijo George.

—Transmitiré tus saludos a Ferris —replicó. Él y Evie estaban observando el tren mientras traqueteaba por la vía muerta hacia ellos. Se agacharon sobre el techo de su propio coche, dispuestos a saltar.

—Evie… —empezó George a modo de advertencia.

—Deja la charla para luego, George, tenemos un tren que coger —respondió Evie, y los dos efectuaron el salto, aterrizando con toda la gracia y el sigilo de unos gatos salvajes depredadores sobre el techo del tren que pasaba. Un saludo con la mano a George y la misión había comenzado.

—Que el credo os guíe, vagabundos —les deseó George, pero no creyó que le oyeran. En su lugar, los observó marchar con una extraña mezcla de emociones: envidia por su juventud, gracia y equilibrio. Y preocupación por que Ethan se hubiera equivocado y los gemelos aún no estuvieran preparados para la batalla. No para una operación de esta magnitud.

Pero, por encima de todo, confiando, confiando en que los dos increíblemente jóvenes Asesinos pudieran cambiar la marea a su favor.

60

—Pobre hombre, está más asustado que nunca. Los años no han sido amables con él. —Dijo Evie a Jacob, gritando por encima del rugido de la locomotora.

—Evie Frye —la reprendió Jacob—, ¿de dónde te has sacado eso?

—Del mismo sitio que tú, Jacob —replicó ella, e intercambiaron una mirada, esa preternatural conexión de sus ojos con la que ambos recordaban y honraban a su madre y a su padre. El conocimiento de que todo cuanto tenían ahora era el uno al otro.

—Diviértete —dijo Jacob. Se estaban acercando a la fundición sobre vías que discurrían a través de oscuros edificios industriales y altas chimeneas escupiendo asfixiante humo, y Jacob hizo rodar su sombrero de copa por su cabeza, lo aplastó y lo ocultó entre sus ropas con un único y bien practicado movimiento mientras se levantaba la capucha. Evie se puso la suya ocultando la cabeza. Estaban preparados.

—No te mueras —le dijo a su hermano, y entonces observó con el corazón en la boca, a pesar de sí misma, cómo se agachaba, las manos en sus costados sobre el techo del tren, los dedos desplegados. Al llegar el tren al nivel de la fundición y el intimidante y oscuro enladrillado se acercó hacia ellos, cuando el coche se inclinó y el tren traqueteaba sobre los raíles, Jacob saltó: otro salto perfectamente ejecutado que le dejó sobre un alféizar de la primera planta del edificio de la fundición. Un segundo más tarde estaba dentro.

Ella le vio alejarse. La próxima vez que supiera algo de él sería a través del estampido de una explosión mientras escapaba de la fundición salpicado con la sangre de Rupert Ferris. Por el momento, sin embargo, ella se

arrodilló sobre una pierna, las manos enguantadas sobre el techo del vagón, el viento azotando su capucha mientras el tren se abría paso por las afueras de Croydon hasta la zona de carga situada más adelante de la línea. Ahí, de acuerdo con los planos que George les había enviado, estaba el laboratorio donde se guardaba el artefacto; donde, suponiendo que la información fuera correcta, *sir* David Brewster estaba trabajando en él. ¿Y qué sabía sobre el objeto? Había información recabada de pergaminos antiguos, por supuesto, pero los manuscritos tendían a ser ligeramente ambiguos. Sin embargo, su padre había llegado a verlo en acción. Les había hablado de cómo resplandecía, pareciendo alimentarse de la energía interior del usuario, transformando algo oscuro y primario en una energía destructiva actual.

—Aparta esa expresión de tu cara, Evie —había añadido Ethan un tanto enojado—. Este no es un objeto que admirar u ocultar. Debe ser tratado con la máxima cautela, como un arma de guerra que no podemos permitir que permanezca en manos del enemigo.

—Sí, padre —había contestado ella obediente. Pero para ser sincera consigo misma, la atracción del objeto superaba su posible peligro. Sí, era algo a lo que temer, que debía ser tratado con respeto. Pero aun así…

La zona de carga a la que se dirigía el tren comenzó a perfilarse aún más grande en el inmediato horizonte, de modo que se volvió y gateó a lo largo del techo del tren hasta llegar a una trampilla. Sus dedos tiraron con fuerza y unos momentos después Evie se dejó caer al interior del vagón. Echó hacia atrás la capucha, se sopló el pelo para apartarlo de su cara e inspeccionó lo que le rodeaba.

Estaba en medio de un montón de cajas de madera, todas ellas marcadas con el rótulo de INDUSTRIAS STARRICK.

Crawford Starrick. La sola mención de su nombre había conducido a su padre a un doloroso ensueño. Él era el Gran Maestro Templario, el hombre que ella y Jacob habían prometido destronar. Sin que importara lo que George dijera. Sin que importara que el Consejo lo aprobara o no, los gemelos habían decidido que el legado de su padre podría respetarse mejor apartando a Crawford Starrick de su posición; recuperando el artefacto, eliminando a sus lugartenientes y trastocando sus prácticas de negocio.

Todos esos eran pasos en un camino que llevaba a la muerte y el deshonor de Crawford Starrick.

Justo entonces, la puerta posterior del vagón se abrió, y Evie buscó cobertura. Un hombre entró: solo una silueta en la oscuridad, precariamente enmarcada contra la puerta abierta. Un hombre corpulento, pensó, y su impresión fue confirmada cuando surgió la chispa de la yesca y él encendió una lámpara para ver en la oscuridad.

—¿Dónde están? —dijo el hombre por encima de su hombro, dirigiéndose a algunos camaradas no visibles—. ¿Dónde están los suministros de Brewster?

Ese era un nombre que reconocía. Brewster. Se acurrucó en las sombras, esperando. Este hombre sería su primera víctima. Su primera muerte de un ser vivo, y flexionó su muñeca, sintiendo el reconfortante peso del mecanismo del guantelete a lo largo de su antebrazo, sus secciones independientes moviéndose fácil y silenciosamente. Se recordó que había sido entrenada para eso. Y al mismo tiempo evocó lo que su padre siempre le había dicho, que ninguna cantidad de entrenamiento podía prepararte para segar la vida de un hombre. «Despojarle de todo lo que había sido siempre y lo que llegaría a ser, dejar a su familia llorándole, desatar una oleada de tristeza y dolor y una posible venganza y rencor que podría perdurar a lo largo de los años».

Su padre sabía cuándo se estaba preparado y entonces se estaba *preparado*.

Y Evie lo estaba, pero ¿lo estaba *de verdad*?

Tenía que estarlo. No había elección.

El hombre estaba maldiciendo a su compañero por ser un cobarde. Detrás de una caja, Evie utilizó las dos manos para alzar su capucha, dejando que la tela se asentara sobre su cabeza, reuniendo las fuerzas y la comodidad que le transmitía su simbolismo, y entonces activó su hoja.

Una vez preparada, emitió un leve silbido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el visitante, alzando su linterna ligeramente y avanzando por el coche otros dos pasos. Llegó hasta la posición de Evie y ella contuvo el aliento, aguardando su momento. Sus ojos se pasearon desde la hoja hasta el lugar justo detrás de la oreja del

guarda donde esta penetraría, deslizándose por la cavidad craneal hasta el cerebro. Una muerte instantánea e indolora…

Pero muerte en cualquier caso. Estaba sobre las puntas de sus pies, los tacones de sus botas separados del suelo y la mano de la hoja dispuesta a asestar el golpe. Él era su enemigo, se recordó. Un hombre que estaba del lado de aquellos que planeaban perseguir y tiranizar a quienes no compartieran sus mismos objetivos.

Y posiblemente no mereciese morir. Pero iba a hacerlo, al servicio de una causa que era mucho más grande que ellos dos.

Y con ese pensamiento en mente surgió de su escondite detrás de la caja, su hoja encontró el objetivo, y su víctima emitió un leve y casi imperceptible ruido, un estertor final, y entonces ella le ayudó a desplomarse silenciosamente sobre el sucio suelo del vagón.

Le sostuvo mientras moría, a ese extraño. «Has sido mi primera víctima», pensó, y le honró en silencio cerrándole los ojos.

—Nunca es personal —era lo que su padre había dicho, pero luego lo pensó mejor—. *Raramente* es personal.

Bajó al hombre al suelo y lo dejó allí. No era personal.

«Ahora —pensó, mientras el tren entraba en las instalaciones del laboratorio—, lo que necesito es crear una distracción. Si al menos pudiera soltar los vagones…».

Fuera del coche se encontraba el compañero del primer guarda. Había estado dormitando y fue fácil acabar con él. Padre siempre decía que iría haciéndose cada vez más fácil y tenía razón; apenas dedicó un pensamiento a su siguiente objetivo. Ni siquiera se molestó en cerrarle los ojos y desearle buena suerte; le dejó tal cual cayó y continuó avanzando hacia la locomotora. En el siguiente vagón se apresuró a esconderse para evitar a un par de guardas que cuchicheaban.

—¿Qué tal se están llevando *sir* David y la señorita Thorne? —Estaba preguntando uno de ellos.

—Ha aparecido en el momento menos oportuno, ¿no es cierto? —replicó su compañero—. Apostaría cinco chelines a que las cosas no están a su gusto.

—Entonces tampoco pintan muy bien para el viejo *sir* David.

Lucy Thorne. Por supuesto, Evie había escuchado ese nombre. ¿Estaba entonces con Brewster?

Dejó que los guardas pasaran de largo, y entonces se movió rápidamente por el último vagón hasta el enganche entre la locomotora y este. No le quedaba mucho tiempo; pronto descubrirían los cadáveres de los hombres que había matado, y se alegró de llevar sus guantes cuando separó los pies y agarró la argolla del perno que aseguraba el enganche. Mientras el viento se hacía cada vez más fuerte y las vías del tren pasaban bajo sus pies, soltó un gruñido por el esfuerzo y consiguió liberarla.

Con un ágil movimiento pasó a la locomotora, contemplando cómo los vagones se separaban lentamente. A su alrededor se escucharon gritos cuando los hombres del patio se preguntaron por qué los coches se habían soltado y se acercaron corriendo a investigar. Entretanto, ella trepó hasta el techo de la locomotora, tratando de reconocer los alrededores mientras el tren frenaba hasta detenerse en el patio con un chirrido de frenos y quejumbroso metal. A un lado de ella, el agua de un entrante del Támesis brillaba oscura, al otro estaba el tumulto de la zona de carga, con sus grúas y vías muertas y una fila tras otra de edificios de oficinas y…

Algo ciertamente muy interesante.

Aplastándose contra el techo hasta hacerse casi invisible, lo primero que distinguió fue a dos figuras que reconoció: *sir* David Brewster y Lucy Thorne. Los dos habían estado supervisando el súbito caos que se había formado a su alrededor antes de volverse y continuar su avance hacia un carruaje y un cochero estacionados cerca de la puerta de entrada.

Evie saltó de la locomotora, complacida por que su distracción hubiese sido tan efectiva, por no mencionar su alegría por el humo suspendido como un permanente sudario sobre el lugar. «La industrialización tiene sus beneficios», pensó, mientras seguía a la pareja, manteniéndose entre las sombras del perímetro, sin perder de vista a su presa.

Lucy Thorne vestía de negro. Un sombrero negro, largos guantes negros, y un vestido negro con polisón abotonado hasta la garganta. Era joven, con aspecto atractivo deformado por un ceño a tono con su sombrío conjunto, y mientras caminaba, apartando capas de humo que colgaban como hamacas de barco en el escasamente iluminado patio, lo hacía con la

cualidad de una sombra. Como si ella misma fuera la oscuridad repeliendo la luz.

Trotando a pocos pasos de ella, *sir* David Brewster tenía quizá tres veces su edad, con un rostro inquieto y unas largas patillas. Más viejo que Lucy Thorne, parecía sin embargo acobardado y absorbido por la oscuridad de ella. Este era un hombre reconocido por ser el inventor del caleidoscopio y otra cosa que Evie únicamente conocía como el «estereoscopio lenticular», lo que quiera que fuese ese aparato. Un hombre nervioso, o al menos nervioso ahora, intimidado por la presencia de Lucy Thorne, que se esforzaba por seguirle el paso y le hablaba con un chirriante acento escocés.

—Necesito dos semanas más con el dispositivo —explicó.

Furiosa, Lucy Thorne replicó:

—Sus cuestionables prácticas están comenzando a atraer una atención no deseada. Se le ha dado tiempo más que suficiente para alcanzar resultados, *sir* David.

—Yo no era consciente de que esperaban que me comportara como un cocker spaniel.

—Permítame que le recuerde sus obligaciones con la Orden.

Brewster soltó un suspiro exasperado.

—Señorita Thorne, me hace correr como un caballo de carreras.

Cuando alcanzaron el carruaje, el cochero se quitó su sombrero de tres picos, hizo una profunda inclinación y abrió la puerta para dejar pasar a Lucy Thorne, que le saludó con un leve e imperioso gesto de asentimiento mientras tomaba asiento y se arreglaba las faldas, antes de asomarse por la abierta portezuela y dirigirse por última vez a Brewster.

—*Sir* David, regresaré mañana. Si no ha logrado descubrir el secreto del dispositivo, olvídese de sus perros y sus caballos. Lo echaré a los lobos. Que pase un buen día.

Y sin más, la fanática Templaria hizo una indicación al cochero, que cerró la portezuela, obsequió a Brewster con un guiño impertinente y retomó su lugar en el pescante para guiar a los caballos y sacar a Lucy Thorne del caos de la zona de carga.

Mientras se alejaba, Evie observó cómo Brewster dejaba escapar un atónito resoplido antes de que su atención fuera atraída por un grupo de

hombres cercano. La mirada de Evie también se dirigió allí, y lo que vio fue a varios guardas escoltando a un hombre extravagantemente vestido al otro lado del patio, el hombre en custodia protestando en voz alta.

—Simplemente se me había prometido un recorrido por el lugar, señores.

—¿Quién le envía? —preguntó uno de los Templarios.

Otro intervino.

—Es uno de los espías de Green.

Pero Brewster ya se estaba dirigiendo a ellos.

—Llévense a ese hombre para interrogarlo. Y luego quiero que lo traigan al laboratorio.

Evie le observó inmóvil y vio que alzaba la vista hacia el cielo. Para entonces, se había oscurecido por las nubes acumuladas, y el aire arrastraba el chasquido y la tensión que anunciaban la presencia inminente de una tormenta. Advirtió que Brewster también lo había notado; se había girado sobre sus talones moviéndose hacia algo en lo que ella no se había fijado hasta ese momento. Un poste metálico fijado al suelo del patio. ¿Una especie de conductor de rayos, tal vez? Con otra mirada a las nubes concentradas, Brewster echó a correr y desapareció por la puerta del edificio, dejando atrás el alboroto de la instalación. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer; los hombres todavía trataban de enganchar de nuevo locomotoras y vagones, mientras simultáneamente intentaban averiguar cómo podían haberse soltado.

Evie, la autora del caos, se limitó a sonreír mientras se deslizaba por la puerta detrás de Brewster, y justo cuando lo hizo, se oyó la primera descarga de un trueno y el cielo se iluminó con un destello cegador de blanca luz.

Una vez dentro, se pegó a la pared, manteniéndose lejos de las lámparas que iluminaban la estancia, al tiempo que activaba su cuchillo. Sus ojos se movían como siempre le habían enseñado: sección por sección alrededor de cualquier espacio, identificando puntos hostiles, determinando zonas de vulnerabilidad, pensando como la completa Asesina que era.

Sin embargo, lo que encontró no fue exactamente lo que esperaba.

61

Había anticipado un laboratorio. De acuerdo con los planos de George Westhouse —los mismos planos que había memorizado en su casa, en Crawley—, ese edificio donde estaba ahora, en ese preciso momento, debería haber sido el laboratorio.

Pero no lo era. En su lugar se encontraba en una cochera circular, algún tipo de antecámara, y allí no había señal de equipos de laboratorio. Ni tampoco había enemigos. No había puntos de vulnerabilidad.

No había nada.

Un momento, ¿qué era eso? Un grito surgió desde una puerta en el lado opuesto y, tras un rápido vistazo afuera, al patio, donde la lluvia caía ahora con fuerza y los hombres aún se gritaban y maldecían unos a otros, Evie cerró la puerta al exterior y cruzó la sala hasta la segunda puerta, que estaba entornada.

Y allí se quedó, controlando su respiración mientras husmeaba cautelosamente a través de ella. La escena que la recibió era precisamente lo que Brewster había ordenado: un interrogatorio. Los Templarios habían atado a su cautivo vestido como un dandi a una silla y el interrogatorio había comenzado.

Quizá el hombre esperaba haber sido llevado ante un caballero de alto nivel social que se disculparía profusamente por el brusco tratamiento que había recibido de manos de los guardas y le ofrecería una copa de brandi y un puro en la oficina trasera, antes de proferir una ronda de hirientes reproches. No tuvo esa suerte. Había sido arrojado a una silla y atado por corpulentos miembros de seguridad para acribillarle a preguntas.

—¿Puedo preguntarle, señor —estaba diciendo—, por qué un caballero no puede pasear por las vías?

—¿Cómo ha podido acceder al laboratorio? La entrada está oculta —gruñó uno de los hombres. Estaba dando la espalda a Evie, pero pudo ver cómo se calzaba un par de guantes de cuero negros. Los ojos del prisionero pasaron de los guantes a la cara de su inquisidor, pero si pretendía buscar algún indicio de piedad o compasión estaba mirando en el lugar equivocado.

—¿Qué es lo que desean que invente, señor?

Ahora había un tono lisonjero en su voz, teñido del inconfundible matiz de un presentimiento.

—¿Quién le ha enviado? —preguntó el inquisidor, flexionando los dedos en los guantes. Evie escuchó reír a otro hombre que no podía ver anticipando el espectáculo que estaba por llegar.

—Oiga, yo mismo, señor. Vine por mi propio pie.

Ahora el segundo matón apareció ante su vista, los dos obstaculizando la visión del hombre a Evie.

—Deje que le machaque los dedos…

—Aún no. —El primer hombre detuvo a su compañero—. Aún no. —Volvió su atención al prisionero—. ¿Fue Green?

—Ni verde, ni blanco ni marrón —contestó el hombre atado a la silla.

—Henry Green —insistió otro hombre que Evie no podía ver.

—Ah, Henry Green…, ¿y quién es ese?

Con tono amenazador el hombre oculto declaró:

—Su propia alma pende de un hilo… Confiese ahora mismo o mi violento amigo aquí presente se lo sacará a su manera. Volverá con las manos vacías.

Evie reconoció el inconfundible sonido de un cuchillo al ser extraído de su funda.

Y, por supuesto, no podía permitir que se utilizase. Flexionó los dedos dentro de su guantelete, activó su hoja y luego entró en la habitación para enfrentarse a los hombres.

Eran tres. La misión se estaba convirtiendo en toda una prueba para sus habilidades. ¿Cuál era esta vez? Múltiples oponentes.

Sopesó, evaluó y luego golpeó, deslizándose hacia el sonriente matón de la derecha pero, en el último segundo, inclinándose y lanzando una cuchillada inesperada hacia arriba y a través del pecho del hombre que estaba en el centro. Rodó y se levantó con la hoja hacia delante, clavándola en la pechera del tipo Templario de la derecha. El inquisidor que quedaba, el más lento de los tres, apenas había podido desenvainar su espada cuando Evie echó hacia atrás la rodilla y le soltó una patada con el reforzado borde de su bota.

«Maldición», pensó, observando cómo su oponente se tambaleaba hacia atrás. El abrigo había impedido que su patada alcanzara la altura suficiente y, en lugar de acabar con él, simplemente le había desequilibrado. En ese momento, el hombre recobró la suficiente presencia de ánimo para sacar su arma y, justo cuando Evie trataba de estabilizarse para recibir su ataque, se echó sobre ella, demostrando un poco más de astucia de la que inicialmente le había otorgado.

«Estúpida. Estúpida aficionada». Evie giró su cabeza a tiempo de evitar que el acero alcanzara su cara. Se echó hacia atrás rápidamente, a la vez que su mano izquierda golpeaba su antebrazo derecho para esconder su hoja. Acto seguido se volvió hacia el brazo extendido de él, un movimiento que fue mitad paso de danza, mitad abrazo pero totalmente letal porque lo remató de un puñetazo al rostro con su guantelete, soltando de nuevo su hoja en la cuenca del ojo del hombre.

Sangre, cerebro y fluido ocular resbalaron por su desgarrada mejilla mientras se desplomaba en el suelo. Ella sacudió la sangre de su hoja y la enfundó, y luego se volvió hacia el hombre de la silla, que le mostró una mirada aturdida pero, por lo demás, alegre.

—Ah, muchas gracias, muy amable —dijo—. Me encontraba en tan chirriante situación cuando, ¿cómo lo diría?, me rescató.

—¿Dónde está el laboratorio oculto? —le preguntó. Los hombres contra los que acababa de combatir estaban tomándose su tiempo para morir. Gorgoteos, estertores y el sonido de las botas golpeando el ladrillo en un último estremecimiento de vida eran el sonido de fondo de su conversación.

—Desáteme, y entonces podremos hablar, mi señora —propuso el atado prisionero.

Evie se subió a horcajadas sobre el hombre llevando su puño hacia atrás. El rostro de él se retorció en una mezcla de miedo e indecisión. Había visto la hoja en acción. Había visto a Evie en acción. No tenía ningún deseo de ser el sujeto receptor de ninguna de las dos. Este era un hombre que se había visto imbuido muchas veces en una falsa sensación de seguridad por un rostro hermoso y no pensaba dejar que eso volviera a suceder.

—Ando justa de tiempo —apremió ella, en caso de que sus intenciones no hubieran quedado ya claras—. Dígamelo ya.

—Está bajo tierra —confesó, tragando saliva y ladeando su barbilla hacia lo que parecía algún tipo de panel en el muro de la cochera—. Se requiere una llave. Uno de los guardas ha mellado la mía, maldito cabrón.

—Gracias —dijo, y se levantó, dispuesta a marcharse.

—Y ahora desáteme.

Ella sacudió la cabeza.

—Usted consiguió entrar. Confío en que sepa salir de aquí.

Él aún seguía llamándola cuando se marchó.

—No se preocupe, señora mía, aún puedo recordar un par de trucos de mis días de carnaval.

«Pues que tenga buena suerte», pensó, y se marchó por una puerta diferente, tratando de encontrar a otro guarda que pudiera tener la llave.

Alabado fuera Dios por los bocazas de los guardas Templarios. Se apretó entre las sombras de un pasillo, escuchando cómo dos de ellos discutían sobre la mismísima llave que buscaba.

—¿Qué estás haciendo? Guarda esa llave en tu bolsillo o de lo contrario la señorita Thorne se hará un liguero con tus tripas.

—Entonces montemos una carnicería ahí abajo. Quiero ver ese artefacto.

«Y también yo», pensó Evie Frye, mientras se cobraba otras dos víctimas y recuperaba la llave.

Regresó a la cochera, decidiendo soltar al prisionero siempre y cuando la llave funcionara en el panel, pero llegó demasiado tarde; ya se había marchado, la silla estaba volcada y las cuerdas tiradas en el suelo. Se tensó en caso de que estuviera planeando saltar sobre ella pero no, se había

esfumado. En su lugar volvió su atención a los paneles y por fin consiguió adentrarse en el santuario más profundo del edificio.

En el interior, las paredes eran oscuras y húmedas. Amortiguaban el sonido de la tormenta y, sin embargo, de algún modo, allí podía sentir como si los elementos estuvieran en su estado más violento.

¿Cómo podía ser? Recordó el poste conductor de rayos y pensó que el poder estaba siendo directamente dirigido hacia ahí abajo. ¿Un poder necesario para un laboratorio subterráneo, quizá?

Y entonces llegó hasta él. Y supo que tenía razón, que estaba en el mismo epicentro de la canalizada energía de la tormenta.

Y que el artefacto estaba cerca.

62

Las losas se extendían desde donde se encontraba de pie junto a la puerta, abriéndose a un gran espacio abovedado subterráneo en el que los aparatos científicos estaban dispuestos en mesas entre transformadores Tesla y erectos pararrayos, todos emitiendo vibraciones con una constante y creciente energía.

¿Demasiado? Del techo del laboratorio colgaban una serie de arneses y plataformas. Partículas de luz parecían crepitar alrededor de ellos, chispeando y centelleando, coloreando la habitación con un súbito resplandor blanco y fosforescente.

En el otro extremo del laboratorio estaba lo que parecía ser una gran urna de cristal y en ella, según pudo distinguir, estaba el artefacto. De pie, muy cerca, se encontraba *sir* David Brewster con un asistente, ambos estudiando minuciosamente lo que había al otro lado del endurecido cristal, la Manzana dorada con forma de orbe. Incluso desde la distancia, Evie se sintió paralizada ante la presencia del objeto. Años y años de búsqueda de los Fragmentos del Edén y ahora ahí, ante ella, había uno real.

Evie se mantuvo pegada a la puerta, pero a pesar de que se vio iluminada por el súbito estallido de destellos, los hombres estaban demasiado absortos en su trabajo para verla. Se deslizó hacia delante, aún hipnotizada por la visión de la Manzana pero pudiendo escuchar ahora la conversación de Brewster y su asistente.

—¡Por Júpiter, bajo la luz azul se vuelve completamente transparente! —exclamó el científico.

Brewster no tenía nada que ver con el hombre que había visto apenas hacía un rato: débil y pequeño bajo la oscura sombra de Lucy Thorne.

Ahora era un hombre en sus propios dominios, una vez más al mando, y sintiendo la suficiente confianza como para soltar algunas burlas sobre Thorne.

—¡Qué osadía la de esa mujer! —gritó por encima del zumbido de los pararrayos, del silbido de los transformadores Tesla y del rítmico resoplido de los fuelles automatizados—. Yo digo que debería llevarme el maldito artefacto a Edimburgo.

—Si no le importa que se lo diga, eso sería una muy mala idea —replicó su compañero.

—¿Por qué? Es la Manzana de Dios, no la suya. Yo la mostraría en público. Darwin sería derrotado. Desterrado vergonzosamente a las malditas Galápagos para anidar en una rama junto a sus queridos pinzones.

—La señorita Thorne le cortaría la cabeza, y el señor Starrick el resto —razonó su colega.

—¿Sabe, Reynolds?, ¡tal vez valga la pena correr el riesgo! —exclamó Brewster.

—*Sir* David, no puede usted decirlo en serio.

—Es una broma, Reynolds. Una vez que consigamos desentrañar el secreto del artefacto, el dominio de los Templarios sobre Londres quedará asegurado. Los Asesinos caerán, y Darwin será poco más que un barbudo recuerdo.

A medida que Evie se acercaba, surgiendo ahora a plena vista, pudo advertir el brillo de la Manzana. Ahora más deslumbrante e iluminada por una cada vez mayor lluvia de chispas.

Era el momento de hacerla suya.

Accionó su hoja, lanzó su ataque, y vio cómo el asistente se deslizaba por su acero manchado de sangre incluso antes de que Brewster se hubiera alertado de su presencia. Los ojos del científico se volvieron a su compañero muerto y de nuevo a Evie Frye, contemplándola atónito, su cerebro tratando de entender esa súbita e inexplicable aparición.

Y entonces, Evie saltó sobre él y le hirió de muerte.

—Es hora de reposar su cabeza, *sir* David Brewster —comentó, dejándole sobre el suelo.

—Pero tengo tanto por descubrir…

Sus párpados temblaron. Su respiración era ahora entrecortada.

—No tenga miedo —le dijo.

—No lo tengo. Dios me protegerá.

—Yo continuaré con sus experimentos —aseguró ella, y vio con claridad el camino que se extendía ante ella. Continuaría con el aprendizaje que había comenzado en la biblioteca de su padre en Crawley. Haría de la búsqueda de artefactos su misión, aprovecharía su poder y lo utilizaría en beneficio de la humanidad. Un viento de buena fortuna, no mala.

—No podrá detener a Starrick —replicó Brewster, su cabeza recostada ahora en las rodillas de la joven que se había arrodillado con él—. La señorita Thorne ya ha encontrado otro Fragmento del Edén, aún más poderoso que el último.

—Me apoderaré también de ese —aseveró Evie, sintiendo que nunca en toda su vida había estado más segura de algo.

—Luchamos para conseguir lo que no podremos llevarnos con nosotros —dijo Brewster—. Está en nuestra naturaleza.

Y entonces murió. Evie sacó su pañuelo y, en un ritual transmitido por su padre —uno que explicó que era un homenaje a la propia ceremonia de la pluma de Altaïr—, lo llevó hasta la herida de Brewster, empapándolo con su sangre. Dobló el pañuelo y lo guardó dentro de su chaqueta.

En ese mismo momento todo pareció suceder a un tiempo: varios guardas, tres en total, aparecieron corriendo en el laboratorio.

Evie se levantó, sacando su hoja y preparada para la batalla. Justo entonces se produjo un súbito incremento en la intensidad eléctrica, el artefacto pareció hincharse con un nuevo flujo de poder y luego explotó.

Evie se encontraba pegada al cristal de la urna y, por tanto, protegida por el basamento en que se apoyaba. Los guardas, sin embargo, no tuvieron tanta suerte. Se vieron acribillados por fragmentos desprendidos y parecieron desaparecer en una brumosa nube de sangre y escombros cuando vigas, arneses y plataformas se desplomaron sobre ellos desde el techo. Evie puso pies en polvorosa y corrió hacia la puerta, justo cuando se desató la reacción en cadena, y los pararrayos estallaron en llamas, la maquinaria explotando con un sordo estampido.

Entonces se encontró en el exterior, agradecida por unirse a aquellos que se alejaban corriendo lejos de la fábrica a medida que una serie de explosiones destrozaban las instalaciones.

63

¿Qué ha sido esa explosión?

Se había encontrado con Jacob de vuelta en el patio de vías tal y como habían acordado.

Él también tenía aspecto de haber visto un montón de acción en el ínterin. Ahora ambos habían tenido su bautismo de sangre.

—El Fragmento del Edén explotó llevándose por delante el laboratorio —explicó Evie, concluyendo su relato.

Jacob curvó el labio.

—¿Ese magnífico trozo de metal hiperbólico? Estoy sorprendido.

Ella puso los ojos en blanco. Todas esas noches leyéndole. Tratando de impartirle conocimientos. Verdadera y definitivamente no habían servido para nada.

—Solo porque nunca hayas valorado los Fragmentos no significa…

Una vieja discusión estaba a punto de resurgir cuando apareció George Westhouse.

—¿Ha ido todo de acuerdo con el plan? —inquirió el Asesino de más edad sarcástico.

—Hubo una leve… complicación —replicó Evie con expresión avergonzada.

—El laboratorio explotó —se adelantó Jacob con una ceja arqueada mirando a su hermana gemela. «Si quieres culpar a alguien, ahí la tienes».

—Y tú has descarrilado un tren —le recordó entonces George Westhouse.

—Oh, ¿eso ha hecho? —se interesó Evie.

Jacob se encogió de hombros.

—Bueno, el tren descarriló y yo casualmente estaba en él. Maté a mi objetivo.

De modo que Rupert Ferris, de la Fundición Ferris, la organización que además de estar en manos templarias empleaba mano de obra infantil, estaba muerto.

—Brewster tampoco vive ya —anunció Evie.

—Entonces, considerándolo todo, la misión ha sido un éxito, a pesar de vosotros dos —declaró George.

—¿Y qué pasa con Londres? —preguntó Jacob. Evie miró a su hermano. Para ella los acontecimientos de la noche habían sido una epifanía, un poste indicador del camino por el que debía avanzar. ¿Significaría lo mismo para Jacob?

—¿Qué pasa con la ciudad? —preguntó George cauteloso.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo —razonó Jacob, indicando la playa de vías a su alrededor y los suburbios. La ciudad de Londres estaba cerca y, sin embargo, muy lejos de su alcance.

—Sabéis tan bien como yo que Londres ha estado bajo el dominio de los Templarios durante los últimos cien años. Aún son demasiado fuertes. Paciencia.

«Ethan pensaba de otro modo», se recordó George, viendo las creencias de su amigo resurgir, bien vivas, en los gemelos.

—Pero los Templarios han encontrado un nuevo Fragmento del Edén —anunció Evie.

George se encogió de hombros.

—*Sir* David está muerto; no saben cómo utilizarlo. El Consejo nos guiará; un consejo que vuestro padre habría seguido. Os veré de vuelta en Crawley.

Los gemelos le vieron marchar con el corazón en cierto modo encogido y resentido. El fuego que ardía en ellos con fuerza había sido totalmente extinguido por George y su invocación al Consejo. Lo que ambos sabían, por supuesto, era que su padre no hubiera estado de acuerdo con esos remotos Asesinos ancianos. Y lo que también sabían es que no tenían ninguna intención de respetar ni a George Westhouse ni al maldito Consejo.

Un tren traqueteó lentamente al pasar, haciendo sonar su silbato.

—¿Qué nos detiene? —preguntó Jacob, haciendo un gesto de asentimiento—. Londres nos aguarda para ser liberado. Olvídate de Crawley.

—A padre le hubiera gustado que escucháramos…

—Oh, *padre*. Puedes continuar con su legado en Londres.

—Liberando a futuras generaciones de una ciudad gobernada por los Templarios. ¿Sabes una cosa, Jacob Frye?, puede que tengas razón.

—Entonces, ¿vamos?

—Sí, hagámoslo.

Y sin más, los dos empezaron a correr y se subieron al tren que se dirigía a Londres.

Allí se encontrarían con Henry Green, «el Asesino que vigilaba todo Londres».

No sabían nada de su verdadera historia.

64

Tras lo sucedido en la línea del Metropolitano, El Fantasma se había quedado en el Túnel del Támesis durante poco más de un año.

Allí había continuado proporcionando su tranquilizadora presencia a los otros moradores del túnel, aunque en realidad hizo poco más que actuar como una figura decorativa. La mayor parte del año la pasó sentado o acostado en su nicho, en duelo por Maggie y por las otras vidas inocentes perdidas en el fracaso de la operación para recuperar el Fragmento del Edén. Maldijo la eterna búsqueda de baratijas, despreciando a Asesinos y Templarios por igual y su obsesión por ellas.

Ethan había ido a verle al túnel, pero El Fantasma no quiso recibir a su antiguo mentor. No tenía ningún deseo de ver a Ethan Frye.

George también le había visitado, explicándole que la Hermandad necesitaba un hombre en la ciudad.

—Otra operación encubierta, si quieres llamarla así, Jayadeep. Algo más adecuado a tus talentos.

Al oírlo El Fantasma había soltado una carcajada. ¿Acaso no le había dicho Ethan Frye esa misma frase muchos años atrás en Amritsar? «Algo más adecuado a tus talentos». Y mira adónde le había llevado.

—Simplemente serías requerido para establecer una identidad como tapadera, eso es todo —había dicho George—. Sin infiltraciones de por medio. Más bien al contrario. Queremos que tu tapadera sea lo suficientemente segura como para evitar ser detectada, pero no tanto como para que no puedas comenzar a reunir una red de espías e informantes. Tú serás el receptáculo, Jayadeep, el recogedor de información, nada más.

Tienes algo especial. —George había señalado a lo largo del túnel—. La gente confía en ti. La gente cree en ti.

El Fantasma alzó la cabeza desde donde estaba sentado con los brazos cruzados sobre las rodillas.

—No soy ningún líder, señor Westhouse.

George se acuclilló sobre sus talones, haciendo una mueca cuando sus viejos huesos se quejaron, pero queriendo sentarse junto a Jayadeep, como un desconocido eco de un tiempo pasado cuando, en La Oscuridad, Ethan también había hecho lo mismo.

—No serás un líder, no en el sentido tradicional —aseguró George—. Serás requerido para inspirar a la gente, tal y como sabemos que has hecho ya. La Hermandad te necesita, Jayadeep. Te necesitábamos antes y te necesitamos ahora.

—Ya le he fallado antes a la Hermandad.

George soltó un leve resoplido de impaciencia.

—Oh, deja ya de compadecerte, hombre. No eres más culpable que Ethan, o yo mismo, o el Consejo, que parece empeñado en permitir que el enemigo se alce sin encontrar obstáculos. Por favor, hazme este único favor. ¿Querrás al menos pensar en ello?

El Fantasma había sacudido la cabeza.

—Se me necesita aquí, en el túnel, más que en cualquier guerra.

—Este túnel muy pronto dejará de existir —repuso George—. Al menos de esta forma. Ha sido comprado por la Compañía Ferroviaria del Este de Londres. Mira a tu alrededor, aquí no queda nadie. Ya no hay peatones, ni vendedores para servirlos; nadie, salvo los más desesperados, viene a dormir aquí. Solo quedas tú y unos cuantos borrachos durmiendo la mona hasta que puedan volver a casa con sus esposas y contarles alguna mentira sobre que les han robado el sueldo. Te necesitaron una vez, tienes razón. Pero ya no te necesitan. Si quieres ofrecer tus servicios al prójimo, entonces conságrate al credo.

El Fantasma había ido aplazándolo. Había continuado meditando sobre ello hasta que, con el paso de los meses, volvió a recibir una visita.

Y resultó extraño porque El Fantasma había pasado tantas noches en ese mismo túnel, soñando con ellos y evocando su hogar, que cuando su madre

y su padre aparecieron ante él, asumió que aquello era una fantasía, que estaba soñando despierto, alucinando con la imagen de Arbaaz y Pyara de pie frente a él.

Había sido cuestión de cinco años más o menos, pero continuaban tan luminosos como recordaba, y a su alrededor la sórdida oscuridad del túnel pareció desvanecerse, como si crearan su propia luz, de pie frente a él, ataviados con las ropas de seda de la Hermandad india, la cadena que discurría desde el arete en la nariz de su madre hasta su oreja, brillando bajo la suave luz naranja de una linterna. No era de extrañar que al principio creyera estar soñando. Su apariencia era etérea y de otro mundo. Un recuerdo hecho carne.

El Fantasma pudo presentir a otras figuras que se habían quedado atrás en la oscuridad, reconociendo a George y a Ethan. De modo que no, no era un sueño, y se puso en pie de un salto, sus manos apoyándose en la húmeda pared del túnel para no perder el equilibrio, el vahído de haberse puesto en pie súbitamente, la debilidad que sintió tras haber languidecido durante tanto tiempo, la emoción de ver de nuevo a su madre y a su padre, haciendo que se tambaleara inestable con rodillas temblorosas, y que su padre se adelantara para sujetarle. Ethan también se acercó, y luego los cuatro Asesinos guiaron a Jayadeep fuera del túnel. Fuera de la oscuridad.

65

Sus padres habían cogido temporalmente unas habitaciones en la plaza Berkeley. Allí, El Fantasma durmió en una cama por primera vez desde que podía recordar; comió como Dios manda y recibió los besos de su madre, cada uno de ellos como una bendición.

Sin embargo, entre El Fantasma y su padre se había instalado un ambiente enrarecido. ¿Sería Arbaaz uno de los que arrastraron a Jayadeep para arrojarle a La Oscuridad? ¿Qué había hecho —o no— Arbaaz sobre la sentencia de muerte pronunciada para su hijo?

Esas preguntas nunca se formularon. Ni tampoco se ofrecieron respuestas. La duda y la sospecha permanecían. De modo que, naturalmente, El Fantasma gravitaba alrededor de su madre, quien se convirtió en el hilo conductor entre los Asesinos de mayor edad y el joven recalcitrante. Fue ella quien le explicó que no regresaría a Amritsar. Al menos, no de momento. O quizá nunca. Su aparición allí despertaría demasiadas preguntas, y en todo caso, las necesidades de la Hermandad serían mejor atendidas si permanecía en Londres.

El Fantasma había creído percibir la mano de Ethan Frye y George Westhouse tras esas decisiones, pero sabía que su madre estaba de acuerdo en que la sola presencia de los Mir en Londres era un riesgo, y llevarse a Jayadeep a casa suponía una inconsciente magnificación del mismo.

Por supuesto consideró marcharse. Pero aún era un Asesino, y no puedes volver la espalda a tus creencias. El Fantasma había presenciado el terrible potencial del artefacto y sabía que debía ser recuperado. El haber fallado con anterioridad no cambiaba en nada ese hecho.

Un día, durante ese reparador período de mimos y atenciones en la plaza Berkeley, su madre invitó al Fantasma a dar un paseo, solos los dos. Recorrieron las calles atestadas de londinenses que observaban a su madre como si no solamente fuera de otro país, sino que perteneciera a una especie diferente. Iba vestida con prendas de seda, pero por lo demás no lucía adorno alguno, en brutal contraste con las abultadas faldas, los corpiños de ballenas, los sombreros poco manejables y los delicados parasoles de hilo de la población nativa. Y a pesar de todo eso, nadie podía superar a su madre en belleza. Nunca se había sentido más orgulloso de ella que en ese momento.

—¿Eres consciente, como creo, del curso de acción que el señor Westhouse y el señor Frye prefieren? —preguntó ella mientras caminaban. Sus brazos colgaban relajados a los lados, los hombros echados hacia atrás, la barbilla erguida respondiendo a todas las miradas con la misma dignidad.

—Ellos quieren que sea alguien que no soy, madre.

—Quieren que seas algo que definitivamente *eres* —insistió ella—. Alguien de valía para la Hermandad.

Durante un momento olvidó su orgullo, la cabeza gacha ante el recuerdo.

—No, no he sido eso, y temo que nunca lo seré.

—Ah, cállate —le reprendió—. ¡Cuánta basura acumulada! ¿Acaso te educamos para acoger la derrota con los brazos abiertos? ¿Tengo que mirar en tus ojos y no ver nada más que la rendición? Si continúas siendo tan autocompasivo, temo que agotarás mi paciencia.

—¿Autocompasivo? ¿De verdad? ¿Cree que soy autocompasivo?

Ella ladeó la cabeza con una sonrisa.

—Tal vez un poco, cariño. Solo un poco.

Él reflexionó un momento. Y luego añadió agriamente:

—Ya veo.

Continuaron su paseo, desviándose ligeramente de las zonas más frecuentadas y dirigiéndose a otras menos favorecidas de la ciudad.

—He herido tus sentimientos —observó ella.

—A nadie le gusta pensar en sí mismo como un crío enrabietado — admitió.

—No eres nada de eso, y al hacer este viaje para verte, he descubierto que mi niño se ha convertido en todo un hombre.

Soltó un resoplido burlón.

—Todo un hombre. Incapaz de completar su bautismo de sangre.

—Ya estás otra vez…

—Lo siento, madre.

Habían estado caminando a través de las sinuosas calles laterales hacia Whitechapel, hasta que se encontraron delante de una tienda, donde su madre se detuvo, se giró y extendió los brazos para tomar el rostro de su hijo entre sus manos.

—Ahora eres mucho más alto que yo.

—Sí, madre.

—¿Lo ves? Ahora eres un hombre. Un hombre preparado para abandonar conceptos propios de la infancia, tales como los reproches hacia uno mismo, la culpa, la vergüenza, cualesquiera otras emociones envenenadas que abarrotan esa cabeza tuya, y abordar la siguiente fase de su destino.

—¿Es eso lo que desea?

Ella dejó caer sus manos y se giró a medias con una sonrisa.

—Ah, y ahora me preguntas, Jayadeep. Querido, mi dulce Jayadeep, que creciste en mis entrañas, traído a este mundo y amamantado por mí. ¿Qué madre sueña con que su hijo crezca siendo un asesino?

—Un Asesino, madre. Un gran Asesino, pero no un gran homicida.

—Puedes ser un gran Asesino sin ser un gran homicida, Jayadeep. Eso es lo que espero de ti ahora. Es por lo que estamos aquí. Ahora te has reconciliado con tu nueva vida; yo te doy la bienvenida a ella.

Estaba indicando el establecimiento ante el que estaban parados. Sus ojos se posaron en él, un mugriento escaparate atestado de polvorientas baratijas, cachivaches y adornos.

—¿Una tienda de curiosidades? —le preguntó.

—Justo el sitio perfecto para una mente inquisitiva como la tuya —le dijo.

—Voy a ser tendero —dijo con voz plana.

—Pasemos dentro, ¿te parece?

Sacó una llave del interior de sus ropas y un momento después entraron en el atestado pero, de alguna forma, reconfortante ambiente de la tienda. El interior parecía extenderse hacia el fondo hasta unas profundidades espectrales y misteriosas y, cuando cerraron la puerta, dejaron tras de sí los sonidos de la calle. El polvo bailaba en los haces de luz que se filtraban a través de las sucias ventanas oscurecidas por altas pilas de baratijas. Las estanterías se curvaban y abombaban con gran variedad de objetos que eran poco más que sombras borrosas en la penumbra. Le gustó al instante.

Pero aun así, una tienda.

—Creo que fue Napoleón quien dijo que Inglaterra era una nación de tenderos —sonrió su madre. Había podido advertir que él se hallaba intrigado, y que le gustaba demasiado el lugar como para, sencillamente, descartarlo sin más—. Qué apropiado, entonces, convertirse en tendero.

Avanzaron a través de un estrecho pasillo entre anaqueles que crujían con todo tipo de ornamentos concebibles. Había una balda abarrotada de libros polvorientos, otra que parecía a punto de desmoronarse bajo el peso de la porcelana apilada en ella. Vio flores prensadas entre cristales y descubrió que aún era capaz de ponerles nombre gracias a las enseñanzas de su madre en Amritsar. Ella le observó examinarlas e intercambiaron una mirada, y él se preguntó con cuánto cuidado se habrían escogido y colocado esos objetos. Después de todo, resultaba evidente que su madre ya había estado allí antes. Mientras recorrían el estrecho pasillo, ella le fue indicando más cosas que pensaba que podían ser de su interés: una bandeja con componentes de relojes que le excitó a primera vista, haciéndole retroceder a aquellas horas apenas evocadas siendo un niño, cuando solía hurgar en los relojes rotos y los juguetes de cuerda. No muy lejos, un buró crujía bajo el peso de una multitud de bolas de cristal, como si la tienda hubiera sido visitada por una banda de míseros adivinos, y recordó haber estado fascinado por ellas de pequeño.

Ella le condujo hasta el fondo de la tienda, donde apartó una gruesa cortina de suelo a techo, haciéndole pasar a un taller más al fondo y, tomando un herbario, se lo tendió.

—Aquí tienes. Es una especie de pasatiempo británico.

Él lo abrió. Estaba vacío.

—Es para que lo completes —indicó.

—Recuerdo haber recogido flores con usted, madre, en casa.

—Todas tienen significados simbólicos, ya lo sabes.

—Eso es lo que me decía a menudo.

Ella se echó a reír y entonces, mientras él dejaba el cuaderno, hizo un gesto señalando lo que le rodeaba.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

La miró, creyendo que su corazón iba a romperse de tanto amor.

—Me gusta —admitió.

En una mesa del taller estaban dobladas unas prendas de ropa y un pergamino que ella tomó y le entregó.

—Estas son las escrituras. Ahora te pertenece.

—Henry Green —leyó en el pergamino al desplegarlo—. ¿Ese va a ser mi nuevo nombre ahora?

—Siempre te gustó el nombre de Henry y, después de todo, llevas puesto un sombrero verde —señaló Pyara—. Además, es un nombre de tendero inglés para un tendero inglés. Bienvenido a tu nueva vida, Henry. A partir de ahora, desde aquí podrás supervisar el contraataque Asesino sobre la ciudad y controlar tu matriz de información. ¿Quién sabe? Quizá seas capaz de vender estas antiguas curiosidades mientras estés aquí. Ahora… —Alargó la mano hasta la pequeña pila de ropa—. Aquí tienes un atuendo del que al menos podrás estar orgulloso.

Para preservar su modestia, ella se dio la vuelta mientras él se cambiaba, y luego se giró para admirarle. Ahí estaba, resplandeciente con sus ropas de seda sueltas ribeteadas de oro, un cinto de cuero cruzando su pecho y mullidas zapatillas.

—Nada de ir descalzo, Jayadeep, o debería decir, Henry —dijo su madre—. Y ahora, una última cosa para completar el cuadro…

Buscó en una caja que también estaba sobre la mesa. Henry había visto otras parecidas antes, sabiendo exactamente lo que contenían, así que extendió el brazo con una mezcla de gratitud y emoción. Efectivamente, era su antigua hoja. Se la sujetó a la muñeca, disfrutando de la sensación de sentirla de nuevo después de todo ese tiempo.

Ya no era El Fantasma. Era Henry Green.

66

Y en cuanto a los gemelos…

—Dos Asesinos —dijo Henry desde una azotea que dominaba la ciudad—, iguales en altura. Una hembra, otro varón. De unas dos décadas de edad, y esas sonrisas maliciosas. Debéis de ser los gemelos Frye.

Los había reconocido inmediatamente: sí, las sonrisas eran muy «Ethan». Por lo demás, parecían reunir diferentes cualidades. Jacob: arrogante, impaciente, un poco brusco en sus modales; para Henry era la ambivalencia a primera vista. Evie, por otro lado…

—¿Y usted es…? —preguntó ella.

Sus ropas ondearon en la brisa mientras hacía una leve inclinación.

—Henry Green, a vuestro servicio. —Hizo una pausa—. Sentí mucho enterarme del fallecimiento de vuestro padre.

—Gracias —respondió Evie, y sus ojos se sumieron en la pena antes de volver a fijar la vista en él y sostener una mirada en la que Green se zambulló durante un momento o dos, resistiéndose a salir a la superficie.

—¿Qué puede decirnos sobre Crawford Starrick? —preguntó finalmente Jacob, y fue con cierta reticencia como Henry Green volvió su atención al otro joven, ligeramente irritado por haber roto el hechizo y evaluando de nuevo al hermano de Evie.

—Supongo que el Consejo desea noticias —conjeturó, rehaciéndose.

—Londres debe ser liberado para proporcionar un mejor futuro a todos sus ciudadanos.

La convicción iluminó el rostro de Evie mientras hablaba. Danzaba en sus ojos y la hacía incluso más hermosa, si es que eso era posible.

—Gracias a Dios el Consejo ha entrado en razón y le ha enviado para ayudarnos.

—Sí, gracias a Dios —repitió Jacob en un tono de voz que Henry reconoció. El mismo que empleaban sus jóvenes clientes que pensaban que era un ingenuo tendero indio.

De todas formas, prosiguió:

—Me temo que no traigo noticias agradables. Actualmente, Starrick se sienta en lo alto de la más sofisticada infraestructura templaria jamás construida en el mundo occidental. Su dominio se extiende por todo Londres. Por cada clase social, cada distrito, industrias, bandas criminales…

Jacob se pavoneó.

—Siempre creí que yo sería un maravilloso líder para una banda. Firme pero justo. Con un estricto código de vestir. Reuniendo una mezcla de personas privadas de derechos bajo un nombre. Evie, eso es. Podemos atraerles a nuestro lado.

Evie le lanzó una muy ensayada mirada burlona de reproche.

—¡Oh! ¿Como esos jugadores de cartas que conseguiste reunir en la taberna de Oakbrook junto al río?

—Eso fue distinto. Me dieron una paliza al *whist*. —Su mirada se perdió en la distancia—. Ya me parece estar viéndolo. Nos llamaremos las Torres.

—Nunca se te dio bien el ajedrez —recordó ella lanzando una mirada de soslayo a Henry, en disculpa por su hermano.

—¿Acaso tienes un plan mejor? —Estaba diciendo Jacob.

Sus ojos se habían posado en Henry, un espíritu afín.

—Encontrar el Fragmento del Edén.

Jacob hizo un sonido de disgusto.

—Bien. —Henry se aclaró la garganta—. Ahora, si habéis terminado…

67

Más tarde, Henry les llevó a su tienda. En los años transcurridos desde que su madre la descubriera, nada había cambiado. El negocio de las curiosidades no era precisamente boyante, pero eso era lo de menos; vender baratijas no era su objetivo primordial, y su otro negocio de recopilar información sobre los artefactos y seguir de cerca las actividades templarias, a través de una creciente corte de informantes, seguía floreciendo. George Westhouse había tenido razón; Henry empleaba los mismos talentos innatos que le habían granjeado la simpatía de los moradores del túnel para cortejar a los pobres y desposeídos de Whitechapel. Los había ido cautivando casi inconscientemente: un poco de protección, uno o dos prestamistas que recibieron una lección, un proxeneta al que mostró el error de sus maneras, un padre violento que necesitó que le recordasen sus responsabilidades. Lo había logrado empleando la amenaza y la insinuación. El que sus habilidades en combate cayeran en desuso le resultaba muy conveniente; él nunca fue un guerrero. Su banda no se parecía a otras que pululaban por el East End —como Jacob deseaba que fueran sus «Torres»—, que estaban basadas sobre principios jerárquicos de poder y violencia. La suya seguía principios mucho más benignos. Su líder se había ganado su respeto, pero también su amor.

—A lo largo de los años, he establecido un buen número de conexiones a través de la ciudad —fue todo lo que dijo ahora.

—¡Espléndido! —replicó Evie—. Necesitaremos ayuda localizada…

—¿Ayuda localizada? —se burló Jacob—. No, lo que necesitamos hacer es acabar con las bandas de Starrick para anular su control.

—No estás apuntando lo suficientemente alto —replicó Evie exasperada —. Starrick tiene influencia en cada rama de la sociedad. Tenemos que poder igualarle.

—Ya entiendo lo que dices, Evie. Necesitamos las Torres.

Ella negó con la cabeza, repitiendo una máxima frecuentemente reiterada.

—No vas a formar una banda llamada las Torres. Necesitamos localizar los Fragmentos del Edén.

—No. Necesitamos arrebatar Londres a Starrick. Tú solo dime mis objetivos…

—No.

—¿Qué?

—Aún no ha llegado el momento para eso.

—No he venido aquí para descubrir curiosidades.

—Primero hay que entender el baile, y solamente después podrás convertirte en bailarín —declaró ella, citando algo que se les había dicho muchas veces a lo largo de los años.

—¡Oh! ¿De manera que piensas continuar con lo que padre dejó?

—Alguien tiene que hacerlo.

68

Bien, Freddie, es agradable volver a verte.

Abberline estaba sentado en la habitación delantera de la casa que el señor y la señora Shaw habitaban en Stepney, y recordó los tiempos en que era recibido con una calurosa bienvenida por parte de la señora Shaw y sus dos hijos, cuando deseaba fervientemente poder llevarles mejores noticias.

Ahora era lo mismo, excepto que esta vez…

—¿Te gustaría tomar una taza de té, Freddie?

Sin esperar respuesta, la señora Shaw salió de la habitación, dejando a los dos hombres solos.

—Bien —repitió Aubrey—, me alegra volver a verte, Freddie. Sargento Frederick Abberline, ¡tan cierto como el aire que respiro! Freddie Cara de Novato finalmente ha madurado, ¿eh? Siempre supe que lo conseguirías, compañero. De todos nosotros, siempre fue cosa segura que lo harías bien en el cuerpo.

Aubrey ahora regentaba una carnicería en Stepney Green. Abberline había ido descubriendo lo conveniente que resultaba tener un amigo carnicero. Especialmente cuando se trataba de cultivar contactos, porque era cierto: a Abberline le había ido bien en el cuerpo. Un hombre llamado Ethan Frye le había presentado a otro de nombre Henry Green, al que Abberline reconoció como el muchacho indio de la excavación. A ese respecto, había jurado mantener el secreto, encantado de guardar la confidencialidad. Después de todo, Ethan Frye le había salvado la vida. Él y Henry habían ido contra Cavanagh y compañía. Y hasta donde Abberline concernía, eso le había situado firmemente en su equipo.

Y era curioso porque Abberline nunca había llegado al fondo de lo que realmente sucedió en la excavación del Metropolitano. El «poderoso objeto», del que Ethan le había hablado, bueno, Abberline había imaginado algún tipo de arma, algo que provocó una explosión. Con qué fin, lo desconocía. Pero Cavanagh había muerto, sus tres lugartenientes también, y ¿qué había sido del otro, del funcionario? Bueno, resultó que estaba trabajando para un tercer bando, y ahí era donde todo se complicaba; cuando se llegaba a lo que Ethan había descrito como eternos enemigos: hombres que se movían entre los demás conspirando para hacerse con el control del destino de la humanidad.

Y aquello era demasiado para Abberline. Aquello había sido suficiente para convencerle de no hacer más preguntas, porque, en cierto sentido, una de sus más fervientes creencias sobre que existían fuerzas más allá de nuestro control, manipulándonos desde lo alto, había encajado perfectamente con otra de las fervientes creencias de Aubrey: que algunas veces no existen respuestas.

De modo que Frederick Abberline hubo de aceptar que había cosas que no podía cambiar, y trató de concentrarse en luchar por aquellas que sí podían hacerlo, dando gracias por ser capaz de ver la diferencia entre las dos. Entretanto, Henry Green había construido una comunidad de informantes leales en Whitechapel. Abberline se unió a su banda, a veces se beneficiaba de la información y otras era él mismo quien la suministraba.

En otras palabras, la situación podía considerarse de *mutuo beneficio*. Y por primera vez desde el desastre del Metropolitano, el recién nombrado sargento Abberline creyó estar haciendo progresos. Haciendo un poco de bien en este mundo.

Incluso había conocido a una mujer, Martha, se había enamorado de ella y se habían casado… Y entonces, desafortunadamente, su racha de buena suerte había llegado a su fin.

—Freddie, ¿algo va mal? —Estaba diciendo Aubrey. La sonrisa en sus labios se había desvanecido a la vista de las tristes facciones de su amigo—. Esta no es solo una visita de cortesía, ¿verdad? ¿No tienes nada que decirme? ¿Martha y tú? No habréis roto, ¿verdad?

Freddie retorció sus manos entre sus rodillas. Se había vuelto adepto al disfraz. Su infiltración en Whitechapel a veces dependía de su habilidad para moverse por las calles sin ser reconocido, advertido, apercibido. Había ocasiones en que había demostrado ser inestimable para la banda de Henry. Deseó poder llevar ahora un disfraz para no tener que sentirse tan expuesto.

—No, Aubs, no puedo explicarte lo mucho que desearía que simplemente hubiésemos roto, porque entonces mi querida Martha aún estaría con vida.

—Oh, Freddie —exclamó la señora Shaw desde la puerta. Se apresuró a entrar, depositó la bandeja con las cosas del té sobre la mesa y se acercó a Abberline, arrodillándose ante él y tomándole la mano—. Cuánto lo sentimos, ¿no es cierto, Aubrey?

Aubrey se había levantado quejosamente.

—Oh, Dios mío, si vosotros dos apenas llevabais casados unos meses.

Abberline se aclaró la garganta.

—La tuberculosis la reclamó.

—Es una desgracia, Freddie. Aubrey y yo siempre creímos que hacíais una pareja perfecta.

—La hacíamos, señora Shaw, la hacíamos.

Se quedaron callados durante unos momentos, y entonces, no sabiendo bien qué más hacer, la señora Shaw sirvió el té y los tres permanecieron sentados en silencio durante un rato, los dos Shaw tratando de consolar de su tristeza a Frederick.

—¿Y ahora qué, Freddie? —dijo Aubrey.

Abberline dejó la taza y el platillo sobre la mesa. Solo las hojas de té sabían qué le tenía reservado el futuro.

—El tiempo lo dirá, Aubrey —repuso—. El tiempo lo dirá.

69

Las semanas pasaron. Los gemelos dejaron su impronta en Londres. A pesar de las protestas de Evie, Jacob había formado su banda, las Torres, estableciéndose como una destacada fuerza en la ciudad. Entretanto, habían liberado a los golfillos, Jacob había asesinado al líder de una banda, Rexford Kaylock, los gemelos habían encontrado una guarida en un tren y se habían asegurado la confianza de Frederick Abberline, quien les había prometido hacer la vista gorda con sus actividades.

Y mientras la atención de Jacob se centraba en construir la reputación de su banda, Evie se había zambullido en la investigación del Fragmento del Edén.

—Ah, otra excitante velada en casa para Evie Frye —le había dicho su hermano al sorprenderla entre cartas, mapas y otros documentos de varios tipos. Quizá no había advertido el hecho de que, al mismo tiempo, ella se estaba atando su guantelete.

—De hecho, estaba a punto de salir —contestó, con un matiz de orgullo en su voz—. He encontrado el Fragmento del Edén.

Como de costumbre, aquello no tuvo efecto en Jacob, que puso los ojos en blanco.

—¿Y qué es lo que este puede hacer? ¿Curar a los enfermos? ¿Repeler las balas? ¿Controlar al populacho?

—Son objetos peligrosos, Jacob. Especialmente en manos templarias.

—Suenas igual que padre.

—Ya me gustaría.

Entonces atrajo la atención de su hermano hacia una imagen de Lucy Thorne que descansaba sobre la mesa. Últimamente, cada vez con más

frecuencia, Evie había descubierto cómo su mirada se desviaba hacia ella, recordando a la intimidante mujer a la que había contemplado en la zona de embarques.

—Lucy Thorne está esperando un cargamento esta noche. Es la experta de Starrick en lo oculto. Estoy casi segura de que va a recibir el Fragmento del Edén que mencionó *sir* David Brewster.

Jacob podía olfatear acción.

—Parece divertido. ¿Puedo unirme a ti?

—¿Prometes atenerte a la misión?

—Lo juro.

Poco después, se encontraban en los muelles, donde se aplastaron contra el tejado de un almacén desde el que se dominaba el área principal de los muelles, a fin de poder observar las cajas que estaban siendo descargadas debajo de ellos.

«Allí está», pensó Evie excitada. Lucy Thorne. La ocultista iba vestida de negro según su costumbre. Evie se preguntó si no estaría de luto por el Fragmento del Edén perdido por Brewster.

Las palabras de Lucy Thorne llegaron hasta ellos cuando se dirigió a uno de los hombres para darle órdenes.

—El contenido de esa caja vale más que su vida y la de toda su familia —espetó, enarbolando un huesudo dedo hacia una caja en concreto—. ¿Lo entiende?

El hombre lo entendió. Dobló la guardia y, entonces, se volvió hacia Lucy Thorne.

—Y ahora, señorita Thorne, nos queda rellenar algunos papeles para el señor Starrick. Si puede venir por aquí…

Ella le siguió de mala gana. Desde su posición de ventaja, Evie y Jacob evaluaron la situación.

—Sea lo que sea que persigue, está en esa caja —indicó Evie. Echaron un vistazo a los muelles, advirtiendo pistoleros Templarios apostados en los tejados. Entretanto, la caja que súbitamente se había convertido en tan preciada para ellos, como evidentemente lo era para Lucy Thorne, había

sido descargada junto a otras en un remolque tirado por caballos. Un guardián permanecía sosteniendo las riendas. Dos más, muy cerca, criticaban sombríos en voz baja a su terrible jefa, además de especular sobre lo que podría haber en esa inestimable caja.

Jacob se deshizo de su sombrero de copa y se alzó la capucha, su pequeño y propio ritual antes de entrar en acción, y entonces, con un guiño a Evie, se marchó para enfrentarse a los guardias de las azoteas.

Ella le vio partir antes de ponerse también en movimiento, recorriendo silenciosamente el borde del tejado y luego bajando de un salto para agazaparse junto a un gran depósito de agua debajo de un goteante canalón. Con un ojo en los hombres que custodiaban el carro, siguió atentamente las actividades de Jacob más arriba. Ahí estaba, acercándose a un confiado centinela. Su hoja se alzó y cayó. El hombre se desplomó silenciosamente, un asesinato perfecto, y Evie siseó una callada felicitación a través de sus dientes.

Murió en sus labios. El segundo pistolero había visto a su camarada caer y había llevado su rifle al hombro.

Jacob corrió a toda velocidad a través de la azotea hacia el hombre armado, reaccionando con más rapidez de la que el guarda invirtió en apuntar y apretar el gatillo. Al mismo tiempo, la propia Evie salió de su escondite tras el tonel de agua. Se acercó por detrás de los dos hombres que se mantenían al fondo, ambos dándole la espalda, y, girando sobre sí misma, lanzó una patada al cuello del primer hombre.

Astuta Evie. Esta vez había recordado desabrochar su abrigo, y el desafortunado centinela fue aplastado contra el carro, la nariz y la boca crujiendo un segundo antes de dejar un rastro de sangre en las cajas mientras se deslizaba hasta el suelo.

Evie ya se había girado a su izquierda, llevando la mano del guantelete adelante y golpeando al segundo guardia en un lateral de la cabeza. El hombre tuvo aproximadamente medio segundo de vida, que pasó mareado y desequilibrado, antes de que Evie echara el codo hacia atrás, activara su hoja y la clavara en su sien. Para entonces, el tercer centinela había emprendido la huida, y el tirador del tejado yacía muerto. Pero era demasiado tarde. Se había dado la alarma, y justamente cuando se subió al

carro y comenzó a emplear su cuchillo a modo de palanca para abrir la tapa clavada de la caja, Jacob saltó desde el tejado del almacén opuesto y llegó a toda carrera a través de la explanada, subiéndose al carro.

—Creo que será mejor que nos larguemos —sugirió, y nunca dijo nada más cierto. Los muelles estaban sumidos en el caos. Las puertas de los almacenes se abrieron de golpe para dejar salir a hombres con sombrero hongo, perros rabiosos con trajes de *tweed*, todos ellos llevando armas de fuego o acero. Desde que las actividades de Evie y Jacob en la ciudad habían atraído la atención de los Templarios, habían contratado a los hampones más mercenarios, despiadados y sedientos de sangre que pudieron encontrar, y ahí estaban, saliendo en tropel de su lugar de reunión, con Lucy Thorne vociferando órdenes.

Ella también había abandonado abruptamente su reunión, se había recogido las faldas para moverse más fácilmente y había descubierto, con una enorme y justificada rabia, que su preciosa carga se estaba esfumando. Tenía las mejillas arreboladas por la excitación y su voz era un chirrido.

—¡Vayan tras ellos! ¡Vayan tras ellos!

Evie tuvo una breve impresión de ese rostro. Una persistente mirada de furia a juego con él. Y la caza comenzó.

Con Jacob a las riendas el carro voló fuera de los muelles hacia una zona baldía que hacía de frontera con la ciudad. En lo alto del carro, Evie se sujetó con fuerza. Su capucha ondeaba al viento a medida que los caballos ganaban en velocidad. Quería gritarle a Jacob que fuera más despacio, pero de los muelles emergió ahora un segundo carruaje erizado de fusiles, como un puercoespín formado por hombres Templarios.

Al mando estaba Lucy Thorne, semejante a un cuervo con alas de crinolina. Aunque no había perdido del todo su negra compostura, ciertamente esta se había visto sacudida al saber que había permitido que su preciosa caja quedara fuera de su alcance, y ahora señalaba y gritaba, sus palabras exactas perdidas en el viento pero su significado muy claro: atrapar a los gemelos.

Los carruajes irrumpieron ahora fuera de los muelles, precipitándose a la izquierda por la avenida Ratcliffe. Altos edificios, comercios y viviendas de fachada plana se alineaban a cada lado de la calle, las ventanas

dominando impasibles una vía atestada de carros y el tráfico de los muelles de más abajo. La avenida Ratcliffe, una calle conocida por su violencia, volvía a ser testigo de un nuevo ejemplo de la misma.

El traqueteo de los dos carros sobre los adoquines era casi ensordecedor. Evie estaba aterrorizada de que las ruedas pudieran desprenderse. Al mismo tiempo, trataba desesperadamente de dar sentido a lo que había visto en la caja —un alijo de documentos y un libro grabado con el emblema de los Asesinos— mientras trataba de sujetarla. Se escuchó un disparo y sintió cómo una bala silbaba cerca de su mejilla, sus ojos moviéndose reflexivamente hasta Jacob para comprobar si estaba bien.

Y sí, estaba perfectamente. Su capucha ondeando al viento, sus brazos extendidos mientras manejaba las riendas, lanzando intermitentes insultos a sus perseguidores por encima de su hombro y azuzando a los caballos.

Por delante de ellos, los peatones se dispersaban, los comerciantes se arrojaban sobre sus carretillas para impedir que salieran volando, los cocheros contenían a sus caballos amenazando con puños furiosos, y aun así los carros continuaban su carrera.

Otro disparo. Evie se estremeció pero advirtió que el impacto se llevaba un trozo de muro cercano cuando pasaron por delante. Ahora lo que pudo distinguir por encima del golpeteo de las ruedas, los gritos de los peatones aterrorizados y los asustados caballos eran los cada vez más despavoridos chillidos de Lucy Thorne instando a la persecución. Su cabeza se giró de repente y, una vez más, las dos mujeres se cruzaron la mirada. Lucy Thorne parecía hervir de odio por la joven Asesina. Lo que quiera que hubiese en esa caja debía de ser importante para ella, importante para los Templarios y, por lo tanto, importante para Evie.

Si pudiera conservarlo.

Y ese era un gran condicionante. Jacob estaba conduciendo tan rápido como podía, pero sus perseguidores les estaban alcanzando, los Templarios poniéndose prácticamente a su altura. Evie vio a los hombres agarrándose, sacando pistolas, y entonces recordó que gracias a Henry Green ella ahora también tenía una.

Con una mano apoyada sobre la caja para equilibrarse, extrajo su Colt del interior de su chaqueta, apuntó al hombre más cercano, que a su vez la

estaba enfilando con su propia arma, y disparó.

Evie no era tan buena con la pistola como con la espada, pero fue un buen disparo, y su bala habría hecho un agujero en la frente del hombre de no ser porque su carreta súbitamente dio un bote cuando las ruedas se hundieron en un bache. Tal y como sucedió, el hombre se llevó la mano al hombro y gritó, dejando caer su arma y evitando por los pelos ser lanzado fuera del carro y caer a los adoquines del pavimento.

Entretanto, el carruaje de los Templarios se había desviado de su rumbo peligrosamente, el conductor tratando desesperadamente de evitar volcar. Hasta Lucy Thorne había dejado de gritar y se agarraba al pescante como si le fuera la vida, su sombrero una cosa del pasado, su cabello sacudido por el viento.

El otro carro trató de abordarles. Se dispararon más tiros. A continuación, Evie vio a los matones Templarios prepararse para saltar de una carreta a otra, las órdenes de Lucy Thorne volviéndose cada vez más amenazadoras mientras imaginaba a los dos Asesinos escapando con sus documentos.

—Mira. —Jacob estaba señalando, y en efecto, allí, en la distancia, traqueteando a lo largo de la línea de ferrocarril de Blackwall, estaba el tren que los Asesinos habían convertido en su guarida.

El verlo le había dado a Jacob una idea. Podía efectuar un giro brusco a la derecha tomando Rosemary Lane y luego, si lo medía bien, se encontrarían en la posición perfecta para saltar del carro al tren. Eso significaría tener que dejar el cofre atrás, pero los gemelos, con su vínculo preternatural, parecieron decidirse por ese curso de acción, sin casi necesitar intercambiar palabras.

Alcanzaron el empalme de Ratcliffe y Rosemary Lane, y Jacob tiró de los caballos hacia la derecha, mientras empezaba a ponerse en pie, al tiempo que trataba de controlarlos y se preparaba para saltar. Ahora estaban alineados con el tren. Evie no tenía otra elección que dar el salto. Con un grito de frustración atrapó el cuaderno adornado con el emblema Asesino —era todo lo que podía llevar consigo—, lo guardó dentro de su abrigo y entonces, mientras su hermano saltaba del carromato hasta la puerta abierta de uno de los vagones del tren, hizo lo mismo.

Los dos aterrizaron pesadamente sobre los tablones: Jacob exuberante, enardecido por la excitación; Evie todo lo contrario. Todo cuanto tenía que mostrar de esa excursión nocturna era un muy manoseado cuaderno. Y para ella eso no era suficiente.

70

Evie y Jacob continuaron dejando su huella en Londres, conduciendo a los Asesinos hasta lo que debía ser la posición más fuerte de la Hermandad en más de un siglo. Incluso proporcionaron medicinas a los enfermos de Whitechapel. Al igual que Henry, empezaban a ganarse corazones y mentes.

Y, por supuesto, los Templarios no estaban contentos. Su Gran Maestro, Crawford Starrick, recibía con regularidad novedades sobre la actividad Asesina, desde su puesto tras el escritorio de caoba de su oficina.

—Jacob Frye intenta poner en peligro a todo Londres dejándolo en manos de la turba —le explicó su lugarteniente James Brudenell.

—O tal vez no intente nada de eso —replicó Philip Twopenny, mientras Starrick añadía un terrón de azúcar a su té—. Quizá simplemente se contente con jugar a los dados con nuestras vidas.

Starrick alzó su taza de té para respirar su aroma. Las puntas de su espeso bigote curvadas hacia arriba, estremeciéndose.

—Caballeros —declaró—, este té me lo han traído en barco desde la India, para luego salir del puerto hasta la fábrica, donde fue empaquetado y transportado en carruaje hasta mi puerta, almacenado en la despensa y servido para subírmelo hasta aquí. Y todo eso por hombres y mujeres que trabajan para mí, que están en deuda conmigo, Crawford Starrick, por sus empleos, por su tiempo, por las mismas vidas que llevan. Trabajarán en mis fábricas y de igual modo lo harán sus hijos. ¿Y venís a hablarme del tal Jacob Frye? ¿Esa insignificante mancha que se llama a sí mismo Asesino? Ofendéis a la misma ciudad que trabaja día y noche para que podamos beber esto. Este milagro. Este té.

Lucy Thorne había entrado en la habitación y se había situado al lado de su maestro. La terrorífica visión en lo alto del carro había desaparecido, ahora su sombrero estaba de nuevo en su cabeza, la compostura recuperada.

—Estoy llegando al final de mi investigación —dijo—. Nuestro amado Londres no sufrirá semejante molestia por mucho más tiempo.

—¿Y qué pasa con esa hermana de la que he oído hablar? ¿La señorita Frye? —preguntó Starrick.

Lucy Thorne apretó los labios.

—La señorita Frye será aniquilada muy pronto.

71

Ignorantes de las fuerzas que conspiraban contra ellos, Evie y Henry continuaban la búsqueda en la tienda de este último y en su guarida.

—Tal vez no hayas encontrado un Fragmento del Edén —dijo él, tratando de consolarla—, pero este material es de un valor incalculable.

Ella le contempló agradecida y ambos sostuvieron la mirada unos segundos, hasta que Evie soltó una pequeña tos y apartó la vista. Juntos volvieron a repasar el cuaderno rescatado de la caja, hasta que Henry dio con algo.

—Mira. Aquí dice que los Asesinos de Londres han encontrado un sudario.

Un sudario.

Evie se acercó para leer por encima del hombro de Henry, arrimándose más de lo necesario. Ambos lo sabían. Ambos mantenían contacto, pequeños escalofríos que les recorrían de arriba abajo.

—«El Sudario del Edén se supone que cura incluso las heridas más graves» —leyó Evie—. Si los Asesinos hubieran encontrado algo así, sin duda padre lo habría sabido.

«No, estaba obsesionado con el artefacto del Metropolitano —pensó Henry—. La niña de sus ojos era la Manzana».

—Debe de haber algo que se nos escapa —conjeturó.

En ese momento Evie descubrió cómo los documentos insertados en el cuaderno podían juntarse para formar un mapa. Tras haberlo estudiado, lo agarró rápidamente, dispuesta a marcharse.

—¿No vienes? —le preguntó a Henry.

Él la miró apurado.

—El trabajo de campo no es mi especialidad.

—Hemos encontrado una pista que nos puede llevar a un objeto precursor. ¿No quieres seguirla?

Por supuesto que quería. Además de desear seguir en compañía de Evie.

—Visto así, uno no puede rechazarlo.

Los dos siguieron el mapa —excitados ante ese nuevo descubrimiento y emocionados por hallarse en compañía del otro—, que les llevó hacia una de las zonas más acomodadas de la ciudad, donde las calles estaban menos atestadas y las casas eran más lujosas. A Henry se le ocurrió algo. ¿Podrían estar dirigiéndose hacia la plaza Queen?

—¿Sabes?, creo que este mapa nos está guiando a la mansión Kenway —indicó.

—¿Kenway? ¿El pirata?

—Maestro Asesino y pirata, sí.

—Es sorprendente que aún no hayas registrado la casa. Después de todo, Kenway era un Asesino.

—El hijo de Edward, Haytham, se unió a los Templarios. Ahora ellos poseen la casa.

—Entonces los Templarios poseen una casa con tesoros Asesinos almacenados en ella. ¿Y nunca los han localizado?

Henry mostró una breve sonrisa.

—Debemos de ser mejores que ellos escondiendo cosas.

Llegaron a la plaza, que incluso Henry sabía que había cambiado a lo largo de los años. La que en su día fue llamada plaza de Queen Anne, había estado alineada con mansiones en todos sus lados, la de los Kenway entre ellas, y aunque la estatua permanecía en su lugar, y la taberna de la esquina, La Despensa de la Reina, había mantenido el negocio abierto desde tiempo inmemorial, las mansiones habían sido ocupadas desde entonces por hospitales y otras instituciones de caridad, así como por libreros e impresores.

Había pocos edificios utilizados ahora como domicilios, pero la mansión Kenway se encontraba entre ellos. Allí fue donde Edward Kenway

vivió a su regreso a estas tierras. Su hijo, Haytham, había sido iniciado como Templario, una larga y terrible historia que había visto a un padre enfrentado con su hijo.

Jennifer Scott, la hija de Edward y hermanastra de Haytham, había pasado muchos años viviendo en ella, maldiciendo por igual a Asesinos y Templarios, aunque aprovechándose del disfrute de los beneficios de ambos vínculos, entre los que se contaba el mantener la lujosa mansión en la rebautizada plaza Queen.

Allí había permanecido Jennifer, atreviéndose ocasionalmente a proponer que Asesinos y Templarios alcanzaran algún tipo de acuerdo, hasta que a su muerte, a una avanzada edad, consiguió que los Templarios de Londres y probablemente también los Asesinos soltaran un parecido suspiro de alivio.

Evie y Henry entraron ahora en la plaza, y pasaron por delante de la Sociedad Católico-Romana para Pobres Ancianos y la Sociedad de San Vicente de Paúl, antes de que Evie se detuviera en seco, arrastrando a Henry hacia el escaso resguardo que ofrecía la verja de hierro que alineaba la plaza.

—Mira —señaló, susurrando la palabra en su oído.

Efectivamente, un carruaje estaba parado a las puertas de la mansión Kenway, y emergiendo de él distinguieron la inconfundible figura de Lucy Thorne.

—Estaré en el estudio —le escucharon decir a su acompañante masculino—. No quiero ser interrumpida, a menos que tengas noticias del cuaderno perdido.

Y al segundo siguiente, los dos Templarios estuvieron dentro, y Evie y Henry intercambiaron una mirada de preocupación. Acceder al interior sería todo un desafío. Y mantenerse lejos de Lucy Thorne otro diferente.

Pero ya habían llegado demasiado lejos.

72

Por encima de ellos había unas ventanas abiertas. Ningún problema para un Asesino. Los dos escalaron el muro rápidamente y entraron en lo que resultó ser una sala de música, amueblada con un enorme piano de cola y presidida por un retrato de Edward Kenway de pie con el joven Haytham. Otros cuadros daban alguna pista de la historia marítima del dueño de la mansión.

Henry acercó su boca a la capucha de Evie y ella alargó un dedo para echarla hacia atrás.

—¿Qué es lo que estamos buscando? —susurró.

Sus ojos recorrieron el espacio.

—No estoy muy segura.

La pareja emprendió la búsqueda, encontrando que había páginas de música ocultas en varios sitios alrededor de la habitación.

—¿Qué es lo que los Templarios no están viendo? —preguntó Henry casi para sí mismo.

—Algo que solo nosotros podemos captar.

—Edward Kenway era un pirata. ¿Dónde escondería un pirata su tesoro?

—Yo escondería el mío en una librería —confesó Evie, y Henry soltó una risita.

—El mío sería *la librería* —declaró él y ambos compartieron una mirada. Espíritus afines.

—El piano es precioso.

—¿Sabes tocar?

—No. Ojalá supiera. Me encanta el sonido. ¿Y tú?

—Un poco. Lo suficiente para pasar por una joven gentil dama si lo necesito.

—Me encantaría oírte tocar si la oportunidad se presenta —comentó él, advirtiendo cómo las mejillas de la joven se sonrojaban.

Entonces se acercó al piano.

—Algunas de las teclas están más altas que otras —indicó Henry, estudiándolas con atención y tratando de encontrar alguna clave o razón a la casi imperceptible forma en que algunas teclas destacaban más orgullosas que otras.

Probó a tocar una —*tink*—, lo que hizo a Evie dar un respingo y mirar hacia él, dispuesta a reprenderle por el ruido, cuando súbitamente el piano comenzó a sonar por sí solo. Apenas tuvieron tiempo de asustarse por el sonido, ya que, casi al mismo tiempo, una sección del suelo se abrió para revelar unos peldaños que bajaban hasta un sótano no visible.

Así que esa era, pues, la cámara acorazada de Kenway.

—No demasiado sutil, ¿verdad? —dijo Henry.

Evie puso los ojos en blanco.

—Evidentemente Kenway tenía un fuerte sentido del espectáculo.

Descendieron los peldaños y, tras abrir una puerta, se encontraron en la cámara secreta de Kenway, conteniendo el aliento mientras trataban de dar sentido a la parafernalia de toda una vida allí almacenada.

—Esto es increíble. Creo que eso es *La Grajilla* —señaló Henry, sus ojos iluminándose ante la maqueta del legendario bergantín pirata de Edward Kenway—. Y pensar que esto ha permanecido oculto durante un siglo…

Pero Evie se había acercado a una mesa alta en el centro de la cámara, donde sus ojos habían encontrado un documento y un disco tallado. Escrutó el pergamino.

—La historia de los Asesinos de Londres… Madrigueras… Cámaras acorazadas… Una llave oculta. —Muy excitada añadió—: Eso es.

Henry cruzó la estancia hasta ella y una vez más disfrutaron de la súbita proximidad, antes de que el momento se rompiera con la voz de Lucy Thorne resonando desde la sala de música por encima de ellos.

—Has dicho que habías escuchado música —la oyeron increpar a los invisibles guardas. Y luego—: Aquí antes no había una abertura.

Evie y Henry se miraron el uno al otro. *Uy, uy*. Henry encontró un cerrojo que corrió, despertando el desánimo general en los de arriba.

—Ayúdame a bloquearla —ordenó Lucy Thorne, intuyendo que esa recién descubierta abertura resultaba crucial para la continuidad de su progreso.

Más abajo, la puerta se cerró y Evie y Henry se quedaron preguntándose qué debían hacer ahora.

Una salida. Tenía que haber una. Juntos tantearon los muros con las yemas de los dedos hasta que, con un pequeño grito de triunfo, Henry la encontró: un panel en la pared que se abría para revelar un tramo de escaleras en espiral que descendía y cuyo final quedaba lejos del alcance de cualquier farol. Acto seguido estaban emprendiendo el camino a lo largo del pasadizo que discurría bajo la gran mansión, agradecidos de escapar de las garras de Lucy Thorne, pero con un pellizco de decepción.

—Toda una cámara llena de la historia Asesina, que una vez más hemos debido dejar atrás —se lamentaba Evie.

—Vamos a tener que encontrar un escondite aún mejor o reclamar este más adelante —dijo Henry.

Ella se burló.

—*¿Vamos?* Creí que habías dicho que preferías mantenerte alejado del trabajo de campo.

—Yo… estaba pensando más bien en ti y en tu hermano. Os proporcionaré ayuda con la planificación. Desde el tren.

—Jacob está fuera merodeando —comentó—. Hay una vacante, si decides ampliar tus horizontes.

—Lo pensaré —contestó.

—Hazlo —insistió con una suave sonrisa burlona—. Y ahora volvamos a la superficie.

73

Entonces, los indicios que encontraste en la casa Kenway llevan hasta aquí…

Jacob agitó una en cierto modo despectiva mano hacia la enorme columna que se alzaba desde el suelo por debajo de ellos. Estaban sobre una colina mirándola desde arriba, y sin embargo resultaban empequeñecidos por ella. El Monumento al Gran Incendio de Londres. Construido en Pudding Lane, cerca del lugar donde el enorme incendio se había iniciado el 2 de septiembre de 1666, constituía un apropiado e impresionante tributo a un acontecimiento que hizo época.

Durante unos instantes los gemelos se quedaron contemplándolo, los ojos deslizándose desde el pedestal esculpido en su base hasta la aflautada columna y la parte superior, donde se había construido un mirador enrejado para evitar suicidios. Como la torre más alta del mundo, hacía que los edificios aledaños parecieran enanos y, en un día despejado, era posible distinguirla desde el otro lado de la ciudad. Verla de cerca te dejaba sin aliento.

Evie deseó que Henry estuviera allí. Y entonces se reprendió por ese pensamiento desleal. Después de todo, Jacob era su hermano, un hermano gemelo con el que compartía una comunicación casi sobrenatural. ¿Qué cosas habría salvado ella de un incendio? En primer lugar, su cuchillo; en segundo, a su hermano. Y en un buen día, si Jacob estaba siendo una compañía especialmente agradable, bueno, quizá entonces le hubiera rescatado primero a él.

Hoy, sin embargo, no tenía uno de esos días. Jacob no estaba siendo una compañía agradable. En su lugar había decidido burlarse y ridiculizarla a la

menor ocasión, concretamente, al parecer, por el creciente afecto entre ella y Henry Green.

Henry, por supuesto, no estaba allí para defenderse. Estaba en su tienda, repasando el material, de modo que Jacob se aprovechó de su ausencia.

—Oh, sí, señor Green —se mofó Jacob, imitando la voz de su hermana—, esa es una idea fascinante. Oh, por favor, señor Green, acérquese y eche un vistazo a este libro y, oh, está tan cerca de mí, señor Green…

Ella echaba humo.

—Yo no hago… —Y entonces se contuvo—. Bueno, quizá tú no tengas nada mejor que hacer, pero *yo* estoy muy ocupada protegiendo a los Asesinos.

—¿Lo estás? ¿Cómo era lo que padre solía decir…?

—«¿No permitas que los sentimientos personales comprometan la misión?». —Evie puso los ojos en blanco.

—Precisamente —replicó su hermano—. En cualquier caso, me marcho. Si te encuentro más gansos salvajes para que caces, estaremos en contacto.

Para mostrar su desdén retiró su capucha, extrajo su sombrero de copa del interior de sus prendas, lo desplegó y luego lo hizo rodar a lo largo de su brazo hasta su cabeza.

Y tras eso, se fue.

Ella le observó marchar, complacida por ver su espalda alejándose tanto como lamentaba la tensión entre ellos, y entonces se encaminó al monumento. En su base había una pequeña hendidura de aspecto familiar. Sin duda el disco que había rescatado de la mansión Kenway, que había traído consigo, encajaría perfectamente. En respuesta, la piedra pareció crujir, justo lo suficiente para abrirse, y ella emprendió el ascenso por un tramo de escaleras en espiral en el interior del monumento. Aquellos no eran los escalones habituales, los que cogían los turistas, los suicidas y James Boswell, quien aparentemente había sufrido un ataque de pánico a medio camino, antes de lograr tranquilizarse y completar el trayecto para después declarar que la vista era una abominación. No, estos escalones eran exclusivamente para aquel o aquella que estuviera en posesión del disco.

Efectivamente, cuando alcanzó la cima, a sesenta metros de altura, fue recibida por dos cosas. Primero, la vista —mientras permanecía sintiendo el azote del viento y boquiabierta ante el panorama— de un horizonte erizado de chimeneas y agujas, un paisaje de industria y veneración. Y segundo, otro disco, este último más grande, con una ranura. Comparó los dos discos en su mano y entonces, al azar, decidió intentar encajar el primero en la abertura del segundo.

Encajó. Perfectamente. Aún zarandeada por el viento, contempló con ciego asombro cómo se formaba una imagen. Si donde se encontraba actualmente era el hito urbano más conocido de Londres, entonces este estaba señalando al segundo, otro edificio de *sir* Christopher Wren: la catedral de San Pablo.

Poco tiempo después, iba de camino hacia allí, deseando poder detenerse y recoger de paso ya fuera a Jacob o, preferiblemente, a Henry, pero sabía que podrían estar en cualquier parte. Ascendió hasta el tejado de la gran catedral, sin encontrar demasiados problemas para una mujer de sus habilidades.

Allí, en la estatua de San Pablo, insertó los dos discos en una ranura de la piedra. A continuación —¿realmente lo intuyó o fue una sensación real?—, una puerta justo por debajo de ella se abrió, y un momento después ya estaba descendiendo y entrando en una cámara abovedada de la capilla.

Era una gran estancia dominada por una mesa en el centro. En uno de los muros había un símbolo Asesino. Ah, de modo que era una cripta dedicada a los Asesinos. Al otro lado de la habitación había una vidriera, mientras que en un nicho colgaba lo que Evie en un primer momento tomó por un hermoso objeto de orfebrería. Se acercó un poco más, examinando una cadena que estaba decorada con eslabones y pequeñas esferas incrustadas del tamaño de perlas, pero grabadas con extraños jeroglíficos angulares, así como un colgante que levantó en la palma de su mano. De nuevo había algo infinitamente precioso en ello, como si hubiese sido modelado por un orfebre que no fuera de este mundo o de esta era. Un escalofrío recorrió su espalda provocado por la certeza de que con toda probabilidad estaba sosteniendo algo de la Primera Civilización.

Una llave de alguna clase. Grabado en ella estaba inscrito Latin, que significaba «el remedio es peor que la enfermedad», y Evie la cogió y la giró en sus manos. No era nada que reconociera de sus lecturas. Nada que pudiera tener sentido en ese momento. Quizá cuando tuviera la literatura delante…

Se la colgó alrededor del cuello en el preciso instante en que la puerta se abría para dar paso a Lucy Thorne.

—Buen día, señorita Frye. Me llevaré eso —dijo la Templaria. Iba vestida toda de negro, con sus facciones teñidas por una mirada de avaricia. Cruzó la cripta en su dirección. Había venido sola, totalmente confiada en su dominio.

Evie dejó que la llave resbalara hasta su pecho. Se levantó la capucha y luego bajó las manos a sus costados, sueltas pero preparadas.

—Quiere el Sudario para consolidar su propio poder —la increpó—, pero ¿qué sucede si no puede controlarlo?

Lucy apretó los labios.

—¿Y por qué quiere *usted* el Sudario? ¿Simplemente para impedir que los Templarios lo tengan? ¿O quizá, como sería muy propio de un Asesino, para obtener el poder de la vida eterna, un poder que sin embargo están demasiado asustados para utilizar?

Lucy se había detenido a apenas unos pasos de Evie, justo fuera de su impresionante alcance. Las dos mujeres se calibraron la una a la otra. Evie no distinguió ninguna arma a simple vista, pero quién sabe que podría estar oculto entre los voluminosos pliegues del fúnebre atuendo de su oponente.

—La vida eterna —repitió, con cada músculo en alerta—, ¿es eso lo que cree que proporciona el Sudario?

—Lo que yo pienso no es asunto suyo —espetó Lucy, cuyos ojos desvelaron sus intenciones un segundo antes de iniciar su ataque, y en un rápido movimiento sacó un cuchillo de la bota y saltó hacia delante con una gran zancada, la mano del cuchillo extendida, en una acción que prácticamente tomó a Evie por sorpresa.

Prácticamente era la palabra exacta. La joven Asesina retrocedió, accionó su hoja al mismo tiempo y se regocijó al ver cómo la expresión del rostro de su oponente se transformaba al instante. Si Lucy Thorne había

previsto una cosecha fácil, había cometido un grave error, pues una Templaria y un cuchillo de bota no eran competencia para Evie Frye. Un enérgico ataque tal vez lo hubiera sido, pero debía estar basado en la sorpresa, y sin este elemento, Lucy no tenía nada, salvo su deseo de ganar y el instinto de supervivencia. Y ninguno de los dos era suficiente para superar a Evie.

Sus hojas entrechocaron, el sonido metálico rebotando contra los muros de piedra. Enseñando los dientes, Lucy lo intentó de nuevo, pero Evie la repelió fácilmente, tomando la medida a su oponente, aguardando su momento, preparada para el golpe mortal.

Sin embargo, Lucy Thorne no estaba acabada. Cuando Evie se acercó, su mano se disparó con violencia. Lo que brotó del centro de su puño era como un globo y, por un extraño y absurdo momento, Evie pensó que Lucy Thorne la estaba atacando con un Fragmento del Edén, hasta que lo comprendió: era una bomba de humo.

Cegada y temporalmente desorientada, Evie se tambaleó hacia atrás, llevando su hoja a una posición defensiva y recuperando su equilibrio, dispuesta a recibir el siguiente ataque. Efectivamente, este llegó. Lucy Thorne era una rival inferior, pero cuando se trataba de entregarse no carecía de arrestos y era valiente. «Dios mío —pensó Evie—, sí que es valiente». A través del humo de la bomba, Lucy dio un salto hacia delante con la daga de su bota, soltando cuchilladas con más esperanza que convicción, y gracias a la niebla y a la ferocidad de su ataque estuvo muy cerca de triunfar.

Muy cerca eran las palabras exactas.

El humo se onduló cuando Evie se volvió súbitamente hacia un lado, sacando el pecho mientras echaba los hombros hacia atrás y bajaba su hoja, desviando de un golpe a un lado la daga de Lucy Thorne. Al momento siguiente, volvió a girar, llevando su hombro derecho hacia delante en un puñetazo circular muy poco femenino, pero muy propio de Evie Frye, que impactó dura y contundentemente en la mandíbula de Lucy Thorne, haciendo que los ojos de la Templaria empezaran a orbitar en sus cuencas y sus dientes rechinaran cuando se tambaleó hacia atrás. Evie enfundó su hoja y luego, dando un paso hacia delante, giró su mano enguantada.

El movimiento había sido limpio. Le había ganado la batalla. Pero tal vez Evie tenía demasiado de su padre y su hermano en ella. Quizá fue demasiado confiada. Pues el puñetazo, aunque fuerte, en lugar de derribar a Lucy Thorne la hizo salir despedida, la hoja cayendo hacia un lado, los brazos girando locamente en molinete, hasta una ventana de vidrio laminado tras ella.

Evie advirtió lo que iba a suceder y comprendió su error. Pero era demasiado tarde. Saltó hacia delante y en su prisa perdió pie. Sus dedos en forma de garra no lograron atrapar a Lucy Thorne y, durante una fracción de segundo, las dos mujeres se manotearon la una a la otra tratando de impedir lo inevitable.

No pudieron. El cristal estalló alrededor de Lucy Thorne, que parecía a punto de caer a una muerte segura cuando una mano desesperada encontró la llave alrededor del cuello de Evie. De pronto, eso fue lo único que le impidió caer y Evie, a su vez, se vio atrapada, gritando de dolor a medida que la cadena se clavaba en su carne.

—¿Vienes conmigo? —preguntó con desprecio Lucy Thorne y, una vez más, Evie tuvo que reconocérselo a su oponente. No le faltaba valor.

Pero…

—Tengo otros planes —contestó, y sacando su hoja cortó la cadena, despidiendo a Lucy Thorne.

Con un grito la Templaria cayó, aún sujetando la llave, mientras Evie era propulsada hacia atrás contra el suelo de la habitación. Se levantó rápidamente, tosiendo y jadeando mientras se arrastraba para comprobar la ventana rota y el suelo de piedra más abajo.

Lucy Thorne había desaparecido.

—Maldita sea —dijo Evie.

74

Evie estaba sentada meditando malhumorada. Cierto, se había alegrado de oír los progresos de Jacob. Este se había deshecho del gobernador del banco, Twopenny, creando, para empezar, un obstáculo en la fuente de financiación de los Templarios. Otras pequeñas incursiones habían demostrado ser igualmente efectivas.

Su propio trabajo no había tenido tanto éxito.

Por un lado, tuvo la oportunidad de pasar más tiempo con Henry Green, y ni siquiera las burlas de Jacob podían quitarle ese placer en particular. Ella y Henry estaban haciéndose cada vez más íntimos.

Pero, por otro lado, sus investigaciones no habían aportado demasiado. Cuanto más se enterraban en los libros y más hojeaban el material que Evie había conseguido de la caja, menos parecían averiguar.

No dejaba de reflexionar sobre las palabras de Lucy. Sobre cómo el Sudario ofrecía la vida eterna. Sabían que el Sudario era, según se citaba: «Capaz de curar incluso las heridas más graves», pero ¿la vida eterna?

Y ahora Lucy Thorne tenía la llave de Evie.

—¿Qué utilidad puede tener una llave si no sabes lo que abre? —dijo una tarde, mientras ella y Henry pasaban otra velada infructuosa en compañía de la luz de las velas y de esa desconcertante literatura.

—Me atrevería a decir que la señorita Thorne se encuentra en el mismo aprieto —respondió Henry secamente, sin siquiera molestarse en levantar la cabeza del periódico que estaba leyendo.

Era una buena perspectiva. Una que Evie acogió con un suspiro y el corazón pesado, sus ojos regresando a su propio trabajo. Y entonces, justo cuando lo hizo, lo vio. Allí, delante de ella, estaba…

—Henry —dijo precipitadamente. Extendió la mano para tocar su brazo, y luego, a la misma velocidad, lo dejó caer, aclarándose la garganta por la súbita vergüenza del contacto—. Aquí. Es esto.

Henry vio una imagen de la llave bajo su dedo. De modo que *era eso*. Estimulado por el hallazgo, buscó en una pila de libros diferente; su mente empezó a hacer instantáneas conexiones.

—Esto encaja con la colección propiedad de la reina —indicó Henry, hojeando entre las páginas. Encontró lo que buscaba y levantó la vista hacia Evie, sus ojos brillando por la excitación—. Se conserva en la Torre de Londres.

75

Horas más tarde, con la ciudad cubriéndose bajo un manto de oscuridad y niebla, Evie Frye estaba agazapada entre las almenas de un muro que daba al recinto amurallado interior de la Torre de Londres. A su izquierda quedaban las oscuras ventanas de la Torre Lanthorn, que habían sido devoradas por el fuego en el gran incendio de 1774 y aún necesitaban ser reparadas. Por esa razón permanecía deshabitada, mal iluminada y especialmente desprotegida en un rincón de los terrenos de la Torre. Perfecta para que Evie pudiera evaluar la situación.

Allí acuclillada, podía distinguir, más allá del complejo central donde se erguía la Torre Blanca, «el torreón» presidiendo las pequeñas estructuras que lo rodeaban. Como motas a su alrededor, estaban las familiares figuras de los Celadores Yeomen, los alabarderos (Beefeaters) que custodiaban la Torre día y noche. Entre ellos debía de estar un hombre que Henry contaba como aliado. Encontrar a dicho sujeto era su siguiente tarea.

Mientras se agachaba, observando, estiró sus músculos entumecidos. Cuatro horas de espera le habían proporcionado una amplia oportunidad de estudiar los movimientos de los Celadores. Lo que más le sorprendió fue la sensación de advertir dos grupos claramente diferenciados. Algo se estaba cociendo, pensó. Y creyó saber de qué se trataba.

Y entonces su atención fue captada por la llegada de Lucy Thorne.

Evie se sumió aún más en las sombras, mientras su némesis se apeaba de un carruaje y cruzaba el patio hasta los bajos peldaños del gran torreón. La mirada de la mujer Templaria se paseó por los muros que rodeaban la fortificación interior y Evie se descubrió conteniendo el aliento cuando pasó

por delante de donde estaba escondida. Entonces Lucy Thorne subió los escalones y entró en el torreón.

Evie decidió aguardar un poco más. Abajo, en el patio, estaba teniendo lugar la Ceremonia de las Llaves, pero ella se fijó en otra cosa. Lejos de la ceremonia, dos guardas se llevaban a rastras a un agente de policía. El hombre protestaba de forma rotunda, pero sus maldiciones caían en oídos sordos.

Excepto que no todos eran oídos sordos. Más abajo había otro Celador Yeomen. Evie le vio mirando impaciente mientras el agente era conducido cabizbajo hacia los Cuarteles de Waterloo, en el lado oeste del complejo.

Esa mirada en sus ojos. Era él. Ese era su hombre.

Espoleada, se puso en marcha, se descolgó de donde estaba encaramada hasta el recinto fortificado cerca de donde este se encontraba, aún el vivo retrato de la indecisión. Desde las sombras atrajo su atención con un suave silbido, identificándose como una amiga de Henry y advirtiendo la mirada de gratitud apoderarse de sus facciones.

—Gracias al cielo que ha venido —declaró, y empezó a relatarle lo sucedido.

Lo que describió fue una imagen de los Templarios extendiendo sus tentáculos hasta la propia jerarquía de la Torre. Muchos de los alabarderos eran impostores Templarios. Otros muchos aún eran leales a la Corona, pero los rumores y sospechas reinaban y el equilibrio de poder estaba siendo alterado.

—Esa mujer, Thorne, ha ido a la capilla de San Juan. —Agitó el pulgar hacia el torreón, donde podía distinguirse el ábside de la capilla—. Puedo ayudarla a entrar.

Ella asintió. *Haga como quiera*.

—Está bien, para que esto funcione deberá fingir que es mi prisionera.

Y sin más, la agarró del brazo y la hizo caminar a través de la explanada interior de la fortificación hacia los Cuarteles de Waterloo, conduciéndola hasta el umbral y luego por la entrada principal del vestíbulo.

Justo delante de ella, Evie pudo apreciar la extensión de la infiltración templaria. Todos se burlaron de ella mientras la guiaba a través de los cuarteles.

—Es agradable ver a un Asesino con cadenas por una vez —dijo uno de los guardas.

Y se burlaban de ella.

—Los Templarios poseen Londres, Asesina. No lo olvides.

Su aliado la condujo por un pasillo hasta el bloque de celdas, cerrando la puerta a los hombres de los cuarteles exteriores.

Allí había dos centinelas de guardia frente a una puerta al fondo. Al igual que los otros, los centinelas también la picaron. Pero esta vez Evie Frye les hizo comer sus palabras. Fingiendo liberarse de su captor, dio un salto adelante en una postura de esgrima al mismo tiempo que accionaba su hoja, incrustándola a través de la túnica en el sorprendido guarda. El segundo hombre no tuvo ninguna opción. Todavía agachada, Evie lanzó la hoja hacia él, clavándosela rápidamente en el muslo, y luego, aprovechando que el hombre se doblaba de dolor, la deslizó hacia arriba hundiéndola en el espacio entre su clavícula y el cuello. El guardia soltó un borboteo y se desplomó en el suelo de piedra. Muerto.

Su aliado había estado observando, mostrándole el pulgar hacia arriba, y con la total confianza de que él se encargaría de organizar el contraataque, se alejó de allí. A los pocos minutos, se escuchó el sonido de la batalla que se libraba fuera.

Entretanto, el breve combate se había desarrollado con el ruido de fondo de los gritos angustiados provenientes del otro lado de la celda cerrada. El agente llevaba tiempo haciendo notar su presencia, y sintiendo la acción a poca distancia llamó:

—¿Hay alguien ahí fuera? —La voz quedaba amortiguada por la gruesa puerta de madera.

Ella se acercó allí, posó las yemas de sus dedos en la madera y pegó los labios a ella.

—Sí, una amiga.

—Oh, eso está muy bien. Y dime, amiga, ¿podrías sacarme de aquí?

Evie era muy hábil abriendo cerraduras. Su padre se había asegurado de ello, y tras una ligera manipulación de la puerta, se encontró en la agradable presencia de un colorado y excitado agente.

—Gracias —dijo él—. Es una traición, eso es lo que es. Y una profanación de la capilla. La señorita Thorne me dijo que debía estar agradecido por que no me matasen allí mismo. ¡Qué osadía!

—Ella va detrás de un objeto de gran poder —le explicó Evie—. No podemos permitir que lo robe.

El rostro del agente se oscureció.

—¿No serán las Joyas de la Corona?

Evie sacudió la cabeza.

—Algo mucho más importante.

El amigo de Henry se había asegurado entretanto de que los cuarteles fueran ahora seguros. Cuerpos empapados de sangre daban testimonio de ello. La sección oeste era ahora suya. En el exterior, el agente habló a sus hombres.

—Está bien, caballeros, nos enfrentamos a un enemigo que nunca hubiéramos esperado, traidores entre nosotros —les advirtió, antes de urdir un plan de acción y una serie de señales para cuando los hombres debieran contraatacar a los secuaces Templarios.

Acto seguido, los hombres se dispersaron y entonces, a una señal de Evie, lanzaron su ataque. En los aledaños de las fortificaciones interior y exterior, y en el patio que rodeaba el torreón, los hombres del agente cayeron rápidamente sobre los guardas Templarios. Hubo pequeñas escaramuzas, pero Evie pudo advertir que la batalla sería corta y rápidamente ganada. Ni siquiera tuvo necesidad de activar su cuchillo mientras se abría paso hasta la entrada de la Torre Blanca.

Allí, subió veloz y ágilmente por los escalones, y luego llamó a la puerta, rogando para que los que se encontraban en su interior no fueran aún conscientes de la rebelión que se estaba desarrollando en las fortificaciones.

Se tensó, esperando, dispuesta a deshacerse de quienquiera que fuese el desafortunado en contestar. Sin embargo, no obtuvo ninguna respuesta. Armándose de valor, agarró el gran tirador de la puerta y descubrió que estaba girado. Acto seguido se deslizó en el interior.

Maldición.

Inmediatamente sintió la punta de una pica en su cuello y comprendió que se había metido en una trampa. Al mismo tiempo, el filo de una espada Wilkinson se apoyó en su antebrazo, justo por encima de su guantelete, impidiéndole cualquier movimiento. Sintió una cálida gota de sangre deslizarse hasta el cuello de su chaqueta, pero el dolor no era nada comparado con su pesar por haber sido atrapada tan fácilmente.

—Parece como si hubiéramos capturado a una Asesina —se burló uno de los tres hombres—, pero esta vez de verdad. No te vas a soltar de tus guardas. Y nada de liberar al agente para que pueda reunir a sus hombres. Te llevaremos hasta la señorita Lucy Thorne. Veamos qué quiere hacer contigo.

«Quiere matarme», pensó Evie. Pero aun así, se decía que cada nube tenía un resquicio de esperanza y allí estaba el suyo. Lucy estaba ahora mismo en la capilla, en busca del Sudario. «Eso es —pensó Evie—. Llevadme con Lucy Thorne. Solo llevadme cerca de ella».

Cualquier plan que tuviera de escapar quedó rápidamente postergado. En su lugar se relajó, permitiendo que la punta de la pica permaneciera donde estaba y la espada se quedara en su lugar. Lo último que necesitaba era atraer la atención sobre su guantelete.

Ellos hicieron exactamente lo que ella quería que hiciesen. La llevaron a la capilla.

Tras llamar y entrar, se encontraron delante de Lucy Thorne, quien se sobresaltó por su entrada con mirada inusualmente nerviosa. Evidentemente, había fracasado en su búsqueda del Sudario del Edén; sus mejillas estaban sonrojadas mientras se volvía hacia Evie, flanqueada por los guardas en el umbral de la oscura capilla.

—Bienvenida, señorita Frye —susurró—. ¿Le importaría decirme dónde está el Sudario?

Evie no dijo nada. Porque no había nada que pudiera decir.

—Como desee —repuso Lucy—. Lo encontraré sin su ayuda. Y entonces la estrangularé con él. —Caminó a través de la habitación, las manos dirigiéndose a los paneles, presionando su oído cerca de la madera para escuchar algún vacío delator o el sonido de compartimentos secretos dentro de estos.

Al mismo tiempo, Evie se preparó para la batalla, midiendo a su enemigo. En la capilla eran cuatro oponentes, pero Lucy Thorne ya había luchado con ella una vez y había perdido. Dependía de los Celadores Yeomen, que estaban desprevenidos. Creían que tras haber llevado a Evie en presencia de Lucy Thorne ya habían concluido su trabajo.

Evie dejó que su brazo se deslizara hacia abajo una fracción, apartándolo de la inmediata amenaza de la espada Wilkinson, y entonces, súbitamente, se dejó caer sobre una rodilla, accionó su propio cuchillo y lo enterró en la ingle del hombre que estaba de pie más cerca de ella.

Fue un movimiento feo pero que produjo un montón de ruido y sangre y, como a menudo se le había enseñado, un montón de ruido y sangre es tan provechoso como la sorpresa cuando se trata de un ataque victorioso.

El guarda se desplomó chillando; sus camaradas gritaron. Pero la pica ya se había desplazado lejos de su cuello y con una mano enguantada en el suelo de piedra efectuó un movimiento pivotante para enfrentarse al segundo hombre. Fue como si le hubiese soltado un puñetazo en el estómago, solo que con cuchillo y guantelete, y el golpe lo precipitó a través de la habitación, aferrándose la herida del estómago que le haría desangrarse en cuestión de segundos.

Cuando llegó al tercer hombre, no tuvo tanta suerte. Este no había sido capaz de enarbolar su pica pero, en su lugar, utilizó el asta, girándola para golpearla en el lateral de la cabeza. Ella se quedó atontada, reconociendo la falta de dolor como lo que era —una retardada agonía—, y comenzó a lanzar alocados golpes con el cuchillo.

Alcanzó sus ropas, asestándole una cuchillada, pero no fue suficiente para terminar con él. Este se apartó a un lado, más ágil de lo que aparentaba, y trató de golpearla de nuevo con el asta de la pica, apuntando una vez más al lateral de su cabeza.

Esta vez, sin embargo, falló, pero ella no. Su embestida fue certera, clavándole la hoja en el corazón de modo que, cuando cayó, estaba prácticamente muerto antes de alcanzar el suelo. Los otros dos hombres se retorcían y gritaban, sus estertores finales terriblemente ruidosos, pero Evie ya se estaba lanzando contra Lucy Thorne, hoja en mano, desviando de un golpe el cuchillo de bota que había aparecido, saboreando la sorpresa y el

miedo de los ojos de su oponente, sabiendo que la batalla estaba ganada y permitiéndose una sonrisa de satisfacción al sentir que su acero daba en el blanco.

Y ahora, por fin, Lucy Thorne yacía moribunda. Evie la contempló, casi sorprendida ante su propia falta de compasión.

—Ha querido buscar una herramienta de curación a fin de extender su propio poder —declaró simplemente.

—No el mío, el nuestro. Es tan corta de miras… Podrían acaparar el poder y no utilizarlo nunca, cuando serviría para mejorar la condición de la humanidad. Espero que nunca encuentre el Sudario. No tiene ni idea de lo que realmente puede hacer.

Curiosa, Evie se inclinó hacia ella.

—Dígamelo entonces.

Fue como si, en el último momento, Lucy Thorne hubiese decidido no hacerlo.

—No. —Sonrió y murió.

Evie buscó en su chaqueta para sacar el pañuelo, que cuidadosamente empapó con la sangre de Lucy Thorne, doblándolo y volviendo a guardarlo en su lugar. A continuación, recuperó la llave y luego echó un vistazo sin demasiado interés alrededor de la capilla de San Juan. Los celadores estaban muertos en medio de sus propios charcos de sangre; Lucy Thorne yacía con aspecto casi sereno. Evie les hizo un silencioso gesto de reconocimiento, y entonces se marchó caminando de vuelta a lo largo de los pasadizos en penumbra del torreón hasta que alcanzó la entrada. Allí se quedó en lo alto de las escaleras y bajó la vista al patio, donde el agente de policía y el aliado celador de Henry Green estaban reuniendo a sus hombres ahora que habían ganado la batalla.

El Sudario no estaba allí, pensó. Pero la Torre de Londres había sido recuperada para la Corona, y eso al menos significaba un trabajo bien hecho por parte de Evie Frye.

Durante el trayecto de vuelta a la base, sus pensamientos retornaron a las últimas palabras de Lucy. Era cierto, Evie había pensado en él como un instrumento de curación. Ingenuamente, quizá, dados los intereses Templarios. Pero entonces había aprendido que otorgaba la vida eterna, y

ahora esto. ¿Sería posible que Lucy Thorne supiera algo que Evie desconocía? Reflexionando sobre ello, recordó algo que había leído una vez, mucho tiempo atrás. Y más tarde, en cuanto pudo hacerlo, Evie tomó papel y pluma y escribió a George Westhouse.

76

Crawford Starrick no podía recordar cuándo había compartido por última vez su adorado té. Su normalmente ordenada vida había tomado un inconfundible y caótico giro. El estrés estaba comenzando a aflorar.

No solo Lucy Thorne se había visto obstaculizada en sus esfuerzos por encontrar el Sudario, debido principalmente a las interrupciones de Evie Frye, sino que el otro gemelo Frye —a Starrick le dolía incluso recordar su nombre, *Jacob*— también les estaba causando problemas. Los agentes Templarios estaban cayendo bajo su espada; los planes que la Orden se había pasado años poniendo en práctica estaban siendo desbaratados. Starrick había llegado a temer las llamadas a la puerta de su oficina, pues cada vez que uno de sus hombres aparecía era con más malas noticias. Otro miembro de la Orden muerto. Otro proyecto destruido.

Ahora alzó la cabeza de sus manos y contempló al nervioso escribano que se sentaba al otro lado de su desordenado escritorio, aguardando pacientemente su dictado. Starrick respiró hondo, su inhalación apenas distinguible de un suspiro, y declaró:

—Escriba todo esto, y luego quiero que lo selle hasta que reciba nuevas órdenes.

Cerró los ojos, tratando de calmarse, y comenzó su dictado:

—Señorita Thorne. Usted me ha proporcionado los medios para asegurar el futuro de Londres. La ciudad se lo agradece. La Orden se lo agradece. Yo le doy las gracias. Pero el Sudario solo puede ser llevado por una persona. Por tanto, a partir de este momento disuelvo nuestra

asociación. Le prometo dotarle de una renta hasta su anciana edad, pero eso es todo cuanto puedo hacer. Que el padre del entendimiento la guíe.

Ya está. Hecho. Starrick se quedó escuchando cómo la pluma del secretario rasgaba el papel a medida que sus palabras eran diligentemente transcritas. «Sí —pensó—, el Sudario solo puede ser llevado por uno solo», y se descubrió relajándose hasta casi adormecerse ante la certidumbre de que su destino era ser *ese uno*.

Un golpe en la puerta le sacó de su meditación e inmediatamente sintió que su mandíbula se tensaba, la realidad interponiéndose con la promesa de más nuevas malas noticias, de nuevos estragos protagonizados por los jóvenes Frye.

A ese respecto al menos, no quedó decepcionado.

—¿Qué sucede? —espetó.

Al entrar, el asistente parecía nervioso. Una mano pegada al cuello, tratando de soltárselo.

—La señorita Thorne, señor —dijo con voz entrecortada.

—¿Qué pasa con ella?

—Lo siento, señor. Está muerta.

Una cosa que sus asociados habían aprendido —o se habían visto obligados a aprender— era que nunca sabías qué era lo que Starrick iba a hacer a continuación. Los dos asistentes contuvieron el aliento mientras los hombros de su jefe se alzaban y caían pesadamente y se tapaba la cara con las manos para absorber la noticia.

Súbitamente, asomó un ojo entre sus dedos.

—¿Dónde está la llave? —preguntó.

El asistente se aclaró la garganta.

—No se ha encontrado ninguna llave en su cuerpo, señor.

Los dedos de Starrick se cerraron mientras contemplaba este nuevo y aún menos bienvenido vuelco. A continuación su atención se clavó en un cuenco de su escritorio que comenzó a girar entre sus manos. Su rostro enrojeció por momentos. Los hombres supieron lo que ocurriría. Uno de sus arrebatos. Y efectivamente, la habitación se llenó de sus chillidos de frustración; su cabello, usualmente tan mantenido a raya con pomada,

totalmente desordenado mientras el cuenco era alzado a punto de estamparlo contra la superficie, hasta que…

Los chillidos cesaron. Con exagerado cuidado, Starrick depositó el cuenco sobre la mesa.

—El Sudario será mío —declaró más para sí mismo que para sus hombres—. Incluso si tengo que recurrir a todos los fuegos del infierno para hacerlo.

77

—Por favor, repíteme otra vez a dónde vamos. —Pidió Evie, mientras ella y Henry atravesaban las verjas de hierro y se dirigían hacia una pareja de bancos en el lado opuesto de la frondosa plaza.

A decir verdad, había estado disfrutando del paseo. El tiempo pasado con Henry era un dichoso antídoto frente a los asesinatos que se habían convertido en la rutina de su vida. Su padre siempre la había advertido sobre volverse insensible a estos. «Una máquina de matar es una máquina, y nosotros los Asesinos no somos máquinas», le había explicado haciéndola prometer que no perdería nunca esa empatía. Que nunca olvidaría su humanidad.

Por aquel entonces ella se había preguntado cómo podría llegar a pasar eso. Después de todo, había sido criada en el respeto a la vida. ¿Cómo demonios podía no conmoverse al privar de ella? Pero, por supuesto, había sucedido lo inevitable, y Evie había descubierto que una forma de hacer frente a la matanza era protegerse de esta, impidiendo el acceso a aquellas partes de su cerebro que querían reflexionar sobre el tema. Y, cada vez con más frecuencia, descubrió que hacerlo era un proceso sencillo, de modo que a veces se preocupaba por haber perdido toda sensación de su verdadero yo ante su propio mecanismo de supervivencia.

Henry era un medio de apartarla de todo eso. Sus sentimientos hacia él ayudaban a Evie a centrarse en sí misma, y su reticencia a tomar las armas servía para recordarle que podía haber otra manera. Él le había contado cómo era su vida antes de conocerla. Sabía que una vez se había encontrado donde ella estaba ahora y cómo había logrado salir de esa situación. Era un

alma rota, pero aun así intacta. Un verdadero ejemplo de cómo podía hacerse.

Sin embargo, ahora habían llegado a la siguiente fase de su misión para retomar Londres, y cualesquiera que fueran sus sentimientos hacia Henry tendrían que esperar. Restaurar la Hermandad era su principal prioridad.

Ya estaban cerca. Muy cerca. Desde los sucesos en la Torre, los gemelos habían golpeado una y otra vez el corazón de la organización Templaria. Les habían alcanzado donde más les dolía. En la cartera. Tras neutralizar a Twopenny, Jacob había ido estrechando un falso círculo, ayudando a restaurar el orden en la ciudad. Jacob, además, había puesto fin a las actividades de Brudenell, que estaba trabajando para la Orden tratando de impedir la aprobación de una legislación que podría resultar perjudicial para ellos.

Cada exitosa operación había visto crecer la estatura de los Asesinos a los ojos de los habitantes del East End e incluso más allá; la banda de Henry crecía exponencialmente. Los Templarios tal vez hubieran tomado Londres arrastrándose como gusanos hasta los escalones medios, pero los Asesinos la estaban reclamando labrándose el camino desde abajo. Los pilluelos que pululaban por las calles veían a los Asesinos como campeones y estaban ansiosos por ayudarles de cualquier forma posible; sus mayores eran más cautelosos y estaban más asustados, pero ofrecían su aprobación tácita. A menudo Henry regresaba a su tienda y descubría regalos de buena voluntad que le habían dejado ante la puerta.

Todo aquello redundaba obviamente en su beneficio. Pero en la mente de Evie (si bien no en la de Jacob) ocupaba un segundo lugar frente al asunto del Sudario. Ahora que habían recuperado la llave, todavía debían enfrentarse al problema de no saber dónde se guardaba. Sabían dónde no estaba; en la Torre de Londres desde luego que no. Pero ¿dónde podía encontrarse?

Y así volvió a preguntarle a Henry:

—¿A dónde vamos?

—Encontré una carta del príncipe consorte entre las investigaciones de Lucy Thorne —le explicó él—. Estaba fechada en 1847.

El príncipe consorte. El príncipe Alberto por quien la reina Victoria aún guardaba luto.

—¿1847? —repitió Evie.

—El año que el príncipe inició las reformas en el palacio de Buckingham —aclaró.

—¿Crees que pudo añadir una cámara secreta para el Sudario? —preguntó Evie excitada.

Henry asintió, sonriendo al mismo tiempo, complacido por gozar de la aprobación de Evie.

—Y dado que ningún mapa del palacio tiene una habitación marcada como «cámara secreta»…

Para entonces ya estaban cerca de los bancos donde se encontraba sentado un hombre de aspecto muy singular. Un caballero indio, con una cara redonda con indicios de estar bien alimentada, que le hacía parecer como un muchacho. No obstante, había cierto atractivo en él. Cierto porte. Iba vestido de seda. De carísima seda.

Dobló su periódico, lo dejó a un lado y se levantó para recibirles cuando se acercaron.

—Alteza —saludó Henry con una leve inclinación, aunque un tanto reticente, si Evie no estaba equivocada—. ¿Me permite presentarle a la señorita Evie Frye? Señorita Frye, el maharajá Duleep Singh.

Evie y Singh se saludaron, antes de que el rostro de este se pusiera serio y se volviera hacia Henry.

—Amigo mío, los planos que solicitaste han sido retirados.

—¿Retirados? ¿Por quién?

—Por las fuerzas de Crawford Starrick. O alguien empleado por él.

Singh advirtió cómo los rostros de Evie y Henry se ensombrecían.

—Sí, pensé que tal vez pudieras reconocer ese nombre. Sé dónde están, pero se encuentran fuertemente custodiados.

Evie echó los hombros hacia atrás.

—Esa parte no será ningún problema.

Singh la miró de arriba abajo.

—Eso supuse.

No mucho después, Evie y Henry estaban agazapados en una azotea, tras haber emprendido ambos una carrera hasta el tejado (con Evie como ganadora), desde donde ahora podían contemplar un edificio fortaleza que sabían que era un reducto Templario.

Allí dentro se encontraban los documentos que buscaban, los mismos de los que se había apropiado Crawford Starrick, que evidentemente había llegado a la misma conclusión que ellos.

Sin embargo, *él* no tenía la llave. Y ellos sí. Y ahora querían los documentos.

Su primer problema eran los guardas. Henry contó centinelas en las ventanas de lo que podría haber sido una pequeña fortaleza, pero que estaba bien guarecida. Vio hombres en la ventana y en la puerta, custodiando los terrenos que la rodeaban.

—Vamos a necesitar un plan —declaró sencillamente Evie.

—Yo puedo proporcionarte una distracción con los guardas mientras tú buscas el modo de entrar —propuso Henry, y ella le miró.

—¿En serio? —preguntó con una mezcla de preocupación y sorpresa, dudando si él estaba preparado, y entonces, ¿acaso lo imaginó? ¿O él se sonrojó?

—Por ti, Evie —declaró—, por supuesto.

—Bien —repuso—, una vez que esté dentro, buscaré a alguien que sepa dónde se guardan los documentos.

—Y nos encontraremos más tarde —concluyó él, y entonces se dio la vuelta para marcharse.

—Ten cuidado —comentó suavemente cuando ya le daba la espalda.

Él le proporcionó la distracción precisa que necesitaba. Los guardas del lado más cercano empezaron a dispersarse ante el ruido y ella aprovechó la oportunidad para escalar el muro e introducirse por una ventana del primer piso. Aquel era el centro administrativo donde, si no estaba equivocada, deberían estar guardados los planos.

Pero o bien estaba muy confundida o los planos estaban en otra parte. Echó un breve vistazo alrededor de la oficina en la que se encontraba, pero

allí no había nada. «Bien —pensó—, ahora pasemos al plan B: Encontrar a alguien e interrogarle».

Se acercó a la puerta de la oficina y prestó atención a los sonidos del pasillo. Satisfecha, aguardó el momento oportuno y entonces, cuando un solitario guardia pasó por delante, tiró con fuerza de la puerta para abrirla, le golpeó en la garganta con el canto de una mano, rodeó su cuello con el brazo derecho, y lo arrastró al interior de la oficina cerrando la puerta.

Él se desplomó en el suelo, jadeando de dolor por el golpe y apenas capaz de creer la visión de su asaltante. En un segundo, Evie estaba a horcajadas sobre él, mientras el hombre la miraba con ojos aterrorizados, balbuceando.

—Lo juro, señorita, no sé a dónde se lo han llevado.

Con una mano le tenía agarrado del cuello, el puño enguantado echado hacia atrás, listo para atacar con otro golpe, pero lo pensó mejor. *¿Llevado?*

—¿Llevado a quién? —espetó.

—Al hombre vestido como usted. Los guardas lo cogieron… —confesó el guardia.

Maldición.

—Henry. —Ella se rehízo—. Los planos que robasteis. ¿Dónde están?

Él sacudió la cabeza furiosamente.

—No sé nada de eso.

Le creyó, y con un rápido puñetazo de su guantelete le dejó inconsciente. Ahora tenía que tomar una decisión. ¿Continuar la búsqueda de los planos? ¿O rescatar a Henry?

Excepto que realmente no había ninguna decisión que tomar.

78

Afuera, en la calle, Evie se permitió su primer respiro cuando se topó con uno de los golfillos informantes de Henry.

—Lo han cogido, señorita —dijo el chico—. Se han llevado al señor Henry. No pudimos detenerles. Lo metieron en un carruaje rojo. Sin embargo, no llegará muy lejos. Una de las ruedas parecía estar a punto de desprenderse. Puede ver usted misma las huellas del carro. Parece demasiado temblorosa.

Ella le dio las gracias y agradeció a su estrella de la suerte que los Asesinos pudieran contar con el apoyo del pueblo. Dejemos que los Templarios intenten rastrear un carruaje a través de las calles de Londres sin los ojos y los oídos del populacho para ayudarles. Dejemos que lo intenten.

Y así siguió las rodadas hechas por el carruaje, moviéndose rápidamente a través de las calles abarrotadas, como un rostro más desplazándose veloz en medio de la multitud, hasta que llegó cerca de Covent Garden, donde encontró el carruaje abandonado.

Recorrió a toda prisa los pórticos, confiando en poder vislumbrar a Henry y a sus captores, pero no había señal de ellos. Un vendedor cercano estaba mirando en su dirección con ojos de admiración, de modo que se apresuró a acercarse. Era el momento de desplegar sus artimañas femeninas.

—¿Ha visto a algunos hombres bajarse de ese carruaje? —le preguntó, mostrando la sonrisa más encantadora que pudo.

Él sonrió tontamente.

—Sí, sacaron a alguien de dentro. Borracho ciego, iba. Se lo llevaron hacia el patio de la iglesia. Tal vez quiera un lugar tranquilo donde poder

dormirla.

Junto a él había un puesto donde vendían aceites.

—Sí —intervino el otro vendedor, quitándose la gorra ante Evie—. Yo he visto sacar a alguien cuando la rueda se soltó. Dijeron que se había golpeado la cabeza. No estoy seguro de por qué necesitaban llevarle a la iglesia, pero ahí es donde fueron.

Ambos estaban dirigiendo su atención al otro lado de los pórticos, hacia los familiares pilares y columnas del pórtico de la iglesia de San Pablo en el extremo oeste. A pesar de los altos edificios a cada lado, aún dominaba la plaza. Cualquier otro día hubiera sido una visión impresionante, algo que valía la pena contemplar. Ahora, sin embargo, Evie la miró y vio un mausoleo. Vio temor.

Dio las gracias a sus dos admiradores, cruzó la plaza y se dirigió al patio posterior de la iglesia, observando el igualmente impresionante pórtico trasero de la misma mientras se abría paso en la penumbra del patio, rápidamente al principio, y luego con más precaución, cuando escuchó voces cercanas.

Estaba en la parte de atrás del patio, donde la maleza crecía tupida y desatendida, cuando llegó hasta lo que solo podía ser descrito como un campamento Templario. En el centro se encontraba Henry, atado a una silla, los guardas de pie a su alrededor. Con un sobresalto provocado por esa imagen imprevista, pensó que tal vez le hubieran matado. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. Pero pensándolo mejor no había nada en la forma en la que estaban hablando que sugiriese que tal vez estuviera muerto.

—¿Por qué lo habéis traído aquí? —Estaba preguntando uno de los hombres.

—El hombre es un Asesino —replicó su colega—. No queríamos que se escapara antes de que tuvieses la oportunidad de interrogarle ahora. ¿No es así?

El primer guarda se mostraba ansioso y un poco inquieto respecto a algo.

—Estaba más seguro donde lo teníamos antes. Te dije que no vinieras aquí.

—Ya no se puede hacer nada. Ahora, despertadle.

Fue mientras el segundo guarda trataba de zarandear a Henry para espabilarle, cuando Evie efectuó su movimiento, saliendo de las sombras con la hoja desenvainada. No tuvo demasiado trabajo con sus oponentes. No sentía ningún deseo de prolongar la lucha ni siquiera por la dignidad de sus enemigos o por su propio orgullo. Simplemente se limitó a concluir, rápida e implacablemente.

Qué diferente era ahora de la inexperta asesina que se embarcó por primera vez en esta misión.

Solo cuando los tuvo yaciendo a sus pies, se acercó a Henry, precipitándose a desatarlo.

—¿Te han hecho daño? —le preguntó.

Él sacudió la cabeza.

—Estoy bien. Escucha, han enviado a alguien de vuelta para trasladar los planos arquitectónicos. ¿Los tienes?

Ahora fue su turno de sacudir la cabeza.

—Mi captura ha deshecho tus planes —observó él mientras emprendían la huida—. Lo siento.

Desconsolados, emprendieron el camino de vuelta a la base.

79

Crawford Starrick se estaba preparando para una fiesta. Una fiesta muy importante. Una para la que tenía grandes planes.

Un criado se movía a toda prisa a su alrededor, preparando su chaqueta y el chaleco para la cena, cepillando el polvo de los hombros, ajustando su corbata.

Starrick, entretanto, se admiraba en el espejo, escuchando el sonido de su propia voz mientras recitaba:

—El orden alimenta el desorden. El mar se levanta para inundar las tabernas y extinguir los faroles de las calles. Nuestra ciudad morirá. Twopenny ha fracasado, Lucy ha fracasado, Brudenell, Elliotson, Attaway. Todos se han sumido en la noche. Ahora todo depende de mí. Los Asesinos han traído la furia de la naturaleza a nuestros hogares. Los hombres se han convertido en monstruos que se abalanzan sobre nosotros, mostrando los dientes. Nuestra civilización debe sobrevivir a este embate.

El criado había terminado su tarea. Crawford Starrick se dio la vuelta para marcharse.

—Para impedir el regreso de los años oscuros —dijo—, yo comenzaré de nuevo. Londres debe renacer.

80

Estaban discutiendo de nuevo: Evie y Jacob. Observándoles, Henry descubrió que tenía sentimientos encontrados. Por una parte, odiaba ver a los gemelos echándose a la garganta del otro, y, sin embargo, por otra, podía percibir cómo se estaba enamorando de Evie Frye y la quería toda para sí.

Egoísta, sí. Pero ahí estaba. No valía la pena negarlo. Quería a Evie Frye para él y si estaba enfrentada a su hermano, bien, entonces ese día llegaría aún más rápido.

Entretanto, la discusión continuaba.

—Starrick está haciendo su movimiento —decía Evie—. El Fragmento del Edén está en algún lugar del interior del palacio de Buckingham.

—Deja que se lo quede —replicó Jacob.

Él aún seguía henchido de arrogancia, observó Henry. En muchos sentidos, tenía todo el derecho a estarlo; muchas de las actividades que había llevado a cabo habían cosechado un gran éxito. Su último triunfo implicaba el asesinato de Maxwell Roth. Henry aún recordaba un tiempo en que había hojeado documentos llenos de nombres Templarios que Ethan le había proporcionado. Gracias a Jacob, la mayoría de ellos, si no todos, ahora estaban fuera de juego o incapacitados. Una auténtica proeza.

Y sin embargo, Evie, que estaba tan obsesionada por encontrar el Sudario, no era capaz de ver más allá de la devastación que él había causado.

—He visto tu obra por toda la ciudad —le estaba diciendo ahora a su hermano—. Estás «sufriendo el castigo de tener demasiada prisa, lo que implica ser muy poco veloz».

Él contraatacó.

—No te atrevas a citar a padre ante mí.

—Es de Platón —le corrigió desdeñosa—. Siento terriblemente si esto no implica nada que puedas destruir. Padre tenía razón. Él nunca aprobó tus métodos.

—Evie, padre está muerto…

Y entonces llegó el momento de que Henry interviniera.

—¡Ya basta! Acabo de recibir cierta información de mis espías. Esta noche, en el baile de palacio, Starrick planea apoderarse del Fragmento del Edén, y luego eliminar a las cabezas visibles de la Iglesia y el Estado.

Lo que cambiaba las cosas.

Evie y Jacob se miraron el uno al otro, sabiendo que gracias a lo que constituía la última tirada de dados de Starrick, un intento final y desesperado por volver a recuperar lo que los gemelos le habían costado hasta el momento, habían logrado sincronizar involuntariamente la obsesión de ella por el Sudario con la necesidad de Jacob de arrebatar al Templario el control a través de medios más tradicionales.

Y lo que se comunicaron entre ellos en aquel momento fue esa certidumbre. Una resentida certidumbre. Pero certidumbre en cualquier caso.

—¿Una vez más, por los viejos tiempos? —sugirió Jacob con una ceja arqueada, y por un momento ella recordó lo que quiera que existía entre ellos y lamentó que hubiera acabado. ¿Quién podía imaginar que llevar a cabo los deseos de su padre terminase separándolos?

—Y entonces habremos terminado —asintió con el corazón endurecido.

—Acepto encantado —repuso él, y añadió—: Entonces, ¿cuál es el plan?

El plan implicaba utilizar la buena relación existente con Benjamin y Mary Anne Disraeli a fin de poder robar unas invitaciones para la fiesta, de nada menos que de los Gladstone.

Evie lo dispuso todo para tener una nueva reunión con Singh, mientras Jacob se encargaba de robar las invitaciones —un trabajo para el que estaba idealmente capacitado—. Tras ser capaz de sustraer las invitaciones de una aturdida Catherine Gladstone, Jacob también se propuso robar su carruaje.

Decidieron que el hecho de que la invitación exigiese que «las espadas debían dejarse en la puerta de entrada» era una cuestión que dependería por entero del arbitrio de Frederick Abberline, quien prometió introducir subrepticiamente las armas que necesitaran en el interior de los terrenos de palacio. Eso implicaba que Jacob tendría que robar un uniforme. Mientras tanto, Evie se reunió con Duleep Singh, quien le contó que los planos habían sido llevados junto con los papeles personales de la reina al Salón Blanco.

Ahora sabía dónde se guardaban los documentos. Y gracias a Jacob tenían un carruaje, tenían los medios para pasar armas a palacio subrepticiamente y tenían invitaciones.

El juego estaba en marcha.

81

Antes de actuar, Evie estudió los planos disponibles del palacio: la fachada este por la que accederían; el ala oeste, donde la terraza para la fiesta muy pronto albergaría el baile; y luego, en el interior, las cinco plantas y más de setecientas habitaciones.

Sin embargo, solo había una que le interesaba: el Salón Blanco, y sería hacia allí adonde se dirigiría en cuanto pudiera. Ir al Salón Blanco, robar la copia de los planos, localizar la cámara secreta y encontrar el Sudario.

Ella y Jacob se sentaron en el carruaje de los Gladstone, sosteniendo fuertemente las dos invitaciones mientras se unían a la procesión de carruajes que se abría paso hacia el palacio en el extremo oeste del Mall. ¿Eran imaginaciones de Evie, o había cierta excitación en el aire? Después de todo, la reina había cancelado casi todas sus apariciones públicas desde la muerte del príncipe consorte, Alberto. Y en consecuencia, había sido objeto de ciertas burlas. Sin embargo, se había comentado que esa noche haría una breve aparición en su propio baile.

Cuando llegaron a la altura de la entrada principal, Evie advirtió inmediatamente que la presencia de la reina no iba a ser el único tema de conversación de la noche. Su coche pasó por delante del señor y la señora Gladstone que discutían acaloradamente con los guardias de palacio, ataviados con los típicos gorros militares de piel de oso y portando rifles con las bayonetas caladas. El señor y la señora Gladstone, en plena discusión, no admitían que se jugara con ellos, pero tampoco estaba por la labor la Guardia de la Reina, y las dos partes parecían haber llegado a un *impasse*. Evie se agachó ligeramente en su asiento cuando pasaron por

delante, a Dios gracias, sin que los Gladstone les detectaran, aún ocupados en alternar amenazas y ruegos con la Guardia.

Lejos de su vista, el carruaje traqueteó sobre los adoquines a través de las columnas de la entrada, penetrando en el patio principal de palacio. Al principio de la cola, unos inmaculadamente ataviados lacayos se dedicaban a gritar furiosas órdenes a los cocheros o a abrir las portezuelas de los carruajes para que los distinguidos personajes del interior pudieran apearse y abrirse paso hasta el vestíbulo principal de recepción. Una vez allí, ascenderían por la Gran Escalinata dirigiéndose a la sala de baile o a la terraza. La fiesta ya estaba en pleno apogeo.

Entretanto, mientras esperaban en el carruaje a que les llegara el turno de ser introducidos en la alta sociedad, Evie y Jacob intercambiaron una mirada. Un reconocimiento de los nervios. «Buena suerte. Ten cuidado». Era cuanto decía la mirada que compartieron.

—Iré a buscar el Fragmento del Edén —dijo Evie.

Él apretó los labios.

—Como desees. Yo estaré fuera para encontrarme con Freddie.

Y entonces la portezuela de su carruaje se abrió y levantaron la vista hacia los rostros inexpresivos de los lacayos, que, tras una leve inclinación, acompañaban a los invitados hasta los escalones que conducían a las puertas abiertas del palacio, también flanqueadas por lacayos, un constante río de inmaculados asistentes dirigiéndose al interior.

Bien, al menos daban el pego. Jacob con un traje formal para la ocasión, Evie de satén adornado con encaje, un corpiño, escarpines de satén y faldas fruncidas. Se sentía totalmente constreñida, atada como un pavo preparado para la cena de Navidad. Aun así, estaba perfectamente a tono con la multitud, eso sin duda; excepto que mientras la mayoría de las mujeres invitadas lucían collares de perlas y brillantes diamantes engarzados, Evie llevaba la llave de la cámara colgando de una cadena en su garganta. Había tenido que trabajar mucho para conseguir esa llave. No pensaba dejarla fuera de su vista.

Justo cuando descendían de su carruaje se escuchó un grito a cierta distancia.

—¡Esa es mi carroza!

Era el lastimero e indignado grito del futuro primer ministro, Gladstone, que afortunadamente pasó desapercibido.

Y entonces se dividieron. Jacob se marchó para encontrarse con Abberline, recoger las armas, y luego, de alguna forma, impedir la conspiración de Starrick para aniquilar a la alta sociedad; mientras, Evie debía localizar el Salón Blanco. Al igual que los otros invitados, ascendió por la Gran Escalinata, uniéndose deliberadamente a la multitud y tratando de pasar desapercibida mientras avanzaba en medio de una marea de sedas y trajes, conversaciones educadas y cotilleos susurrados. Sonrió y asintió cuando alguien se dirigió a ella, representando a la perfección el papel de una joven debutante.

Al dejar la corriente de invitados por un corredor a su izquierda, escuchó una bienintencionada voz por detrás diciendo: «Querida, el baile está por aquí», pero fingió no escucharla, alejándose, y recorriendo silenciosa la lujosa alfombra de Axminster con sus escarpines de satén, al tiempo que se adentraba en las profundidades del palacio.

Se movió sigilosa, como un fantasma, cada sentido en alerta ante posibles guardias, para poder oírlos antes de que la vieran. Efectivamente, advirtió el sonido de pasos que se acercaban y un murmullo de voces, de modo que se metió en un despacho. Estaba escasamente amueblado, las contraventanas cerradas dejando pasar una única luz, y se quedó junto a la puerta, abriendo una ranura para dejar pasar a los guardias.

Cuando lo hicieron, ella atisbó a través de la abertura obteniendo una buena visión de los mismos. Vestían el uniforme de la Guardia de la Reina pero había algo distinto en ellos. Algo menos ordenado, menos elegante.

Impostores.

Por supuesto. Starrick había infiltrado la guardia, apostando sus propios hombres dentro y fuera de palacio. ¿Cómo si no podían confiar en llevar a cabo lo que básicamente sería una masacre? Tragó saliva, confiando en que en ese mismo momento Jacob estuviera obteniendo esa misma información de Abberline.

Se deslizó fuera del despacho de vuelta a la alfombra Axminster, recorriendo rápidamente el corredor. Encontró el camino hacia el Salón

Blanco y entró en él. Allí buscó los planos que necesitaba, manteniendo el oído alerta por si sucedía algo en el exterior.

Los encontró. Extendiéndolos sobre una mesa, se mordió el labio por la excitación de su descubrimiento. A diferencia de los planos del palacio que ya había estudiado, estos incluían *todo*. Daban cuenta de cada habitación, de cada corredor y pasillo marcado. Estos eran los planos personales del príncipe consorte.

Y…

Contuvo el aliento.

Allí estaba la cámara.

Deseó que Henry estuviera allí para verlo. Saboreó la idea de su reacción. De hecho, pensó, saboreó la idea de pasar un poco más de tiempo con Henry Green cuando todo esto hubiera terminado.

Pero eso sería más adelante. Ahora mismo solo podía confiar en que Jacob estuviese neutralizando la amenaza de los hombres de Starrick para que ella pudiese concentrarse en encontrar el camino hasta la cámara. Se dispuso a salir, entonces captó la visión de su reflejo en un gran espejo situado en un extremo del salón, se ajustó las prendas, alisó la falda de su vestido, y luego, con los planos ocultos en su escote, salió del salón hasta un corredor más adelante. Hizo una nueva parada para evitar a los centinelas que paseaban a lo largo del pasillo, y rápidamente estuvo de vuelta entre la masa de invitados, anónima e invisible una vez más. En cuanto a la cámara…

Justo entonces le llegó una voz que la detuvo en seco.

—Aquí estás.

Maldición. Era Mary Anne Disraeli, una amiga y aliada, y no alguien de quien pudiese zafarse fácilmente.

—¡Tengo a alguien a quien simplemente me *muero* por que conozcas! —exclamó la señora Disraeli y, sin admitir ninguna protesta, tomó a Evie del brazo, conduciéndola a través de los invitados, evitando la sala de baile hasta salir a la terraza exterior. Allí había una mujer que Evie Frye reconoció. Una mujer tan reconocible, de hecho, que la joven Asesina, durante un momento, no pudo dar crédito a lo que veían sus ojos—. Majestad —dijo Mary Anne Disraeli, dándole a Evie un disimulado apretón

para recordarle hacer la reverencia de cortesía—, ¿me permite presentarle a la señorita Evie Frye?

Su Alteza Real, ataviada con un vestido negro como era ahora su costumbre y con una expresión a juego, miró a Evie con una mezcla de desinterés y disgusto, y entonces de forma bastante inesperada declaró:

—¿Es usted la responsable del contratiempo del señor Gladstone?

Evie palideció. El juego había terminado. Habían sido descubiertos.

—S-s-su majestad, lo lamento… —balbuceó.

Y entonces… la reina sonrió. Aparentemente el «contratiempo» de Gladstone le había parecido de lo más divertido.

—La tarta es especialmente exquisita —le anunció a Evie—. Disfrute del baile.

Y tras eso, se dio la vuelta y se marchó, un lacayo deslizándose a su lado. Aturdida, Evie se quedó inmóvil y boquiabierta, comprendiendo demasiado tarde que súbitamente se había convertido en el centro de atención. Estaba a plena vista, y no escondiéndose.

Trató de moverse rápidamente para salir de allí, pero el daño ya estaba hecho y, de pronto, una mano la agarró del brazo, pero esta vez no fue la mano reconfortante de Mary Anne Disraeli, que se había alejado en busca de más relaciones sociales. No, esta era la garra firme de Crawford Starrick.

—¿Me permite este baile…, señorita Frye? —preguntó.

Aquello constituía una ruptura del protocolo que levantó comentarios entre los que estaban a su alrededor, pero a Crawford Starrick no pareció importarle, y guio a Evie hasta el centro de la terraza, justo cuando la orquesta comenzaba a tocar una mazurca.

—Señor Starrick —dijo Evie, uniéndose a él en el baile, confiando en sonar más al mando de la situación de lo que sentía—. Usted ya ha tenido su diversión, pero el juego ha terminado.

Sin embargo, Starrick no estaba escuchando. Con ojos medio entornados, parecía transportado por la música. Evie aprovechó la oportunidad para estudiar su rostro. Advirtió con satisfacción el cansancio y la ansiedad escritos en las oscuras ojeras y arrugas alrededor de sus ojos. Las actividades Asesinas realmente habían pasado factura al Gran Maestro

Templario. Cualquier otro líder habría considerado la capitulación, pero no Crawford Starrick.

Se preguntó sobre el estado de su mente. Se preguntó si el hombre estaría tan consumido por la victoria que no era capaz de admitir la derrota.

—Un, dos, tres —decía Starrick, y ella comprendió que estaba indicando con un gesto las azoteas que dominaban las atestadas terrazas. Sus ojos siguieron la dirección de su mirada. Sí. Allí estaban. Hombres con el uniforme de la Guardia de la Reina que evidentemente eran tiradores Templarios, al menos media docena de ellos. Mientras observaba, estos alzaron sus rifles, apuntando hacia el patio de más abajo a la espera de una señal.

La masacre estaba a punto de comenzar.

—El tiempo es algo maravilloso, señorita Frye —estaba diciendo Starrick—. Cura todas las heridas. Tal vez cometamos errores mientras bailamos, pero la mazurca acabará y entonces comenzaremos de nuevo. El problema es que todo el mundo olvida y comete los mismos errores una y otra vez.

Evie desvió los ojos de los hombres en las azoteas, esperando que el tiroteo comenzara en cualquier momento. ¿A qué estaba esperando?

Y entonces se lo dijo.

—Este baile ya casi ha terminado. Muy pronto la gente olvidará a la generación de esta terraza, la ruina que usted casi trajo a Londres. Cuando la música cese, señorita Frye, su tiempo se habrá acabado y el mío comenzará una vez más.

De modo que esa era la señal que los hombres estaban esperando.

La orquesta continuó tocando.

82

Cuando la mazurca terminó…

La mirada de Evie regresó a las azoteas y su corazón dio un brinco al distinguir la familiar figura de Jacob, ahora vestido con sus ropas de Asesino, mientras se deslizaba hacia uno de los tiradores y le seccionaba la garganta.

Conocía a su hermano. Sabía que si en algo se podía confiar de él, era en que llevaría a cabo un trabajo como aquel a la perfección.

Y lo hizo. Para cuando el baile finalizó, las azoteas estaban vacías y Starrick súbitamente se vio sacudido de su ensueño. Furioso y luego frenético, sus ojos se dirigieron a las azoteas, encontrándolas vacías, y luego descubrió el sonriente rostro de su pareja de baile que le decía:

—Tengo la sensación de que alguien está a punto de interrumpir…

Él le mostró los dientes.

—Entonces, lamentándolo mucho, tendré que dejarla.

Era rápido. Alargó una mano para atrapar la llave que colgaba de su cuello antes de que ella tuviera opción de detenerle. Entonces se dio la vuelta y empezó a alejarse a toda prisa, dejando a Evie jadeando, la mano en su garganta. A su alrededor se escucharon gritos ultrajados.

«¿Habéis visto eso? ¿Habéis visto lo que ha hecho?».

Se lanzó rápidamente tras la estela de Starrick, pero lo perdió entre la multitud. A su espalda, el escándalo fue creciendo, pero ella bajó la cabeza y se encaminó hacia el borde de la terraza, agradecida por la visión de Jacob que había aprovechado el súbito tumulto para aparecer.

Sacó los diseños de su escote y los dejó en manos de Jacob.

—Aquí tienes —dijo rápidamente, casi sin aliento—. Es la ubicación de la cámara. Ve.

Él miró los planos, frunciendo el ceño.

—¿Así tal cual? ¿Sin un plan?

—No hay tiempo para planes. Trataré de alcanzarte tan pronto como me deshaga de esto.

Hizo un gesto hacia el odiado vestido, tomó el guantelete que le tendía Jacob y, recogiendo una pequeña cartera que contenía sus prendas de Asesina, se alejó en busca de un lugar adecuado para su transformación.

Jacob corrió. La cámara señalada en los planos estaba ubicada cerca de las bodegas de vino, y presumiblemente había sido construida al mismo tiempo antes de ser suprimida de los diseños y convertirla en un lugar secreto. Su puerta había sido ocultada, simulando otra sección de los ornamentados paneles que revestían la pared. Pero cuando Jacob llegó al lugar, se la encontró entornada, sin duda abierta con la llave que Crawford Starrick le había robado a Evie.

La fiesta había quedado muy atrás. Probablemente las invitadas aún seguirían aferradas a sus perlas después de lo que había sucedido entre Starrick y Evie. Sin embargo, esta parte del palacio estaba desierta y silenciosa.

Excepto que no había tal silencio. Mientras Jacob se abría paso por un estrecho túnel hacia la cámara, escuchó el sordo estampido de una explosión más adelante. Starrick había roto los sellos de la cámara.

Jacob se tensó. Escuchó cómo crujían sus nudillos. Su hoja no hizo tanto ruido cuando flexionó su antebrazo para accionarla.

Con más cautela aún, continuó avanzando hasta la destrozada puerta de la cámara. Al pasar a su interior se encontró con una habitación abovedada de arquitectura medieval. De modo que era más antigua incluso que las bodegas de vino, que databan de las obras de remodelación del palacio en 1760. De hecho, Jacob tuvo la impresión de que el actual palacio había sido construido encima de la cámara.

A pesar de sí mismo, contuvo una sonrisa. ¡Cómo habría disfrutado Evie de haber hecho ella este descubrimiento!

En el centro de la abovedada cripta se encontraba el Gran Maestro Templario, tras haber abierto una caja que encontró allí. El cofre era un receptáculo con un aspecto como Jacob nunca había visto antes. Un oscuro rectángulo gris futurista grabado con extrañas muescas angulares, inscripciones y unas asas para transportarlo. Y durante un segundo, lo único que pudo hacer es quedarse mirándolo, tan transfigurado por él como Starrick. Solo posar los ojos en esa caja fue suficiente para convencerle de que había en ella algo sobrenatural e incognoscible. Quizá Evie tuviera razón en prestar tanta atención a aquellos artefactos.

Crawford Starrick aún llevaba su traje, pero, por encima de este, una resplandeciente prenda de lino daba la impresión de desprender la misma sensación de energía contenida y amenazante que la caja. Incluso mientras Jacob observaba, extraños dibujos parecieron formarse y deshacerse en el dorado paño, en tanto que los diferentes colores centelleaban. En el interior del cofre había una serie de objetos que se asemejaban a decorativas baratijas, y o bien estas también zumbaban por el poder o estaban reflejándolo desde la caja. Jacob continuaba hipnotizado, cayendo en un profundo trance, sintiendo la llamada de los artefactos…, hasta que, con un gran esfuerzo, sacudió la cabeza para liberarse de su influjo, dibujó una sonrisa en su rostro y avanzó para saludar al Gran Maestro.

—¿Acaso no somos ya un poco mayores para volcar nuestra fe en la magia? —preguntó.

Starrick levantó la vista hacia él con la misma expresión desconcertada que Evie Frye habría podido reconocer del baile. Solo que ahora parecía tan transportado que resultaba casi beatífica.

—Vamos —dijo con una sonrisa—. Permite a este anciano disfrutar de sus placeres.

—No le permitiré nada —replicó Jacob, confuso, acercándose a él.

Starrick no hizo nada para defenderse, simplemente sonrió con indulgencia. La sonrisa de los realmente sabios.

—Los jóvenes creen que pueden dejar su huella en este mundo, un mundo totalmente construido para explotarles.

Jacob negó con la cabeza, creciéndose hasta alcanzar el nivel del gran jefe de la banda.

—Yo no creo que pueda dejar mi huella, anciano, lo sé.

El rostro de Starrick se endureció. Estaba de nuevo de vuelta en el aquí y ahora, absorbiendo el antiguo poder de su hallazgo.

Y entonces, Jacob atacó.

83

Henry había tomado una determinación. Dejaría a los Asesinos, para quienes se había convertido en una carga, y dejaría a Evie para quien él era una responsabilidad. Había pasado toda su vida huyendo de la certidumbre de ser un Asesino poco apropiado, y cuando fue retenido como prisionero en los terrenos de la iglesia de San Pablo, en Covent Garden, comprendió que aquello le venía grande.

Desbordado por los recuerdos, había cerrado la tienda y apagado las luces de la fachada, retirándose a su taller tras la cortina. Acompañado por el tictac de los relojes, se preguntó qué estaría haciendo Evie en ese momento. Sin duda ella y Jacob habrían llegado ya al Baile de la Reina. Cuando regresaran sería el final del trayecto. En cualquier caso, ganaran o perdieran, esa batalla se habría combatido hasta su conclusión: los Asesinos tendrían una vez más su preponderancia, con el gobierno de los Templarios en Londres por fin extinguido, o tendrían que retirarse, reagruparse y meditar de nuevo.

¿Y Henry? Se sentó en la mesa del centro, con los documentos e inscripciones desplegados a su alrededor, mapas y planos que él y Evie habían examinado, y se cubrió la cara con las manos, retrocediendo a los días de su infancia, a los años que había pasado siendo El Fantasma. Toda una vida de desilusiones, sueños rotos y fracasos.

Años atrás había pensado en dejar la Hermandad. «No puedes volver la espalda a tus creencias», se había dicho entonces.

Sí, ahora lo había decidido. Sí, se podía.

Acercó hacia sí un pliego de papel en blanco y buscó su pluma y el tintero.

—Querida Evie —escribió.

Entonces se detuvo al oír un sonido en la puerta de la tienda. Volvió a repetirse. Una llamada.

Henry se levantó, buscó su hoja y empezó a atársela mientras apartaba la cortina, sus pies desnudos deslizándose sigilosos sobre los tablones del suelo, mientras atravesaba la desordenada tienda hasta la puerta. Se sacudió la manga, ocultando la hoja, y estudió el cristal de la puerta, donde pudo distinguir una figura, un perfil que reconoció de inmediato.

—Adelante —indicó, abriendo la puerta y echando un vistazo a ambos lados de la ajetreada calle de Whitechapel.

En el umbral, entrando desde la serena noche a la oscura y opresiva atmósfera de la tienda de Henry, apareció George Westhouse.

—Estás armado —observó, a modo de saludo, con ojos entrenados.

—Tenemos a los Templarios acorralados —replicó Henry—, y ya sabes lo que supone tener a una rata acorralada.

—¿Atacan a tenderos? —preguntó George.

Henry trató de forzar una sonrisa, pero las sonrisas no acudían fácilmente a su rostro y, efectivamente, los músculos se negaron a obedecer. En su lugar echó los cerrojos, se volvió y guio a George a través de los inestables anaqueles hasta su taller. Una vez allí, apartó a un lado la carta que había comenzado y condujo a George hasta una silla; su anterior ocupante había sido Evie Frye.

George llevaba consigo una pequeña cartera de cuero que dejó sobre la mesa antes de sentarse.

—Quizá quieras ilustrarme sobre los acontecimientos de la ciudad —propuso.

Henry le explicó cómo, con la ayuda de su red de informadores, Jacob había organizado las bandas en el East End, y luego llevado a cabo una serie de exitosas operaciones contra los Templarios, debilitando seriamente su posición; le contó cómo él y Evie habían descubierto la supuesta ubicación del último Fragmento del Edén, cómo Evie y Jacob se encontraban en ese momento en el Baile de la Reina, Evie buscando la cámara donde se guardaba el Sudario…

Ante la mención del artefacto, George alzó las cejas.

Sí, pensó Henry, más malditos artefactos. Más muerte en nombre de las baratijas.

—Y sin duda, has tenido en Evie Frye una bien dispuesta cómplice.

—Teníamos diferentes razones para buscar el Fragmento del Edén —admitió Henry—. Ella quería ser testigo presencial. Contemplar por sí misma los poderes de la Primera Civilización. Yo eso ya lo hice. Solo quería asegurarme de que ese poder nunca cayese en manos de los Templarios.

—«Teníais», has dicho.

—¿Cómo dices?

—Has dicho que teníais distintas razones para buscar el Fragmento del Edén. ¿Qué te hace pensar que esos acontecimientos pertenecen al pasado?

—Tengo una fe absoluta en los gemelos. Incluso si Evie fracasa a la hora de recuperar el Sudario, entonces confío en que Jacob neutralizará a Crawford Starrick. En cualquier caso, el Fragmento del Edén estará seguro de ahora en adelante.

—Y eso es todo, ¿no? —George señaló hacia la mesa, donde la carta de Henry encabezada por «Querida Evie» descansaba a un lado—. ¿Nada más?

Henry le miró a los ojos.

—No —respondió—. Nada más.

George asintió sabiamente.

—Bueno, entonces de acuerdo. Eso está muy bien. Porque, verás, como Ethan te explicó, y como tu madre te contó, los Asesinos necesitan sus mentes analíticas tanto como necesitan a sus guerreros.

Henry evitó la mirada de George.

—Un verdadero Asesino sería ambas cosas.

—No, no. —George sacudió la cabeza—. Lo que tú estás describiendo no es una persona, es un autómata. Nuestra organización —*cualquier* organización— necesita una conciencia, Henry. Es una función importante. Tal vez hayamos sido lentos para reconocerlo en una ocasión, pero ese hecho sigue siendo una función vital. Hagas lo que hagas, quiero que lo recuerdes.

Henry asintió.

—De acuerdo, ahora que ha quedado claro, quizá deba empezar con mi siguiente orden de asuntos…

George abrió la cartera, sacó un libro encuadernado en cuero y lo deslizó sobre la mesa delante de Henry.

—Evie se puso en contacto conmigo sobre esto. Un libro que apenas recordaba haber visto en la biblioteca de su padre, que puede o no contener cierta información sobre el artefacto que buscáis.

Henry frunció el ceño y George se encogió de hombros.

—Sí, está bien, sabía lo del Sudario. Solo quería oírlo de tu boca. Bueno, de *otra* boca.

Picado por la curiosidad, Henry atrajo el libro hacia sí, abrió la cubierta e inmediatamente sintió un cosquilleo de antigua excitación. Dentro estaba lo que parecía ser una serie de testimonios recogidos a lo largo de los años —detalles de batallas libradas, asesinatos cometidos, tesoros ganados y perdidos—, todos ellos remontándose a los primeros años de la Hermandad en Inglaterra.

¿Habría encontrado Evie algo sobre el Sudario, quizá? ¿Algo a lo que en aquel momento no vio sentido, pero que ahora resonaba?

George observó la cara de Henry con una sonrisa.

—Me llevó algún tiempo hacer algunas averiguaciones, puedo asegurártelo —afirmó—. Afortunadamente, puede ser de utilidad. —Se puso en pie para marcharse—. Sin duda querrás leerlo inmediatamente, de modo que te dejaré tranquilo. Lo has hecho bien, Henry. Tu madre y tu padre estarán orgullosos. Ethan estaría orgulloso.

Cuando Henry cerró de nuevo la tienda tras marcharse George, regresó al libro. Sabían que el Sudario tenía reputación de ofrecer la vida eterna, y a partir de eso Evie había asumido que el artefacto tenía capacidades curativas.

Sin embargo, desde entonces estaba convencida de que también contenía un enorme y, tal vez, oscuro poder. Su curiosidad había despertado en ella un recuerdo, un recuerdo que la había llevado hasta ese libro.

Henry pasaba ahora rápidamente las páginas, anticipando lo que podría encontrar, hasta que se topó con una entrada en particular, una que hablaba, sí, de un sudario. Estaba escrita en los términos más elípticos, pero aun así

confirmaba que efectivamente el Sudario confería la vida eterna a su portador.

No obstante, el relato mencionaba algo más. Un aspecto negativo en su positividad. El inconveniente —o quizá, para algunos, la ventaja— de llevar el Sudario era que absorbía la energía de aquel o aquella a quien tocara.

El informe concluía diciendo que nada más se sabía del Sudario, que lo que ahí se decía podían ser simples chismorreos o conjeturas. Aun así, fue suficiente para que Henry pensara en Evie; Evie dirigiéndose a la cámara sin conocer el verdadero poder del Sudario.

84

Evie estaba nuevamente vestida con sus ropas habituales. Arrojó el odiado vestido a un lado, ajustó los cierres de su guantelete y sacudió los hombros a la vez que se enfundaba el abrigo. Una vez más captó su propio reflejo en una ventana de la pequeña antecámara que había escogido para el rápido cambio, sintiéndose esta vez mucho más feliz con los resultados.

«Olvida las galas de impostora». Este era su verdadero yo: la hija de su padre.

Y ahora a por la cámara. Al igual que Jacob, dejó atrás el alboroto de la fiesta y se precipitó en la dirección donde sabía que debía de ubicarse, y al igual que él, cuando llegó encontró la puerta abierta. Recorrió a la carrera la leve pendiente hasta llegar al túnel, frenando a medida que se acercaba a la abierta puerta de la cámara.

En el interior escuchó sonidos de pelea. El inconfundible sonido de un doloroso gemido de Jacob. Y cuando se apresuró hacia el umbral, su hoja ya estaba desplegada, atravesándolo a tiempo de ver a Starrick vistiendo el Sudario y sujetando a Jacob con una mano.

Se paró, mirando boquiabierta durante un segundo. No era posible. Un hombre de la edad y complexión de Starrick logrando contener a Jacob. Y sin embargo, ahí estaba. Al absorber el poder del Sudario era como si Starrick se lo estuviera succionando a Jacob al mismo tiempo.

—No escuchas —le oyó decir, mientras su mirada se paseaba desde este a la ornamentada y decorada caja. Dentro había lo que parecían ser extrañas joyas que habían comenzado a flotar como por propia voluntad y relumbraban maliciosamente en la tenebrosa penumbra de la cámara. Esos

drones que parecían actuar como guardianes empezaron a revolotear como si quisieran establecer un perímetro protector alrededor del Gran Maestro y su impotente víctima.

Ella estaba a punto de descubrir lo poderosos que eran al haber avanzado varios pasos dentro de la cámara, pero se volvió al oír un ruido tras ella. Un guardia apareció corriendo en la cripta, casi sin respiración y tratando de dirigirse a Starrick.

—Señor, hay…

Pero nunca terminó sus palabras. El súbito movimiento en la entrada pareció excitar a los guardianes y un rayo surgió de uno de ellos alcanzando al guardia en la cara y derribándole hacia atrás, muerto antes de tocar el suelo.

Mientras su chamuscada y ennegrecida cara se deshacía, ella comprendió que se trataba del movimiento, el súbito movimiento lo que los había activado. Permaneció inmóvil, con un ojo en los letales y pululantes insectos, pero también controlando el centro de la habitación, donde Starrick mantenía a su hermano cautivo, aspirando la vida de su interior.

Ahora la situación era desesperada; Jacob estaba aguantando, pero a duras penas.

—¡Muy pronto Londres se librará de vuestro caos! —rugió Starrick. Sus ojos dilatados y salvajes, la saliva colgando de sus labios—. La ciudad era un puerto seguro. Un faro para toda la humanidad. Preferisteis destruir el tejido de la sociedad. ¿Qué alternativas proponéis? ¿El caos?

«La libertad», pensó Evie, pero guardó silencio. En su lugar dirigió sus esfuerzos hacia su hermano, sintiendo su dolor como si fuera el suyo propio.

—Jacob, resiste —dijo, y escuchó su propia voz romperse por la impotencia y la frustración. Los ojos de su hermano se abombaron, y los tendones de su cuello palpitaron tan fuerte que temió que pudieran estallar.

—Evie —logró decir—, mantente alejada.

—No sabe cómo usar el artefacto —espetó Evie a Starrick—. El Sudario nunca fue hecho para usted.

Pero Starrick no estaba escuchando. Estaba ejerciendo aún más presión sobre el cuello de Jacob, el poder surgiendo a través de él mientras lo hacía.

Soltó un gruñido al tiempo que se dispuso a completar su apretón mortal.

Justo en ese mismo momento, como si advirtieran que los acontecimientos estaban llegando a su fin, los insectos guardianes empezaron a retirarse, su parpadeante luz disminuyendo a medida que retrocedían. Evie aprovechó la oportunidad para arrojarse hacia delante con un grito de desafío. Su hoja se alzó y cayó, pero Starrick disfrutaba de la ayuda de los artefactos y pareció esquivar fácilmente el golpe. Aun así, su ataque fue suficiente para desequilibrarlo, y al instante siguiente Jacob estaba rodando por el suelo de piedra, jadeando y escupiendo con las manos en su cuello, liberado al fin de la garra de Crawford Starrick.

Súbitamente atrapada por la combinación del aura del Sudario, el cofre y los artefactos en forma de insectos, Evie quedó momentáneamente desorientada y, al instante siguiente, tuvo la sensación de estar atrapada por Starrick, que extendió hacia ella la misma garra que había empleado con Jacob.

—Otro Frye con que alimentarme —gritó triunfante. Su mirada maníaca clavada en Evie.

Cuando estuvieron bailando, ella se había preguntado por el estado de su mente. Ahora ya no tenía dudas. Lo que quiera que quedase de Crawford Starrick aún continuaba en él, pero profundamente enterrado. Se hallaba en otro lugar.

—Admiro tu valor —le estaba diciendo, mientras la saliva brotaba de su boca—, pero ahora ya poco puedes hacer. Como el propio Jesús, soy inmortal. Contempla el poder del Sudario.

—Jesús lo llevaba mejor —logró decir, pero si Starrick la escuchó no lo demostró, y continuó vociferando.

—Comenzaré de nuevo. Y este nuevo Londres será incluso más magnífico. Primero caerás tú, y luego la reina.

A su alrededor los drones guardianes habían comenzado a orbitar con mayor urgencia todavía. Era como si respondieran a la creciente intensidad emocional de Starrick. O quizá, más probablemente, estaban de algún modo inextricablemente unidos a los impulsos irradiados a través del Sudario que vestía, ellos mismos absorbiendo su excitación.

En cualquier caso, Jacob había logrado ponerse de pie, pero ellos le impedían llegar más cerca. Ahora fue él quien la urgió para que fuera fuerte y resistiera la oscuridad que emanaba de la garra mortal de Starrick. Los rayos que despedían los drones le mantenían apartado.

—Por muchos planes que se hagan, por mucho poder que se reúna, nada podrá vencerme. —Starrick estaba delirando—. La historia está de mi lado. Londres merece un gobernante que permanezca vigilante, que impida que la ciudad se hunda en el caos.

—El caos que está a punto de causar —gritó ella, tratando de acercarse más y confiando en esquivar a los guardianes y golpear a Starrick.

Pero fue demasiado lenta. Una descarga de energía la alcanzó, arrojándola contra el muro.

Starrick se aprovechó de ello y con un casi inimaginable despliegue de fuerza se abalanzó sobre ellos, sus manos tanto en el cuello de Evie como en el de Jacob.

Ahora el Gran Maestro Templario tenía cogidos a los dos hermanos. El poder de la energía del Sudario parecía fluir a través del paño de lino, a través de sus brazos hasta las manos convertidas en garras, aferrando a los gemelos con fuerza. Levantándolos como trofeos. Estrujándolos. Ambos suspendidos en el aire e impotentes, los hombros hacia atrás, las barbillas proyectándose, las mandíbulas rechinando por una agonía tan intensa que incluso les impedía chillar.

Y Evie sintió cómo su propia fuerza vital le estaba siendo arrebatada. Casi sin respiración, su visión empañándose, sus músculos negándose a responder a cualquiera de las débiles señales de resistencia enviadas por su cerebro; la mano de Starrick ciñéndose como una garra a su garganta, como si él estuviera clavando la punta de una lanza en su cuello.

—Salid. De. Mi. Ciudad —gruñó él, y aquellas, comprendió Evie, serían las últimas palabras que escucharía, porque su garra estaba aumentando la presión y su consciencia reduciéndose. Los pensamientos cruzaron por su mente moribunda. Lamentos por no tener ya la oportunidad de decirle a Henry lo que sentía por él. Por no poder visitar Amritsar con él. Por no poder hacer las paces con Jacob y decir a su hermano que le quería. Porque decir las palabras equivocadas la había llevado a esto.

85

Al principio creyó que estaba alucinando. Sin duda, la figura en el umbral era una imagen proyectada para ella en la muerte, un producto desenfocado del deseo de su mente. Decidió que se la llevaría con ella. En lugar de la sonrisa, de la sudorosa locura de Starrick, sería eso lo que se llevaría de este mundo al siguiente.

Sería a Henry.

Vio cómo la mano de él se alzaba y caía. Un destello plateado brillando fugazmente. Algo dando vueltas a través de la cámara hacia ellos.

Y entonces se oyó un grito de dolor proveniente de Starrick, y su garra se relajó lo suficiente en la garganta de Evie para que ella pudiera distinguir la empuñadura de un cuchillo sobresaliendo de su pecho, una flor de sangre comenzando a extenderse a través de su camisa.

Y una voz familiar. Henry. Había venido. Realmente era él quien estaba en el umbral, resplandeciente en sus ropas, activando su hoja, avanzando hacia donde Starrick estaba intentando, pero ahora sin conseguirlo, mantener su garra sobre los gemelos.

«Los drones guardianes —pensó, pero no pudo decirlo—. Henry, ten cuidado con los guardianes».

Vio a uno de ellos que parecía estremecerse de furia, para luego lanzar una descarga de energía que alcanzó a Henry en el hombro con la fuerza suficiente como para tirarle al suelo y dejarle inconsciente en la piedra. Al mismo tiempo, ambos gemelos lograron liberarse, revolcándose por el suelo y jadeando para tomar aire, incluso mientras adoptaban posiciones defensivas, con las hojas preparadas.

No tenían por qué preocuparse. Starrick parecía derrotado. Quizá los guardianes aún le respondían pero no sería por mucho tiempo.

—Se está debilitando —le gritó Jacob triunfante. Y esquivó un disparo de uno de los guardianes—. Ya no podrá mantener esto.

Tenía razón. La sangre se extendía por la pechera de Starrick y el Gran Maestro mostraba ya una letal palidez. Sus sicarios voladores brillaban ahora más débilmente, sus respectivos vuelos menos precisos.

—El Sudario no le protegerá —gritó Evie.

Los dientes de Starrick estaban manchados de sangre.

—Os equivocáis —declaró—. La gente de esta ciudad, mi gente, suministrará su energía.

Cualquier poder que el Sudario le hubiera proporcionado se estaba ahora diluyendo.

—Esta ciudad es más grande de lo que usted nunca será —replicó Evie.

Ella y Jacob hicieron un amago de atacar, y cuando Starrick trató de apartarse, el Sudario revoloteó lejos de él hasta el suelo de la cámara, liberando a su anfitrión.

En ese mismo momento, los drones guardianes parecieron perder toda su energía, como si ellos también supieran que la batalla había terminado, y regresaron a la ornamentada caja de la Primera Civilización: meros espectadores disponiéndose a disfrutar del espectáculo desde el confort de su caja.

Starrick cayó de rodillas. Sus hombros encorvándose y su cabeza colgando, contemplando su camisa escarlata.

Con Jacob cubriendo a Starrick, Evie corrió hacia Henry, dejándose caer de rodillas y arrastrándose a través de las losas hasta él. Tomó su cabeza en su regazo buscando el pulso. Era fuerte. Estaba vivo, sus párpados comenzando a temblar.

—Henry —dijo para hacerle saber que se encontraba cerca. Acunó su cabeza durante un precioso instante y se permitió darle un beso. Habría muchos más como aquel, se prometió a sí misma.

Pero primero…

Evie se enderezó, se dio la vuelta y cruzó hasta donde se encontraba Jacob con Starrick.

Los gemelos se miraron con gravedad. No había ningún honor en arrebatar la vida a un hombre mortalmente herido. Pero aún había menos en dejar que se desangrara lentamente hasta morir sobre el suelo de piedra.

Terminar de una vez con él rápida y humanamente era el modo correcto. El modo de su padre. El modo de los Asesinos.

Se acercaron aún más.

—Juntos —indicó Evie a Jacob y le atravesaron con sus cuchillos.

—Londres perecerá sin mí —jadeó Crawford Starrick mientras agonizaba.

—Se halaga usted —replicó Jacob.

—Lo habría convertido en un paraíso.

Evie sacudió la cabeza.

—La ciudad pertenece al pueblo. Usted no es más que un hombre.

—Yo estoy en la cumbre de la Orden —contestó Starrick con lo que sería su último aliento.

—La misma cumbre que debería estar poniendo barricadas ante sus puertas —afirmó Jacob—. Nosotros somos los Asesinos.

Sí, pensó Evie. Sus ojos recorrieron la carnicería de la cámara y supo que, al menos por ahora, la muerte había acabado. Muy pronto, Evie y Jacob empaparían sus pañuelos en la sangre de Starrick y entonces los gemelos y Henry abandonarían esa cripta, y sabedores del verdadero poder del Sudario lo dejarían allí, para que el lugar fuera sellado y quedara en custodia de la Corona. Y así mañana Londres se despertaría como una ciudad renovada, y juntos, los tres Asesinos, continuarían infundiendo la esperanza. Habría más batallas que luchar, eso lo sabía. Pero por ahora…

—*Nosotros somos los Asesinos*.

Epílogo

Henry se miró en un espejo y advirtió que estaba temblando ligeramente. Pero qué podía esperar. Al fin y al cabo, no todos los días…

Se armó de valor mientras se disponía a salir hacia la habitación donde Evie estaba sentada estudiando, con una mirada perpleja en su rostro, el ramo de flores que le había enviado y se preguntó si no habría cometido un terrible error de juicio. Y si lo había hecho, cómo podría recobrarse alguna vez.

Porque no había duda de sus sentimientos hacia ella. Ninguna duda en absoluto. Había caído un poco enamorado en el segundo en que la vio por primera vez. Desde entonces, el tiempo pasado juntos había visto cómo ese sentimiento se intensificaba hasta algo mucho más fuerte, parecido casi a un dulce dolor, como una preciosa carga: la necesidad de verla cada día, de simplemente estar con ella, de respirar el mismo aire que ella, de descubrir que lo que le interesaba resultaba para él igual de absorbente, y lo que la hacía reír también le parecía igualmente gracioso. El solo hecho de compartir el trabajo diario con ella le aportaba más felicidad de la que podía recordar desde su infancia. Ella había limpiado su alma de los años pasados siendo El Fantasma; ella había lavado toda esa carnicería hasta eliminarla de él. Le hacía sentir lleno y nuevo otra vez. Su amor por ella era algo que le maravillaba, como una extraña mariposa, tal era su color e intensidad.

Y, sin embargo, como una mariposa, podía fácilmente emprender vuelo y escapar.

Sin duda Henry *pensaba* que ella sentía lo mismo por él, pero, ay, como ya dijo Hamlet, ese es el problema; no podía estar absolutamente seguro.

Todo el tiempo que habían pasado juntos buscando el artefacto les había acercado aún más, y así sus sentimientos de amistad y atracción se habían transformado rápidamente y florecido en un amor que ahora sentía como una gloriosa renovación. Pero ¿y ella? Hacía exactamente un mes, ella le había recompensado con un beso por salvar su vida. ¿Acaso estaba leyendo de más en lo que simplemente había sido un apresurado agradecimiento?

No mucho después de esos acontecimientos antológicos en el palacio, se la había encontrado un día en su estudio. Estaba sentada sobre una pierna, inclinada hacia delante, los brazos sobre la mesa, una postura que conocía muy bien, y hubiera jurado que se sonrojó ligeramente cuando le vio entrar en la habitación.

(Pero una vez más, por otro lado, tal vez no lo hiciera).

Él había dejado su herbario aún vacío sobre la superficie de la mesa frente a ella, observando cómo sus ojos se desplazaban de su propia lectura a la cubierta.

—¿Un herbario? —preguntó—. ¿Estás coleccionando flores para alguien?

—Solo para mí mismo —replicó él—. Me han dicho que es un pasatiempo muy británico. ¿Sabías que todas las plantas tienen un significado simbólico?

—Había escuchado algo parecido —repuso ella.

—Ya lo supongo. Lamentablemente, no tengo tiempo para llenar el cuaderno.

—Estoy segura de que podré encontrarte algunas muestras, si aceptas mi ayuda.

—Eso me gustaría mucho. Gracias, señorita Frye.

Y así habían hecho, comenzando una impresionante colección juntos a lo largo de las semanas, buscando el significado de su propia relación al igual que descifraban los mensajes de la flora.

—*Reseda*: tus cualidades sobrepasan tus encantos —declaró Evie un día, mientras hojeaban el ahora repleto herbario.

—No estoy muy seguro de si eso significa un cumplido. «Amor en la niebla», ese es un bonito nombre.

—Alternativamente llamado «demonio en el arbusto».

Se miraron el uno al otro y se echaron a reír.

—*Narciso*: egoísmo —indicó Evie, señalando—. Debería comprar un ramillete para Jacob.

—Eso no es muy considerado, señorita Frye —se rio Henry, aunque complacido. Complacido por que los gemelos se hubieran reconciliado, y complacido por que ella pudiera ver a Jacob con un poco más de perspectiva.

—Por muy divertido que sea todo esto, realmente debo volver al trabajo. Si me necesitas…

—Te enviaré un ramo —respondió él.

—De iris.

—Un mensaje. Ciertamente.

Y eso había hecho. Había reunido un delicioso ramillete de iris, campanillas blancas, flores de fresa y un tulipán rojo, cada uno de ellos cuidadosamente escogido, seleccionado para decir algo que a él mismo le estaba costando tanto expresar. El hombre en el espejo se burló de su indecisión e incertidumbre. *Pues claro que siente lo mismo. Ella te besó en la cripta*. El hombre que estaba ante ella no podía estar tan seguro.

—Un mensaje —la observó decir, mientras las yemas de sus dedos se introducían en las campanillas y las fresas— de esperanza. ¿Perfección?

Entonces se centró en el tulipán rojo. Más perpleja aún si cabe. Incapaz de descifrar el sentido oculto tras la flor.

En el umbral Henry inspiró hondo, carraspeó y dijo:

—… Una declaración de amor.

Ella se volvió para contemplarle allí de pie, y se levantó de su silla, cruzando hasta donde se encontraba.

Quedándose sin palabras, él balbuceó:

—Yo… Señorita Frye, debes saber que te tengo en la más alta estima… y consideración. Y me preguntaba si me harías el honor de…, si querrías darme tu mano… en matrimonio.

Evie Frye tomó las manos de Henry y levantó la vista a ese rostro que amaba con ojos humedecidos por las lágrimas.

Y sí, él supo que sentía lo mismo.

Lista de personajes

Abberline, Frederick: oficial de policía, más tarde ascendido a sargento.
Ajay: Asesino indio, guarda custodio de La Oscuridad.
Boot: un nefasto carterista y aún peor recadero.
Brewster, *sir* David: científico y Templario.
Brudenell, James Thomas: Templario, lugarteniente de Starrick.
Cavanagh: director del Ferrocarril Metropolitano, Templario.
Disraeli, Benjamin: político.
Disraeli, Mary Anne: esposa de Benjamin.
El guardaespaldas: un antiguo soldado que comprende el error de sus maneras.
Ferris, Rupert: cabeza de la Fundición Ferris, Templario.
Fowler, John: ingeniero jefe del Ferrocarril Metropolitano, responsable de la construcción de la primera línea subterránea del mundo.
Frye, Ethan: Asesino y mentor de Jayadeep Mir, padre de Evie y Jacob.
Frye, Evie: Asesina y gemela de Jacob, hija de Ethan.
Frye, Jacob: Asesino y gemelo de Evie, hijo de Ethan, jefe de la banda de las Torres.
Gladstone, Catherine: esposa de William.
Gladstone, William Ewart: ministro de Hacienda.
Hardy: uno de los sicarios de Cavanagh, un gorila.
Otro Hardy: otro de los sicarios de Cavanagh, también un gorila.
Hazlewood, Leonard: detective privado.
Kaur, Pyara: esposa de Arbaaz Mir, madre de Jayadeep.
Kulpreet: Asesina india, guardia custodio de La Oscuridad.
Lavelle, Walter: coronel del ejército británico y Templario.

Maggie: amiga del Fantasma y «madre» de los desafortunados del Túnel del Támesis.

Marchant: jefe de obra de la excavación del Ferrocarril Metropolitano.

Mir, Arbaaz: Asesino indio, padre de Jayadeep.

Mir, Jayadeep, alias El Fantasma, Bharat Singh y Henry Green: Asesino y agente encubierto.

Pearson, Charles: procurador de Londres y «padre» del Metro de Londres.

Pearson, Mary: esposa de Charles.

Shaw, Aubrey: oficial de policía.

Singh, Duleep: maharajá y contacto Asesino.

Smith: otro de los sicarios de Cavanagh, y el tercer gorila.

Starrick, Crawford: Gran Maestro Templario.

Thorne, Lucy: Templaria, experta en lo oculto.

Twopenny, Philip *Plutus*: gobernador del Banco de Inglaterra, Templario.

Waugh, Robert: pornógrafo con conexiones con los Templarios.

Westhouse, George: Asesino.

Agradecimientos

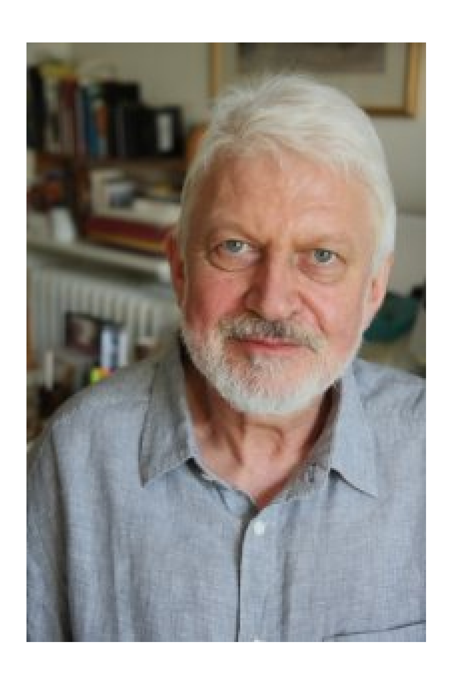
Me gustaría dar las gracias especialmente a:

Yves Guillemot
Aymar Azaizia
Anouk Bachman
Richard Farrese
Andrew Holmes

Y también a:

Alain Corre
Laurent Detoc
Geoffroy Sardin
Xavier Guilbert
Tommy François
Cecile Russeil
Joshua Meyer
El departamento legal de Ubisoft
Chris Marcus
Antoine Ceszynski
Marie Cauchon
Thierry Dansereau
James Nadiger
Ceri Young
Jeffrey Yohalem

Clément Prevosto
Romain Orsat
Sarah Moison
Alex Clarke
Hana Osman
Viola Hayden
Virginie Sergent
Clémence Deleuze



Oliver Bowden (nacido en 1948), también conocido como Anton Gill, es un aclamado novelista e historiador del Renacimiento que actualmente vive en París, Francia. Bowden ha escrito novelas de varias de las entregas de Assassin's Creed.

Oliver Bowden es un seudónimo adoptado por el autor para ocultar su auténtica identidad. Sin embargo, se conoce su proefsión y su lugar de residencia.

De acuerdo a su entrevista con UbiWorkshop, es un apasionado jugador y obtiene su inspiración para el desarrollo de los personajes a la hora de escribir cuando juega con las entregas principales de la saga.

Notas

[*] Típico juego de las ferias inglesas que consiste en lanzar bolas contra un muñeco. <<